



Patricia Salazar Figueroa
Christina Mendoza Weber

ANGELA MERKEL

La física del poder

Prólogo de Juan Esteban Constain

Table of Contents

[Portadilla](#)

[Portada](#)

[Créditos](#)

[Contenido](#)

[Prólogo](#)

[Sobre el libro](#)

[Capítulo uno: Primera infancia en el bosque](#)

[La misión del padre](#)

[Capítulo dos: La niña inclusiva](#)

[La joya violentada](#)

[El desahucio](#)

[Has de caminar quedo y seguro...](#)

[Capítulo tres: El encierro](#)

[Angela conoce a los refugiados](#)

[Flores carmesí](#)

[“Debes ser mejor que todos los niños”](#)

[Capítulo cuatro: Saltos sobre su sombra](#)

[“¡Niña, mira a los ojos!”](#)

[Fiebre de baile solo en su mente](#)

[A punto de perderlo todo](#)

Adiós al Waldhof

Capítulo cinco: El dueño de su apellido

Soledad compartida

Merkel y Merkel, un matrimonio en la era Honecker

Capítulo seis: Viaje sin retorno a Berlín

La élite científica y los lujos exóticos

El tedio de la cotidianidad

“No has logrado nada”

Capítulo siete: La última hora cero del siglo xx

Los astros constelados

Golpe de gracia al telón de acero

La compuerta redentora

Capítulo ocho: La física del poder

El agente descubridor

De ayudante general a portavoz gubernamental

“Habla sobre tu origen y sobre tu biografía”

Capítulo nueve: La protegida de Helmut Kohl

Los años más difíciles

El ascenso sin hijos

Capítulo diez: Implacable

Llanto tras bambalinas

[Entre Helmut Kohl y el futuro](#)

[Ajuste de cuentas](#)

[De Angela a “Angie”](#)

[Capítulo once: La primera mujer canciller](#)

[La palabra del año](#)

[El escenario del poder de la era Merkel](#)

[El alter ego](#)

[La recuperación de Alemania](#)

[“El mundo entre amigos”](#)

[Capítulo doce: Leitmotiv Alexander von Humboldt](#)

[Viaje a la región olvidada](#)

[La joya de la corona](#)

[Capítulo trece: La domadora de crisis](#)

[La dama maga](#)

[La doctrina de la austeridad](#)

[Giro astuto en la política energética](#)

[Capítulo catorce: Célebre en todo el mundo](#)

[La muralla de sopa de papa](#)

[Ganar en el centro y para el centro](#)

[Capítulo quince: La compasiva](#)

[Un mantra para conjurar la tragedia](#)

[Una marea interminable](#)

[La ingrata tarea de enfrentar lo corrosivo](#)

[Reacciones polarizadas](#)

[Cuarto triunfo electoral con bajo puntaje](#)

[El nuevo capítulo](#)

[“Pongámonos en los zapatos del otro”](#)

[Antítesis de Donald Trump](#)

[Anexo uno: Acerca del feminismo: “No deberían votar por mí solo por ser mujer”](#)

[Antítesis del radicalismo](#)

[Minimalismo contra la distracción](#)

[Anexo dos: Las fórmulas del éxito de Angela Merkel](#)

[Vita](#)

[Bibliografía general](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas al pie](#)

[Contracubierta](#)

ANGELA MERKEL

La física del poder

Patricia Salazar Figueroa
y Christina Mendoza Weber

ANGELA MERKEL

La física del poder

Prólogo de Juan Esteban Constatin



Angela Merkel

La física del poder

© 2019, Patricia Salazar Figueroa
Christina Mendoza Weber © 2019, Intermedio Editores S.A.S.

Primera edición, octubre de 2019

Edición, diseño y diagramación Equipo editorial Intermedio Editores

Diseño de portada

Alexánder Cuéllar Burgos

Foto de portada

Shutterstock

Foto de contraportada

Hernando Mendoza Amaya

Intermedio Editores S.A.S.

Av. Jiménez No. 6A-29, piso sexto www.eltiempo.com/intermedio

Bogotá, Colombia

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.

ISBN:
978-958-757-877-5

Diseño epub:

[Hipertexto – Netizen Digital Solutions](#)

CONTENIDO

Prólogo

Sobre el libro

Capítulo **uno**

Primera infancia en el bosque

La misión del padre

Capítulo **dos**

La niña inclusiva

La joya violentada

El desahucio

Has de caminar quedo y seguro...

Capítulo **tres**

El encierro

Angela conoce a los refugiados

Flores carmesí

“Debes ser mejor que todos los niños”

Capítulo **cuatro**

Saltos sobre su sombra

“¡Niña, mira a los ojos!”

Fiebre de baile solo en su mente

A punto de perderlo todo

Adiós al *Waldhof*

Capítulo **cinco**

El dueño de su apellido

Soledad compartida

Merkel y Merkel, un matrimonio en la era Honecker

Capítulo **seis**

Viaje sin retorno a Berlín

La élite científica y los lujos exóticos

El tedio de la cotidianidad

“No has logrado nada”

Capítulo **siete**

La última hora cero del siglo xx

Los astros constelados

Golpe de gracia al telón de acero

La compuerta redentora

Capítulo **ocho**

La física del poder

El agente descubridor

De ayudante general a portavoz gubernamental

“Habla sobre tu origen y sobre tu biografía”

Capítulo **nueve**

La protegida de Helmut Kohl

Los años más difíciles

El ascenso sin hijos

Capítulo **diez**
Implacable

Llanto tras bambalinas

Entre Helmut Kohl y el futuro

Ajuste de cuentas

De Angela a “Angie”

Capítulo **once**
La primera mujer canciller

La palabra del año

El escenario del poder de la era Merkel

El *alter ego*

La recuperación de Alemania

“El mundo entre amigos”

Capítulo **doce**
Leitmotiv Alexander von Humboldt

Viaje a la región olvidada

La joya de la corona

Capítulo **trece**
La domadora de crisis

La dama maga

La doctrina de la austeridad

Giro astuto en la política energética

Capítulo **catorce**
Célebre en todo el mundo

[La muralla de sopa de papas](#)

[Ganar en el centro y para el centro](#)

Capítulo

quince

La compasiva

[Un mantra para conjurar la tragedia](#)

[Una marea interminable](#)

[La ingrata tarea de enfrentar lo corrosivo](#)

[Reacciones polarizadas](#)

[Cuarto triunfo electoral con bajo puntaje](#)

El nuevo capítulo

[“Pongámonos en los zapatos del otro”](#)

[Antítesis de Donald Trump](#)

Anexo

uno

Acerca del feminismo: “No deberían votar por mí solo por ser mujer”

[Antítesis del radicalismo](#)

[Minimalismo contra la distracción](#)

Anexo

dos

Las fórmulas del éxito de Angela Merkel

[Vita](#)

[Bibliografía general](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

A quienes cultivan ideas coincidentes:

“Viví mucho tiempo detrás de un muro como para desearlo de vuelta. Si ahora tenemos que ofrecer disculpas por ayudar en situaciones de emergencia, entonces este ya no es más mi país”.

Angela Merkel, 15 de septiembre de 2015

*A Raschid Römhild y su historia valiente
detrás del Muro.*

PRÓLOGO

Teniendo tantos problemas propios y tantos líderes suyos y muy complejos y discutibles y más cercanos y relevantes, al menos en lo que se refiere a cada quien y a su vida de todos los días, “los días que uno tras otro son la vida”, como dijo el poeta nariñense Aurelio Arturo, uno sí se pregunta por qué y para qué diablos, con todo respeto, dos periodistas colombianas iban a escribir —y lo hicieron: aquí está y es magnífico— un libro sobre Angela Merkel, un ensayo sobre ella, una aproximación a su biografía y a su legado político en la Alemania y la Europa de hoy. Porque además, desde la distancia, parece una figura anodina y gris. Poderosísima e importante, sí, quizás irremplazable; pero nada más lejano para un lector en nuestra lengua, el español de todos lados, que esa señora de pantalón oscuro, con las manos siempre en triángulo —como quien medita o reza—, y con su carterita de cuero terciada en el hombro, que gobierna con pulso firme a su país y que de la misma manera lleva en buena parte las riendas de la Unión Europea, por no decir que las de la Tierra, gracias a Dios. ¿Era necesario este libro?

La respuesta, para empezar, es que sí. Y mucho: muy necesario. Esa es, además, la condición por naturaleza de los mejores libros, los que tenían que escribirse porque con ellos las cosas se hacen más comprensibles y llevaderas, más ciertas, pase lo que pase con ellas. Este libro es el resultado de varios meses de juiciosa investigación por parte de dos extraordinarias periodistas colombianas que llevan muchos años afincadas en Alemania, Patricia Salazar Figueroa y Christina Mendoza Weber. La una, de origen y alma pastusos a más no poder, la otra, de origen colomboalemán; y ambas reconocidas en el oficio por su rigor, su profesionalismo y su talento. Por eso no solo fueron “varios meses de juiciosa investigación”, como lo acabo de decir, sino una buena parte de la vida de las dos autoras, quienes a pulso se han ganado un lugar muy destacado y el reconocimiento de sus colegas en un oficio exigente y complejo como pocos, el periodismo, en un país maravilloso y generoso sin duda, Alemania, y en el cual, sin embargo, nadie le regala nada a nadie y los logros de cada quien solo son posibles con talento, trabajo y esfuerzos de verdad y de larga duración. En otras palabras: este es un libro que solo podían escribir Patricia y Christina, y lo han hecho de manera ejemplar, reivindicando además una idea hoy casi perdida y devaluada del periodismo, y por eso mismo cada vez más urgente, en la que la realidad y lo humano se nos hacen mejores y más entendibles, cercanos, apasionantes.

Por eso este libro logra el objetivo excepcional de revelarnos la fascinante novela que hay detrás de una de las mujeres más poderosas de la historia reciente de Europa y

acaso del mundo; una de las más inteligentes y hábiles también. Pero no era algo fácil, ya digo, por el talante y la vida en apariencia tan grises y predecibles de Angela Merkel; por su discreción y su aplomo, que parecen ser, y lo son, uno de los fundamentos mismos de su obra de gobierno y de su pensamiento político. Sin embargo, aquí asistimos, en estas páginas que el lector está por abrir y disfrutar, a la narración de una buena parte de la historia contemporánea de Alemania y de Europa, con todos sus conflictos y sus contradicciones. Mientras tanto, como entrelazada allí de manera latente, vemos desenvolverse la vida de Merkel desde sus orígenes mismos en la Alemania del Este. Y conocemos los valores de su familia y de ese mundo, los cuales ella lleva aún hoy como un sello perdurable; y conocemos también sus primeras pasiones académicas, su despertar al mundo, sus primigenias inquietudes políticas. Vemos la tragedia de un pueblo partido en dos de manera absurda, como si el muro ese que lo separa de manera simbólica —una herida y una cicatriz—, fuera también un reproche y una invitación a derribarlo hasta que por fin Alemania volviera a ser una y libre, la que es hoy. Detrás de toda esta historia hay personajes y hechos apasionantes, el relato prodigioso que nos explica por qué Angela Merkel es como es y es lo que es, y de inmediato nos compenetramos con ella y la admiramos más y la queremos más. Pero este libro no es una apología, no, para nada, sino una explicación; lo que debe ser una buena biografía, una puerta para que nos pongamos en la piel del otro y podamos comprender al menos su destino.

Nadie es más relevante hoy en el mundo, en términos políticos, que Angela Merkel. Nadie representa mejor esos valores de templanza, sensatez, responsabilidad y altruismo que ella. Sin demagogia, sin estridencia. Sobre todo, en un panorama delirante como el que estamos viendo en casi todas partes, donde parecería que ser idiota o ser loco, o las dos cosas a la vez, es el requisito principal y el mejor argumento para llegar al poder. Ella es todo lo contrario, y por eso la suerte de Europa, y acaso del mundo, pende de sus dos manos siempre juntas en actitud de paz y de oración. Cómo no va a ser interesante la vida de alguien así; y Patricia Salazar y Christina Mendoza lo demuestran con creces en este libro, y lo hacen con seriedad y belleza, con amenidad y respeto. Es lo que se merece esa heroica estadista que en el año 2015, en medio de una de las tragedias humanitarias más atroces que haya conocido nuestra especie en toda su historia, una tragedia que quizás no haya terminado, tomó la valiente decisión de abrir las puertas de su país para que muchas, muchísimas víctimas de esa tragedia, llegaran a Alemania y encontraran allí una segunda oportunidad sobre la Tierra.

Eso también está narrado aquí; eso y mucho más. Por eso, este libro es una clave fundamental para entender el mundo de hoy. Para saber qué es y quién es un buen líder, uno de verdad, y cuáles son las fórmulas, si es que las hay, para hacer bien las cosas, como las ha hecho —con todo y sus errores, pues nadie es perfecto—, Angela

Merkel, la madrecita de Alemania, su figura principal en estos años trepidantes que nos han tocado en suerte.

No se le puede pedir más a un ensayo biográfico, la verdad. Y este de Patricia y Christina es de los mejores que yo haya podido leer. Por eso me honra tanto adherir mi nombre, aunque sea en estas pocas líneas preliminares y de encomio, a su trabajo admirable. A las dos, muchas gracias y felicitaciones.

JUAN ESTEBAN CONSTAÍN

SOBRE EL LIBRO

Este libro es producto de una década y media de cubrimiento periodístico de la política alemana y la consecuencia de tres años de investigación sobre la vida de Angela Dorothea Merkel, desde su nacimiento en julio de 1954 hasta julio de 2019, cuando cumplió 65 años de edad.

La narración de su historia ha resultado ser un reportaje biográfico, no una biografía, tampoco un análisis de los cuatro mandatos de gobierno. Aunque, por supuesto, incluye elementos de ambos géneros.

Este libro relata en dieciséis capítulos y dos anexos, sobre el feminismo y las fórmulas del éxito, el origen y la evolución de la alemana que descifró el código del poder y cómo conservarlo desde la metodología de las ciencias naturales, y que ha orientado su comportamiento al cumplimiento de los preceptos del cristianismo protestante, su religión. El fenómeno de creer en Dios y en la ciencia hacen de Angela Merkel un personaje de excepción en la política contemporánea, por lo que también reseñamos el proceso conciliatorio de ambas doctrinas.

Este libro presenta al ser humano en primer plano y describe el contexto histórico de su vida detrás de la Cortina de Hierro, la construcción del Muro de Berlín, el encierro y la represión en los confines de la República Democrática de Alemania, los esfuerzos por la liberación, la caída del Muro, la Reunificación y la consolidación de la entidad ampliada de la República Federal. Asimismo, introduce los personajes que han jugado un papel concluyente en su destino.

La física del poder es el primer reportaje de largo aliento escrito en español sobre Angela Merkel, una líder mundial que se ha encargado de transformar su país y la Unión Europea. Compartir esta investigación con los lectores hispanohablantes es nuestra motivación principal. Esperamos haber encontrado la estructura precisa para la magnitud de su historia.

BERLÍN, AGOSTO DE 2019.

CAPÍTULO UNO

PRIMERA INFANCIA EN EL BOSQUE

¿Sabían ustedes que Angela Dorothea Merkel tiene la misma edad de John Travolta? Travolta es, incluso, cinco meses y un día mayor que ella.

Es una alternativa mirar los retratos de Travolta y las fotos de Merkel. Dejar que las imágenes nos revelen, nuevamente, cómo el ambiente en el lugar de crianza y las bandas sonoras del entorno moldean a los seres y, en este caso, a los alfa.

En su juventud, y por el hecho de haber nacido en dos de las esquinas más discotequeras que ofrecía el mundo de la posguerra, el puerto de Hamburgo y Nueva Jersey, ambos y no solo uno de estos personajes habrían podido ser impregnados por la pegatina indeleble de aquellos buenos tiempos sinfónicos; ser tocados por la fiebre infinita de la música y el credo de los años setenta y ochenta que definieron el andar, resuelto y acicalado, de los jóvenes en el mundo occidental.

A Angela le fue vedado experimentar semejantes temperaturas. Todo resquicio de acceso que condujese al embeleso por la música o al somero contacto con los acordes que salieran de manos sincrónicas tañendo cuerdas y sintetizadores, fue sellado tres meses después de su nacimiento, el sábado 17 de julio de 1954, cuando su padre, Horst Kasner, recién ordenado pastor luterano, decidió abandonar Hamburgo, llevando consigo a su esposa Herlind y, en su regazo lactante, a la criatura que 51 años después sería la primera gobernante mujer de Alemania.

Coincidente con el calendario solar en curso, la existencia fusionada de la trilogía familiar sumaba 54 años y tres meses el día que se alejaron de la República Federal de Alemania (RFA) con destino al territorio de Alemania oriental.

Una mañana nublada del mes de octubre del 54, Herlind acomodó a la bebé en una canasta de mimbre y la aseguró en el asiento trasero del Volkswagen azul de dos puertas que la pareja había comprado de segunda mano. Al poner en marcha el coche y apretar el acelerador, los esposos abandonaron para siempre el puerto hanseático y las costas vecinas del Mar del Norte, sitios que los habían acogido a ambos, como lugar de estudios en el caso de Horst y supremo espacio de supervivencia para Herlind, desde 1944.

Herlind, la madre de Angela Merkel, compartió con el escritor Günther Grass el haber nacido en el puerto de Danzig, cuando este era una ciudad-Estado autónoma bajo

el protectorado de Polonia, y el ser alemanes por parte de sus padres. Ella tenía once años y el escritor, doce, cuando en 1939 los nazis ocuparon y anexaron el territorio al Tercer Reich. Desde entonces, esos niños fueron testigos del comienzo de la Segunda Guerra Mundial. La escucharon imponiendo sus rugidos sobre la resonancia de los últimos juegos de infancia y la vieron desde los tragaluces de sus escondites en los sótanos, quebrándole cada una de sus vértebras a la humanidad.

El historiador polaco Lech Slodownik documenta que cuando las tropas del ejército ruso comenzaron a arrebatarse dominio a los fascistas, la quinceañera Herlind, de apellido Jenztsch, su madre y su hermana hicieron parte de los primeros cientos de miles de civiles germanos que fueron evacuados de la región por el ejército alemán. Los uniformados los condujeron hacia el poblado de Elbing, a orillas del río Elblang, en el norte de Polonia.

Allí, ellas habrían conseguido permanecer por un espacio de diez meses, entre el otoño de 1943 hasta julio de 1944, cuando se unieron a la marea de trashumantes que buscaba resguardo lo más lejos posible de esa zona, desde donde progresaba el fin de la guerra.

En el extremo noroccidental de Alemania, a orillas del río Elba, después de transitar ochocientos kilómetros a pie y en trenes espectrales, las tres mujeres supieron armar refugio en las ruinas que quedaban de Hamburgo.

Diez otoños más adelante, a los veintiséis años, ya formada como profesora de inglés y latín, con un matrimonio en curso y un reciente parto, Herlind deshabitó el tercer domicilio para seguir al esposo en su propósito existencial.

El plan trazado por Horst difícilmente podría haber sido más drástico. Él determinó cambiar la urbe, ya en pie, próspera, de 1 500 000 pobladores, por uno de aquellos lugares catalogables como fin del mundo.

A 135 kilómetros de distancia de Hamburgo, bajo los radares del comunismo, Horst detuvo el auto en Quitzw, una reseca vereda del municipio de Perleberg, ubicada en el distrito de Prignitz en el extremo nororiental de Brandemburgo, una de las cinco regiones germanas que el dirigente germanocomunista, Walter Ulbricht, por orden de Stalin, mantenía bajo ocupación para el ensanchamiento soviético desde el fin de la guerra.

Quitzw se les reveló como un claro entre bosques de pinos, abetos, hayas, robles y arces, en el que se habían hecho campo 120 casas habitadas por 290 almas, a razón de

veintiséis por kilómetro cuadrado. El pueblo tenía una sola estación de servicio, la cual era mucho más frecuentada que la reliquia arquitectónica del lugar: la Iglesia evangélica construida en el medioevo, de canto rodado, erguida al comienzo de la única calle. Al costado de la ermita, de espaldas a la calle, la casa cural modesta, pequeña y vacía, esperaba la llegada de los Kasner.

En el transcurso de su vida política, Angela ha dicho que su madre aceptó la extravagante determinación de Horst *por amor a él* y a su concepción del matrimonio. Ella recita la frase como lo hacen los hijos al transmitir información sembrada por los padres, en este caso por la madre, quien la habrá pronunciado para sí y para su hija, a manera de letanía inmutable, desde el momento mismo en que puso pie en ese pueblo marchito con una bebé de brazos.

En el poblado Herlind no encontró tiendas, mucho menos almacenes o centros de salud adonde acudir para suplir necesidades elementales o encontrar respuesta a incertidumbres de madre primeriza. No mucho, pero algo de aquello podía ir a buscarlo, con mediano éxito, en Perleberg, el centro urbano más cercano con trece mil habitantes.

Los sonidos que acompañan el crecimiento de un niño impactan buena parte de lo que será su carácter, y allí, en Quitzw, la tierna Angela Kasner –su apellido de soltera– compartió existencia durante cerca de tres años con las melodías integradas del silencio; de la naturaleza, en sus presentaciones de pájaros naciendo, volando, cantando, muriendo; el crujido de la madera enraizada, verde, madura, seca; los restallidos del viento en su parloteo con las hojas, preparando las cuatro variaciones del clima.

Primero había sido el vientre y después, el bosque. En el planeta del sonido natural, sus criaturas aprenden a percibir al instante un nuevo elemento, a ordenarlo y a reaccionar, sagaces, en consecuencia. Diez estaciones de inmersión en aquellos estímulos sensoriales prefijaron la laja inicial del carácter de la primogénita.

La misión del padre

Existen varias hipótesis sobre la motivación dirigente que habría impulsado al pastor Horst Kasner a emprender el éxodo, anti-cíclico, desde la Alemania Federal hacia la comunista, precisamente el año cuando la dirigencia de la República Democrática de Alemania, RDA, oficializó la primera ley que criminalizaba a los ciudadanos que intentaran marcharse del territorio, para así poner coto a la huida masiva de habitantes hacia el occidente. Tan solo en 1954, 180 000 mil personas lograron escabullirse de esa región, ya en dilatado proceso de soviétización.

Desde la llegada de los Kasner a Quitzow y hasta agosto de 1961, año de construcción del Muro de Berlín, 2 500 000 personas consiguieron la fuga. Horst y familia habían nadado en contra de la corriente y eso despertó suspicacias en ambos lados.

¿Acaso era él un espía? ¿Un agente encubierto, en las características de un clérigo, seducido por la Guerra Fría para servirle al capitalismo en el comunismo? ¿O más bien uno que había llegado a dar retoques permanentes, soterrados, en forma de sermones sobre las trampas de la autonomía a la ideologización comunista?

El autor Gerd Langguth, biógrafo autorizado, además de los retratistas Evelyn Roll, Wolfgang Stock, Ralf G. Reuth y Günther Lachmann, cinco especialistas que han logrado cavar muy hondo en el raro universo de Angela y su extracción, tomaron en serio el permanente bisbiseo sobre el padre, sin haber conseguido presentar evidencias de que Horst Kasner se hubiese trasladado a Alemania oriental para hacer espionaje a favor de los mortales. No, la caja de secretos del padre no guardaba la delación.

En realidad, Horst pertenecía a una de tres categorías de personajes, alrededor de quinientos mil, que se aventuraron a emprender el camino a la inversa –desde el mercantilismo hacia el bolchevismo– con fines diferentes al espionaje. Transitaban de occidente a oriente los vagabundos con mínima opción de establecerse en la burguesía por carecer de medios económicos y no poder pagar sus deudas; los antifascistas, indignados por el ritmo acelerado de algunos sectores dirigentes de la RFA por llegar a ser nuevamente quienes habían sido antes de perder la guerra; algunos puñados de idealistas, dispuestos a empeñar vida y sapiencia a favor de la evangelización y en contra del ateísmo de Estado.

Entre los últimos estaba Horst Kasner, esposo de Herlind y padre de Angela, un joven alto, rubio, recio, nacido en 1926 en el barrio obrero Wedding, en Berlín, donde había sido bautizado católico, confesión de la que renegó en la adolescencia.

En un liceo de bachillerato ubicado en el barrio Pankow, en el nororiente de la capital, Horst se inscribió en el curso de preparación para la confirmación evangélica y asistió sin acompañantes a la ceremonia.

En 1948, un año después de su graduación de bachiller, él ya hacía parte de las filas de muchachos circunspectos, imperturbables, siempre enfundados en prendas oscuras y marcados por la doble insignia de estudiar la disciplina del conocimiento de Dios, sus atributos y perfecciones, según Martín Lutero, en la universidad más antigua del país: la Karl Ruprecht de Heidelberg, en el noroccidente germano.

Cuatro inviernos más adelante, Kasner pasó a completar el programa de Teología en la Universidad de Hamburgo. Al cabo de dos años, no le faltaban las oportunidades para adelantar en esa ciudad un ministerio influyente que lo habría podido conducir, más adelante, a Hanover, sede de la Iglesia luterana, y acceder allí a una plaza en el consistorio superior.

No obstante, en lugar de buscar la potestad rectora, Horst inauguró su carrera eclesiástica en la desolada iglesia de la arcaica Quitzow, al modo ceremonial de su alistamiento en la cruzada moderna, sin violencia, emprendida por católicos y luteranos en el oriente, día a día más ateo. Sin sotana, cautos mas no indecisos, los pastores y sacerdotes llegaban al sector desde 1950, una vez conocieron la noticia de la construcción del comunismo europeo.

A Kasner lo reclutó el obispo Albrecht Schönherr, veterano representante de la Iglesia confesional, quien ya se había medido con otro tipo de huestes totalitaristas. En 1946, Schönherr había regresado a su natal Brandemburgo como director del seminario de formación pastoral donde, años después, escuchó hablar sobre el joven teólogo Horst Kasner, exhabitante de Pankow y, por tanto, vecino de su región.

Antes de recibir el llamado explícito del superior, Horst ya tenía la respuesta afirmativa: “En cuanto me marché a Heidelberg, supe que un día regresaría al oriente. Estaba claro que no iba a quedarme varado entre las ollas faraónicas de carne y abundancia. Regresar al oriente significó estar donde se nos necesitaba”, explicaría el pastor.

En aquel octubre de 1954, Schönherr no recibió personalmente a los Kasner en la puerta de la iglesia de Quitzow, pero dos años y siete meses más tarde, recompensó la abnegación de su discípulo confiándole una nueva misión en la promisoría región del Uckermark.

Aquella buena nueva del traslado apaciguó la preocupación terrenal de Herlind de tener que dar a luz a su segundo hijo en la vereda, aunque no menguó, tampoco en su esposo, la angustia que les ocasionaba observar que su primogénita ya sabía hablar, pero no lograba aprender a caminar.

CAPÍTULO DOS

LA NIÑA INCLUSIVA

Las descripciones científicas del desarrollo de las destrezas motoras en los niños plantean que el noventa por ciento de los infantes consiguen, por tarde, andar por sí solos entre los nueve y diecisiete meses de edad, y ser capaces de corretear, raudos, una pelota al completar los dos años. Angela Kasner no ingresó en esa escuadra y el atraso, por supuesto, tenía en ascuas a sus padres.

Corrían los primeros meses de 1957 y con ellos, en la casa cural de Quitzow, el trajín de preparativos para el cambio de localidad, de los cuales la pequeña solo participaba con la mirada. Se sabe, relatado por el padre, que a los dos años y medio de edad la niña todavía prefería seguir con sus ojos, de color azul turquesa, las faenas caseras de Herlind desde el interior de un corralito de madera, sentada o de pie, sosteniéndose con sus manitas de los barrotes.

En aquel corral era donde más le gustaba pasar el tiempo. Desde allí Angela iniciaba conversaciones con la madre, quien le respondía con descripciones de lo que hacía en el momento. [...] en lo que respecta a la movilidad, Angela era, en ese tiempo, un tanto idiota. No hacía esfuerzos por caminar por sí sola. Una vez llegamos a Templin, nuestra primera tarea fue dedicarle semanas enteras a ejercitar su motricidad y lograr que perdiera el miedo a sostenerse por sí sola [...]

Horst Kasner le confió las anteriores y otras valiosas informaciones sobre la infancia y adolescencia de su primogénita al cronista Alexander Osang, quien las vertió en un trascendente informe periodístico sobre la hija del pastor, publicado cuando ella ya descollaba en la política.

Había sido llamada idiota por el padre y eso no impresionó ni a la propia Angela ni a ningún otro miembro de su familia, puesto que conocer a Horst implicaba tener que vérselas con un cultivador minucioso del hábito de expresarse libre de artificios o uso de eufemismos, de lo cual, por razones de ecuanimidad, no excluía a nadie.

Osang sugiere que desde aquella temporada de ejercitamiento crucial, Angela conserva la costumbre de calzar botines planos de cordón y suela de goma que le ciñan los pies de manera similar al momento cuando aprendió, por fin, a guardar el equilibrio.

Sumar las paciencias y transferirle seguridad a su hija para que se valiera por sí sola fue, sin duda, una empresa grande, mas no la única que embargaba el tiempo del matrimonio Kasner.

El segundo peregrinaje en pareja al nuevo hogar en una orilla del perímetro urbano de Templin, burgo en el oriente central germano, había ocurrido a finales de abril cuando Horst y Herlind suponían que tendría ocasión el brote de la primavera. Sin embargo, precisamente durante esa anualidad, la estación se dejó ver y sentir al modo de prolongación del invierno en la menos benévola de sus facetas: sin la luz del sol y, en su lugar, inclementes ventiscas.

No es difícil imaginarse a la pareja enseñándole a caminar a la pequeña sobre el tapete de nieve, mientras planificaban los asuntos correspondientes al nacimiento en el mes de julio del segundo hijo y la posesión de Horst en su nueva responsabilidad.

La joya violentada

Los Kasner habían llegado, otra vez, a vivir en la proximidad del bosque. En esa ocasión, al costado de uno grandioso: el Bosque de Agua de la región del Uckermark, de 3 500 hectáreas de extensión, compuesto por sendos pastizales, hondonadas y arboledas que desde hace más de un milenio apoyan y filtran el agua fría y los brotes termales de 590 lagos.

En el centro de ese hogar forestal del oxígeno, hacia el año 1230, tribus germanas y eslavas idearon la comarca de Templin, a manera de fuerte amurallado, que se creció a municipio en el siglo XVII, cuando colonos se esmeraron en revestir sus edificaciones con ricos y vistosos tocados del Barroco.

El municipio era tan bello que aquellos colonos le dieron el sobrenombre de Perla del Uckermark, y debido a los beneficios que brindaban tanta arboleda y tanta agua, en los alrededores no le inyectaron industria, sino que la impulsaron como núcleo agrario y del turismo prusiano.

Pero los tres cuartos del siglo XX que trastocaron el porvenir en la tierra también pasaron, aplastantes, por ella, hundiendo su encanto hasta el borde del extravío.

El 6 de marzo de 1944, un bombardeo de la Segunda Guerra Mundial destruyó el sesenta por ciento del centro histórico, y aunque dieciocho meses más tarde los habitantes ya habían reconstruido su funcionalidad, a los culturistas no les alcanzó el tiempo para restituirle curvas, adornos y tonalidades de su estilo, puesto que el fin de la

guerra había traído consigo un nuevo orden fraccionario, acerca del cual, el pueblo vencido, absorto ante los escombros de su existencia, no tenía voz ni voto.

Desde el 7 de octubre de 1949, los 14 000 habitantes de Templin fueron notificados de que ya no eran nacionales de donde habían nacido, sino ciudadanos de una novedad denominada República Democrática de Alemania, RDA. Ellos hacían parte de la misma página de aquella historia surrealista, con otros 16,6 millones de coterráneos que habitaban el interior de una superficie de 108 179 kilómetros cuadrados del territorio ancestral que antes de la dictadura nazi había sido parte del Imperio alemán.

Los artífices del recién inaugurado capítulo europeo del comunismo no le veían sentido al cultivo de la simbología burguesa y, en consecuencia, todavía menos, al deseo de la gente, para ellos fatuo, de querer aliviar la mirada de lo que habían visto durante la guerra, restaurando las edificaciones patrimoniales y pintando sus viviendas.

Así, por efecto de las cenizas del fuego bélico, sumado al envejecimiento natural, atrapado en el descuido obligado de fachadas e interiores, la RDA se fue convirtiendo en una gigantesca paleta monocromática de tonos grises, sin aliento.

Ciertamente, desde finales del siglo XIX, sobrevivían, dispersos por toda Europa, una suerte de resguardos concebidos, de tiempo atrás, para ofrecer amparo, razón por la cual tampoco en la Segunda Guerra Mundial habían sido declarados objetivos militares. Los Kasner llegaron a plantar su vida en uno de aquellos refugios. Se llamaba, y todavía se llama, *Waldhof*, que significa albergue en el bosque, un complejo de casas localizado en el extremo norte del municipio de Templin, fundado en 1854 por la Fundación Stephanus de la Iglesia luterana, originalmente como hogar sustituto y centro educativo de niños huérfanos o abandonados, cuyas edades oscilaban entre los siete y dieciséis años de edad.

Los Kasner encontraron el complejo construido en un terreno de 3 500 metros cuadrados, en cuyo interior se encontraban, tal como se conservan en la actualidad, quince casonas de entre ocho y diez metros de altura. Cada casa posee los atributos de nombre y color propio, asignados de acuerdo con su función de servir de viviendas, talleres de oficios, establo, vivero, escuela y espacios comunales.

El obispo Schönherr designó a los Kasner como vivienda la casa *Fichtengrund*, terreno de abetos, la edificación más alejada de la entrada al complejo y más cercana al pasadizo hacia el bosque, de tres pisos más buhardilla, pocas ventanas, solar y huerto, de color verde pálido con apliques en tono amarillo paja, señalizadores de los linderos entre la mano del hombre y la del bosque.

Horst Kasner recibió la misión de dirigir el orfanato y de crear, en su interior, un centro de formación y capacitación de seminaristas, tanto para aquellos que llegaron del occidente como para los lugareños. En aquel centro, los seminaristas deberían renovar las destrezas para ejercer su misión de hacer iglesia en el comunismo; una tarea de alta gama que los alguaciles del Partido Comunista Unificado de Alemania, SED, toleraban por mandato de la Unión Soviética, pero que de tanto en tanto saboteaban.



Casona *Fichtengrund*, en el complejo *Waldhof* de la Fundación Stephanus de la Iglesia luterana, Templin. En esta casona vivió Angela Merkel con su familia desde los dos y medio hasta los diecinueve años de edad. Crédito: Óscar Pizano, septiembre de 2018.

El desahucio

Algunos meses antes de que se concretara el primer boicot por parte del SED contra el magisterio de Horst Kasner en Templin, él y su esposa celebraron la alegría del nacimiento, el 7 de julio de 1957, de su hijo varón, bautizado Marcus, dado a luz por parto natural en la casona *Fichtengrund*, con antelación de veinticuatro horas al natalicio de su madre y de diez días al cumpleaños número tres de su hermana mayor.

Era cierto que la motricidad de Angela todavía no estaba al nivel de los niños de su misma edad, pero en todo caso, ya se encontraba en condiciones de poder andar por su propia fiesta de cumpleaños, el 17 de julio, empujando el coche de muñecas con una rubiecita de plastisol adentro, que le había enviado de regalo desde Hamburgo la tía Emmy, hermana de Herlind. Al mando de su propio chasis con cría de juguete, Angela se puso a tono con lo que hacía su madre, acompañándola por la casa mientras el hermano crecía dormitando y el padre se ausentaba del domicilio e internaba en las tareas de dirección del complejo.

Desde los patios y las otras casonas, a la madre y a la hija les llegaba el bullicio florido y altisonante del albergue. Quienes lo nutrían, día tras día, eran 340 niños y adolescentes custodiados por una treintena de instructores, la mayoría religiosos y algunas mujeres laicas.

Los pupilos marchaban por el área cumpliendo horarios de cambio de casa, lo que significaba cambio de actividad. Los párvulos asistían a clases en la escuela primaria, mientras que la muchachada alternaba el estudio de alemán y ciencias naturales con el aprendizaje de oficios y labores de campo.

Por espacio de seis meses, la infante Angela los pudo ver y escuchar desde el solar de su hogar, y por supuesto que sus padres ya tenían resuelto que una vez cumpliera los siete años, ella iniciaría los estudios de primaria allí mismo.

En enero de 1958, ese plan familiar y la competencia pedagógica del *Waldhof* se vino abajo, como una baraja de naipes construida hacia lo alto, cuando los inspectores escolares de Templin visitaron al pastor Kasner con objeto de comunicarle que hasta en los orfanatos se habría de cumplir la ley promulgada por el regente comunista, Walter Ulbricht, que despojaba a la Iglesia de toda potestad y participación en la formación y educación de la población germanocomunista.

Desde ese momento y durante toda la existencia de la RDA, ni un solo cura, católico o evangélico, pudo volver a poner un pie en las aulas y su radio de acción quedó reducido a oficiar misas, dar sermones en las escasas iglesias y al acompañamiento, desde sus refugios pastorales, de los feligreses que insistieran en practicar la fe aún cuando ello les significara el estigmatismo.

Antes de que aparecieran las primeras flores de la primavera de 1958, los tres centenares y medio de chicas y chicos huéspedes del *Waldhof* ya habían sido desalojados del complejo y trasladados a nuevos hogares comunitarios estatales.

Sin ellos, se extinguió del lugar la algarabía de los juegos y pilatunas; la alegría de las marchas al recreo y las risas contenidas por la obligatoriedad de aprender a hacer silencio. Sin poder rechistar, Horst se vio despojado del cardumen de seres por el que existen los pescadores.

Más pronto de lo que necesitaba para digerir el golpe, otros funcionarios del régimen, esta vez del sector sanitario, tocaron a las puertas de la fundación para informarle que, en adelante, el complejo serviría como centro habitacional de jóvenes y adultos con discapacidades mentales y físicas.

Desde entonces, la razón de ser del *Waldhof* cambió para siempre. Y está comprobado que su director, Horst Kasner, y los clérigos no se amilanaron ante el destino, sino que consagraron la vitalidad y experiencia futura para impedir que la ciudadela se convirtiera en un sanatorio de reclusión en el que los residentes se enfermasen más, y fuera más bien un entorno de rehabilitación donde ellos aprendiesen a vivir con sus limitaciones, explorando habilidades para ser y sentirse útiles.

Los curas comenzaron por hacer que se retomasen todos los oficios en los talleres, vivero, establo, huertas, granja y lavandería, y que intervinieran en ellos tanto los discapacitados como el personal de asistencia, en una noción de convivencia desconocida en esos tiempos, en los que la praxis con respecto a los entonces llamados *subnormales* consistía en esconderlos e inutilizarlos.

Cuarenta décadas antes de que instituciones como la Unesco acuñaran el concepto de inclusión como un “imprescindible enfoque pedagógico de respuesta a la diversidad, para remediar la exclusión”¹, en un rincón ínfimo de la RDA, sin que nadie se lo propusiera o hubiera alguna clase de apoyo teórico al respecto, Horst Kasner puso en práctica el modelo de convivencia incluyente e hizo partícipe del mismo a su vida familiar, conservando como lugar de vivienda la casona *Fichtengrund*.

Los Kasner tuvieron como primeros nuevos vecinos a 222 hombres y mujeres con diferentes grados de alteración en su desarrollo físico, intelectual y de conductas adaptativas. Los había con epilepsia, síndrome de Down, Asperger, Alzheimer, autismo, mutismo selectivo, entre otros, y la mayoría de ellos no recibía visitas de sus familiares, por lo que de domingo a domingo, mes a mes, año tras año, permanecían en *Waldhof*, entendiéndolo como su hogar.

Has de caminar quedo y seguro...

Por espacio de una década y media, entre los cuatro hasta los diecinueve años de edad, Angela compartió el entorno de vida con los internos. Aprendió a moverse entre ellos con naturalidad y le correspondió enseñarles, primero a su hermano Marcus y más adelante a su hermana menor, Irene, a hacer lo propio.

¿Y cómo era hacer lo propio? Un personaje a quien llamaremos Günther R., auxiliar de mantenimiento del *Waldhof* contemporáneo y lazarillo en nuestra tercera visita al complejo, en julio de 2018, nos ofreció algunas claves:

—Claro que les puedo decir cuál es la mejor forma de moverse cuando se vive entre personas especiales: lo primero es pensar, de antemano, que se producirán cambios

abruptos de ánimo en ellos, por más predecibles que parezcan. Puede ser que uno se acerque, sin más, a darte un beso, y de repente quiera que te alejes y pierdas de su vista sin que hayas hecho nada para merecer lo uno o lo otro. Para que aquello no te suceda muy a menudo y de hacerlo no te afecte, pues simplemente has de caminar quedo y seguro. No has de esconderte, pero tampoco irrumpir de un lado a otro llamando la atención. Los nervios y el rechazo serán tus peores enemigos. Has de comportarte neutral y ser amistoso. Es que ellos se dan cuenta por dónde va el agua al molino y el hecho de que estén ensimismados no quiere decir que hayan perdido la noción del prejuicio o la aceptación. En general son muy compasivos y cuando notan que tú también lo eres, te lo corresponden. No hay que tenerles lástima. Es mejor que sepan que entiendes que ellos, como tú, están en su lugar en el mundo... No está de más no permanecer solo con ellos por largos periodos de tiempo. Yo siempre miro dónde están mis compañeros y me ubico en puntos desde donde sea posible alcanzarlos con la voz o con la mirada.

Ya quisieran todos los reporteros del mundo que Angela Merkel fuese tan locuaz y asequible como Günther R. En retrospectiva sobre su infancia, ella ha descrito su interacción de una década y media con los seres especiales del *Waldhof* como normal y constructiva, porque entre otras lecciones, la experiencia de convivir con ellos le enseñó que “la salud de ninguna manera es un patrón determinante de la alegría”.

También ha dicho que solo en la adolescencia se percató de que a muchos de sus congéneres no se les daba aceptar el contacto directo con los habitantes del complejo, y ha puesto como ejemplo a algunos compañeros de colegio que reaccionaban con miedo y grima cuando la visitaban en su casa.

El predicador Rainer Eppelmann, amigo de la familia, quien al final de los años ochenta jugaría un papel determinante en la conversión de Angela a la política, sintetizó, en menos de diez palabras, el alcance de las vivencias infantiles y juveniles de la primogénita de los esposos Kasner en el *Waldhof*: “Allí Angela inhaló tanta empatía como oxígeno para respirar”.



Panorámica del complejo *Waldhof* de la Fundación Stephanus de la Iglesia luterana, Templin. Crédito: Óscar Pizano, septiembre de 2018.

El sigilo inherente a quien se sabe orientar en todo tipo de bosques, la capacidad de ponerse en los zapatos del otro, haber aprendido a conservar la calma y a resguardar la espalda al compartir espacio con tan diversos arquetipos, desde temprana edad, son algunas de las notables cualidades que componen la personalidad de Angela. Estas, sin duda, le han favorecido en todas las épocas de su accionar en el entorno de quienes persiguen el poder.

Pero antes de que tales competencias se vislumbraran siquiera como una posibilidad, la pequeña tendría que solventar innumerables pruebas en contra de limitaciones propias y externas. Una que debió ser bastante angustiosa ha sido reproducida, más con sorna que con simpatía, desde que el padre la incluyó entre sus recuerdos hablados sobre la motricidad.

Según el relato, la infante ya ajustaba los cinco años y todavía no sabía subir o bajar sola de una cuesta: “Sólo después de cumplir los cinco años logramos que descendiera de una colina. Antes de ello, cuando lograba subir se quedaba inmóvil en la cima. Le daba miedo emprender el descenso”, revelaría Horst^g.

La propia afectada nunca se ha referido a tal bochorno. En su lugar, ha contado que entre sus primeros recuerdos conserva el de la desazón que le producían las prolongadas ausencias de su padre, quien por cuenta del trabajo en el complejo salía muy temprano de casa y solo regresaba hasta bien entrada la noche.

El tiempo libre se confundía muchas veces en lo laboral y por ello, frecuentemente mi padre se mantenía ausente de las obligaciones familiares. Además él siempre exigía orden y disciplina y para un niño no es fácil cuando todo tiene que estar

siempre en perfecto orden. Él siempre se mostraba muy comprensivo con la gente, pero cuando éramos nosotros quienes ocasionábamos incidentes, se comportaba diferente. En todo caso, cuando yo sentía que mi padre llegaba a casa, el mundo volvía a estar en orden para mí.

Esta confesión la hizo nuestra protagonista a la fotógrafa y retratista Herlinde Koelbl, quien, entre 1991 y 1999, conquistó varias memorables sesiones fotográficas y de conversación con ella¹³.

Aquella no sería la única vez que Angela se referiría a las propiedades del sólido vínculo mental y emocional con su padre, y la fuerte influencia que su carácter enérgico, cerebral, versado y minucioso tendría en el ordenamiento interior de sus emociones y conductas, de forma complementaria a las características de personalidad dialogante, conciliadora y perseverante de la madre.

Por esa época, los padres declinaron enviar a sus hijos al jardín infantil como sí lo hacía la generalidad de padres en la RDA, y fue la madre, preparada para ser docente, quien se encargó de su crianza y les impartió los primeros conocimientos. De tal forma, en 1960, un año antes de ingresar en la escuela primaria, Angela ya sabía leer y escribir bien.

Así mismo, por medio del cultivo del trato con sus parientes –su hermana, cuñado y sobrinas– Herlind conservó la conexión con Hamburgo y, de hecho, durante los primeros siete años de su vida en la RDA, viajaba regularmente con sus dos hijos a esa ciudad donde conseguía figurines y telas de moda nortea con las que les confeccionaba la ropa que estaba de moda en el puerto.

Aquellas características: las de vivir en una especie de enclave entre curas y gente especial, el hecho de no haber compartido con otros niños en las areneras infantiles socialistas, el andar vestida a la usanza occidental y usar palabras y giros lingüísticos típicos de Hamburgo, fueron las razones determinantes para que, desde las jornadas de presentación y preparación del ingreso en la escuela, sus contemporáneos templineses catalogaran a Angela como niña rara.

En 1961, aquella percepción se agudizaría hasta rayar en envidia y desconfianza, cuando los provincianos de Templin se confrontaron con la noticia de que ellos, al igual que todos los habitantes de la RDA, habían sido hechos prisioneros en una gigantesca jaula.

CAPÍTULO TRES

EL ENCIERRO

Sonrisas falsas intercambiaban John F. Kennedy, presidente de Estados Unidos de América, y Nikita Krushev, primer ministro de la Unión Soviética, durante la cumbre del 4 de junio de 1961, en la cual, a las doce del mediodía, el soviético le profirió al estadounidense el ultimátum de firmar el tratado de paz con la República Democrática de Alemania, que le devolviese la soberanía perdida al final de la Segunda Guerra Mundial y reconociera a Berlín occidental como una ciudad autónoma en territorio de la RDA.

Desde las 10:30 de la mañana, los dignatarios se habían sentado a desayunar en la mesa áurea del opulento comedor en la embajada de la Unión Soviética, en Viena, y ninguno quiso dar el paso de llevar a la boca un trozo de pan hasta despedirse a la una de la tarde.

Krushev, así lo anotó el escribano del presidente Kennedy, hablaba acompasado. Era el encuentro de un diestro lobo estepario de 67 años, superviviente y vencedor de la sangrienta batalla por Stalingrado, y del brioso aristócrata, veintitrés años menor, quien cuatro meses antes de aquel encuentro se había estrenado como el presidente más joven del mundo.

La transcripción literal de esa conversación histórica confirma que el soviético dominaba el uso de la palabra. Por una frase de Kennedy, Krushev lanzaba un soliloquio de no menos de siete oraciones.

Le decía Krushev a Kennedy que en Berlín occidental se apostarían, simbólicamente, reducidos contingentes de tropas militares de Estados Unidos, Francia, Inglaterra y también de la Unión Soviética. Los soldados decorativos estarían allí solo para garantizar la autonomía y sus superiores civiles no se inmiscuirían en asuntos políticos o administrativos. Si Estados Unidos no accedía a firmar el acuerdo, las tres potencias ocupantes perderían el reconocimiento soviético de sus derechos de acceso y permanencia en la Berlín insular.

Abandonar Berlín occidental, de esa u otra manera, no era opción para Kennedy y así se lo espetó al soviético.

Kennedy había llegado al encuentro bien instruido por sus homólogos francés y británico, Charles de Gaulle y Harold Macmillan, por lo que ya sabía que los soviéticos

volvían por la mitad de la metrópoli, atendiendo la petición de Walter Ulbricht de intentar lograr, por segunda vez en la posguerra, la orfandad del enclave –minúsculo en tamaño y colosal en su significado geopolítico– para salvarse a sí mismo, eliminando la propiedad de la ciudad de ser la puerta de entrada de los germano-orientales a la protección hermana.

Sucedía que la RDA se desangraba. Desde 1960, el país perdía un promedio diario de mil ciudadanos. La mitad de ellos era menor de veinticinco años de edad y la otra estaba conformada por ingenieros, agricultores, maestros, técnicos, médicos, dentistas y enfermeros; la sustancia que podía sacar adelante el proyecto comunista.

—Señor Presidente, considere firmar el acuerdo. Nosotros no queremos la guerra, pero si usted nos obliga a ello, la tendrá.

—Sin duda este año el invierno podría llegar a ser muy frío —replicó Kennedy, acaparando la última frase de la conversación.

A continuación, lobo y corcel se despidieron lastrando la primicia de que la hecatombe volvía a cernirse sobre el espacio aéreo de la infeliz Alemania, indivisible ante un desastre. Después de dieciséis años y veintiocho días del fin de la Segunda Guerra Mundial, lo que se aproximaba era una colisión perfeccionada por el componente atómico.

Por un espacio de 55 días, Krushev y Kennedy ensancharon a cual más sus fauces al proferir amenazas. Empero, el 25 de julio, el estadounidense lanzó el bramido más fuerte al pronunciar, desde Washington, el discurso en el que proclamó la defensa de Berlín occidental como asunto de Estado. El estadista ostentó los soportes de la aprobación política y financiera del Congreso, y dos días más adelante, los diarios de mundo publicaron telegramas de apoyo a Kennedy por parte de Francia y Gran Bretaña.

Los Aliados estaban espabilados. La Unión Soviética no daba el brazo a torcer. En Berlín, cada fuerza posicionó tanques de guerra a uno y otro lado de la Puerta de Brandemburgo, condensando en la imagen el potencial de violencia acumulada capaz de asolar, en un accionar de botones, la existencia de buena parte del planeta.

La esperanza se extinguía y la consternación y pesadumbre presionaban la espalda de los germanos como fardos henchidos de roca.

No era mejor, ni un ápice, el estado de ánimo en el resguardado *Waldhof* templinés. Allí, el cura Kasner mascullaba, adicionalmente a la cercanía del fin del mundo, la amargura por la oportunidad perdida de hacer oración colectiva en la décima jornada eclesiástica, que los religiosos de ambas Alemanias habían previsto realizar juntos en la tercera semana de julio.

Alterados, sospechando el sabotaje en cada reunión, funcionarios del partido comunista habían prohibido su realización en Berlín oriental, con el argumento de que la convergencia de fieles pondría en peligro la paz y seguridad territoriales. Se trataba de otra cuenta en el collar de boicots que Walter Ulbricht fabricaba y acariciaba como un estimulante, porque él, beato estalinista desde los siete años, despreciaba a la Iglesia y multiplicaba la opinión de que lo clerical no tenía que hacer en el modelo ideal socialista, ni como institución ni como arquitectura.

La razón por la cual no expulsaba del territorio a los religiosos, tenía que ver con la instrucción del más entendido Kruschew, quien le había aleccionado sobre lo peligrosas que pueden ser las masas cuando se las arrastra a la obligación de extrañar y mitificar sus tradiciones. El ataque al clero lo hacían, no a través del destierro, sino arrinconándolo, alejándolo de los niños, dejando que se ocupe de los bancos de peces viejos y de los enfermos.

[Angela conoce a los refugiados](#)

Horst Kasner percibía, como lo percibían todos sus análogos, la existencia de un convenio tácito de permanencia versus sumisión y, al igual que la generalidad de pastores y sacerdotes, practicaba la insurgencia sorda.

Nunca se sabrá si lo planificó, más lo cierto es que en la cuarta semana de julio de ese año, Horst facilitó a su hija mayor una nueva arista de comprensión por el prójimo al llevarla con Herlind y Marcus a Berlín a visitar a su madre, Margarethe, quien vivía en el barrio de Pankow, y dejarla quedarse en casa de su abuela por unos días.

Para Angela, de siete años de edad, transcurrían las penúltimas semanas de su vagancia preescolar. Ha contado que amaba estar en la cocina de su abuela, que olía los domingos a exquisitas frituras de conejo y entre semana, a la aromática sopa de papas con salchicha y hojas de tomillo o al cocido de zanahorias con bocaditos de carne de pollo y brinzas de perejil.

En el transcurso de esa semana de intimidad, después de los almuerzos, abuela y nieta daban paseos relajados por el *Bürgerpark* (parque del pueblo) y avanzaban hasta

más allá de una calle de nombre Bornholmerstraße, situada en la frontera, todavía abierta, entre las dos ciudades.

El cuadro que ofrecía la Bornholmerstraße era dibujado, día a día, desde hacía muchos meses atrás, por centenares de hombres y mujeres, solos o con niños, que atravesaban con determinación el puente fronterizo, hasta desembocar en la calle Osloerstraße de Berlín occidental. Allí les cambiaba la actitud y se perdían al encuentro del primer policía que les indicase el camino a seguir para llegar al Centro de Acogida y Registro de Refugiados Marienfelde, ubicado en el barrio del mismo nombre, a veinte minutos de distancia.

Justamente, durante esas caminatas de finales de julio de 1961 y de la mano de su *oma*, la niña del bosque se inició en la didáctica de tomarle el pulso a los sonidos y movimientos de la gran ciudad, y en el flujo imparable que se escabullía por el embudo fronterizo, conoció a los refugiados; el subgénero humano de los que han perdido toda su fe en un lugar, con excepción del terminante hálito en su instinto de supervivencia.

Como siempre, en la orilla de donde se habían fugado, los refugiados eran tildados de desertores, traidores, indeseables, innombrables y criminales. No obstante, su permanencia en la RDA era tan imprescindible que por conservarlos, la dirigencia ideaba jugarse el todo por el todo.

La morfología del plan a seguir para poner coto a la huida de sus habitantes la perfeccionaron, el martes 1 de agosto, Nikita Krushev y Walter Ulbricht, durante una conversación telefónica que se prolongó por dos horas y quince minutos.

En el contexto del diálogo avieso, cuyo original reposa en el archivo presidencial de la Federación de Rusia, Ulbricht le daba cuentas a su jefe sobre las razones de la escasez de alimentos, las malogradas cosechas, la peligrosa dependencia de la economía oriental de la occidental, el incumplimiento de los pactos de solidaridad por parte de Polonia y Checoslovaquia y, con profusión, sobre la masa incontenible que abandonaba la RDA.

—Si lo requiere, le envío ingenieros y agricultores soviéticos, ellos no se le escapan —ofrecía Krushev al respecto.

—Justificar la presencia nos acarrearía enormes dificultades —replicó el germano.

—Le damos el nombre de intercambio juvenil... usted me manda uno y yo le envío cien. ¿No quiere que hablemos del tema?

—Muy respetado camarada, primero quiero tener todo calculado sobre el cierre de la frontera. Estoy trabajando sobre cómo se lo explicaré a la población.

—No explique nada con anterioridad. Cuando lo tenga, publique un comunicado diciendo: a partir de mañana queda prohibido el paso de fronteras. Tengo una pregunta técnica, ¿cómo va a efectuarse el control de la frontera en las calles?

—Ya tenemos el trazado, vamos a amurallar las salidas hacia Berlín occidental y en algunos trechos vamos a trabajar con enredados de alambres. Todo sucederá con agilidad y prontitud.

—¿Cuándo piensa hacerlo? Hágalo antes de las elecciones en Alemania Federal...

—Técnicamente podemos tenerlo listo en dos semanas. —Póngalo en marcha cuando quiera. Nosotros nos adaptaremos al momento.

Ulbricht no necesitaba nada más del universo que esa última frase de aprobación pronunciada por su patrón soviético, para torcer el curso que llevaba la historia mediante el mecanismo que haría visible y palpable el desmembramiento de Alemania.

Ulbricht había encargado la logística e ingeniería del amurallado a su hombre de confianza, Erich Honecker, y este, secretario general del Consejo de Defensa, logró disminuir en 38 horas el periodo anunciado de preparativos técnicos anteriores al zarpazo.

Entonces procedieron a la manufactura del confinamiento. La Luna negra del segundo fin de semana de agosto acompañó con suficiente oscuridad, desde la noche del sábado 12 hasta la madrugada del domingo 13 de agosto, las primeras siete horas del trabajo de acordonamiento, con gruesas alambradas de púas, de los 155 kilómetros de frontera de la Berlín soviética con la de los Aliados.

Los ejecutores fueron 9 800 uniformados pertenecientes al Ejército Nacional del Pueblo, Policía de Fronteras y Policía de Defensa, a las órdenes de Erich Honecker, escoltados por un destacamento de 240 tanques de guerra y un conjunto de 320 camiones blindados.

La tropa bregó sincrónicamente rompiendo adoquín y pavimento de las calles, enlistando las lajas extraídas de forma que se convirtieran en barricada y clavando, a diez metros de profundidad, las primeras cien placas de hormigón de tres y medio metros de alto.

El trayecto de ese entreverado de concreto y alambrada cortaba 193 calles alrededor de Berlín occidental, que debía verse, a perspectiva de pájaro, como un polígono de bordes recortados brutalmente y enganchado al contorno del territorio de la RDA por trece puestos militares de tránsito y control.

Hacia las ocho y treinta de la mañana del domingo 13 de agosto, la primera generación del Muro estaba lista y bien plantada sobre la tierra desafiando al mundo. Detrás del mismo, los germano-orientales inauguraron la monotonía lacerante de saborear la impotencia, la rabia y el desespero de ser tratados como primates tras las paredes chapadas de un zoológico.

Flores carmesí

—Ese domingo en la mañana, al salir a comprar el pan para el desayuno, nos encontramos con una lluvia de hojas volantes en las que se nos informaba sobre el cierre de las fronteras. Se leía en ellas que la medida era una respuesta al mercado humano de la RFA. ¡Criminales y farsantes de cabo a rabo! ¡Nos habían encerrado y además nos amenazaban con la muerte! —recuerda Klaus R., berlinés oriental para entonces y un padre de familia de 31 años de edad¹⁶.

Las circulares, distribuidas desde cada porción de cielo de la RDA, contenían el texto dictado por el propio Walter Ulbricht, que añadía la advertencia de que los intentos de fuga eran equiparables al de un delito capital y serían repelidos con disparos.

Desde Templin, a 99 kilómetros de distancia de Berlín, Angela asistió al impacto de la construcción del Muro participando de una luctuosa ceremonia religiosa que le abriría los ojos a la existencia de la política y sus consecuencias:

Conservo la noticia de la construcción del Muro como mi primer recuerdo político. Fue un momento de tristeza indescriptible y doloroso para todos nosotros. Al mediodía de aquel domingo mi padre ofició un servicio religioso, al final del cual mi madre y todos los demás feligreses lloraron¹⁷.

Mientras los unos lloraban y se acogían a la fe, millones y millones de habitantes de la RDA se aferraban a la promesa de reacciones salvadoras que pronunció el canciller Konrad Adenauer, desde Bonn, a las seis de la tarde. Adenauer les pidió a los alemanes de ambos sectores que dejaran el asunto en manos de la dirigencia y de los Aliados, y les hizo un llamado específico a la pasividad.

Tres horas más tarde, desde Washington, el secretario de Estado, Dean Rusk, en nombre de John F. Kennedy, leyó el despacho tajante en el que se daban por enterados de que la barrera era una medida en contra de los habitantes de Berlín oriental y, en general, en contra de los habitantes de la RDA, y no en detrimento de los intereses americanos en Berlín occidental y su acceso. Informó que, de todas formas, esas medidas violaban los acuerdos de 1949, por lo que serían rechazadas mediante los canales adecuados.

Al cerrar, era un hecho que los americanos no consideraban el enfrentamiento y el rescate de Berlín oriental como canales adecuados y, por tanto, también era un hecho que los Aliados dejarían la ciudad a la suerte que le deparara la Unión Soviética. Y aquella suerte era la fatalidad del encierro a muy largo plazo.

En los días siguientes, Francia, Inglaterra, Estados Unidos y la Unión Soviética incrementaron la presencia militar en sus zonas germanas, poniendo en evidencia que un solo paso en falso, desde cualquiera de los cuatro frentes, equivaldría a la declaración de guerra que haría explotar los polvorines de cuatro potencias tensas y trémulas que, finalmente, quedaron suspendidas en situación de jaque, usufructuada por la dirigencia comunista a beneficio de su meta de imponerse ante sus ciudadanos.

Y fue así como el jueves 24 de agosto, a las cuatro de la tarde, el sastre Günter Litfin, de veinticuatro años, recibió en su cuerpo las salvas del fuego fratricida que lo dejaron en desangre en la orilla del río Spree, en el centro de la capital, a la altura de la ribera Alexanderufer y a menos de veinte metros de alcanzar la orilla de la libertad.

La primera vida cobrada por el Muro de Berlín, a manos de los soldados de Walter Ulbricht, era la de un joven que hasta un día antes de la construcción de Muro había trabajado en Berlín occidental y pretendía, ese jueves de su intento de huida y de su muerte, volver allí para seguir su sueño de coser, sin dejarse intimidar.

“Debes ser mejor que todos los niños”

A partir de aquel agosto, el Muro omnipresente trastocaría uno por uno el destino de tres generaciones de germanos y sería el símbolo de muerte, represión, observación y denuncia de todo un pueblo.

De todos los integrantes del clan Kasner, Herlind resultó ser la más afectada, porque el cierre hermético de los confines le impidió, por espacio de veintiocho años, volver a Hamburgo a compartir con su parentela. Su hermana Emmy no la abandonó y, por el contrario, ella y sus hijas la visitaron en algunas ocasiones. Cuando su presencia

no era posible, remplazaban los abrazos con encomiendas de prendas de vestir, libros, revistas y tipicidades que eran ingresadas a la RDA por algunos pastores luteranos amigos de Horst.

Herlind era una mujer sólida y bondadosa, así lo atestiguan muchos habitantes de Templin, algunos de cuales todavía recuerdan que meses antes de la construcción del Muro ella ya había tenido que soportar el batacazo de la prohibición de ejercer su profesión de maestra en alguno de los colegios de la región.

—El marginamiento laboral del que fue objeto la madre de Angela se debió a dos razones de peso en Alemania oriental: por un lado, ella provenía del occidente y había estudiado allá. Y por el otro, era la esposa de un religioso. Con esos antecedentes era claro que no la iban a dejar tener contacto con el alumnado, así se presentara a pedir trabajo una y mil veces y sin importar la gran necesidad de profesores de inglés que tenía el país —atestiguaría Erika Benn, flamante docente del idioma ruso en el Liceo donde Angela se hizo bachiller¹⁸.

Desde el comienzo del encierro, si bien derramó muchas lágrimas, la madre de Angela se resistió al desconsuelo y lo reemplazó por mayores porciones de abnegación, e hizo con ellas, aunadas al máximo nivel del buen comportamiento, su propia barrera de resistencia y protección con la que también blindaría a sus hijos.

A partir del primer día de escolaridad de su hija, que comenzó el viernes primero de septiembre en la Escuela Elemental Politécnica del bosque, en el número 1 de la calle Röddelinerstraße —en la RDA por norma general el año lectivo iniciaba el primero de septiembre en todo el país—, Herlind le recitó a Angela que por ser la hija del pastor ella tenía la obligación de comportarse mejor que todos los otros niños.

Comportarse mejor que todos los niños.

Comportarse mejor que todos los niños.

Comportarse mejor que todos los niños.

Comportarse mejor que todos los niños.

Comportarse mejor que todos los niños.

Comportarse mejor que todos los niños.

La unidad de sentido no transmitía una recomendación, sino una instrucción que Angela escuchaba y recibía de su madre, de lunes a sábado –en la RDA la semana escolar era de seis días–, después del desayuno, durante el trayecto de quinientos metros a pie entre su casa y la escuela. Y cuando ya caminaba sola al plantel, Herlind la despedía en la puerta del *Waldhof* con la misma letanía integrada en el hábito de entregarle la lonchera y desearle una buena jornada.

La niña cumplía con el mandato sin rechistar. Era la mejor alumna, la más obediente y diligente. Una discípula cumplidora de los deberes al pie de la letra. Y no lo hacía con el ánimo de ejercer liderazgo, sino para no llamar la atención.

Sus compañeros, Bodo Ihrke y Doris Bork, quienes compartieron con ella la vida escolar desde el primer grado hasta la culminación del bachillerato, coinciden en



recordar a Angela como la mejor estudiante sin que se jactara de ello¹⁹.

Perspectiva de la Escuela Primaria del Bosque, donde Angela Merkel cursó sus estudios elementales. Templin. Crédito: Óscar Pizano, septiembre de 2018.

Doris también la describe como un ratón gris que nunca hacía desorden y seguía resolviendo los ejercicios sin dejarse distraer, mientras los compañeros hacían de holgazanes.

Sin duda, desde el uso de razón, el comportamiento de la pequeña Kasner ya demostraba que la vida en la cercanía del bosque le había deparado un temperamento introvertido y melancólico, exteriorizado en su predilección por el silencio, la reserva y una altísima capacidad de concentración. Y la circunstancia de crecer entre adultos tan peculiares –los habitantes especiales del *Waldhof* y sus padres, piadosos y enérgicos sin

ser desafectos– había determinado rasgos muy precisos y duraderos de personalidad curiosa, sociable y precavida.

Pero tampoco era así que la mansedumbre le impidiera exponer sus puntos y preferencias ante Horst y Herlind. Un claro ejemplo en su búsqueda de posicionar sus temas en la familia ocurrió a mediados de 1962, cuando citó a sus padres en el salón de la casa para advertirles que no podían esperar de ella que al final del segundo grado trajera del colegio, sumando a las buenas notas, las apreciadas medallas de honor al mérito, repartidas por la rectoría a los alumnos destacados.

Angela se había percatado de que no ingresaría en la categoría de alumnos ilustres, porque en esa solo encajaban aquellos que hacían parte de la comunidad de pequeños socialistas, denominada Jóvenes Pioneros, a la que sus padres no le habían dado el permiso de pertenecer.

En la RDA, llamada por sus caudillos *paraíso del proletariado*, la organización de Jóvenes Pioneros era un semillero esencial para la ideologización comunista desde la edad temprana. De hecho, la misma era conocida también como la reserva de lucha del partido y estaba ideada de tal manera que hacer parte de ella les significaba a los niños gozar de una serie de privilegios y oportunidades de participación en actividades recreacionales y vacacionales a las que, de lo contrario, no tenían acceso.

La organización dotaba a los niños de uniformes a usar en ceremonias escolares especiales como la izada de bandera o la participación en los desfiles del Día del Trabajo, el primero de mayo. Así mismo, la comunidad de niños pioneros se orientaba hacia el cumplimiento de diez mandamientos propios, cada uno dirigido al desarrollo de lo colectivo por encima de la singularidad.

Aunque en apariencia no era obligatorio hacer parte de los pioneros, aquellos padres que no permitían a sus hijos enrolarse en ellos eran observados y visitados con mayor frecuencia por el aparato de seguridad del Estado con objeto de interrogarlos. Por su parte, los niños que no eran pioneros estaban, de plano, condenados al ostracismo velado, representado en trances como el que le había sucedido a Angela en la primera clase: haber obtenido las mejores calificaciones sin recibir el estímulo justo de alguna medalla de honor.

Después de la manifestación de su hija, a Horst y a Herlind les resultó bastante simple el entender que tal chicana era apenas el principio de una pronosticable cadena de humillaciones que podrían convertir la vida estudiantil en un infierno. Horst Kasner confesaría que:

Mi esposa y yo tomamos muy en serio el asunto. Reflexionamos acerca de que habíamos sido nosotros los electores de la vida en el oriente y, por tanto, nos correspondía, a nosotros, posibilitarles a los hijos una existencia sin demasiados obstáculos, por lo menos los que estaba a nuestro alcance poder evitar²⁰.

En consecuencia, los padres otorgaron a Angela el poder de decisión sobre si hacer parte o no de los pioneros y ella optó por el ingreso. Al final del segundo año lectivo comenzaría su colección de medallas de honor a la buena conducta y al buen rendimiento académico. Su determinación le abrió la puerta de la afiliación a su hermano Marcus desde 1964 y, cuando su hermana menor alcanzó la edad escolar, el tema de incorporación en el criadero de comunistas ya era un sobrentendido.

La benjamina, Irene Kasner, fue la única de los tres hijos de Horst y Herlind que nació en un centro hospitalario. Llegó al mundo el 19 de agosto de 1964, cuando la madre tenía 36 años y la primogénita ya había cumplido los diez. La dulce ocasión de tener que tratar con una nueva bebé en la casa y la decisión pragmática de hacer parte de los pioneros, inauguró para Angela un periodo de vida apacible marcado por la armonía hogareña y la aceptación de sus condiscípulos, que entretanto, ya le habían dado el sobrenombre amistoso de *Kasi*, derivado de su apellido paterno, Kasner.

Solamente a la hora del rendimiento en la asignatura de Educación Física, la chica tendría que afrontar desafíos que le harían experimentar el ridículo y la llevarían al límite de sus fuerzas.

CAPÍTULO CUATRO

SALTOS SOBRE SU SOMBRA

¡Spring! ¡Spring, Kasi! ¡Spring endlich! (¡Salta! ¡Salta, Kasi! ¡Salta de una vez!), coreaba a todo pulmón la camarilla de preadolescentes inseparables, de pie, una al lado de otra, destilando agua al borde de la piscina semiolímpica municipal. Más que animar, imploraban que su amiga Kasi Kasner reuniera el valor para dar el salto de tres metros, antes de que el minuterero del reloj de pared, posicionado bien a la vista enfrente del trampolín, marcara el fin de los últimos 120 segundos de la clase de natación.

En los anteriores 43 minutos, las chicas, unas tres o cuatro integrantes del estamento mejores amigas, habían superado el clavado obligatorio de modo consecutivo con más de veinte compañeros complementarios del curso quinto b de la Escuela Politécnica Superior, EOS, escuela secundaria. Ahora gritaban y sufrían porque calculaban que la hora terminaría en un fracaso mayúsculo para su amiga, a quien habían visto replegarse a un costado del trampolín, cediendo el turno de salto, una y otra vez, a sus compañeros hasta haber quedado sola sobre la plancha mirando, absorta, el agua azulada.

Cerca de treinta pares de ojos, con ellos los de la profesora, observaban la inquietante inacción de Angela –piel clara, delgada, vestida de baño y el cabello corto de color rubio caramelo enfundado en un gorro de licra–. Un minuto antes de que la profesora hiciera sonar el silbato indicando la conclusión de la clase, cuando parecía que ya todo había sucedido sin ella, Angela lo hizo. Superó la prueba ejecutando un modesto carpado de cuerpo doblado por la cintura y de piernas extendidas. Salió del compromiso y de la piscina a reunirse con su camarilla al mismo tiempo que el pitido de la profesora arreaba a sus alumnos hacia las vestidores.

La anécdota, contada y recontada por algunos condiscípulos y capitalizada por sus biógrafos, le ha servido a Angela en buena cantidad de ocasiones para hablar del tipo de valentía que posee:

Creo que soy valiente en los momentos definitivos. Pero siempre necesito de una notable cantidad de tiempo de calentamiento, porque antes de pasar a la acción, pienso y cavilo sobre todas las posibilidades existentes. En definitiva creo que no soy valiente espontánea. Prefiero y necesito reflexionar, previamente, acerca de lo que puede acaecer en consecuencia²⁴.

En su balance sobre el suceso del clavado ha pretendido dejar claro que lo importante, en su criterio, fue el haber superado el requerimiento en el intervalo previsto y no tanto

el haber necesitado casi tres cuartos de hora de calentamiento estático, puesto que ese monto de minutos fue lo que su mente necesitó para elaborar la reflexión sobre lo que pasaría si saltaba y lo que le acontecería de no hacerlo.

Lo que le habría acaecido de no haber saltado era cargar con las secuelas de un segundo fracaso en la asignatura de Educación Física en los primeros cinco años de escolaridad. El primer debacle había ocurrido a los once años, en el transcurso del cuarto y último curso del nivel elemental, al ser catalogada no apta para ninguna disciplina deportiva por los entrenadores oficiales del SED, durante una de las pruebas regulares de destreza, habilidad y fuerza física que realizaban a los jóvenes con el objetivo de identificar a los futuros exponentes nacionales del deporte.

En la RDA, un país obsesionado por el cultivo del deporte competitivo, rentabilizado como vehículo perfecto para el transporte de su identidad, resultar no apto para alguna disciplina corporal significaba la resta de varios dígitos en el resultado que más adelante definiría la admisión o el rechazo en los cursos del bachillerato académico, una vez concluida la escolaridad obligatoria al final del grado décimo.

Y no había meta que Angela tuviese más clara que la de obtener el título de bachiller, para luego, desde la universidad, emular el camino académico de sus padres, quienes también le habían inculcado ser practicante de la religión evangélica. Solo que a diferencia de Herlind y Horst, que fueron criados en épocas y ambientes en los que ser cristiano era casi obligatorio, la primogénita se acogió al rito de la confirmación cuando el rechazo a la devoción alcanzaba uno de los puntos más álgidos en la RDA.

Angela tenía doce años y medio cuando el punto de inflexión con respecto a la sociedad atea germanosocialista la condujo a una encrucijada, de la que salió usando su talento y capacidad de adaptación.

Con el fin de lograr la aprobación social y el puntaje necesarios para hacerse a una buena posición en el colegio, en adelante, la naciente señorita seguiría una táctica de cuatro aristas: mantener bajo reserva su fervor religioso; compensar su escasísima soltura física por la excelencia en su rendimiento en las asignaturas de Matemáticas, Ciencias, Alemán y Ruso; incrementar su utilidad destacándose, por encima del promedio, en otras variantes de disciplinas competitivas; enlistándose a partir de los catorce años en el movimiento de la *Freie Deutsche Jugend* (FDJ), o Juventud Libre de Alemania, el capítulo avanzado de los Jóvenes Pioneros.

“¡Niña, mira a los ojos!”

La sede principal del Instituto Politécnico Superior, ubicado en el número 2 de la calle Seestraße, a un kilómetro de distancia del centro de Templin y a dos de su casa en el *Waldhof*, fue el escenario en el cual Angela se labró el camino hacia su primer diploma académico. El trayecto de educación secundaria comenzó en el quinto grado y terminó al cabo del duodécimo, justo antes de que cumpliera diecinueve años de edad.

La edificación a la que acudió ocho anualidades, de lunes a sábado, había sido construida en 1910 por mandato del emperador Guillermo II de Alemania, bajo su sello cultural de levantar colegios señoriales y perdurables, de paredes hechas de la mejor clase de ladrillos caravista rojo brillante que, incluso, resistieron un grave incendio en 1945. Esos antepechos encarnados eran el único vestigio visible del antiguo liceo Johann Wolfgang von Goethe en la agrisada Templin de la RDA, donde había sido rebautizado como Escuela Politécnica Superior. El nombre hacía referencia al modelo educativo del socialismo, que perseguía la instrucción teórica de sus escolares combinada con la enseñanza práctica del valor del trabajo, las materias técnicas y participación en actividades comunitarias. En ese contexto no era otro sino el idioma ruso el que se inculcaba en la categoría de primera lengua extranjera, de aprendizaje obligatorio desde el comienzo hasta el final del bachillerato. De esa forma, el magisterio atendía la aspiración exaltada de Walter Ulbricht de profundizar la hermandad con el pueblo de la protectora Unión Soviética.

En septiembre de 1966, la transición de Angela Kasner del quinto al sexto grado coincidió con el inicio de los preparativos para el homenaje de la RDA al ideólogo comunista, Vládimir Illich Uliánov, Lenin, a propósito del primer centenario de su nacimiento, que se cumpliría el 22 de abril de 1970.

Los cuatro años de previsiones estaban al servicio de posibilitar la inauguración de obras, desfiles multitudinarios y la participación en eventos conmemorativos de alrededor de dos millones de jóvenes estudiantes y escolares adolescentes que, para entonces, deberían dominar la lengua rusa como la suya propia.

En ausencia forzosa del homenajeado, Walter Ulbricht quería deslumbrar, por encima de todos los personajes del momento, a Leonid Brézhnev, quien dos años atrás, el 20 de octubre de 1964, se había apropiado del encumbrado cargo de secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética. Para lograrlo, el ucraniano había asestado un golpe político a su otrora benefactor, Nikita Krushev.

En los colegios de donde saldrían los recitadores de la retórica de Lenin, todos los alumnos recibían clases de ruso, pero no todos eran buenos en la materia. Por lo tanto,

la tarea de los profesores era reconocer y fichar a los brillantes y pulirlos cual diamantes. Esa era la misión de la docente Erika Benn en el Politécnico de Templin.

Por entonces de veintinueve años, la maestra Benn dirigía el club de ruso que entrenaba a un escogido grupo de estudiantes para su participación en las olimpiadas del idioma a nivel colegial, intercolegial, regional y nacional. De tener suerte, aquellos alumnos que se impusieran en las olimpiadas nacionales partirían con honores a representar a la RDA en los certámenes finales, nada menos que en Moscú.

Cuenta Erika Benn que al comienzo del año lectivo 1967-1968, durante alguna pausa, una colega le recomendó echarle un ojo a la alumna Angela Kasner, del grado séptimo, porque era muy buena, aunque tímida. Benn siguió la pista, se percató del potencial de la adolescente y la invitó a hacer parte del club de ruso. Los elegidos entrenaban en horario extracurricular una vez a la semana, muchas veces durante la



tarde del domingo en el apartamento de la docente.

Erika Benn, docente de la asignatura Ruso. Fue profesora de Angela Merkel durante cinco años en el Politécnico Superior de Templin. Crédito: Óscar Pizano, septiembre de 2018.

—Me convertí en su tutora cuando ella entraba en la pubertad, circunstancia que no se le notó nunca. Angela era responsable, trabajadora, aprendía rápido el vocabulario y la gramática. Hablaba fluido y leía con buena entonación. No era un prodigio pero tenía madera y eso contaba.

No obstante, algunos ademanes y rasgos de comportamiento en la interacción de la chica con sus contrapartes, durante los entrenamientos, turbaban y molestaban a Benn.

—Angela era una de aquellas personas que persisten en esconderse siempre. En las formaciones de grupo no quería integrar la primera fila sino la tercera o cuarta, a pesar de no ser de las más altas. Se sentaba desgarbada y jamás tomaba la iniciativa. Y lo peor era que no podía o no quería mirar a los ojos. Sostener la mirada le era imposible. Y eso sí que restaba puntos en las competencias. A mí me interesaba el triunfo de los integrantes de mi club, por eso en repetidas ocasiones fui dura con ella. Le hablaba así: "Angela, repite el texto, ¡mira a los ojos! ¡Sostén la mirada, no la bajas! ¡Tienes que mirar a los ojos cuando hables! Vamos, otra vez, ¡mírame a los ojos!. Y sonrío un poco, ¡por favor!" Le repetí la instrucción hasta que aprendió a levantar el rostro y sostener la mirada ante su interlocutor. Costó trabajo, pero bueno.

—¿Le ha agradecido alguna vez su exalumna, la canciller Angela Merkel, su grano de arena en el tema de vencer la timidez y haber aprendido a interactuar en público? — le preguntamos.

—¡Qué va! —responde la maestra entre risas—. Además, no es necesario. Los maestros somos los segundos padres de nuestros alumnos. No hacemos nuestra labor esperando agradecimiento por todo. Así no es. Además, Angela no es la única exalumna destacada de la ciudad. Tenemos muy buenos profesionales egresados del Politécnico que fueron mis alumnos. Los hay médicos, dentistas, administradores... gente talentosa y valiosa. No me gusta encumbrar solo a una. ¡Ni más faltaba!



Angela Merkel con compañeros de colegio y su profesora de Ruso, Erika Benn, en el grado noveno de bachillerato, Politécnico Superior de Templin, 1970. Foto: cortesía de Erika Benn.

Un bonito gesto de decencia, como Benn lo llama, le dedicó Angela, muchos años después de haber egresado del colegio, al ofrecerle disculpas por un contratiempo de tinte político que la profesora aguantó por cuenta de su dedicación a ella, la hija del pastor.

Relata la maestra que un día de 1969 al regresar al colegio satisfecha por el triunfo en las olimpiadas regionales de Angela y otra alumna de nombre Sybille Holzhauer, hija de un médico, fue citada a una asamblea del partido comunista. En la reunión en lugar de recibir elogios, cosechó reproches intimidantes.

—Me dijeron, amenazantes, que no tenía ningún mérito fomentar a hijas de curas y médicos, en lugar de promover a los hijos de obreros y campesinos. Pensé que me desmayaría en el acto. Fue un golpe duro. En la RDA un par de recriminaciones de esa talla podían acarrearle problemas serios. Además era injusto. Yo misma soy hija de obreros y no conduje al éxito a las chicas por su procedencia sino por su talento.

La profesora se consoló contando, precavida, el incidente a algunos padres de familia. Dieciséis años más adelante, en 1986, organizó un encuentro con los participantes de su antiguo club de ruso, al que acudió Angela, por entonces ya doctorada en Física y empleada en la Academia de las Ciencias de Alemania oriental en Berlín.

—En medio del reencuentro, Angela se acercó y me dijo, entre seria y triste: “*Frau Benn*, sabía desde hace tiempo que tuvo problemas por mí. Lo lamento, sinceramente. Muchas gracias por todo”. Fue un detalle valeroso. Todavía estábamos en la RDA, donde hasta las paredes escuchaban lo que se hablaba².

Erika Benn fue tutora de Angela por espacio de cuatro años, desde el séptimo hasta el undécimo grado. En ese periodo, su pupila se hizo una buena cantidad de medallas y ganó la participación en las competiciones colegial, intercolegial, municipal y regional. El triunfo en la regional le aseguró hacer parte del grupo que viajó a competir en Berlín en 1970.

Regresó de la capital cautiva detrás del Muro a Templin sin galardones. Por esta razón, su nombre nunca figuró en la nómina de los colegiales competidores que viajaron a Moscú a medirse con los pares de Polonia, la entonces Checoslovaquia, Hungría y Bulgaria. La hija del médico, Sybille Holzhauer, tampoco obtuvo el pase para ese torneo internacional.



Diploma de participación en las olimpiadas regionales de ruso, 1969. Junto con tres compañeras más Angela Merkel obtuvo el primer puesto. Crédito: Óscar Pizano, septiembre de 2018.

Fiebre de baile solo en su mente

A las chicas Kasner y Holzhauer, ambas por entonces de dieciséis años, les significó poca cosa no haber clasificado a Moscú, porque, entretanto, el ruso no era la única disciplina en la que sobresalían. Asimismo, la adolescencia bohemia se imponía sobre las ambiciones patriotas, sobre todo en Holzhauer; muchacha alegre y fiestera cuya energía alegraba a la hija del pastor, siempre mesurada e introvertida.

De otra parte, por esos meses, la generación a la que pertenecían apenas se reponía de la desorbitada carga de rimbombantes homenajes con los que la dirigencia le había demostrado a la Unión Soviética su culto por Lenin. Al respecto, el escritor Günther Kotte atestigua que los adolescentes de la RDA habían quedado tan saturados por la sobreexposición de Lenin en 1970, que en lugar de admirarlo, lo habían odiado y que ese odio se habría de convertir en aliciente emocional de la rebeldía contra el encierro, al que habían sido condenados cuando eran niños²³.

Tendría que transcurrir todavía una década de incubación antes de que aquella generación, o buena parte de ella, rescatara su futuro, protagonizando la Revolución Pacífica que contribuyó a derribar el Muro de Berlín y sus prolongaciones de alambradas, sensores, perros y guardias asesinos alrededor de la frontera entre las dos Alemanias.

Mientras tanto, el vigor natural de la juventud impedía que los jóvenes se nutrieran solamente de resentimiento, sino también de sus sueños y de la miscelánea de placeres asociados al deseo de diferenciarse del resto de gente, sobretodo, de los adultos.

Nuestra protagonista, por ejemplo, soñaba con convertirse en una patinadora profesional. Anhelaba poder hacer todo tipo de piruetas sobre el hielo. Deslumbrar en las pistas de luces al ritmo de la música americana grácil, ligera y sensual, como lo lograba la californiana, Peggy Fleming, campeona olímpica en 1968. O moverse por las pistas, elegante e imponente, como la soviética, Irina Rodnina, campeona mundial en 1969 y de nueve campeonatos más hasta 1978²⁴.

Está comprobado que, en el terreno de la realidad, Angela nunca hizo el intento por acercarse a una pista de hielo a escenificar una pieza musical realizando giros, saltos o acrobacias. Es más, ella nunca aprendió a mover el cuerpo al compás de la música. Asistía a las fiestas colegiales para conversar y mirar cómo los compañeros se extasiaban de la música y el baile. No estar en la misma onda con ellos la frustraba. Así se lo confesó a Campino, el vocalista líder de la banda roquera Die Toten Hosen, de Düsseldorf, durante una charla excepcional en 1994.

En las fiestas me entristecía el hecho de no poder entrar en la música y dejarme llevar por ella. Fui la persona que comía maní mientras el resto bailaba. Yo envidiaba a mis amigos, porque a ellos les resultaba de lo más natural escuchar música y al tiempo realizar otras actividades. Eso me parecía lo máximo, precisamente porque es algo que todos los jóvenes pueden hacer y a mí nunca se me dio²⁵.

Harald Löschke, uno de aquellos muchachos que hacía parte de los envidiables, aportó al retrato de Angela el apunte mordaz de que ella era bastante conocida en el colegio, “sobretodo, porque pertenecía al grupo de las que no había dado ni recibido el primer beso en todo el bachillerato”²⁶. Después de incurrir en la mordaz infidencia, Löschke ganó más fama en Alemania que por su trabajo de comisario mayor de la Policía de Templin. Especialmente, porque la revelación obligó a Angela a referirse al asunto en los primeros años del siglo XXI, cuando la población de la República Federal indagaba y quería conocer todo sobre el pasado de la enigmática mujer que había llegado del oriente a instalarse en la política de Alemania y de Europa.

“En materia sentimental me desarrollé lentamente. En Templin tuve amores platónicos y nada más. Ningún noviazgo o similares. Durante mis estudios en Leipzig me enamoré por primera vez”, reveló, confirmando el aviso de su excompañero Löschke sin pronunciar su nombre²⁷.

A punto de perderlo todo

De veras que faltó muy poco para que la mudanza a la ciudad donde Angela había resultado admitida como estudiante de Física se frustrara, por cuenta de un brote intempestivo de insurrección protagonizado por ella y su clase contra las autoridades del colegio en las últimas semanas del bachillerato.

Corrían los primeros días del mes de abril de 1973 y el curso duodécimo b tenía el encargo de organizar el evento cultural de despedida del plantel, que tendría lugar ese mismo mes, antes de que comenzara el periodo de exámenes finales. El grupo de alumnos no se entendía bien con el tutor, un profesor de nombre Charly Horn, a quien reprochaban, entre otras falencias, no haberles dedicado el suficiente tiempo de preparación para las pruebas, por lo que, en masa, decidieron vengarse de él negándose a estructurar el proyecto cultural. La conducta de los escolares llegó a oídos del rector del colegio, Bernd Birbaum, quién amenazó a los chicos con suspenderlos de la institución antes de la graduación.

Angela, quien resultó ser una de las cabecillas del levantamiento, ofreció su casa a los compañeros como sitio de reunión para las deliberaciones sobre la situación. Al enterarse del motivo del continuo ir y venir de colegiales por el *Waldhof*, sus padres, alarmados, lograron hacer entrar en razón a su hija y compañeros sobre las consecuencias nefastas que les traería salir del colegio expulsados y sin haber presentado los exámenes finales. Los colegiales decidieron acatar la norma de organizar el evento cultural, cuyo libreto armaron en conjunto y mantuvieron en secreto de los adultos.



Liceo de bachillerato Escuela Politécnica Superior de Templin, institución donde Angela Merkel obtuvo el grado de bachiller. Crédito: Óscar Pizano, septiembre de 2018.

El 17 de abril, en el aula magna de la institución, la muchachada presentó un programa que resultó ser más problemático que su objeción inicial. Este constaba de varios puntos subversivos, como la recitación de un poema en el que renegaban del Muro y la interpretación del himno La Internacional Socialista en inglés, el idioma de los enemigos del socialismo. Con ello, armaron un escándalo mayúsculo que trascendió los linderos del centro educativo y se expandió por toda la ciudad de Templin. La expulsión era inminente²⁸.

Horst Kasner, quien había estado presente durante la provocación, organizó una reunión extraordinaria de padres de familia cuya tarea fue la de implorarle al director que perdonase a los chicos. No había tal. El director se mantenía inflexible, entre otras razones, porque entre el público que había asistido al evento se encontraba una inspectora de la Secretaría de Educación, a su vez funcionaria del partido, y ella exigía la expulsión.

Desesperado, el pastor acudió a los buenos oficios del obispo, Albrecht Schönherr, el mismo que lo había sacado de la vereda de Quitzow y llevado a Templin en 1957. Schönherr dirigió una carta al director para asuntos de la Iglesia del Comité Central del Partido Comunista, con la petición de que la amonestación sucediera a una investigación y evaluación justas de las razones del comportamiento de los jóvenes, de conducta intachable hasta ese momento.

Mientras el pastor abogaba por ellos, el conjunto de alumnos se había declarado responsable del atrevimiento, declinando nombrar a los cabecillas, que eran menos de diez. El cierre de filas de los alumnos significaba que, de persistir en la sanción, el rector tendría que expulsar a todos los integrantes del curso, entre los que había hijos de funcionarios incondicionales al sistema.

Finalmente, el 8 de mayo de 1973, los estudiantes recibieron una comunicación por escrito en la que eran recriminados por su comportamiento y reprochaba el haber manchado el nombre de la institución, traicionado los principios del socialismo, amén de las normas y del orden comunitario. Al final de la misiva se leía una frase que expresaba que el contenido de la amonestación no sería incluido en las actas de grado. Tal oración indicaba que los diez secuaces y veinte compinches se habían salvado.

Quién no se libró fue el tutor y profesor Charly Horn. A él también le llegó un memorial de reconvenciones por su descuido, ausencia de liderazgo y nula vigilancia de la tropa a su cargo. Para él, el escándalo derivó en la degradación y traslado a un colegio de menor rango que la Escuela Politécnica de Templin. Por esa razón, Charly

Horn, quien sigue viviendo en Templin, odia a Angela y desprecia con brusquedad a todo el que lo aborde para hablar de ella.

Secuelas menos dramáticas, pero al fin y al cabo duraderas, le dejó a Horst Kasner el sorprendente desdoblamiento de carácter de su hija. Tanto que seguía hablando de ello en su vejez: “Angela fue una chica dócil y dependiente de los ambientes armónicos. Ese percance fortuito fue el único brote de rebeldía que le conocí. Lo recuerdo como la primera y única vez que ella se portó desafiante de la autoridad”²⁹.

Para la implicada, la acción fue una pilatuna colectiva que se fue creciendo hasta divertirlos y unirlos a todos y desembocó en una marrullería extravagante:

De repente fuimos objeto de hostigamiento exagerado. Llevaron el tema al límite de recriminarnos por cómo hablábamos o por llevar ropa del occidente, se metieron con nuestras familias, etcétera. Afortunadamente mis padres y el resto de padres impidieron que todo el potencial de odio inculcado desde el Partido y desde el aparato de la STASI –Ministerio para la Seguridad del Estado– se desplegara contra nosotros³⁰.

Adiós al Waldhof

Resuelto el *affaire*, Kasner y sus compañeros clausuraron el bachillerato y su periodo de vida juntos con una excursión mochilera de una semana a bosques y lagos vecinos, de la que la jovencita del bosque regresó a su casa con la experiencia de haber aprendido a fumar y el recuerdo de tremendas resacas que la hicieron dudar de volver a beber una sola copa.

Ya había cumplido diecinueve años y tenía en el bolsillo el certificado de notas cuyo cómputo daba 1, la mejor nota que podía alcanzarse.

Permaneció en la casona *Fichtengrund* por espacio de dos semanas, hasta finales de julio. Entonces, se despidió de su hermano, Marcus, de dieciséis años, que desde el noveno grado escolar se perfilaba como el mejor en Física y Matemáticas. Se despidió de su hermana, Irene, de nueve años, quien repetía sus pasos caminando hasta el plantel elemental del bosque. Se despidió de los habitantes especiales del complejo, que ya no eran 222 sino 350, de los cuales conocía a muchos tanto como se conocía a sí misma. Se despidió de sus padres, Herlind, de 45 años de edad, quien todavía seguía enviando solicitudes de empleo a la Secretaría de Educación de Templin, y de Horst, de 48 años, dirigente espiritual de la ciudadela y del colegio pastoral.

Las recomendaciones materna y paterna habían cambiado. El día del abrazo y el traslado de maletas hasta la única carrilera de la estación de trenes, Horst le dio la lección sobre qué decir y qué hacer cuando se diera el caso de que agentes del Ministerio para la Seguridad del Estado, STASI, la abordaran para convertirla en informante, como lo hacían con el 99 por ciento de los jóvenes.



Aspecto de las fachadas del municipio de Templin antes de la reunificación. Archivo particular.

Angela recitó: “Soy demasiado tímida como para preguntarle cosas a los otros. Me confundo con los nombres y no se disimular. Si alguien me hace una pregunta, yo respondo con franqueza. No soy buena en guardar secretos”, sería la respuesta entrenada³¹.

Nadie, ni sus padres, ni sus hermanos, ni ella misma podían imaginar lo que le sucedería el día que pronunció esas mismas frases ante los verdaderos espías de la STASI.

CAPÍTULO CINCO

EL DUEÑO DE SU APELLIDO

Angela Kasner había sido admitida en dos universidades, cada una en una ciudad diferente, y escogió Leipzig porque no era Berlín. La capital estaba demasiado ligada a la biografía de su padre como para interesarle. Aunque amaba a Horst, o precisamente por cuánto lo amaba, trasladarse a la misma urbe donde había transcurrido buena parte de su historia juvenil se le antojaba contradictorio con la idea del propio camino y la representación mental de la vida universitaria que perseguía. Además, en Berlín residía su abuela paterna, Margarethe, en cuya casa habría tenido que alojarse por cuenta de la poderosa e imbatible lógica del ahorro de su estirpe germana. Aquella circunstancia amenazaba seriamente la liberación de la patria potestad de sus padres.

Ella quería estar lejos de Horst y Herlind sin altercar con ellos, por lo que el presentimiento de que los padres seguirían presentes en su rutina, representados en las atenciones de la abuela, el orden de su hogar y el confort de tener que recorrer pocas estaciones en metro desde la casa de esta –en el barrio Pankow– hasta la Universidad Humboldt –en la Avenida Unter den Linden–, le avizoraba un conflicto de nudo ciego que solo era evitable descartando la capital de antemano.

La célebre Leipzig, en el nororiente del país, le tendía las dos manos a sus planes de emancipación y afán por habitar algo más que una provincia. Por un lado, se encontraba a la distancia de tres horas de camino en tren hasta Templin. Por el otro, la urbe tenía un estatus de ciudad ilustre por ser recinto ferial de libros e imprentas desde 1165, su finísima tradición musical asociada a Johann Sebastian Bach, Richard Wagner y Mendelssohn Bartholdy, a lo que se agregaba la bendición de haber sido acariciada, a perpetuidad, por Johann Wolfgang von Goethe en las páginas de *Fausto I*.

El entorno de la bachiller no sería el de las lucubraciones filosóficas en los alrededores del sótano de Auerbach, sino la cátedra en el imponente edificio de la Universidad Karl Marx, donde, a principios de octubre de 1973, su nombre ya figuraba como estudiante de primer semestre de Física, la facultad con mayor renombre en el campus. El desafío para el que se había alistado era enorme, teniendo en cuenta que su enlace con la ciencia natural se había dado más por conveniencia que por vocación. En realidad, Angela habría preferido estudiar Pedagogía y ser profesora, como su madre, pero descartó la idea en el bachillerato al tomar conciencia de que en la RDA ser maestro significaba ser doctrinador del socialismo y, por ende, las plazas universitarias para la disciplina estaban clasificadas para los corderos más devotos del sistema. En cambio, la

admisión para estudiar Física dependía en gran medida de las buenas notas, y Angela tenía las mejores. Pragmática y cerebral, la chica agarró lo que le daban y se convenció a sí misma de que era lo mejor.

Opté por la Física porque me asignaron una plaza para estudiarla. A pesar de que no siempre me resultaba fácil entenderlas, las teorías científicas me llamaban poderosamente la atención. Concentrarme en el estudio de la ciencia me abría las puertas al entendimiento hondo de la Teoría de la Relatividad de Einstein. También me apasionaba la idea de llegar a comprender cómo trabajó el equipo de Robert Oppenheimer, constructor de la bomba atómica. Era un mundo nuevo que valía la pena explorar.

Tan nuevo era todo que los primeros meses, en la facultad y en la ciudad, los pasó en solitario. El foco de su monotonía estaba en las aulas, los laboratorios y la biblioteca. El reto de aprobar con éxito el exigente plan de estudios absorbía su energía hasta el extremo de marginarla del discurrir en la ciudad. Con excepción de la atención formal y distante que le prestaban los catedráticos, nadie más reparaba en la provinciana. Su acontecer era descolorido y mucho menos grato que en el refugio arbolado de Templin, donde había sido alguien.

También sucedía que Angela había subestimado el contexto de Leipzig, por esos tiempos el segundo centro urbano más importante de la RDA. A primera vista, la ciudad se presentaba menos tensa y politizada que la capital, pero en verdad era un claroscuro social infiltrado de cabo a rabo por el Aparato de la Policía Secreta, STASI, con sobrado quehacer en las fases continuas de preparación y realización de la feria del libro, evento que atraía a multitud de intelectuales de todas las nacionalidades. Libreros, escritores, críticos, editores y periodistas le abonaban a la ciudad bocanadas de aire libre y crítico que los agentes encubiertos de la STASI contenían. En el mejor de los casos, vigilaban e intimidaban al público. En el peor, lo arrestaban.

El fenómeno masivo y grandioso de la lectura, sumado al ejercicio minucioso y sistemático de la burocracia de observación preventiva, repercutía, para su desgracia, en el comportamiento de los natales, haciéndolos desconfiados y huraños. En ese caldo agrio de cultivo de la sospecha generalizada, no solo a Angela, sino a cualquier forastero le resultaba poco menos que imposible el construir amistades ciertas.

Soledad compartida

El desamparo también rondaba a Ulrich Merkel, un chico nacido en 1953 en la minúscula provincia de Greiz, de la región de Turingia, en el sureste del país,

colindante con el rico Estado Federado de Baviera, al que él y toda su gente tenían prohibido aproximarse. Ulrich, descrito por sus compañeros de estudios como talentoso, afable, de carácter introvertido, conoció a Angela a mediados de 1974 en la biblioteca de la facultad. Ella cursaba el segundo semestre mientras que él ya completaba el segundo año de carrera. A él ella le gustó por su naturalidad y las afinidades de idiosincrasia.

“Angela era una chica tranquila, descomplicada, amaba la naturaleza tanto como yo. Compartíamos el afecto por nuestras familias, la vida llana del campo, los paseos por el bosque”, relataría Ulrich Merkel en 2004, treinta años después del inicio de la historia, en la única entrevista que ha dado sobre su versión de la relación con Angela.

Por ese entonces, el único obstáculo contra el principio de complementación de la pareja parecía ser la religiosidad de Angela versus el ateísmo de Ulrich. Más necesitado de afecto que la chica, el muchacho zanjó el estorbo anunciándole respeto por su espiritualidad e, inclusive, la posibilidad de convertirse al protestantismo en caso de que la relación creciese.

Durante varios años el vínculo amoroso los fortaleció a ambos por igual. Sostuvieron un noviazgo centrado en la ayuda mutua y el avance en los estudios. En la etapa del enamoramiento, la chica Kasner logró salir de su abstracción estudiosa e hizo avances importantes en el posicionamiento social más allá de las aulas. En compañía, los dos asistían a las reuniones del club universitario que organizaba un evento discotequero dos veces por semana. Ya que Angela no bailaba, mientras su novio se enfrascaba en las discusiones de grupo con sus conocidos, ella se atrincheraba detrás de la barra del local donde aprendió a preparar y a servir cócteles. Poco tiempo después se las ingenió para transmutar la actividad de ocio en la función explícita de ser la encargada de comprar los licores para las mezclas y de recuperar la inversión por medio de la venta de las bebidas.

Dos años después de conocerse, en agosto de 1976, una vez que la relación había atravesado el tedio de las noches de despedidas en la puerta, Ulrich viajó a Templin a pedir la mano de su novia al pastor Horst Kasner. El muchacho tenía veintitrés años y Angela, veintidós. La petición de mano obedeció al deseo de la chica de involucrar a sus padres en el proyecto de mudarse con su primer novio y hacerlo bajo la figura pudorosa del compromiso matrimonial.

De regreso en Leipzig, ambos ocuparon, en el sector de residencias universitarias, un piso de diez metros cuadrados compuesto por una habitación y una cocineta. Los apartamentos en la RDA carecían de cuarto de baño integrado, así que la pareja

compartía con vecinos de tres apartamentos más un rancio cubículo, ubicado en el rellano de las escaleras, dotado nada más que de un inodoro y un lavamanos.

Ulrich Merkel narró que el alquiler costaba veinte marcos por mes, suma que se repartían y extraían del monto de 190 del que disponían por concepto del subsidio estudiantil otorgado por el Estado. “Aportábamos diez marcos por cabeza para la renta. Nuestro mobiliario era espartano, consistía de una cama, dos escritorios y un armario. Eso era todo y más no alcanzaba. No era mucho, pero nos sentíamos cómodos”¹⁴.

Al final de agosto de 1977, los novios regresaron a Templin, esta vez a contraer matrimonio por lo civil y por la Iglesia. El matrimonio eclesiástico tuvo lugar en la capilla evangélica St. Georg, en la mañana del sábado 3 de septiembre. Angela asistió a su boda vestida con una bata sencilla de color azul cielo, su color favorito, y Ulrich, enfundado en un traje negro. Horst Kasner llevó a su primogénita al altar y no fue él quien ofició la ceremonia. Se trató de una boda austera de pocos invitados: la abuela Margarethe, la tía Emmy de Hamburgo, la madre Herlind, los hermanos Marcus e Irene, los padres de Ulrich, cinco habitantes especiales del *Waldhof* que conocían a Angela desde la infancia, dos compañeros de estudio de la pareja que hicieron las veces de testigos y una fila de pastores evangélicos amigos del padre.

Después del servicio religioso, los contrayentes registraron su matrimonio en la oficina estatal donde la joven adoptó el apellido de su marido y procedió a llamarse Angela Merkel para siempre.

Merkel y Merkel, un matrimonio en la era Honecker

En reflexiones retrospectivas acerca de su casamiento, Merkel y Merkel han revelado, por separado, que tomaron la decisión porque a las parejas unidas en matrimonio les era más fácil conseguir dos puestos de trabajo y un piso en una misma ciudad. Debido a que en 1977 Ulrich ya se alistaba para defender su tesis de grado y dejar la universidad, mientras que a Angela todavía le faltaba el trayecto de un año de estudios, la cuestión de seguir juntos dependía de acomodar las circunstancias de tal forma que la burocracia los reconociera como un binomio inseparable.

Por cálculo demográfico, la política para la familia de la RDA era generosa. El sistema prefería a los casados sobre los solteros, a modo de impulso al crecimiento de la llamada familia socialista: padres y madres trabajadores, repobladores del territorio trayendo hijos al mundo que, a su vez, fijaban los pies de sus padres en el terreno comunista. Los bombones que repartía el Gobierno a los casados no solo consistían en la adjudicación de apartamentos y plazas laborales, sino también créditos sin intereses

para compra de vivienda y de mobiliario. Contraer matrimonio, entonces, era una suerte de negocio al que acudía buena parte de los jóvenes. No en vano, la edad promedio en que los germano-orientales se casaban oscilaba entre los dieciocho y veintitrés años de edad. En esa media estaban el señor y la señora Merkel.

Políticamente, Angela y Ulrich no eran fanáticos matriculados en la defensa del comunismo, pero tampoco pertenecían a la división de quienes sí se atrevieron a combatirlo, así fuera no recibiendo los bombones. La disposición recíproca de acoplamiento a las condiciones dadas, en los primeros años de su relación y matrimonio, tuvo mucho que ver con la buena comunicación existente entre la pareja. Ellos querían vivir para el avance de la ciencia y, por la ciencia, trataban de estar bien donde el destino los había puesto. De tal forma, ninguno de los dos hizo algún intento por abandonar la RDA. Aunque Angela sí guardaba como una póliza de seguro la posibilidad de poder hacer uso de su condición de ser la hija de un pastor llegado del occidente y haber nacido en Hamburgo para, en caso extremo, tramitar legalmente el permiso de salida del sector.

En la práctica, Merkel y Merkel se situaron entre los ciudadanos que preferían informarse de la situación del país, de la otra Alemania y del mundo, escuchando estaciones de radio occidentales a bajo volumen en la privacidad de su domicilio. Ambos desdeñaban hacer parte de grupos y células disidentes que se reunían clandestinamente al abrigo de la Iglesia y en los sótanos de algunas imprentas. La conspiración no estaba en el vocabulario ni de Angela ni de Ulrich. Ellos hacían parte de la masa de los que tenían miedo de sentir más miedo. A pesar de su juventud, ya eran lo suficientemente adultos como para darse cuenta de lo que ocurría con la gente cuyos nombres caían bajo la mirada inquisitiva de alguno de los 90 000 agentes oficiales del servicio secreto, agrupados bajo el techo del STASI, quienes ayudados por sus IM –cerca de 189 000 colaboradores no oficiales– alimentaban actas de antecedentes, comportamiento, planes e ideas del 95 por ciento de los 16,6 millones de habitantes de la RDA.

El sembrador de terror en esa temporalidad era Erich Honecker, el arquitecto de la primera generación del Muro de Berlín y su posterior perfeccionamiento, a quien en 1964, con la llegada al poder en la Unión Soviética de su camarada amigo, Leonid Brezhnev, se le habían dado las condiciones para imitar, con éxito, la usurpación del poder a Walter Ulbricht y hacerse al mando del partido y de la jefatura de Estado desde el 3 de mayo de 1971.

A su llegada al poder, a los 59 años, Honecker ya tenía un camino recorrido de veintidós años de experiencia en el manejo de la represión, el espionaje y la defensa en

los confines de Alemania oriental. También era experto conocedor de la psicología de una generación y media de adolescentes y adultos jóvenes, que podrían por la fuerza de su edad poner en peligro al régimen, porque había sido él quien había planeado y dirigido, desde su inicio en 1948, las organizaciones de Jóvenes Pioneros y Juventud Libre de Alemania, convirtiéndolas en el epicentro de la ideologización y vigilancia del Estado sobre sus subyugados desde temprana edad. “La personalidad de Honecker era perversa y compleja”, consigna el historiador alemán especializado en la reconstrucción de la historia de la RDA, Jens Giesecke.

Aspectos cruciales de su biografía como el haber estado internado durante ocho años, entre 1937 y 1945, en un campo de concentración nazi, no le impidieron, estando en el poder, concebir, planear y tener listos centros de concentración similares a los de la dictadura del nacionalsocialismo en diferentes provincias de la RDA, donde se tenía previsto internar a once mil civiles catalogados como detractores, en caso de que se sospechara del planeamiento de un levantamiento³⁵.

El plan de Honecker era perfecto. Las listas con nombres de los supuestos sujetos peligrosos que serían desaparecidos estaban dispuestas en las gavetas de la STASI con sendos detalles sobre el tipo de vida que llevaban, la gente que frecuentaban, sus rutinas y hasta de la comida que se servían.

Christian Dietrich, investigador integrante del equipo del proyecto estatal alemán *Esclarecimiento de la Verdad sobre la Dictadura Comunista*, explica que esos centros de asilamiento se diferenciaban de las cárceles regulares, donde pagaban condenas las personas a quienes se les había comprobado algún delito civil, penal o político, porque estaban proyectados para la retención y el confinamiento arbitrario y sin ningún tipo de soporte jurídico³⁶.

Tanto Giesecke como Dietrich proponen en sus investigaciones que Erich Honecker adecuó la logística de su plan, pero no llevó a cabo la fase ulterior de dar rienda a las desapariciones forzadas, previendo la confrontación irreparable con el mandamás soviético, Leonid Brezhnev. Se da por entendido que el líder soviético se hubiese enfadado porque le interesaba la preservación de los derechos humanos de los germano-orientales. La razón natural que habría asistido a Brezhnev sería la de rechazo a toda acción que amenazara el *statu quo* de la política de distensión y del desarrollo del comercio entre los bloques comunista y capitalista, a los que habían llegado las cuatro potencias mundiales protagonistas de la Guerra Fría tras arduos periodos de negociaciones en los años que siguieron a la construcción del Muro.

Después de la suscripción del Tratado de Berlín, el 3 de septiembre de 1971, entre Estados Unidos, Francia, Inglaterra y la Unión Soviética, Alemania occidental reconoció, en diciembre de 1972, la soberanía territorial de la RDA, pero no la existencia de una nacionalidad diferente a la alemana para los habitantes de ambas repúblicas. Por cuenta de ese hecho, con cláusula propia en el Acuerdo Básico de las Relaciones, firmado por los dignatarios de los dos países, todos los habitantes encerrados detrás del Muro seguían siendo ciudadanos de ambos sectores. Por ello, quienes lograban la fuga eran acogidos en el occidente e ingresados en el sistema como nacionales. El destino de los que no lograban la huida, pero la habían intentado, tampoco pasaba desapercibido.

De hecho, el 17 de septiembre de 1977, desde Bonn, capital de la República Federal de Alemania –RFA–, el canciller, Helmut Schmidt, autorizó una transacción de 500 000 marcos girados al gobierno de Erich Honecker por concepto del pago de rescate de noventa presos políticos prisioneros en cárceles regulares de la RDA.

Esa operación de rescate, registrada por la prensa occidental, no sería ni la primera ni la última de su especie. El historiador Jean Philipp Wölbern, autor de un sesudo volumen que explora y presenta con base en documentos oficiales el fenómeno de la compra de prisioneros a la RDA, sustenta que los gobiernos de los cancilleres federales Konrad Adenauer, Willy Brandt, Helmut Schmidt y Helmut Kohl desembolsaron un total de tres mil millones de marcos a los gobiernos de Walter Ulbricht y Erich Honecker, en contraprestación a la liberación de ciudadanos represados en cárceles por delitos políticos como planeamiento de fuga, encubrimiento de planes de fuga, crítica al sistema y espionaje.

Desde diciembre de 1962 hasta octubre de 1989, un total de 33 000 presos políticos alcanzaron la libertad y su salida del territorio comunista por medio del contrato de su venta al Gobierno federal. Las cuantiosas divisas fueron utilizadas para cubrir necesidades existenciales de la RDA. Pero, al tiempo, la consecución de dinero extranjero por ese medio desmoralizó, paulatinamente, a los mandos medios del aparato represivo y se convirtió en la primera grieta del Muro.²²

La grieta, empero, era invisible para los ciudadanos del común. En su condición de súbditos de una dictadura que manipulaba la información con fines propagandísticos y de lavado de cerebro, ningún habitante de la RDA, ajeno a los altos mandos del partido o de la STASI, conocía la realidad sobre el estado de la nación y todavía menos qué tipo de información se tejía, a sus espaldas, sobre su vida o de los planes macabros de Honecker de emular a los verdugos nazis cuando las circunstancias de un potencial levantamiento se lo indicasen.

A falta de información fiable, los habitantes adultos del sector se valían de la agudización de sus sentidos y de su intuición para sobrevivir en términos que emularan la normalidad. Progresivamente, a medida que intentaban escalar a mejores posiciones de trabajo o académicas, la gente era enterada, por la misma STASI, sobre el volumen de datos, referencias y reseñas que había logrado obtener sobre el individuo en cuestión, con base en los aportes de los colaboradores no oficiales, cuyas identidades fueron mantenidas en secreto durante todos los años de existencia de la RDA. Los oficiales le leían a la gente el contenido de sus expedientes con fines extorsivos y, por lo general, como antesala al intento de reclutamiento en su red de soplones por fuera de nómina, pero no obligaba a nadie a aceptar ser parte de ella. Quienes se negaban, sin embargo, tenían que dar por hecho que serían objeto de retaliaciones subrepticias que casi siempre tenían que ver con la obstrucción tajante de sus planes y proyectos estudiantiles o profesionales.

El historiador Holger Kulick, autor asociado a la Central Federal para la Educación Política de Alemania, explica que:

La STASI tenía poderes extraordinarios y cumplía un vasto espectro de funciones, todas dirigidas a la preservación del poder dictatorial. En el marco de la organización del régimen, dependía y atendía exclusivamente las órdenes de la secretaría general del Partido Socialista Unificado, SED, desde donde obtuvo licencia para espiar, observar, interrogar, interceptar comunicaciones, registrar viviendas, detener, arrestar y trocar trayectos de vida de los ciudadanos. En el argot popular era definida, en abstracto, como “la firma”; un ente que era temido y odiado por su inmensa capacidad de destrucción³⁸.

Con respecto a Angela, el peligro latente de un encontronazo con la STASI no se produjo durante el periodo de estudios universitarios. En el primer semestre de 1978, la finalización de la carrera sucedió sin contratiempos. Tal como había ocurrido con su esposo, el esfuerzo sostenido durante cinco años dio el fruto de poder egresar de la universidad con la nota excelente de 1 en la disertación de defensa del título. A los veinticuatro años de edad, el porvenir de una carrera brillante como científica y amante esposa parecía asegurado. Pero ambas circunstancias no recibirían la protección de su hado.

CAPÍTULO SEIS

VIAJE SIN RETORNO A BERLÍN

Quién iba a imaginar que fueron dos agentes de la policía secreta, STASI, los que empujaron a Angela Merkel a su destino de convertirse en una de las mujeres más poderosas del mundo.

Recién graduada de la universidad, en junio de 1978, ella no quería seguir viviendo en Leipzig y tampoco contemplaba la resquebrajada Berlín como sede de su vida profesional. Por eso, acordó con su marido buscar trabajo en la provincia. Ambos fijaron sus ojos en la pequeña ciudad de Ilmenau, en el estado de Turingia.

Erigida en los contornos de un lago en el valle del Ilm, rodeada de montañas y bosque, Ilmenau reunía todos los elementos que anhelaba encontrar el matrimonio Merkel. Sobre todo, su paisaje les resultaba familiar tanto a Angela como Ulrich, porque los espejos de agua constituían su esencia, tal como en las poblaciones de donde provenían. En esa ciudad, a 180 kilómetros al suroeste de Leipzig y a 414 kilómetros al sur de Templin, se encontraba en ese entonces una de las instituciones científicas más importantes de la región: la Universidad Tecnológica de Ilmenau, donde Angela aplicó al cargo de asistente científica en el Departamento de Física.

A comienzos del otoño del mismo año, ella acudió allí a su primera entrevista de trabajo. Llegó portando bajo su brazo la carpeta de certificados y diploma de grado que atestiguaban su excelencia. Pero en lugar de una conversación objetiva y profesional entre ella y el jefe de personal de la universidad, Angela fue sorprendida con un recibimiento que muchos años después describiría como fantasmagórico³⁹.

Por norma, en la RDA los departamentos de personal de las instituciones estaban integrados por funcionarios del SED, y el administrativo de turno de la universidad la tomó por asalto anunciándole que no era necesario que abriera su carpeta, porque él ya tenía listas sobre la mesa copias de sus documentos concernientes a: su recorrido académico, las calificaciones obtenidas en todos los ámbitos educativos –desde el colegio hasta la universidad–, distinciones escolares, constancias de su participación en los Jóvenes Pioneros y en la Juventud Libre de Alemania, observaciones escritas por sus tutores y datos de orden privado.

El funcionario manejó el encuentro de tal forma que Angela se diera cuenta que él sabía todo sobre ella. Y también de que disponía de una colección de anotaciones con

juicios de valor sobre su potencial de obediencia y lealtad al régimen, así como referencias puntuales sobre su estilo de vida, gustos y antipatías.

Él lo sabía todo. Como por ejemplo, si yo sintonizaba estaciones de radio de Alemania occidental, en qué ocasiones llevaba vaqueros americanos, o quiénes eran mis amigos. Incluso me dio a entender que de obtener el puesto de asistente científica no estaría bien visto que frecuentara la Iglesia⁴⁰.

Saltaba a la vista que Angela Merkel había sido observada por uno o algunos colaboradores no oficiales de la STASI, quienes, por la calidad de la información suministrada, necesariamente tenían que haber sido personas que, hasta ese momento, hacían parte del entorno más estrecho de la joven, no solo en Leipzig sino también en Templin.

El impacto amargo de esa revelación la sacó por un momento de contexto. Angela no podía creer que le sucedía algo comparable al contenido de la obra de ficción distópica *1984*, de George Orwell, que había leído justo antes de viajar a Ilmenau. La novela retrata una sociedad en la que cualquier mortal puede ser un espía, en la que ojos y oídos por doquier le informan de sus pasos y palabras a un Estado totalitario y represor, definido en el texto como el omnipresente Gran Hermano.

Constatar que había sido objeto de vigilancia no fue el único golpe que Merkel tuvo que resistir ese día. Después de la seudoentrevista, cuando se disponía a salir de la institución, dos hombres la abordaron en un rellano de la escalera. Se presentaron como funcionarios de la STASI y sin dar rodeos le preguntaron si estaría dispuesta a trabajar para ellos como colaboradora no oficial.

En ese trance, y como nunca antes, la joven recordó la recomendación que sus padres le hicieron una y otra vez al acompañarla a la estación de trenes de Templin antes de iniciar su vida universitaria: “Si la STASI te quiere reclutar, diles que eres muy tímida para averiguar la vida de los demás, que no podrás guardar el secreto de ser espía ni disimular, y que no crees que podrás fingir ni inventar respuestas”. No lo pensó dos veces antes de recitar la negativa y de su propia cosecha añadió que estaba segura de no poder mantener en secreto de su marido ese ni ningún otro tipo de asunto⁴¹.

En ese instante, Angela definió el rumbo de su destino. Después de un ademán frío a manera de despedida, los dos agentes de civil se perdieron subiendo por la escalera, y Merkel, impávida, alcanzó la puerta de salida consciente de que sus posibilidades

laborales acababan de reducirse dramáticamente, a causa de que su acta incluiría su negativa a espiar a colegas, amigos y familiares para la RDA.

En efecto, cuatro semanas después ella recibió la negativa oficial de la Universidad de Ilmenau a su solicitud de empleo. Con las manos vacías, y sin ninguna otra alternativa de trabajo, decidió con su marido no descartar más la posibilidad de buscar trabajo en Berlín, la ciudad a la que hasta entonces había evitado.

La élite científica y los lujos exóticos

En busca de ayuda, Merkel acudió al profesor Reinhold Haberlandt, uno de los directores de su tesis de grado en Leipzig, quien la recomendó ante su hermano, el científico Helmut Haberlandt, quien para entonces trabajaba en la Academia de las Ciencias de la RDA, la institución de mayor lustre en Alemania oriental.

La recomendación escrita de su director de tesis surtió efecto y a finales del otoño de 1978, Angela y Ulrich emprendieron el viaje sin retorno a Berlín. A ella le asignaron el cargo de auxiliar de investigación en la sección de Química Teórica en el Instituto Central para Química Física (ZIPC) de la Academia, mientras que Ulrich encontró una plaza como profesor en la Universidad Humboldt; poco tiempo después él también logró ingresar en la Academia, en el Instituto Central para Óptica y Espectroscopia.

Esos nombramientos posicionaron a los Merkel en la élite científica de la RDA, que aún en el socialismo gozaba de ciertos privilegios. El complejo científico contaba con una policlínica, un taller mecánico y una tienda de abarrotes en la que se podían comprar bananos durante todo el año. Esto suponía algo inimaginable para el resto de los habitantes del país, ya que el régimen no importaba frutas exóticas. Adquirir bananos al antojo era un verdadero lujo por lo escaso y costoso que era el producto.

La Academia de las Ciencias era un biotopo que proveía a los científicos, alrededor de 12 000, en su mayoría hombres, condiciones exclusivas para desarrollar al máximo su potencial investigativo. En el Instituto Central para Química Física trabajaban 650 personas, de las cuales 350 eran investigadores. La sección de Química Teórica contaba con ocho doctos, entre los cuales Angela era la única mujer.

En aquel biotopo ella desarrollaba con naturalidad su apremio por ser mejor que los demás, esta vez en el campo de estudio que le habían asignado. Bajo el manto de la investigación científica, creía estar a salvo de la presión de la STASI porque entendía que las directivas de la Academia la habían aceptado para desarrollar un trabajo solitario y no uno en el que tuviese que interactuar con otros investigadores o estudiantes.

Si bien en la Academia de las Ciencias también era posible doctorarse como en Ilmenau, ahí yo nunca entré en contacto con estudiantes universitarios. Desde la perspectiva del Partido Comunista era inofensiva en ese trabajo, porque no podía propagar mi creciente renitencia al sistema de la RDA.

Una vez solucionada la necesidad de trabajo, Merkel y Merkel se concentraron en el menester vital de conseguir un domicilio. Y al no encontrarlo, no tuvieron más remedio que invadir una vivienda.

En Berlín, en las décadas de los ochenta y noventa la oferta de apartamentos en alquiler era insuficiente para cubrir la demanda de los habitantes. Por lo tanto, muchos jóvenes optaban por instalarse sin ningún tipo de formalismos en espacios deshabitados que sus propietarios no utilizaban ni liberaban para el alquiler.

Angela se enteró de que un conocido de su padre mantenía inactivo un pequeño apartamento en el patio trasero del número 24 de la Marienstraße, una calle en el centro de la ciudad, cercana a uno de los tramos del Muro. “Allí nos mudamos con mi esposo, lo remodelamos, y posteriormente legalizamos nuestra presencia, abonando mensualmente una cuota de dinero en la oficina central de arrendamientos”, ha dicho.

Con el empleo y la vivienda asegurados, los esposos Merkel reunían las condiciones para disfrutar de una vida apacible, afianzada en los gustos mutuos y su dedicación a la investigación científica. Pero no transcurrió mucho tiempo hasta que la monotonía se apoderó de sus vidas.

El tedio de la cotidianidad

Angela seguía una rutina sin variaciones. De lunes a viernes, muy temprano, antes de las seis de la mañana, dejaba su apartamento, caminaba no más de un kilómetro bordeando el río Spree, cruzaba un puente y se dirigía hacia la estación Friedrichstraße, convertida desde la construcción del Muro en uno de los pasos fronterizos más relevantes hacia Berlín occidental.

Ella conocía muy bien la estación porque allí se hallaba el palacio de las lágrimas, *Tränenpalast*, apelativo que se le daba al pabellón de vidrio donde ocurrían las despedidas –no exentas de sollozos y lamentos– de los occidentales que volvían a su territorio tras visitar a sus parientes en el oriente. Durante la niñez, Angela había presenciado muchas veces como su madre les decía adiós, entre lágrimas de nostalgia e incertidumbre, a los familiares de Hamburgo.

Por la estación de Friedrichstraße transitaban varias líneas de metro y trenes suburbanos hacia otros destinos de Berlín oriental. En uno de los quioscos compraba el *Pravda*, el periódico oficial del Partido Comunista de la Unión Soviética, y bajo la mirada penetrante de cámaras de vigilancia, guardias y perros asesinos, Angela accedía a las 6:15 de la mañana al andén C y tomaba el tren en dirección hacia el suroeste de la ciudad, más específicamente al barrio de Adlershof, donde estaba ubicada la Academia de las Ciencias.

“Una pared de metal nos dividía de los andenes occidentales. Los perros guardianes ladraban constantemente. Todas las mañanas me sentía confrontada con la inhumanidad de la frontera interior alemana”, recordó Merkel en 2011, 33 años después, cuando fue invitada a inaugurar precisamente en ese sitio el museo conmemorativo del ritual de despedidas germanas.

Durante el trayecto de una hora Angela, leía y miraba el paisaje que recorría el tren suburbano, suspendido en algunos lugares, compuesto por edificaciones grises y desvencijadas, tramos del Muro, alambrados, puestos de control y escampados, todo bajo la estricta vigilancia de policías y soldados, que sumaban en todo Berlín un pie de fuerza de 12 000 hombres al acecho de cualquier intento de fuga.

En la duodécima parada, Merkel se bajaba en la estación de Adlershof, desde donde caminaba 800 metros en línea recta hasta la puerta de entrada del Instituto Central para Química Física (ZIPC) de la Academia, una tosca edificación de ladrillo terroso en la calle Rudower Chaussee. Siempre puntual, iniciaba su jornada laboral a las 7:15 de la mañana.

Día tras día, durante ocho años, se sentaba tras su escritorio de madera, calculaba en la teoría las constantes de velocidad de las reacciones de elementos como los hidrocarburos o analizaba a qué velocidad se deshacían las moléculas en un femto-segundo (la milbillonésima parte de un segundo) cuando un átomo de hidrógeno se divide de un radical de metano.

Para comprobar sus cálculos, la asistente de investigación interactuaba con la única supercomputadora rusa existente en el Instituto. Se trataba de un mamut lento, cuya memoria debía alimentarse con unas tarjetas perforadas, y que tras largas horas de procesamiento escupía una banda magnética con el análisis de los datos. Era un trabajo de relojería, milimétrico. La máquina se atascaba con facilidad cuando las perforaciones no eran exactas, situación que le sucedía a menudo a Angela pero también a sus colegas, con los que poco se comunicaba; su trabajo era solitario y repetitivo.

Tras cada jornada laboral desandaba los pasos y finalizaba el día en casa junto a Ulrich. Los esposos salían poco en las noches y casi nunca asistían a eventos culturales. Ulrich prefería el silencio y la calma del hogar al bullicio de la vida citadina. Mientras él creía haber llegado a la cima, Angela se aburría cada vez más.

“Recorrer todos los días el mismo trayecto me resultaba agobiante”, recordaría Merkel más adelante. “Todas las mañanas veía las caras de miedo o de resignación de los pasajeros mientras esperaban el tren. Los perros guardianes gruñían y ladraban sin cesar. El Muro crecía y se fortalecía”⁴⁵.

Su trabajo en la Academia de las Ciencias avanzaba con lentitud y tampoco la regocijaba. De hecho, un día le dijo a Ulrich que “ella no se veía a sí misma trabajando toda su vida como física”⁴⁶.

Además se sentía muy sola. A diferencia de su último tiempo en Leipzig, en Berlín su círculo social se había reducido a la monótona compañía del marido. Angela añoraba encontrar una válvula de escape a las cuatro paredes de la Marienstraße. Por eso se registró nuevamente como miembro de la Juventud Libre de Alemania (FDJ). El movimiento socialista brindaba a sus afiliados descuentos para el acceso a actividades culturales y de recreación. Quien no hacía parte de este grupo, simplemente quedaba aislado.

La decisión pragmática surtió el efecto deseado. “Allí al menos conocía gente joven, podía ir a teatro, etcétera. La opción me resultaba agradable, ya que mi primer marido era demasiado casero”, acotaría ella años más tarde⁴⁷.

Gracias a la participación en los eventos culturales de la FDJ, Angela se integró más con sus colegas de la Academia y cimentó un grupo propio de amigos, aquellos en los que sentía que podía confiar. En la primavera de 1981 pasó de usufructuar la oferta de actividades de la FDJ a colaborar activamente con el movimiento en la función de coordinadora cultural en una de sus sedes. Estando en ello, desarrolló su talento para organizar eventos, como fiestas, conciertos, presentaciones de libros y disertaciones sobre el acontecer político en la RDA y la Unión Soviética.

Satisfecha con sus nuevas tareas, además de las que había contraído con la decisión de doctorarse, Angela se percató de que la magia del enamoramiento se había diluido y que, tras cuatro años y medio de matrimonio, la relación con Ulrich ya no funcionaba más para ella. A comienzos de marzo de 1981 empacó maletas y lo abandonó. Semejante decisión tomó por asalto a Ulrich, tal y como lo relató años más tarde:

Ella no lo dialogó conmigo, simplemente me lo comunicó. Yo también sentía que la química entre nosotros ya no era la misma, pero no estaba preparado para ese desenlace. Sin embargo, aunque a nadie le gusta ser abandonado, nos separamos de forma pacífica. No había mucho que dividir. Ella se llevó la lavadora, yo me quedé con los muebles²⁴.

Más trascendente que aquel electrodoméstico, fue la determinación de Angela de conservar el apellido de su exmarido, con el que alcanzaría fama mundial. Por su parte, el hecho de ser el dueño del apellido de Angela condenaría a Ulrich a seguir indirectamente ligado a ella y a la persecución de los medios de comunicación a partir del momento en el que su exmujer descolló en la política.

“No has logrado nada”

Angela inauguró su vida de mujer separada pidiéndole a su profesor y jefe en la Academia de las Ciencias, Hans-Jörg Osten, que la dejase quedar unos días en su casa mientras conseguía una nueva vivienda. Allí pernoctó un par de noches. Luego repitió la receta con otra amiga, después pasó a la casa de otro compañero. “Su estado de trashumancia se estaba convirtiendo en un problema”, cuenta Osten:

Mi colega estaba en un aprieto descomunal. En su condición de mujer sola y separada, la posibilidad de que la agencia estatal de vivienda le asignara un piso era remota. Entonces, junto con otros amigos la acompañamos a romper el cerrojo de un apartamento inhabitado en el barrio de Prenzlauer Berg. Durante un fin de semana le ayudamos a pintar las paredes de blanco, e hicimos todo lo posible para que el sitio no se viera tan desvencijado como lo encontramos²⁵.

Por casualidad, la vivienda se hallaba en el corazón de una calle llamada Templiner Straße, conformada por nueve edificaciones desvencijadas, una escuela primaria de construcción prefabricada, un proyecto de parque público (la plaza de Teutoburgo), y una gasolinera. La composición y el ambiente de fachadas desgastadas, raídas y grises, hacían juego con el nombre de la ciudad donde había crecido y aún vivían sus padres.

El aspecto físico de la calle y del apartamento era lo de menos. Lo que más le importaba a Angela era tener un sitio para administrar su recién ganada independencia. Al cumplir los treinta años, el 17 de julio de 1984, recibió la visita de sus padres, a quienes les horrorizó la forma como vivía. De esa ocasión data el seco y fulminante reproche de su padre: “¡Angela, no has logrado nada!”, que ella ha calificado como la peor recriminación que ha recibido en su vida²⁶.

La reprobación de Horst espabiló a Angela y la condujo a reconcentrar sus fuerzas en el sentido del éxito. La hija del pastor no podía volver a fracasar.

En efecto, su siguiente decisión fue buscar con ahínco un apartamento en mejor estado. Consiguió el contrato legal de una vivienda remodelada en el número 104 de la avenida Schönhauser Allee, en el mismo barrio de Prenzlauer Berg, limítrofe con Pankow, el distrito donde vivía su abuela paterna, Margarethe. Su nueva vivienda estaba muy cerca del paso fronterizo de la calle Bornholmerstraße, donde antes de la construcción del Muro ella había visto por primera vez a los refugiados y que, en la década de los ochenta, era uno de los puntos más vigilados de la RDA.

En materia académica, su principal objetivo era el de terminar de escribir su tesis de doctorado en Fisicoquímica. El 8 de junio de 1986 defendió el estudio *Investigación del mecanismo de las reacciones de descomposición por ruptura simple del enlace y el cálculo de sus constantes de velocidad con base en métodos estadísticos y químicos cuánticos*⁵¹.

Señalan los entendidos que con su trabajo de doctorado, Angela Merkel hizo un aporte considerable al estado de las investigaciones teóricas de la época en el campo de la química física y de la estadística. Sin embargo, ella misma reconoce que por mucho que se esforzara no habría llegado a ser una autoridad a nivel internacional: “Creo que era una física notable, pero no una extraordinaria, jamás habría sido sospechosa de merecer un Premio Nobel, por ejemplo”⁵².

De ese tiempo de esfuerzo por sacar adelante su doctorado, data también el inicio de la relación con Joachim Sauer, su segundo esposo, cinco años mayor que ella, y por entonces un eminente profesor e investigador de la Academia de las Ciencias. Ella le dedicó un agradecimiento especial por la lectura crítica de las 153 páginas de su manuscrito.

En el ámbito académico era un secreto a voces que Angela y Joachim sostenían una relación amorosa, pero nadie ha podido confirmar si esta fue la que propició, en 1985, el divorcio de Joachim de su primera esposa. Lo cierto es que después de que ella se doctoró, ambos se presentaron ante sus amigos como pareja.

En la biografía de Angela, 1986 se destaca como un año de disyuntivas. Gracias a su nuevo título pudo ascender al cargo de investigadora en el Instituto sobre Métodos para Química Analítica de la misma Academia de las Ciencias, y ese año también se produjo su primera visita a Alemania occidental desde la construcción del Muro. Ella viajó a Hamburgo a finales del verano a la fiesta de matrimonio de una de sus primas, para lo cual había solicitado un permiso de salida temporal que fue tramitado por su jefe.

Angela no solo aprovechó el permiso para visitar a su familia materna, sino para conocer otras ciudades de la otra mitad del país que le había sido vedado hasta entonces.

Viajó sola y recorrió en tren la República Federal desde el Mar del Norte hasta Los Alpes. En la ciudad de Constanza se reencontró con un excolega que se había fugado de la RDA años atrás. Durante ese encuentro comprendió el urgente anhelo de libertad de muchos de sus conciudadanos. Pero, aunque ella le otorgaba la razón a quienes se fugaban, no contemplaba para sí misma la opción de huir y menos aún que su nombre ingresara en la abultada lista de fugitivos. Por eso, al cabo de dos semanas regresó mansa a Berlín oriental, donde tenía su trabajo, su familia y sus amigos. El hecho de volver no significaba que ella rechazara al occidente, sino las acciones ilegales: “Si hubiese existido la opción legal de elegir, claramente me habría decidido por Alemania occidental. Sin duda, ese era el modelo a seguir”³.

Así como ella, una buena cantidad de los 16,6 millones de germano-orientales se habían resignado a una vida detrás del Muro. Otros especulaban con formas de cambio y posibilidades de revolución. Cada quien, a su manera, intentaba encontrar ventanas propias y fuentes de oxígeno. Lo que harían para lograr respirar el aire de la libertad contribuiría a cambiar la historia de su país y del mundo.

CAPÍTULO SIETE

LA ÚLTIMA HORA CERO DEL SIGLO XX

Ningún caso le hacían el *rock* y pop internacional de los años ochenta al orden del mundo en la Guerra Fría, que solo entendía de enemigos o aliados, permisos o prohibiciones, canjes o traiciones. Los himnos de la década se colaban por cada rendija de la zona, viajando hacia los encerrados de mano en mano, en formato de aladino plástico portátil con dos carretes diminutos de cintas magnéticas, prontos a aparecer en cuanto los invocaran para hacerles concebibles los viajes más largos y darles fuerza durante el cambio del viento.

Un buen día, el sábado 6 de junio de 1987, los intérpretes y bandas David Bowie, Eurythmics y Genesis estimularon de tal forma a los jóvenes en el trozo socialista de Berlín, al punto que provocaron la primera manifestación de rebelión contra el Muro. La ocasión fue el concierto de festejo por los siete siglos y medio de existencia de la ciudad, en la Plaza de la República, a escasos 200 metros de la frontera occidental con el comunismo. El organizador, Peter Schwenkow, quería que la música burlara al Muro y para lograrlo dispuso que la mitad de parlantes fueran instalados en dirección al oriente. Al anochecer, la algazara de los concurrentes se mezcló con el ruido y las voces del público etéreo. Los prisioneros se habían acercado tanto como les era posible a la pared y disfrutaban de la actuación de sus ídolos, sin poder verlos.

“Amigos de Berlín oriental, les enviamos desde aquí nuestro caluroso saludo. Nos regocija vuestra presencia. ¡Este concierto y este *song* también son para vosotros!”, exclamó David Bowie, reemplazando el micrófono por un altavoz al introducir su tema *Héroes*.

La interacción de sus admiradores invisibles estremeció el ambiente. El roquero lo describió así:

Jamás lo olvidaré. Fue uno de los *performances* más emotivos y emocionantes de mi vida. Construimos el escenario de tal forma que el Muro servía de telón. Sabíamos que por lo menos algunos habitantes de la cara oriental nos escucharían, pero por el ruido y las exclamaciones nos enteramos que miles se habían congregado y nos seguían. Entendimos que dábamos dos conciertos simultáneos. Sentí que mi corazón se desgarraba cuando escuché la reacción al tema *Héroes*. Los coros de lado y lado se escucharon como una plegaria. Esa noche se trató de algo más que de tocar en un concierto.

Para los capitalinos orientales también se trató de algo más que cantar y vibrar. El saludo de Bowie y la interpretación del tema dedicado a ellos desató un frenesí de tan alto voltaje, que la Policía de Fronteras intervino con la orden de desalojo de las calles. En lugar de obedecer al instante, como estaban adiestrados, los reunidos se enfrentaron a los uniformados espetándoles en la cara el sostenido reclamo: *¡Die Mauer muss weg, die Mauer muss weg!* (¡Que caiga el Muro, que caiga el Muro!). El periodista Peter Merseburger, por entonces corresponsal de la cadena occidental de televisión pública ARD, fue testigo del desafío en Alemania oriental y registró el debut valiente de los jóvenes, contrastante con la actitud sumisa demostrada hasta ese momento.

La situación era novedosa. Las urbes del socialismo no estaban acostumbradas a aquellas formas de airada y frentera reacción juvenil. La policía se lanzó contra cientos de muchachos, golpeándolos con bolillo a diestra y siniestra, mientras ellos se dispersaban vociferando en contra de la reclusión. Al pasar por la Embajada de la Unión Soviética gritaban “Gorbi, Gorbi” invocando la ayuda del nuevo dirigente soviético, Michail Gorbachov⁸⁶.

En los días siguientes, los asesores de Erich Honecker en el Politburó de la RDA registraron el comportamiento de los muchachos en las calles como una evidencia del decrecimiento del temor ciudadano, capital producto de 38 años de política represiva al que el régimen no podía renunciar.

Con objeto de contrarrestar el hastío e inconformidad de los jóvenes, el comité central de la asociación Juventud Libre planificó emular la oferta cultural de Berlín occidental organizando, para su inicio en la primavera de 1988, una gama de conciertos de *rock* y *pop* que comenzó con la actuación de Depeche Mode el 7 de marzo de 1988. Ese concierto abrió una singular competición de recitales roqueros entre los dos sectores, de la cual participaron Joe Coker y Bryan Adams detrás del Muro el 1 y 6 de junio, seguidos una semana y media después por los de Pink Floyd y Michael Jackson en Berlín occidental. Los astros también dedicaron sus conciertos al público etéreo y nuevamente unieron acústicamente a las dos Berlín, una de las cuales experimentaría en el mes de julio la emoción superior de cobrarle un gol a la dictadura.

Desde su primera visita como turista en la capital socialista, en 1981, Bruce Springsteen, otro profeta del *rock*, había pedido a su agente que estudiara la posibilidad de obtener permiso para presentarse en la ciudad. Seis años y medio después, en el prefacio de la competencia de conciertos, el agente recibió noticias de Roland Claus, coordinador de la Juventud Libre, anunciándole que tendría luz verde para cantar en la capital socialista siempre y cuando accediese a tocar gratis. Springsteen aceptó.

A sus espaldas, los organizadores politizaron el evento al anunciarlo como uno más de solidaridad con el Frente Sandinista de Liberación Nacional de Nicaragua, liderado por Daniel Ortega, y lo programaron para el martes 19 de julio. Una vez en la ciudad, al percatarse del atrevimiento, Springsteen exigió que retiraran la propaganda de la entrada y del escenario construido en el velódromo del barrio Weißensee, donde lo esperaban cerca de 16 000 creyentes de su música desde la una de la tarde.

La periodista Cornelia Günther, licenciada en los idiomas inglés y ruso, fue la intérprete y guía del vocalista. Con su ayuda, Springsteen aprendió a pronunciar en alemán unas frases de saludo a los asistentes. “Springsteen quería establecer contacto con la gente, dejar un mensaje. Había pensado en mencionar al Muro, pero otras personas y yo le sugerimos que utilizara un vocablo menos específico”, narra Günther.

Y Springsteen habló:

Amigos, es agradable estar aquí en Berlín oriental con vosotros. Yo no estoy aquí a favor o en contra de algún Gobierno. Yo he venido a tocaros y cantaros el *rock-and-roll*, con la esperanza de que algún día todas las barreras sean derribadas.

La hilaridad del público, llegado de diferentes ciudades de la RDA, hizo catarsis al entender el mensaje. Los videos del concierto reviven a una multitud juvenil en éxtasis, enarbolando sin miedo improvisadas banderas de Estados Unidos cuando el jefe interpretó *Born in the U.S.A.*, pidiéndole más y más música, más energía. La banda tocó 36 canciones en tres horas y media. Muy temprano en la mañana del 20 de julio, su líder y el grupo abandonaron el país, pero su influencia se quedó.

Cornelia Günther, la traductora, testimonia que la presentación en vivo del roquero surtió el efecto de aumentar y no de saciar la necesidad de expresión libre en los jóvenes:

—Contrario a lo que pretendía el Gobierno con ese concierto, que era controlar el deseo de los muchachos de salir de la RDA para participar de sucesos de ese nivel, la actuación de Springsteen intensificó el sentido de pertenencia a una comunidad cultural mayor. También sucedía que la gente se había percatado de la política de reestructuración (Perestroika) y transparencia (Glasnost) de Gorbachov en la Unión Soviética, y progresivamente fue perdiendo el miedo a manifestarse. Una estética como la de Springsteen sin duda les abonó vigor.

Confidente por excelencia de la libertad, la música trabajaba codo con codo, pero todavía faltaban dieciséis meses de esfuerzos para la vuelta de página.

Los astros constelados

Silencio sepulcral supieron guardar una decena de asesores del canciller Helmut Kohl sobre el ataque de costado a la cortina de hierro que el visionario, entonces de 58 años de edad, gestionaba con paciencia desde su despacho en Bonn con la nueva generación de reformistas húngaros.

La comunicación entre Bonn y Budapest la lideraba, explícitamente, desde 1986, Horst Teltschick, consejero de seguridad y asesor político de Kohl. Su jefe estaba empeñado en reunir a su pueblo, por lo que ensayaba con ahínco jugadas de carambolas que le sirvieran al propósito: apoyaba política y financieramente al ala progresista del Partido Socialista Obrero de Hungría; aseguraba la dependencia de la RDA facilitándole la obtención de millonarios créditos de subsistencia; exhibía su acercamiento y entendimiento con Michail Gorbachov; deliberaba con sucesivos mandatarios estadounidenses; les hacía guiños por la televisión a los germano-orientales, diciéndoles, en el efectivo lenguaje de los símbolos, que él, seguro, intrépido y solvente, era la siglo XX personificación de la autodeterminación, y que él mismo iba a mostrarles el camino hacia ese estadio.

Uno por uno los empeños fueron surtiendo efecto. En las elecciones húngaras del 24 de noviembre de 1988, los reformistas se impusieron frente a los ortodoxos y lograron que el secretario general del Partido, Karoly Grosz, entregara las funciones de gobierno a Miklós Nehmet, un economista de cuarenta años más cercano al centro del poder en Bonn que al de Berlín oriental. Su inclinación en la balanza se comprobaría en la primavera de 1989, cuando anunció las decisiones cruciales que terminarían por impactar de muerte al régimen de Erich Honecker.

Un par de meses antes, el lunes 16 de enero, cerca de quinientos habitantes de Leipzig se habían sacudido de su propio miedo mediante una procesión en silencio por las calles del centro, que dio forma al ritual místico de velar al Muro, exponiendo su perfidia ante la luz de los reflectores internacionales.

Aquella primera marcha de la Revolución Pacífica fue convocada por varios grupos de personas que habían recibido respuesta negativa a sus solicitudes de permiso de salida del país y se encontraban en situación de vulnerabilidad. Fabian Klabunde, politólogo experto en el fenómeno de las marchas explica que:

Esas personas, en su mayoría adultos entre los veinte y cuarenta años de edad, no tenían mucho más que perder. Se trataba de hombres y mujeres que soportaban seguir viviendo en la RDA, a pesar de haber entrado en fuerte antagonismo con el

Estado y con familiares y amigos conformes con el sistema. Se hallaban en el ostracismo y esa circunstancia les dio arrojo suficiente para exponerse en las calles. Con la ayuda de unos pocos líderes opositores que se reunían clandestinamente en casas parroquiales, hallaron la forma de imprimir cientos de hojas volantes de convocatoria a las marchas y las repartieron en secreto⁶¹.

La acción de los precursores recibió el apoyo ciudadano, y muy pronto las romerías se propagaron en otras ciudades como Rostock, Dresden, Greifswald y, finalmente, Berlín, donde era imposible que pasaran desapercibidas por los corresponsales internacionales. De esa forma, el mundo conoció las estremecedoras estampas de las vigiliat crepusculares de un pueblo en estado de disforia.

Si bien Angela Merkel pertenecía a la comunidad de la Iglesia evangélica, que brindó soporte excepcional a los marchantes en muchas ciudades, ella no participó en las manifestaciones de la Revolución Pacífica ni le entusiasmaba mezclarse con el tumulto, cada vez mayor, de activistas disidentes. Explícitamente ha confirmado que asistió, ocasionalmente, a reuniones organizadas por defensores de derechos humanos porque quería demostrarles su solidaridad, aunque no se sentía cómoda en ese ambiente. Incluso, en lugar de alimentar falsas suposiciones sobre una eventual participación suya, heroica o por lo menos activa, en la búsqueda de la caída de la dictadura, ella ha preferido que su audiencia conozca de sus labios la escueta realidad:

No hice parte de ningún grupo de resistencia ni fui activista. Pero sí me encontraba en un proceso constante y progresivo de debate crítico interiorizado con la RDA [...] El repudio interiorizado a la RDA hacía parte de mi formación. Yo entendía el sistema y tenía claro que era inhumano y sin futuro. Ahora bien, sobre mi comportamiento frente a la situación no me gusta siglo XX hablar de resignación, porque a diferencia de otra gente yo no decaí en un estado de melancolía permanente. No obstante las circunstancias, mi espíritu emprendedor era muy fuerte, aunque por supuesto no sé qué hubiera pasado conmigo si me hubiese tocado vivir en esa dictadura a la edad de 45 años o más. No me lo puedo imaginar⁶².

Los especialistas en su biografía y un nutrido grupo de contemporáneos que compartieron con ella en esa época han interpretado sus anteriores reflexiones como prueba de que ella nunca se compenetró profundamente con la sociedad de la RDA, sino que asumió su experiencia de vida allí, desde la distancia inherente al forastero precavido o del espectador que mira los toros desde la barrera. Su rechazo y discernimiento moral con respecto al sistema totalitario de la RDA era irrefutable, aunque muy distinto al brío apremiante que asiste el torero.

Por el contrario, su padre, el teólogo Horst Kasner, y su hermano, Marcus, graduado en Física como ella, sí se involucraron vivamente en la fase de transformación suscitada por las marchas del silencio. En su refugio pastoral de Templin, Horst organizó una serie de debates a los que asistían religiosos e intelectuales provenientes de su región, de Leipzig y de Berlín, que en conjunto deliberaban sobre formas de apoyo a los opositores y consultaban entre sí sobre las reales posibilidades y radios de acción de los grupos políticos que nacieron a raíz de las movilizaciones ciudadanas.

Golpe de gracia al telón de acero

En todo caso, y así lo testimonian los que vivieron el *momentum* de la Revolución Pacífica, ni los promotores de las marchas ni sus seguidores vislumbraban la cercanía del cambio, hasta que no se produjo la apertura parcial para los ciudadanos de Hungría de los 366 kilómetros de frontera común con Austria, el 2 de mayo de 1989, por orden de Miklós Nehmet.

Ese primer desgarre de la cortina de hierro marcó el punto de no retorno, a partir del cual la historia de Alemania y la del mundo se encaminó al último y más arriesgado tramo del giro y la evolución.

Inicialmente, Erich Honecker no se percató de que la determinación húngara había herido de muerte a su régimen, debido a la apreciación errática de su ministro de Defensa, Heinz Keßler. En un informe oficial, Keßler le aseguraba que el cometido de Nehmet tenía como finalidad “[...] realizar un proceso de modernización cosmética de las vallas y alambrados de la frontera con el objeto de mejorar la protección del bloque socialista”¹².

Dopado por el tranquilizante del análisis miope, en la mañana del 7 de mayo, Honecker recibió inmutable el balance económico de su jefe de planeación, Gerhard Schürer, mediante el cual le informaba de la banca rota *ad portas* de la RDA, por efecto del crecimiento, en quinientos millones de marcos mensuales, de la deuda externa con Alemania occidental. En la tarde de ese mismo día, desde un balcón del Palacio de la República, el comunista se regodeó públicamente por el éxito alcanzado en las elecciones comunales, durante las cuales, el *Nationale Front* (Frente Nacional de Alemania Democrática), bajo la dirección del SED, afirmaba haber obtenido el 97,7 por ciento de los votos.

La masa encolerizada alegó falsedad en el conteo de votos y abucheó desde el asfalto a Honecker. Era un cuadro nunca antes visto en la nación que, aunque ya respiraba el aliento de su implosión, todavía seguía imponiéndose por cuenta del –cada

vez menor, pero todavía existente– apoyo de la Unión Soviética y de la tenencia del mayor pie de fuerza de Europa en ese momento, el cual Honecker podía movilizar en cualquier momento en contra de los civiles. Al respecto, el investigador Stephan Reinicke refiere:

En 1989, la defensa armada de la RDA sumaba 900 200 uniformados armados distribuidos en seis organizaciones locales: el Ejército del Pueblo (NVA), el Regimiento de Guardias de la STASI, las Unidades de Defensa de la Frontera, la Policía, los Grupos Operativos de Lucha Armada –paramilitares– y la presencia estacionada en el país del Contingente Occidental del Ejército de la Unión Soviética⁶⁵.

Desactivar ese polvorín y remover el Muro fue la más complicada estratagema y mejor hazaña de la segunda mitad del siglo XX. Helmut Kohl adscribió la victoria a lo que llamó “una constelación afortunada de actores y acontecimientos”, y recordó que maniobraron con él, hasta la última instancia, George H.W. Bush, Michail Gorbachov, los ciudadanos de la RDA integrantes de la Revolución Pacífica, el reformista húngaro Miklós Nehmet y los cinco anteriores cancilleres de Alemania Federal, quienes habían persistido en no ceder su brazo a las demandas de Walter Ulbricht y de Erich Honecker e impusieron la existencia de una única nacionalidad germana⁶⁶.

Quién mejor que Helmut Kohl para explicar que la ciudadanía común fue el componente determinante de la caída del Muro, sin el cual el conjunto de astros constelados habría fracasado:

[...] al renunciar a una sola nacionalidad se habría renunciado a la idea de una sola nación alemana. Y se habría disuelto el lazo de comunidad entre las personas de ambas partes. Se habría privado a los alemanes del oriente de la protección esencial de Hungría, que no habría tenido base jurídica, desde el derecho internacional, para posibilitar de forma legal su camino a la autodeterminación desde su territorio, y la gente habría tenido que solicitar asilo, en el occidente germano, como extranjeros [...]⁶⁷

La compuerta redentora

El camino hacia la libertad por Hungría comenzó a las cero horas del lunes 11 de septiembre de 1989. A esa hora, el Gobierno de ese país amplió e incluyó en el permiso de paso por su frontera con Austria a los germano-orientales que, en caravanas de Trabants y a pie, habían dejado la RDA, atravesando Checoslovaquia y transitado por las carreteras húngaras en el intento de alcanzar Burgenland, la primera región austriaca

desde donde ya podían considerarse libres y seguir su viaje en busca de la mitad prohibida de su faz.

En los documentos entregados por Austria al Gobierno germano-occidental sobre el registro de ingreso por sus pasos de frontera, quedó estampada la cifra de 33 255 personas en tan solo la semana del 11 al 20 de ese histórico mes de septiembre. Entre ellos, 9 600 marcaron Berlín como punto de partida y destino final del viaje. Aquellos peregrinos recorrieron por tierra y aire la distancia de 1 854 kilómetros a la redonda para acceder a la cara anversa de su ciudad. Robert W., entonces un aprendiz de picapedrero de diecinueve años, fue uno de ellos. Viajaba solo y durante la expedición por las carreteras del sur de Alemania hacia el aeropuerto de Múnich, reflexionó sobre el giro surreal que daba sin contratiempos, y comprendió que el tiempo del Muro había terminado.

Su convencimiento era tan fuerte que después de pasar dos semanas en Berlín occidental en casa de su hermano, quien había conseguido fugarse de la RDA dos años atrás, se permitió la aventura temeraria de ingresar al sector oriental para llegar donde sus amigos con la noticia de que el Muro era cosa del pasado.

—Por supuesto que no me creyeron —recuerda—. Aunque algunos de ellos sí especulaban con la idea de que quizá en un par de años podría darse su desplome. Yo argumentaba que ya no era necesario esperar ni un día más. Bastaba con evadirlo por Hungría. Lo tenía claro, los tiempos del encierro habían terminado⁸².

El último hito que faltaba para confirmar su verdad empírica lo protagonizó Micháil Gorbachov el 7 de octubre de ese mismo año, durante su asistencia en Berlín a la celebración de los cuarenta años de constitución de la República Democrática de Alemania. Durante el episodio, de dientes para afuera Gorbachov alabó los servicios al socialismo europeo de Erich Honecker. Por la espalda, dio el visto bueno a la revolución palaciega que diez días después, el 17 de octubre, sacó del juego al ingeniero del Muro mediante la figura de la renuncia obligada. Lo sucedió Egon Krenz, de 52 años, su discípulo y su traidor.

El 1 de noviembre, luego de ordenar a la Policía de Fronteras que sofocara todo intento de los protestantes por acceder a la zona restringida en el extrarradio del Muro, Krenz viajó a Moscú en busca de la ayuda monetaria de Gorbachov para sobrellevar la crisis financiera del país. Al conocer el informe sin maquillaje del endeudamiento, el soviético le aconsejó a Krenz comunicarle a su pueblo que habían vivido por encima de sus posibilidades. También le recomendó mantener una “[...] política flexible y pacífica con el Gobierno Federal alemán”, porque él no podía ayudarle más⁸³.

Una vez que el patrón soviético dio semejante paso al costado, el manto de la historia se sacudió de los restantes jirones petrificados del sistema comunista en el centro de Europa. La traviesa e implacable casualidad, representada en esta ocasión por un malogrado comunicado de prensa sobre el decreto de aligeramiento de los trámites de expedición de salvoconductos para salidas al extranjero, aceleró en doce horas el derrumbe del Muro de Berlín. También, y eso fue lo prodigioso, le arrebató de las manos los colores y pinceles a los carceleros y se los entregó a los encerrados para que ellos, y solo ellos, dibujaran y pintaran, como lo hicieron, el cuadro magnífico de la noche histórica de su liberación.

El decreto determinaba que a partir del viernes 10 de noviembre entraría en vigor la medida con la que el gobierno de siglo xx Krenz cedía a la presión ciudadana, en guardia y aglomerada en todos los puntos de frontera, pugnando desesperada por lograr salir de Alemania oriental no solamente a través de Hungría. El pormenor esencial de la fecha no fue incluido en el despacho de prensa que fue leído a periodistas, a las seis de la tarde del jueves 9 de noviembre, por el portavoz, Günther Schabowski. El reportero Ricardo Ehrmann, de la agencia italiana de noticias Ansa, fue el provocador de la respuesta más insegura y, a su vez, más esperada en el mundo de la época.

—¿A partir de qué fecha rige el decreto? —preguntó Ehrmann.

—¡Ah! ¡Espere un momento! Tengo que revisar. ¡No lo encuentro en mis papeles! ¡Uf! De acuerdo con mis conocimientos, la medida... la medida entra en vigencia de inmediato —respondió titubeando Schabowski—. ¡Sí, en el acto!^{es}

Veintiocho años y tres meses de expiación de los efectos de la Segunda Guerra Mundial había conllevado el encierro para 16,6 millones de habitantes y ahora, en la dilatada velada del 9 de noviembre de 1989, notificados de las palabras de Schabowski y al abrigo de la luz sutil de la Luna creciente, la alegría en movimiento de ese pueblo no tomó nada más en consideración que la urgencia de adueñarse de las fronteras, y comenzó a desarticular, sin pizca de violencia, segmento por segmento, la pérfida insignia de hormigón y sus prolongaciones en todo el país.

Hacia las nueve de la noche, Angela Merkel se acopló al movimiento de los otros. Lo hizo después de haber cumplido su ritual de aseo en el negocio de sauna de la calle Bornholmer Straße, a cuatro calles de su vivienda, adonde acudía cada jueves, no tanto por el vapor estimulante, sino por la posibilidad posterior de tomar allí el único baño prolongado de la semana, que incluía lavarse el cabello y enjabonarse el cuerpo entero, acciones que no eran viables en la cabina estrecha, instalada a un costado de la cocina

de su apartamento, con una ducha de boquilla del tamaño del puño de la mano de un niño.

La conmoción gloriosa que se había formado en la calle la hizo perder de vista a una amiga con quien había salido del sauna. Sin ella, y al paso de una multitud de desconocidos, se internó en las calles de Berlín occidental donde recibió los abrazos de bienvenida de otra muchedumbre que celebraba la aparición en escena de los prisioneros.

Lo primero que se le ocurrió, después de beber una cerveza en compañía anónima, fue acercarse a una casa de puertas abiertas donde pidió que le permitieran hacer una llamada telefónica. Marcó el número de su tía Emmy de Hamburgo y le contó que la llamaba desde el occidente porque el Muro había sido abierto y caía en esos momentos.

Al filo de la medianoche, las comparsas eufóricas en la calle invitaban a seguir la fiesta en marcha hacia la pomposa y afamada avenida comercial de la calle Kurfürstendamm, pero Angela –quien ya había visto la luminosidad de los centros comerciales en occidente–, declinó la oferta y regresó a su vivienda.

Tenía que madrugar para asistir al trabajo [...] Además, tanta compañía desconocida ya me resultaba sofocante. Para mi temperamento ya había deambulado lo suficiente. Al siguiente día, después del trabajo volví al occidente con mi hermana Irene y paseamos juntas por el Kurfürstendamm⁶⁹.

Tres días después ella viajó por asuntos de trabajo a la Universidad Nicolás Copérnico, Torun, Polonia, donde, según sus recuerdos, el tema de conversación entre sus colegas giraba en torno al plan del canciller Helmut Kohl de aprovechar la euforia por la caída del Muro para concretar, sin demora, la unión política germana.

Con base en esa primicia, Angela elaboró un análisis científico cuyo resultado la impulsó, antes de que terminara ese año histórico, a jugarse el todo por el todo en la política.

CAPÍTULO OCHO

LA FÍSICA DEL PODER

La deslumbrante metamorfosis y el consecuente itinerario de triunfos en la biografía de Angela Merkel –inimaginables para todos aquellos que la conocieron en Templin, Leipzig y Berlín– enseñan que toda mandataria, o mandatario, debería integrar en su ronda de consejeros por lo menos a un científico. Si además el personaje se conduce inspirado por el evangelista Mateo en cuanto a la astucia de la serpiente y la sencillez de la paloma, la trascendencia podría estar asegurada.

Dos semanas después de la caída del Muro, la precisión y objetividad implícitas en la metodología científica permitieron a la joven investigadora prever que su país experimentaría una fase de transformación, equiparable a un fenómeno de la fisicoquímica conocido con el nombre de intercambios iónicos. Este se presenta en la naturaleza en procesos de purificación, separación o disolución de sustancias y transmisión de átomos cargados de energía para generar elementos renovados.

Al trasladar el análisis a las circunstancias de las dos Alemanias, la teoría dictaba que su unión implicaría la desintegración de la RDA y la consecutiva descontaminación del comunismo de su sociedad. Además, tal como en el universo físico, la fase de engranaje de los dos países en una sola nación necesitaría de la acción de suficientes enlaces de coordinación que apoyaran la transición. Merkel, de 35 años de edad y sin lastre en su biografía, creía reunir las características para ser uno de aquellos enlaces esenciales. Con objeto de comunicarlo, ejecutó un salto de forma, altura, amplitud y aterrizaje perfectos, desde la ciencia hacia la política.

El impulso que la llevó al trampolín idóneo lo realizó a finales de noviembre de 1989. Por esos días, el estado de anarquía por la desaparición del Muro se había apoderado del acontecer en Berlín y delineaba, para los astutos, espacios de tiempo propicios para la búsqueda de oportunidades. Después de visitar algunas colectividades políticas y descartarlas, Angela decidió probar suerte en un minúsculo y recién nacido movimiento llamado *Demokratischer Aufbruch*, Despertar Democrático, que el pastor luterano Rainer Eppelmann, amigo de su familia, había fundado algunas semanas antes de la caída del Muro en sociedad con otros defensores de los principios democráticos.

La intención inicial de los fundadores era la de oponerse al régimen de Erich Honecker desde el interior del socialismo con el fin de conseguir reformas. Ya sin el Muro, en el periodo de eclosión del futuro postdictadura, ese grupo, conformado por

tan solo ochenta afiliados, preparaba su actuación como partido político desde una oficina rudimentaria, situada en una casa de apartamentos para familias en el barrio Prenzlauer Berg, donde todo estaba aún por hacer. Angela ha contado que al asistir a una de las reuniones del colectivo identificó allí su espacio.

El solo nombre ya contenía un programa. A pesar de que el estado de la sede era caótico, me gustó estar allí. Me di cuenta de que podía contribuir al desarrollo del movimiento y obedecí al sentimiento de quedarme donde hacía falta. Por ejemplo, al pasar la vista por el despacho advertí que varios computadores nuevos habían sido apilados en una esquina a medio desempacar. Pregunté y me respondieron que estaban en aquel lugar porque no conocían a nadie que pudiese instalarlos para su correcto funcionamiento. Entonces lo hice yo²⁰.

A continuación, ella se presentó en la sede como ayudante espontánea todos los días, en horas de la tarde, después de su trabajo regular en la Academia de las Ciencias. Pocas semanas después, a finales de diciembre, se afilió al partido.

Su primer biógrafo, Wolfgang Stock, destaca el alto grado de competencia social demostrada por ella en su interacción con los integrantes del grupo político y su disposición para ejecutar labores modestas muy inferiores a las que usualmente se le confiarían a una científica doctorada, tales como preparar café para el equipo o servir de telefonista del presidente del partido, Wolfgang Schnur, y del vicepresidente, Erhardt Neubert.

Basado en testimonios de copartidarios de la época, Stock sostiene que la humildad le aseguró a Merkel el ingreso en la nómina de los proselitistas, desde los primeros días de enero de 1990, cuando el grupo comenzó a recibir ayuda financiera del occidente para su funcionamiento. Su cargo era el de auxiliar general, el último en la relación de plazas. Con el nombramiento en las manos, ella tramitó un permiso de suspensión temporal del contrato como investigadora en la Academia de las Ciencias y dedicó su tiempo de lleno a ser la “chica para todo” en el Despertar Democrático. En pocas semanas se hizo cargo de las tareas de coordinación de agenda, recibimiento del público y explicación del programa del partido, de tal forma que los líderes del movimiento comenzaron a referirse a ella como su portavoz, dejando también en sus manos la interlocución y estructuración de la argumentación en el diálogo con políticos y periodistas del occidente.

El agente descubridor

Los personajes del capitalismo franqueaban las frescas y polvorientas ruinas del Muro, y se acercaban a la sede del Despertar Democrático dadivosos pero también grandilocuentes. Sobresalían entre los alemanes orientales por vestir trajes a la moda de paños finos, pañuelos de seda, calzado de legítimo cuero lustroso, y también porque se comportaban con los mismos ademanes de recelo que caracterizan a los inspectores sanitarios cuando examinan un entorno plantado en suelo todavía infesto. Su misión era la de verificar si aquella naciente y prometedor colectividad cumplía, de veras, con los requisitos de salubridad política y moral que la hiciesen apta para ser incluida en proyectos conjuntos con partidos de la República Federal.

La diligencia era de importancia alta y carácter urgente, puesto que los occidentales no podían dejar pasar la oportunidad de participar, en alianza con líderes anticomunistas locales, en las elecciones generales del 18 de marzo de 1990 en Alemania oriental. Las mismas se convertirían en los primeros y únicos comicios efectuados sin el monopolio del Partido Socialista Unificado, SED.

Uno de aquellos visitantes ilustres resultó ser Jürgen Warnke, por entonces ministro en el gabinete del canciller, Helmut Kohl, quien quería conocer al presidente del Despertar Democrático, Wolfgang Schnur.

Mientras el ministro y el presidente hablaban de lo suyo, Angela y el asistente del ministro, Hans-Christian Maaß, se entretuvieron en una plática durante la cual él le reveló a ella que acompañaba a su superior, no solo en calidad de ser su vocero, sino de consejero en asuntos de la RDA. Él era un germano-oriental al que años atrás la STASI había puesto detrás de las rejas por su rebeldía contra el sistema, y se había salvado de ulcerarse en la cárcel gracias a que el Gobierno federal había pagado por su liberación en 1974. Desde entonces vivía en Bonn, donde se había insertado en el trabajo proselitista del Partido Unión Social Cristiana de Baviera, CSU, corporación hermana de la Unión Cristiano Demócrata, CDU, del canciller Helmut Kohl, en el poder desde 1982.

Saltaba a la vista la evidencia de que Hans-Christian Maaß, de 39 años de edad, cuatro mayor que Angela, era un ejemplar humano de los enlaces de coordinación detectados en los fenómenos de la naturaleza por los sabios de la fisicoquímica.

Desde ese día se generó entre Merkel y Maaß una comunicación asertiva que los animó a seguir en contacto. Las circunstancias facilitaron su amistad porque ambos tuvieron que interactuar en la agitada fase de estructuración de una nueva asociación llamada Allianz für Deutschland, Alianza por Alemania, pactada el 5 de febrero de 1990 en Berlín oriental por los partidos CDU del occidente, CDU del oriente y el Despertar

Democrático, un triunvirato que contaba con todas las condiciones para lograr imponerse en los comicios generales de marzo.

Justamente, Hans-Christian Maaß fue la persona que, más adelante, introdujo a Merkel en los círculos de poder bajo la influencia centelleante de Helmut Kohl, desde donde la física acertó a hacer la segunda pirueta de técnica insuperable que la instaló en la maquinaria proselitista de la Alemania Reunificada.

Pero antes de que eso sucediera, el 17 de marzo de 1990, en la víspera de las elecciones generales en Alemania oriental, Merkel y los miembros de su colectividad tuvieron que confrontarse con la aciaga noticia de que su caudillo, Wolfgang Schnur, quien fungía como conductor de las conciencias intachables de la RDA, había sido colaborador encubierto del aparato de la STASI. Una treintena de habitantes del puerto de Rostock lo denunció, precisamente ese día, identificándolo como el ladino que los había traicionado entregando información a los espías estatales sobre sus planes, opiniones, sueños y ambiciones.

Por cuenta de eso, Wolfgang Schnur cayó y jamás logró levantarse del suelo del descrédito. En los instantes de su hundimiento arrasó también con las posibilidades de crecimiento del Despertar Democrático y del triunfo pleno de la Alianza por Alemania, porque en los comicios esta no alcanzó la mayoría absoluta para gobernar sola. En consecuencia, sus protagonistas se vieron en la necesidad de formar coalición con otros dos partidos, de la que fue elegido un conservador del oriente, Lothar de Maizière, como ministro presidente de Alemania oriental, el único que existiría después del Muro.

La muerte política de Schnur fue la primera que Angela Merkel presencié desde muy cerca. Puritana desde la cuna, la decepción signó para siempre su necesidad de marcar distancias. Así mismo, inauguró la disciplina de dejar que todo caído por cuenta de errores que pudiesen haber sido atenuados mediante el ejercicio de decir la verdad a tiempo, beban hasta la última gota del caldo amargo de su fracaso en solitario. Constancia de ello dejó el propio Wolfgang Schnur, un año antes de su fallecimiento, en enero de 2016, cuando evocó la reacción de aversión de Merkel tan pronto como se enteró de que él había sido un espía:

[...] Ella borró mi nombre de su vocabulario. Nunca más la volví a ver ni a recibir una llamada suya, ni siquiera en el sentido de un saludo. Tampoco me agradeció lo que anteriormente había hecho por ella y por el movimiento [...]

[De ayudante general a portavoz gubernamental](#)

La amargura de Angela por el frustrado proyecto del Despertar Democrático no se prolongó por mucho tiempo. En la primavera de 1990, en la RDA, cuando Lothar de Maizière buscaba los ayudantes de su administración, el asesor Hans-Christian Maaß postuló el nombre de la científica para la función de portavoz adjunta de Gobierno. En la recapitulación del momento, Maaß atestigua que en esa buena hora de la transición priorizó el nombre de Merkel por su aptitud para analizar los hechos desde la ciencia:

[...] Revisé mi libreta de contactos y al pasar el índice por la lista me detuve en ella. Evoqué su precisión y disciplina intelectuales. Su perfil también cuadraba a la perfección en la aritmética de la coalición, ya que provenía del Despertar Democrático, al que era necesario otorgarle cargos. Me decidí por ella y personalmente la busqué en su casa para comentárselo. Al día siguiente la relacioné con Lothar de Maizière y él estuvo de acuerdo con su candidatura y la nombró en el cargo [...]

Escasos cinco meses después de iniciarse en la política, la distinción y el cargo encaramaron a Merkel en la plataforma de excepción desde donde operaban los representantes de los intereses de la RDA en el estudio, discusión y negociación de la trilogía de tratados para la Reunificación alemana: el de la Unión Monetaria y Social, firmado el 1 de julio; el denominado Dos más Cuatro, refrendado el 12 de septiembre en Moscú por Francia, Inglaterra, Estados Unidos y Rusia; el de Construcción Estatal de la Reunificación de Alemania, suscrito el 31 de agosto de 1990. Este último acuñó el 3 de octubre como fecha de la fiesta nacional de la Reunificación.

La función de Merkel durante el corto gobierno de De Mazière fue la de servir de emisaria informativa entre los negociadores y la opinión pública sobre los cambios que se avecinaban. La plataforma en la cual ella se movía estaba dominada por la energía masculina de políticos acostumbrados a hacer pactos nocturnos a puerta cerrada para las mujeres. De hecho, en el gabinete de tan solo cinco meses y medio de duración de la administración de Lothar de Maizière en el oriente, solo cuatro de diecisiete ministerios fueron dirigidos por mujeres. La situación era análoga en el gabinete ministerial de Helmut Kohl en el occidente, en el cual apenas tres de dieciséis titulares eran personajes femeninos.

En ese ambiente impregnado del humo de cigarrillos y del aroma de licores destilados, la vocera adjunta se medía en el mundillo de los varones estadistas, enfundada en faldas rústicas de largo entre la pantorrilla y el tobillo, camisas de nailon simple abrochadas hasta el cuello, chaquetas de punto bastante holgadas y zapatos planos con cordones y suela de goma, prendas que rara vez hacían juego las unas con las otras. El corte de cabello al estilo paje, su rostro desprovisto de maquillaje, ausencia

de aretes, manos desnudas y uñas pálidas de corte casero al rape complementaban su aspecto de provinciana plomiza, seria y estudiosa. Ver cómo asistía al trabajo en esas fachas no le gustaba a su jefe, el gobernante Lothar de Maizière. Tanto le disgustaba que un buen día tomó la decisión de exigirle algo de glamour:

Pensé en varias ocasiones cómo hacerle la observación sin resultar ofensivo. Durante los preparativos para un viaje a Moscú, al que por sus conocimientos del idioma ruso Angela tenía que acompañarme, salí del aprieto pidiéndole a mi secretaria que le dijera, en mi nombre, que debía comprarse ropa más adecuada para su posición, porque no podía presentarme en el Kremlin con ella vestida de cualquier manera. Sin mediar palabra ella acató la orden y en adelante comprobé que llegaba al trabajo un poco mejor ataviada.

Ingrid T., exoficinista en el despacho de De Maizière, veía frecuentemente a Angela en el ir y venir de las conferencias de prensa o en la antesala de las negociaciones, y recuerda que se ruborizaba continuamente, especialmente cuando alguien reparaba demasiado en su presencia. También se acuerda de su cortesía hermética que, en ocasiones, le acarrea la antipatía de los oficinistas menores:

Siempre iba con pies de plomo. Su andar era casi imperceptible y ni qué decir de sus comentarios, contaba las palabras como monedas de oro. No recuerdo una sola ocasión en que ella participase de las tertulias de pasillo o de las chanzas típicas del ambiente en una oficina.

Es posible que la mayor preocupación de Angela, por esa época, ya al final del verano de 1990, no fuera ninguna otra que la de finiquitar su propia transición desde los restos del barco hundido del comunismo germano, donde había crecido y se había formado, hacia la resplandeciente cubierta de la Alemania Reunificada, donde ella a duras penas conocía a un par de capitanes. El pase a bordo en el renovado buque lo consiguió mediante su incorporación al partido de la Unión Cristiano Demócrata, CDU, en septiembre de ese año. Acto seguido, postuló su nombre para un escaño en el Parlamento en las primeras elecciones generales unificadas del 2 de diciembre de aquel 1990.

Inicialmente, Merkel quería presentar su candidatura en representación de la región de Brandemburgo, donde está situada Templin, pero allí encontró que los renglones de las listas ya habían sido adjudicados. Entonces se dirigió en busca de ayuda a un personaje de nombre Günther Krause, quien había sido uno de los conductores de las negociaciones de adhesión de la RDA a la República Federal y conservaba suficiente

poder nominativo en el nuevo mapa electoral, debido a que Kohl lo había premiado con un cargo en su gabinete como ministro de Misiones Especiales.

Krause dice haber atendido la petición de apoyo de Merkel porque, ante el panorama de la extinción de la RDA y consecuente final del gobierno de De Mazière, su situación causaba lástima:

Ella pasaba por un trance que me inspiró compasión. Estaba a punto de quedarse sin trabajo y sin perspectivas aparentes de encontrar una posición similar a la de vocera adjunta, por lo que me decidí a ayudarle, orientándola sobre dónde podía inscribir su nombre para las elecciones.

Al pie de la letra siguió Merkel las instrucciones del auxiliador, y así fue como se hizo a un renglón en la lista por la circunscripción electoral de Stralsund-Rügen, una región en el noroeste germano que comprende una ciudad porteña y la mayor isla de Alemania sobre el Mar Báltico.

En el transcurso de la rauda campaña proselitista, en una zona a la que anteriormente solo había visitado como turista ocasional, se produjo su trascendente primer encuentro con el canciller Helmut Kohl. La alquimia de la relación con el patriarca consolidaría sin desvíos el liderazgo político de Merkel y su ingreso en la galería de personajes más poderosos del mundo en la historia del primer cuarto del siglo XXI.

“Habla sobre tu origen y sobre tu biografía”

Por entonces, a sus sesenta años de edad, Helmut Kohl parecía ser la versión teutona y remozada del rey Midas de Frigia, al que se le daba convertir en oro todo lo que tocaba. El oro de Kohl aparecía en cuanto el gigante fijaba su atención en un proyecto. Cuanto plan ideara, por complejo e intrincado que fuese, se hacía realidad. En el otoño del memorable año de 1990, Kohl se deleitaba en el más reciente de sus éxitos hasta ese momento: la Reunificación, ya signada y que su pueblo unido se disponía a celebrar el 3 de octubre, en cada comuna de los viejos y nuevos dieciséis Estados Federados de Alemania.

El regocijo por la victoria apoteósica no significaba que el gobernante descansara. Por el contrario, antes de la fiesta colosal, Kohl ajustaba los detalles de su campaña por la reelección para un cuarto mandato con los ojos y oídos bien puestos sobre los candidatos de su partido en el territorio liberado. Con la intención de conocerlos personalmente y medirles el potencial, Kohl invitó a algunos de ellos a visitarlo en la

sede de Gobierno en Bonn. Merkel figuraba en la lista de los escogidos por iniciativa de sus benefactores, Hans-Christian Maaß y Günter Krause.

La reunión entre Merkel y Kohl se produjo en la tarde del viernes 28 de septiembre, y lo que más impresionó a Merkel fue la curiosidad de Kohl acerca de su relación con las mujeres:

Cumplí turno de espera en el recibo donde despachaba su secretaria, Juliane Weber, y en cuanto me recibió y después de saludarnos él me preguntó a boca de jarro cómo era mi relación con las mujeres, si me entendía bien con ellas. Le respondí que sí, por supuesto. ¿Qué más iba a decir? Por lo demás, hablamos sobre la campaña y Kohl pareció quedar satisfecho con mis respuestas. Su interrogante sobre mi compatibilidad con las mujeres dio muchas vueltas por mi cabeza y sólo algún tiempo después comprendí su profundidad [...]

Veintiocho años después, en junio de 2018, con ocasión del primer aniversario del fallecimiento de su padre político, Angela Merkel reveló que durante aquella audiencia Kohl le habría dado el primero de muchos consejos.

Recuerdo claramente que hablamos sobre la Asamblea de Adhesión del CDU del oriente al del occidente, del 1 y 2 de octubre de 1990 en Hamburgo, para la cual yo había sido elegida como una de las oradoras por mi experiencia en el Despertar Democrático. Le referí que esa sería mi primera intervención pública, por fuera de la academia, a lo que él replicó con una frase: “En lugar de hablar sobre política, habla mejor sobre ti. Habla sobre tu origen y sobre tu biografía. ¡En tus orígenes está tu futuro!”.

A modo de la fulminante estrella Deneb brilló Angela Merkel en aquella asamblea del CDU combinado. El resplandor surgió de la aplicación de la recomendación y de la práctica de la modestia en su comportamiento. Clara, sin adornos retóricos, ella les confesó a los delegados que hasta hacía un año todavía creía que el Muro era irrevocable, por lo que no se había atrevido ni siquiera a soñar con ingresar a la política, y menos a hacer parte de un partido democrático como ante el que hablaba en ese instante.

Sin lugar a dudas, al calor del aplauso extendido de los delegados, Merkel vislumbró el potencial de éxito que tenía su biografía en las toldas de la democracia cristiana, y con nuevos bríos regresó a la humilde región del Báltico a terminar de luchar por su ingreso en el Parlamento.

Por fin, dos meses después, el 2 de diciembre, Helmut Kohl y Angela Merkel inauguraron su crónica de éxitos conjuntos, nada menos que en las primeras elecciones libres que Alemania celebraba desde 1932, sin influencia del nacionalsocialismo ni bajo los efectos de la división. En las mismas, ella ganó su primer escaño con la mayoría de votos de la región, 48,7 por ciento, y Helmut Kohl fue reelegido.

El triunfo trajo consigo la obligación de mudarse de ciudad por cuarta vez en su vida y su primera experiencia de trabajo en el occidente. Una vez instalada en Bonn, Angela se encontró con una manada furibunda de experimentados coyotes de la política dispuestos a cercar el paso de todo advenedizo que quisiera superarlos.

CAPÍTULO NUEVE

LA PROTEGIDA DE HELMUT KOHL

Angela llegó a Bonn a comienzos de enero de 1991 con otros 102 germano-orientales quienes, como ella, habían sido elegidos para representar a los habitantes de la ex RDA en el Parlamento Federal. Era la más joven de aquel centenar de nuevos diputados y, al tiempo, la que más sabía de historia de esa provincia, puesto que la había aprendido de niña por los relatos de sus padres y, en la adolescencia, cuando leía libros y revistas acerca de la posguerra en el occidente –prohibidos en el comunismo– y que su padre guardaba al disimulo en la casa pastoral del *Waldhof* templinés.

Las crónicas y documentos narraban que a la pequeña ciudad de Bonn le había correspondido en suerte servir de sede provisional del Gobierno de la República Federal de Alemania, RFA, sencillamente porque fueron pocos los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial despedidos en dirección hacia su suelo. Los que le cayeron no devastaron tanto su infraestructura como sí lo hicieron en Hamburgo, Colonia, Düsseldorf, Fráncfort y ni qué decir de Berlín, la capital de toda la vida de la endemoniada Alemania de mediados del siglo XX.

Los primeros en fijarse en ella fueron los Aliados en la primavera de 1948. Para entonces, las tropas estadounidenses, francesas e inglesas ya tenían práctica en la vigilancia y administración del territorio occidental de la *exnación*, y buscaban un escampado urbano funcional para hospedar a los delegados germanos del Consejo Parlamentario, quienes habrían de ser los redactores de la carta constitucional de la tercera oportunidad germana sobre la tierra.

De entrada, los militares británicos ocupantes de la región de Renania del Norte-Westfalia, donde se encuentra Bonn, solicitaron a franceses y americanos que les confiaran a ellos la empresa de albergar y custodiar el trabajo de los constitucionalistas; cuatro mujeres y 61 hombres que habían sido seleccionados previamente por los delegados de las tres potencias aliadas. Así fue como a partir del 1 de septiembre de 1948 se instalaron en la urbe del Rin el presidente del colegiado, Konrad Adenauer, y los demás tratadistas a fundar el nuevo Estado germano-occidental.

La escritura del conjunto de leyes duró el mismo número de semanas de gestación de un ser humano, por lo que los comandantes aliados se refirieron a los tratadistas como madres y padres del país. Así lo dijeron el 23 de mayo de 1949, cuando Adenauer les presentó la resma de preceptos purificados. También, por esos días, los destacados de las tropas ocupantes reanudaron el ritual de saludar y despedirse de los alemanes

con un apretón de manos, suspendido durante los cinco años y ocho meses de prolongación de la guerra y 48 meses del vacío, relleno de escombros, de la hora cero. Aquella concesión significaba el relajamiento de la tensión, mas no el indulto. De hecho, todos los implicados sabían que la democracia germana era una recién nacida con tres padrinos armados dispuestos a intervenir al menor indicio de resurgimiento de la peligrosidad teutona.

Las normas del Estado de Derecho de la nación emergente fueron acunadas en el edificio de la Academia Pedagógica de Bonn, donde se reunía el Consejo Parlamentario, y arrulladas por la controversia interna sobre dónde instalar los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial. Regresarlos a Berlín era inviable por la división, por la proximidad geográfica con el comunismo soviético –cuarto ocupante de Alemania– y por la contigüidad temporal con el fatídico desenlace bélico. En su lugar, Bonn y tres ciudades más, Fráncfort, Celle y Oldenburgo, se disputaban con variadas maniobras de *lobby* el atractivo papel de jugar de centro del poder. En esas estaban, cuando dos meses y medio más tarde, el 14 de agosto, el cristianodemócrata Konrad Adenauer ganó las primeras elecciones generales de la posguerra e inauguró el cargo de canciller federal, jefe de Gobierno. Este jurista había nacido en la ciudad de Colonia, pero había estudiado en Bonn, constituido el Estado en Bonn, ganado las elecciones en Bonn y se deleitaba en el cuidado de un formidable plantío de rosas a diez minutos de distancia de Bonn, de tal forma que su identificación con la ciudad inclinó la balanza a su favor en la votación respectiva a finales de 1949.

Así, desde la madrugada de la década de los cincuenta, la ciudad se alzó con los títulos de sede de Gobierno y de Distrito Federal, pero jamás se hizo referencia a ella como capital del país en aprecio a la lexicografía geopolítica que dejaba clara la necesidad racional y emocional del pueblo germano-occidental de que algún día Berlín volviese a ser digna metrópoli capitana y no el epicentro dramático que era en esos tiempos: fraccionada entre una porción insular, por un lado, y bajo el influjo comunista, por el otro. Alcanzar la aspiración de devolverle a la urbe entera su estatus clásico comprometió cuarenta años de empeños y diez adicionales de organización de la mudanza; por completo la segunda mitad del siglo XX.

Durante ese largo intervalo de tiempo, en la provincia ribereña del Rin se tonificó el modelo de democracia civil, sin arrogancia hacia el exterior. El hábitat de gobierno era escueto, sin emblemas arquitectónicos ni monumentos épicos. El arquitecto Paulhans Peters lo describió como un enclave benéfico donde el pluralismo aprendió a caminar sin torcerse ni a la derecha ni a la izquierda.

En los edificios del Gobierno bien podían residir tanto una fábrica de electrodomésticos como una central de activismo social. Allí quien gobernaba era el primer empleado de la nación y no un personaje inalcanzable, tirano o todopoderoso.

En lo que hace al modo de vida de la sociedad bonense, algunos confidentes musitan que el hábito de trabajo estatal funcionaba de maravilla en el provisorio porque los protagonistas se conocían entre sí y se entendían por compartir las aficiones de un estilo de vida aburguesado del que, progresivamente, volvieron a hacer parte las costumbres de la época anterior al nazismo: pertenencia a clubes de esgrima, caza, pesca y baile; visitas nocturnas a refinados restaurantes, y demás minucias del mercantilismo que, en conjunto, signaban, discretamente, la distancia entre propios y advenedizos.

Aquella tradición de apego se vio alterada desde la firma de la Reunificación, debido al ingreso y participación de los germano-orientales en todos los ámbitos de la vida del occidente, lo cual se hizo aún más evidente desde enero de 1991, cuando 103 políticos, que apenas quince meses atrás se habían liberado de la dictadura comunista, se presentaron en la sede del Parlamento en Bonn a estatuir como legisladores. Por causa de la prevención de los locales frente a lo incierto, Angela Merkel y los 102 diputados orientales tuvieron que vérselas con las miradas de recelo de sus compañeros occidentales respecto a la visión del mundo y escala de valores que ellos habían adquirido detrás del Muro.

Los años más difíciles

El choque cultural y de idiosincrasias enrareció el ambiente parlamentario todavía más cuando Helmut Kohl reveló, como una de sus primeras decisiones del cuarto mandato, que tres de los diputados orientales integrarían su gabinete en calidad de ministros. Entre los elegidos figuraba Angela Merkel, de 36 años de edad, en la posición de jefe de la cartera de Asuntos de la Mujer y de la Juventud. Esa noticia cayó a los 560 legisladores del occidente como una mezcla de vino con vinagre en el estómago, y el malestar degeneró en franca animadversión contra la ministra primeriza. Al respecto, un curtido legislador testigo de la época explica que muchas personas estuvieron en contra de la designación de Merkel por provenir del oriente, por ser mujer y por ser muy joven.

—Sin embargo, lo que más les indignaba era la circunstancia de que ella apenas podía demostrar un triste y solitario año de experiencia en las lides de la política — agrega el declarante. Concluye que, en todo caso—: Ya que nadie se atrevía a contradecir de frente al mandatario, muchos de los inconformes se tragaron esa

amargura que fueron expulsando gradualmente. Por supuesto, no en dirección a Kohl, sino en contra de su protegida².

Helmut Kohl fue un líder que jamás se caracterizó por pensar como la mayoría y mucho menos cuando los argumentos de la masa estaban al servicio del resentimiento. Él había fichado a Merkel, así se lo confesó a varios entendidos, porque hasta esa legislatura la presencia de científicos en el Congreso y en el Ejecutivo era exigua, situación que él pretendía cambiar tomando en cuenta aspectos positivos del comunismo germano.

El sistema de la RDA fomentó el adelanto de las Ciencias Naturales, así que mucha gente joven y talentosa pudo dedicarse a su estudio y se estructuró al servicio de la investigación y no del comunismo. Muy diferente era el asunto en las carreras de Ciencias Sociales, donde casi todos estaban contaminados ideológicamente. Angela también llamó mi atención como representante femenina, porque no era afectada, aprendía con rapidez y trabajaba con precisión³⁰.

No obstante, el apoyo constante del adalid conservador, los primeros cuatro años en Bonn –entre 1991 y 1994–, quedarían marcados en la biografía de Angela Merkel como el periodo más agrio de su vida adulta. De hecho, no una sino en varias ocasiones se encontró en la encrucijada de si quedarse a resistir en la atmósfera contaminada por adversarios soterrados o salir corriendo en sentido oriente, donde lo único que habría encontrado habría sido el nebuloso pasado de un país que ya no existía y una sociedad en proceso de superación del comunismo.

Solo por la cualidad de la tenacidad cultivada desde la niñez y la práctica habilidosa de un variopinto de juegos malabares, la joven ministra no se dejó caer al suelo.

Desde su llegada a Bonn, residía en un pequeño apartamento a orillas del Rin, muy cerca de su oficina en el edificio del Congreso. Lo ocupaba de lunes a viernes en la tarde, cuando salvaba en tren los seiscientos kilómetros de distancia que la separaban de la vivienda a la que desde entonces ya consideraba su hogar genuino, aunque no fuera propia, en la calle Am Kupfergraben, en la zona de la Isla de los Museos de Berlín, que había alquilado con su pareja, el científico Joachim Sauer. Pero, por esos tiempos, lo habitaba sola porque Sauer se encontraba en San Diego, California, donde había aceptado dirigir, durante dos años, un proyecto de investigación química para una farmacéutica estadounidense.

Angela se aliviaba de la ansiedad y de la soledad trabajando y leyendo. Fumaba varios cigarrillos al día, no hacía deporte y había adelgazado hasta alcanzar, sin proponérselo, la categoría de peso bajo para su altura corporal de un 1,65 centímetros. Cada domingo, al filo de la noche, su nerviosismo crecía. Es que regresar a su despacho en Bonn, donde ella sabía que tanto compañeros de gabinete como subordinados la llamaban despectivamente a sus espaldas “la chica de Kohl” y “la del corte de cabello ridículo”, le restaba vigor a su ánimo. Ya se ha visto que su mente poderosa la ponía a salvo de perderse en la auto-compasión, sin embargo, el aislamiento y la inquina de los otros amenazaban de veras con socavar sus fuerzas y transfigurar en un fiasco su vertiginoso ascenso a las grandes ligas de la política.

Un incidente expresivo de su debilitamiento ocurrió el 1 de abril de 1991. Ese día, ella alcanzó a poner los dos pies en la antesala del fracaso al dejarse observar por periodistas mientras fumaba en el rellano de las escaleras exteriores que conducían a su oficina ministerial. Dos días más tarde, el diario más importante del país, el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, le restregó el descuido por medio de un reporte censor, encerrado en las fronteras de un titular que se ahorraba la mención de su nombre, recordándole de esa forma que ella en Bonn no era nadie: *La más joven del gabinete de Kohl todavía fuma en público*, decía. Si el título de la noticia era hosco, el contenido del reporte ya rallaba en la exigencia de su dimisión⁸¹.

Empero, ni Kohl le retiró el apoyo ni ella dejó de fumar de inmediato, aunque jamás volvió a hacerlo en la calle ni en compañía. No confiaba en la gente de la ciudad ni en el suelo que la sostenía y, un buen día, durante una entrevista, no ocultó la amargura que le producía el ambiente en el que se movía: “A veces camino por las calles de Bonn y me pregunto si alguien va a querer saludarme cuando ya no sea ministra”⁸².

Para su suerte, cuando más que una líder en formación parecía un venadillo extraviado en praderas sin arroyos, desde Templin le llegó el refuerzo ideal. Su hermana menor Irene, la benjamina del matrimonio Kasner, por entonces de veintiséis años, comenzó a visitarla en Bonn todas las semanas. Aseguran quienes conocen muy bien a la familia que Angela e Irene son un binomio equilibrado e interdependiente, porque la física es el cerebro e Irene, el corazón. Las hermanas habían dejado de convivir desde cuando la mayor se marchó a Leipzig a la universidad y dejó a la pequeña cursando la primaria en el mismo plantel del bosque por el que ella había pasado. En las vacaciones, los reencuentros entre las dos eran una celebración de su fraternidad y cariño. Por efecto de aquellos veranos reanimantes, después de la adolescencia, Irene se convirtió, sin fecha de expiración, en la confidente de Angela; en el filtro de su racionalidad y timidez. Las hermanas estaban tan compenetradas que Irene siguió a Angela a Bonn con el único cometido de acompañarla, y para ello

interrumpió, por un tiempo, el curso de su propio camino como enfermera recién egresada.

La compañía de Irene surtió el mismo efecto de un catalizador positivo en el acontecer de Angela. A su hermana-amiga, la ministra parlamentaria podía contarle todo sin tamices: enunciarle sus planes, abandonarse por intervalos sin temor a golpes bajos. La unificación de lo íntimo y conocido con los exigentes desafíos profesionales equilibró las fuerzas de la política, quien a la manera de un boxeador versado aprendió a relajarse al recibir golpes, acumular tensión antes de devolverlos y a pivotar hasta cansar a los oponentes.

Muchos años después del comienzo escarpado de su hermana en las pugnas del parlamentarismo, a Irene Kasner le enorgullece haber sido el gran apoyo de ella cuando más necesitaba de una confidente sin limitación ni condición ninguna, y de haber sido la interlocutora con quien, hasta altas horas de la noche, Angela deliberaba acerca de cómo podría lograr mayorías de respaldo a sus iniciativas o de cuándo propinar golpes de opinión en contra de lo que consideraba como arrogancia insoportable de los legisladores occidentales frente a los ciudadanos del oriente. Así, por ejemplo, en el otoño de 1991, Angela capitalizó sus cerca de ocho meses de experiencia legislativa en la conformación de una alianza con 63 parlamentarios del oriente, que se ocupó de trabajar por el tránsito ágil de los proyectos a favor de la resolución de los asuntos de los cinco nuevos estados federados. Para llegarle con fuerza a la opinión pública, Merkel acuñó el eslogan *Ahora nosotros también estamos aquí*, del que se servía para enfatizar su intención de querer asumir el liderazgo de la representación de su región.

La cohesión entre los miembros de aquel grupo ganó reconocimiento en el Parlamento, de tal forma que la motivó, en noviembre de ese mismo año, a postular su nombre como presidenta regional de la CDU en el estado federado de Brandemburgo. Su oponente principal era un político ajeno a la región, por lo que ella daba por hecho su victoria. Pero el cálculo de creer reunir los elementos para ser profeta en su tierra se develó como mero engaño de los sentidos, tan pronto como fue anunciado el resultado del sufragio interno del partido, durante el cual la mayoría de delegados le había otorgado el triunfo al candidato del occidente. La respuesta que Merkel dio sobre lo acontecido aquel sábado 23 de noviembre de 1991, fecha de la única derrota electoral que ha sufrido en toda su carrera política, marcó el desprendimiento de la imagen que tenía sobre sí misma de ser una política que se debía única y exclusivamente al oriente germano.

Fue muy duro tener que constatar que precisamente quienes se quejaban del trato de los occidentales le hayan dado el voto a un candidato de ese sector para que los

represente. Pero no, no me arrepiento de esa candidatura. En esos catorce días de campaña aprendí mucho. Verdaderamente mucho⁸.

Contadas semanas después, el manejo de la crisis emocional que le causó haber sido rechazada en su propia tierra consistió en probar suerte en una plataforma mucho más alta: la vicepresidencia de la CDU. Para esa posición fue nominada por Helmut Kohl como segunda opción, después de que su primer candidato, Lothar de Maizière, tuviese que renunciar a todos los cargos y ambiciones para enfrentar las dudas sobre su pasado colaboracionista con la STASI. Por segunda vez, tal como había sucedido después de la caída del ladino Wolfgang Schnur, las aguas convulsas por el deshonor de un representante de la política de la ex RDA impulsaron hacia adelante a la hija del pastor. Antes de la Navidad de 1991, los delegados nacionales del Partido la eligieron como vicepresidenta de la colectividad, no sin antes haber escudriñado su biografía hasta los detalles más ínfimos y menos manifiestos, sin encontrar algún elemento que les permitiera poner en duda su integridad.

El ascenso sin hijos

En 1992, a los 38 años de edad, Merkel ya sumaba a su haber dos posiciones estratégicas: ser ministra y ser vicepresidenta de la CDU. No obstante, de muy poco le habría valido cualquiera de ellas si en adelante no hubiese movilizado su poder de convencimiento y logrado que, no solo su partido sino la mayoría del Congreso, aprobara las subsiguientes iniciativas legislativas de su despacho, principalmente, a favor de la mujer; un temario impopular en el mundo político de la época dominado por hombres con marcada actitud de prepotencia respecto al entonces llamado sexo débil.

Cerca de dos años y medio le tomó a la ministra y a su equipo conseguir la manufactura, presentación, aceptación y ratificación de las leyes de fomento a la equidad entre mujeres y hombres en el terreno laboral. También, de protección contra el acoso sexual en el trabajo y de paridad en la conformación de gremios. Entre todas las normas, la verdadera joya de la corona de su tiempo como ministra de Asuntos de la Mujer y de la Juventud fue alcanzar la reforma histórica de un párrafo del Artículo Tres de la Constitución Política de 1949. Desnudo y sin dientes, el segundo párrafo conformante del Principio de Igualdad Constitucional estipulaba que “Los hombres y mujeres gozan de los mismos derechos”. Desde su ampliación en 1994, el mismo incluye la pragmática de que sea el Estado el que “[...] promoverá la realización efectiva de la igualdad de derechos entre mujeres y hombres e impulsará la eliminación de las desventajas existentes”⁸.

Después de semejante hito, a los legisladores ya no les quedaban dudas de que Angela Merkel no era un ave de paso, sino una que había llegado para quedarse en la política. *Das Mädchen*, la muchacha, como también la llamaban en Bonn, había demostrado tener temple y perseverancia, además de talento, y sabía salirse con la suya. Otra prueba de suficiencia fue el haber asegurado su sitio en el Parlamento al resultar elegida para un segundo periodo legislativo en las elecciones generales de octubre de 1994. La satisfacción por el triunfo fue análoga a la de Helmut Kohl, reelegido para un quinto mandato, por lo que el camino para ser nominada otra vez como ministra se presentaba sin impedimentos.

Ciertamente, Angela parecía tener respuestas precisas para todas las preguntas y un as bajo la manga a la hora de solventar los retos más difíciles. En realidad sucedía que ella se había enamorado de los desafíos: los desconfiguraba y volvía a armar a la manera de un cubo mágico matemático, sin cansarse ni jactarse. El único interrogante para el que no tenía o no quería dar contestación era el que, por ese tiempo, le formulaba su madre, Herlind Kasner, sobre por qué no tenía hijos y la hacía abuela. La escena del monólogo de Herlind sobre cuánto añoraba tener nietos se repetía en cada ocasión de las visitas de Angela a Templin, pero cesaba en cuanto Joachim Sauer ingresaba en el espacio familiar. Una buena amiga de la familia Kasner anuncia que era el recato lo que impedía a Herlind integrar al novio de su hija en conversaciones de naturaleza íntima, sobre todo cuando se refería al urgente deseo de ver a su hija mayor embarazada.

—Los Kasner son personas muy celosas de su intimidad. Componen un núcleo compacto en el cual no dejan que ingresen allegados ocasionales. De verdad son gente amable, entretenida y compasiva, y se sirven de esas cualidades para mantener en su sitio a todo el mundo —resaltó la amiga⁸⁵.

La cautela que tenía la madre al hablar en presencia del científico Joachim Sauer se transfiguró en naturalidad cuando la pareja decidió contraer matrimonio, lo que sucedió cuatro años más adelante, en 1998. En ese entonces la primogénita se acercaba a los 45 años de edad, por lo que la perspectiva biológica de tener hijos propios se esfumaba.

Solo en una ocasión, en agosto de 2005, Angela accedió a hablar con la prensa sobre el tema de su inexplorada maternidad: “No se dio. No estoy descontenta con ese destino, pero es que tampoco era una decisión primordial”, dijo⁸⁶. La respuesta críptica no satisfizo a su interlocutora, quien le pidió que la descifrara y comentara si podía imaginarse haber llegado tan alto profesionalmente si hubiese tenido hijos. Fue

entonces cuando Angela admitió que su ingreso tardío en la política y su aspiración de ascender en la escalera del poder habrían influido en la resolución de esa disyuntiva:

En alguna ocasión hablé del tema con la señora Gro Harlem Brundtland, exprimera ministra de Noruega: las mujeres que crían hijos, probablemente se deciden más bien por hacer carrera política después de la crianza. En mi caso, yo habría podido tener un hijo a los veinte años y entonces el niño hubiese tenido quince años en 1990. Creo que a las mujeres con hijos mayores se les puede dar alcanzar el éxito en su carrera política. En cambio, yo ingresé relativamente tarde, y además, en un tiempo de cambios y ajustes muy dramáticos.

No existen testigos ni mayores referencias de la conversación entre Merkel y Harlem Brundtland. Sin embargo, traer su nombre a colación en la respuesta sobre la ausencia de hijos delata que Angela ha comparado su vida y trayectoria profesional con la de esta excepcional dirigente nórdica del partido laborista, tres veces primera ministra de su país –en la década de los ochenta y noventa– y madre de cuatro hijos, todos nacidos en la fase de estudios universitarios en Medicina que la noruega comenzó en 1963, cuando tenía veinticuatro años.

Es factible que durante el diálogo ambas capitanas europeas hayan repasado que, a esa edad, la germana vivía en Leipzig, detrás del Muro, y completaba el primer año de matrimonio con el dueño de su apellido. Y también, que al final de 1994, cuando Herlind Kasner insistía en que atendiera el tictac del reloj biológico, a ella le preocupaba más controlar la resolución de las incógnitas sobre a dónde la conducirían el segundo periodo parlamentario y el segundo ministerio, y hasta dónde tendría que llegar en su ambición por afirmarse en el poder.

CAPÍTULO DIEZ

IMPLACABLE

Cada semana, Jürgen Leinemann, uno de los mejores sabuesos del semanario investigativo *Der Spiegel*, apreciaba más compartir una que otra cerveza con sus fuentes en el restaurante bar Provinz, que asistir a las rutinarias conferencias de prensa que se celebraban justo enfrente del local, en el centro de prensa e información del Gobierno federal en Bonn. A mediados de la década de los noventa, el mesón Provinz permanecía repleto de pretendientes de la socialdemocracia bastante hartos de ejercer la oposición al gobierno interminable de Helmut Kohl, y en las conversaciones con ellos, Leinemann sometía a prueba su agudo olfato respecto a si el personaje a quien le seguía la pista como potencial protagonista trascendente de la política, coincidía con el nombre de la persona más duramente criticada por sus interlocutores. Con Angela Merkel, ministra de Medio Ambiente desde el final de 1994 –primera mujer y tercera persona en gerenciar esa cartera desde la creación del ente en 1986– el periodista volvía a dar en el clavo; se hablaba muy mal de ella en el Provinz. Claro estaba que también se hablaba muy mal de ella en el pintoresco Bei Bruno, en el Cecilienhöhe, el restorán preferido de Helmut Kohl, adonde acudía su corte cristianodemócrata aún en las noches en las que el mandatario gigante no cenaba allí, solo para alardear de cercanía y posición de guardia.

La cuestión era estimulante. Cuantiosos delegados de ambos partidos, en el gobierno y en la oposición, todos ellos finísimos gallos de pelea, estaban en contra de Merkel. Aquella circunstancia denotaba que la física del oriente había cumplido su palabra al confesarle meses atrás que su porvenir en la política dependía, más que de circunstancias externas, de que ella se envalentonara: “Tengo que ser más dura”, había sido la afirmación que el reportero incrustó en el titular del primero de un centenar de subsiguientes dossiers dedicados a ella en *Der Spiegel*. En el desarrollo de aquel reportaje preliminar, el autor reconoció el brío de la entrevistada y anticipó la noticia de que esa rubia de aspecto insulso, de cuarenta años, daba zancadas hacia un pedestal en la historia alemana. Apreciada en retrospectiva, la iluminada definición de Leinemann sobre Merkel resulta ser una gema en el collar del periodismo excelso: “Es una mujer que desconcierta por la seguridad de sus movimientos, y que sin necesidad de recibir una salva de aplausos sabe que está haciendo la carrera política más vertiginosa desde la Segunda Guerra Mundial”¹.

Puede ser que muchos contemporáneos se hayan reído de aquel avance y lo hayan considerado exagerado, pero lo cierto es que en la primavera de 1995, los contradictorios, de una y otra facción, se habían quedado estupefactos con las acciones

enérgicas que venía protagonizando la ministra de Medio Ambiente. En el tránsito del dicho al hecho de mostrarse severa, los episodios más importantes de exteriorización de su talante renovado tuvieron que ver con la manera cómo se desembarazó de dos herencias, a cual más envenenada, que había recibido de su antecesor en el gabinete.

De una parte, Merkel prescindió de los servicios de un viceministro llamado Clemens Stroetmann, considerado el experto entre los expertos de la política medioambiental. El especialista trabajaba en el ministerio desde hacía ocho de los nueve años de existencia del ente y, al parecer, estaba tan convencido de ser imprescindible que se había permitido decir en voz alta que le daba igual quién fuera el ministro. En cuanto Merkel lo retiró del equipo, un considerable número de conservadores se dirigió a ella en busca de que reconsiderase la decisión. No hubo caso. La jefa había percibido que trabajar con Stroetmann significaba correr el riesgo de tener que seguir una línea de acción prefijada, so pena de lidiar con un desgastante conflicto de índole “¡Perdón pero aquí quien manda soy yo!”, así que escogió el camino de enfrentar la lluvia de críticas mediante la repetición, a los intercesores, de la cláusula taxativa: “Tengo la potestad de marcar personalmente el eje en la cartera que me han confiado”⁸⁸. Con ese argumento salió del paso de los medios, pero no de la desafección del enorme círculo de amigos de Stroetmann.

De otra parte, el séquito hanoveriano alrededor del ministro presidente del estado federado de Baja Sajonia, el socialdemócrata Gerhard Schroeder, no le perdonaba que le hubiese ordenado, por decreto, a su hombre fuerte que dejase de torpedear el transporte de una carga de residuos atómicos desde la central nuclear de Philippsburg, sur de Alemania, al depósito temporal situado en Gorleben, un poblado semideshabitado en el extremo norte de Baja Sajonia y del país.

Aunque el transporte de basura radioactiva había sido programado con meses de anterioridad a su llegada al ministerio, le correspondió a Merkel contener las reacciones de protesta de activistas en contra del uso de energía atómica, muchos de los cuales estaban decididos a bloquear, por tiempo indefinido, la circulación de la carga encadenando sus cuerpos a las carrileras de trenes. Al enterarse de que la Secretaría de Medio Ambiente del estado federado regentado por Schroeder tendía obstáculos, Merkel recurrió a la expedición de una ordenanza, exigiéndole tomar las medidas que garantizaran la seguridad del transporte y de los amotinados.

Por efecto de ello, el 25 de abril de 1995, el desfile de los castores fue escoltado por 7600 uniformados que despejaron de la vía a unos seis mil manifestantes, seguidos de cerca por reporteros de toda Europa, quienes, a su vez, despacharon al mundo la escenificación de la resistencia civil controlada por los gendarmes con golpes,

empujones y mangueras a presión. No obstante la intimidación, los activistas ganaron el pulso porque sabían de antemano que era imposible hacer anular la medida del transporte de residuos, por lo que su verdadero objetivo era el de incrementar, al máximo, el costo del transporte y eso sí lo consiguieron. Solo ese año, el traslado de la basura atómica supuso 55 000 000 de marcos (veinticinco millones de euros), sesenta por ciento de los cuales fueron destinados al cubrimiento del importe de la operación policial.

En lugar de dejarse amedrentar por la crisis política que surgió de los enfrentamientos entre civiles y uniformados, la ministra hizo de ella la oportunidad de exponer las razones por las que renunciar, precipitadamente, a la energía atómica era inviable. También presentó su queja en público por la negligencia de las autoridades en Baja Sajonia, que no habían ilustrado a los civiles sobre el alto peligro que suponía atender en contra de la solución nacional de manejo de los residuos tóxicos. En el careo mediático con los socialdemócratas que la llamaban leguleya, ella se impuso con una lección de moral constitucional irrefutable:

Se trataba de respetar el principio básico del Estado de Derecho; hacer lo que dicta la ley. Las leyes se cumplen o se cumplen. No hay un camino alternativo a ello, por lo que considero fatal que a la gente se le posibilite un camino para incumplir las normas. Si una mayoría no está de acuerdo con las leyes existentes, es evidente que las mismas deben ser cambiadas por consenso, pero mientras eso no suceda no se puede tolerar su violación. Y mucho menos, mediante el ejercicio de la violencia²⁴.

De todas formas, las escenas de las protestas civiles al paso de los contenedores con desechos nucleares se repitieron en 1996 y 1997, cuando todavía ella era ministra de Medio Ambiente. Lo mismo ocurrió en 2001 y 2004 durante el gobierno del propio Gerhard Schroeder, y continuaron hasta 2011, cuando Merkel ya cumplía su segundo mandato como canciller. Ese año ella tomó una decisión con respecto a la energía atómica que cambiaría, por completo, la agenda energética del país.

Llanto tras bambalinas

En el intermedio de tiempo entre las dos maniobras de dominio descritas, otra tarea pendiente de su antecesor permitió a Angela abrir los ojos a la problemática del calentamiento global y a las complicaciones inherentes a las negociaciones internacionales en general. Ese noviciado ocurrió durante la Primera Conferencia Mundial para el Cambio Climático de las Naciones Unidas, celebrada entre el 28 de marzo y el 7 de abril de 1995, en Berlín. Su organización le había sido confiada a

Alemania desde la Cumbre de la Tierra de Brasil de 1992, en respuesta a la invitación de Helmut Kohl, quien veía en el evento la coyuntura ideal para que su país unido se presentara al mundo en el escenario glorioso de la metrópoli sin el Muro.

Sin duda, Kohl era un visionario, mas no existe ningún indicio de que ese año él ya hubiese previsto que 36 meses después nombraría a Merkel ministra de Medio Ambiente y, como tal, presidente de facto de la conferencia. Las conjeturas de la política jamás funcionan a largo plazo en materia de adjudicación de posiciones y menos a los primerizos. Por lo tanto, resulta factible que haya sido la buena estrella de esta mujer la que haya alineado las circunstancias de tal forma que a ella le correspondiera estar allí como presidenta de esa congregación, adiestrándose en los vericuetos del multilateralismo.

Durante esa fase le convino que el Internet aún no tenía carácter global ni existía el suministro ni la reproducción de información en línea y a la velocidad de un segundo. De lo contrario, se habrían hecho virales las imágenes de una Merkel inexperta, nerviosa e irritable, intentando lograr, con su equipo, que las delegaciones de 160 países trabajasen sincrónicas y al modo prusiano de rigurosa disciplina. Sucedió que la intención del *host government* estaba orientada a lograr que los países participantes pactasen, en conjunto, compromisos de cifras concretas de reducción de emisiones de gases contaminantes. Pero esa meta se fue diluyendo en la Torre de Babel de las intervenciones basadas en intereses discordantes de los países industrializados versus los del grupo de países en vías de desarrollo. En referencia al fajo de desacuerdos entre los negociadores, la protagonista ha confesado que en el noveno día, al presentir que el objetivo no se lograría, los nervios la traicionaron y debió retirarse tras las bambalinas del salón de convenciones a dar rienda suelta a su llanto. Fue entonces cuando se percató de que en una de sus funcionarias, de nombre Beate Baumann, tenía a una recia entrenadora más que una asistente, que era capaz de dejar a un lado la subordinación para asirla por el brazo y sacarla de la confusión: “¡Contrólese! ¡Tome aire! ¡Vuelva a la conferencia!”, le habría dicho. El trío compacto de instrucciones surtió efecto duradero; la ministra volvió recompuesta a la sala de deliberaciones y Baumann se convirtió, desde entonces, en su sombra en todos los caminos.

En cuanto hace a la cumbre, los archivos de la Organización de Naciones Unidas constatan que allí se pactó el Mandato de Berlín, que oficializó las negociaciones anuales de las partes con el propósito de alcanzar, en la tercera conferencia con sede en Kioto, Japón, el Pacto Mundial por el Clima con cifras y plazos concretos de reducción de emisiones.

Sobre el balance de su posterior rendimiento como guardiana gubernamental del ecosistema germano hasta 1998, los críticos más acérrimos le conceden a Merkel haber dejado huella positiva en reglamentaciones precursoras de responsabilidad de la industria privada en el tratamiento ecológico de desechos, a favor de la disminución de envases no reciclables, la protección de los suelos y la obligación del reciclaje a nivel industrial y particular.

No todas las confrontaciones del estado de pasivos y activos para determinar el resultado de su gestión ministerial se concentraron en lo técnico. Algunos periodistas de revistas de chismes y farándula trajeron a colación, por esos días, un episodio singular ocurrido en 1995, por cuenta del cual, desde entonces, Merkel les tiene miedo a los perros y rehúye su cercanía. Una mañana veraniega de fin de semana, cuando ella daba un paseo sola en bicicleta por los alrededores de su casa de campo, cerca de Templin, un can deambulante la asaltó y le propinó un mordisco hondo en la rodilla. Presa del pánico y del dolor, acudió a la sala de urgencias del hospital del municipio y al describir al atacante, sus paisanos cayeron en cuenta de que se trataba de Bessi, el ejemplar al que distinguían por haber fracasado como acompañante de caza por no haber dado muestras de instinto, olfato y agresividad. La paradoja de que ese can mustio haya dado un brinco insólito, precisamente para ejercitar sus fauces con la ministra, lo hizo famoso entre la prensa de provincia, desde donde su hazaña saltó a las páginas de los diarios nacionales y se convirtió en comidilla de salón.

El antecedente de su mala suerte con los perros llegó a oídos de Vladímir Putin, espía del servicio secreto de la ex Unión Soviética en Alemania y, desde el año 2000, presidente de Rusia, quien en 2007, doce años después del accidente, se sirvió con perfidia del mismo para intimidar a Angela Merkel dejando que a su despacho en el Kremlin, donde ambos sostenían un encuentro oficial, entrase un sabueso enorme e intimidatorio a husmear en la entrepierna de la huésped por más de un minuto. La alevosía de Putin saltaba a la vista. No obstante, Merkel supo controlar tanto el desagrado como el temor, y las únicas señales que delataron la tensión a la que había sido sometida fueron la contención del cuerpo y la dilatación de sus pupilas, tal como lo hace un gato cuando su instinto le ha dictado la quietud corporal mística y vigilante como reacción a una emoción negativa.

Ciertamente, no ha sido esa la única ocasión en la que su comportamiento ha recordado la manera de conducirse de los felinos menores: el autocontrol, el sigilo, la autonomía y la fascinación por el silencio natural son rasgos muy marcados de su carácter desde los tiempos de infancia parsimoniosa en las proximidades del bosque arcano del Uckermark, donde observaba cómo sus criaturas administraban las

propiedades de estar alertas en el reposo y exactas a la hora de dar el zarpazo por la supervivencia o defensa territorial.

Entre Helmut Kohl y el futuro

La etapa fundamental de estar al acecho desde la periferia le llegó en septiembre de 1998, cuando terminó la era de dieciséis años del gobierno de Kohl, al perder estas elecciones para un sexto periodo como canciller. En esos comicios, Merkel salió invicta de la derrota porque fue reelegida parlamentaria y, de esa forma, estaba en el grupo de 245 diputados de la unión conservadora CDU/CSU, que haría oposición a la nueva coalición de gobierno entre los socialdemócratas (SPD) y la Alianza Bündnis 90 (Los Verdes), liderada por Gerhard Schroeder y Joschka Fischer, dos machos alfa tan carismáticos como acometedores.

El estado de ánimo en el que se encontraba Kohl ese domingo de su fracaso era tan bajo que al filo de la noche anunció que se retiraba de la presidencia beligerante del partido y que su sucesor sería Wolfgang Schäuble, un escudero sagaz y el cerebro mejor preparado para sucederlo en las contiendas electorales venideras, lo que le aseguraba el apoyo de poderosos amigos y la envidia de importantes enemigos. Saber que los escépticos y enemigos de su anhelo de llegar a ser el sucesor de Kohl, en todas las instancias, eran muchos y se situaban por doquier, hizo que Schäuble escogiera el nombre de Angela Merkel como su candidata a la posición de secretaria general de la CDU, atribuyéndole equívocamente cualidades de sumisión y ausencia de ambición propia.

El apoyo de Schäuble se hizo valer durante el corto periodo de promoción de la candidatura y, por consiguiente, el 7 de noviembre de 1998, en la asamblea general del partido en Bonn, Merkel se alzó con el 93 por ciento de la votación y se convirtió en la primera mujer en asumir la secretaría general del colectivo. Por espacio de doce de los diecisiete meses de su permanencia en el cargo, sus cálculos minuciosos, en fusión con la sagacidad de Schäuble, atrajeron al partido la victoria en siete elecciones regionales consecutivas, lo que aumentaba la probabilidad de que la formación recuperase, a corto plazo, el mando en el país.

Entonces, ocurrió la debacle que arrastró hacia la mancilla a Helmut Kohl, a la frustración a Wolfgang Schäuble y remolcó a Angela Merkel hacia el dominio duradero del partido: el 4 de noviembre de 1999, un tribunal regional de la ciudad de Augsburg dictó orden de captura contra el extesorero de la CDU, Walther Leister Kiep, acusado de no haber declarado al fisco un millón de marcos. Durante los interrogatorios judiciales, el extesorero no pudo ocultar, por más tiempo, haber manejado desde sus cuentas

bancarias altas sumas de dinero procedentes de donaciones secretas a la CDU, que nunca fueron registradas en la contabilidad oficial del partido. La confesión agudizó el ambiente de las investigaciones y provocó que una acción judicial por un delito de defraudación fiscal se convirtiera en el mayor escándalo político después de la Reunificación. Presionado entre la tenaza de fiscales y periodistas, Helmut Kohl aceptó haber recibido millonarias donaciones secretas por más de una década. También que aquellos fondos habían sido destinados a la financiación de numerosas campañas regionales. La testificación, de por sí ya aciaga, se agravó por el hecho de que él se negó a revelar el nombre de sus mecenas. Con la actitud defensiva de haberse comprometido a sostener una carga hasta más allá del fin de sus días, como en efecto lo hizo, Kohl se presentaba en todas las instancias de lo público, así como en las reuniones ultra secretas del partido, haciendo caso omiso de los consejos lógicos, ortodoxos y profesionales sobre cómo aprovechar la oportunidad de revelar la verdad para frenar el deslustre de su lugar en la historia y menguar el daño a la colectividad.

Al cabo de la segunda semana de diciembre de 1999, la secretaria general Angela Merkel supo que era imposible hacer acuerdos y encontrar nuevos puntos de coincidencia con su padre político. A sus 45 años y cuatro meses de edad, ella iba por el medio camino de su realización en la política, mientras Kohl, de 69, se mostraba obstinado en desandar las huellas de su gloria. Así las cosas, la fuerza viva, alimentada por las excitantes perspectivas que ofrecía el trayecto aún por recorrer, se impuso en la resolución del dilema entre callar o alzar la voz. Antes de actuar en solitario, Merkel aconsejó a los demás miembros de la mesa directiva de la CDU que debían emanciparse de Kohl, no solamente al interior de la colectividad, sino con acciones concretas a la vista de toda la República Federal. Acto seguido, tomó contacto con la redacción política del *Frankfurter Allgemeine Zeitung* (FAZ), el diario más importante de Alemania. Su intención era la de concertar una entrevista con el editor político, Karl Feldmeyer, pero éste le aclaró que el diario no reproducía respuestas sin la consecuente interpretación y análisis. La puerta que dejó abierta consistía en la posibilidad de publicarle un comentario textual sobre su percepción del escándalo de las llamadas cuentas secretas. Merkel aceptó la alternativa y se retiró a su apartamento en Berlín a darle forma a la proclama de independencia de su bienhechor.

El lunes 22 de diciembre, 48 horas antes de la Navidad, el país fue remecido por dos huracanes: el fenómeno atmosférico Lothar, que perjudicó quince pequeñas poblaciones del suroccidente germano, y la carta abierta de Angela Merkel en el FAZ titulada *Las acciones de Helmut Kohl han causado daño a la CDU*.

No podemos esperar de Helmut Kohl que de un día para otro, después de haber hecho tanto por el partido, tome él la decisión de abandonar todas las posiciones

honorarias y se retire completamente de la política. Nos corresponde a nosotros y menos a él, asumir la responsabilidad por el futuro del partido. Este año hemos ganado elecciones regionales, no por Helmut Kohl y tampoco a pesar de Helmut Kohl. Las hemos ganado gracias a nuestra decisiva acción contra la política caótica de Gerhard Schroeder. El partido tiene que aprender a caminar sin su viejo caballo de batalla –como muchas veces se ha llamado a sí mismo Helmut Kohl–. El partido tiene que comportarse como alguien que en la pubertad aprende a independizarse de su hogar para emprender su propio camino y que, sin embargo, siempre honrará y guardará en su memoria lo aprendido en casa. Quizás después con mayor intensidad que ahora, en el presente [...]

Lágrimas de ira fueron derramadas por la vieja guardia de la CDU a causa de aquella proclama. Hasta ese momento, nadie se había atrevido a romper con el patrón Kohl como lo hizo ella, su protegida y ahijada política, quien al osar despedirse de él de esa forma, también dejaba claro, de nuevo, que su definición de lealtad no incluía tolerar que se violasen las leyes. Helmut Kohl entendió el sablazo y sin hacerle reclamos, en la primera semana de enero del 2000, renunció a la presidencia honoraria y vitalicia de la colectividad; la última dignidad que le quedaba después de veinticinco años de preeminencia en la democracia cristiana.

Aquella determinación menguó la agitación en el ambiente, pero no impidió que las investigaciones judiciales avanzaran. Por efecto de ellas, el 18 de enero le correspondió el turno de presentarse a un interrogatorio a Wolfgang Schäuble, durante el cual él aceptó haber pertenecido al grupo de quienes recibieron donativos irregulares que incrementaron las arcas del partido. Su consecuente renuncia a la presidencia de la CDU, y con ella a su sueño de ser candidato a la jefatura de Gobierno, despejó el camino de la nominación para sucederlo a tres varones y a Angela Merkel.

La fémina rigurosa tenía enemigos muy poderosos, pero también aliados bastante influyentes, como era el caso de las bases del partido y un buen número de medios de comunicación. Los mejores influenciadores se encontraban en el sector de la juventud conservadora, que le reconocían su intervención con objeto de evitar que la sal corrompida del pasado malograra el futuro de su hogar político. En efecto, en la antesala de la asamblea general para la elección del nuevo presidente de la CDU, el 11 de abril del 2000, en la ciudad de Essen, cientos de veinteañeros desenfadados pregonaron que veían en ella a su estrella, canturreando una balada de los Rollings Stones:

Angie... Angie... ¿Cuándo desaparecerán las nubes? Angie...

Angie... ¿Adónde nos guiarán desde aquí?

Ese día, la candidata vestía un holgado conjunto blanco de pantalón y chaqueta sobre una blusa negra que resaltaba la palidez de su rostro, sin maquillaje, y contrastaba con la pompa de los trajes oscuros de paño fino que llevaban los tres rivales masculinos. Antes de perderse en el interior de la sala de votación, ella les agradeció a los cantores, con una sonrisa tímida y una leve inclinación de cabeza, la ocurrencia genial de cotejarla con la musa anónima del himno inmortal del *rock* británico.

En la noche, al cabo de la jornada, Angela había obtenido el 95 de los votos, y salió de la convención convertida en la primera mujer en la historia de su país en acceder a la presidencia de la democracia cristiana.

La era Merkel en la dirigencia de la CDU había comenzado y *Angie* se convertiría, más adelante, en el sobrenombre mágico que, en forma de *jingle* publicitario o impreso en afiches de campaña encima de su foto, le ayudaría a incrementar su popularidad y a seducir a las masas, incluso más allá de los cinco años de intensa lucha y la carrera de obstáculos que, desde ese día, todavía tenía por delante antes de acceder al primer empleo de la nación.

[Ajuste de cuentas](#)

El comienzo de ese lustro determinante coincidió con los preparativos finales para la mudanza del Gobierno germano de Bonn a Berlín, cuya organización le correspondió al mandatario de turno, Gerhard Schroeder. La meta consistía en trasladar el setenta por ciento de las agencias estatales de los poderes ejecutivo y legislativo (el judicial conservó su sede en Karlsruhe), hasta julio del 2001, sin que el gigantesco traslado ocasionase mayores traumatismos al plan de gestión de la coalición socialdemócrata-verde.

Después de tantos años de ansias de restituirle a Berlín su estatus clásico, llegada la hora de realizarlo el ambiente en el país no daba para grandes celebraciones, debido a la alta tasa de desempleo que azotaba a cuatro y medio millones de habitantes. La disminución del fenómeno, atribuido a los coletazos de la Reunificación, había sido una de las mayores promesas hechas por Schroeder durante su campaña para suceder a Kohl, sin haber dado muestras de poder lograrlo hasta ese momento.

Mientras el socialdemócrata tenía que vérselas con una opinión pública cada vez más enardecida, desde la nueva central de la CDU en Berlín, Merkel se concentró con su equipo en el estudio y el diseño de la estrategia táctica y logística para arrebatarse la jefatura de Gobierno en las próximas elecciones.

Meses más tarde, el 6 de enero de 2002, por medio de una entrevista y sin consultarlo con su directorio, ella se aventuró a anunciar que estaba lista para ser la contrincante de Schroeder en las elecciones generales de ese año. El apresuramiento le valió un feroz enfrentamiento con la dirigencia de la Unión Social Cristiana de Baviera, CSU, que reclamaba para sí la candidatura. Tan solo cinco días después del anuncio mediático, el viernes 11 de enero, tras un desayuno en la central de ese partido regional en Múnich, Merkel reuló hacia la segunda posición, detrás de Edmund Stoiber, presidente de la colectividad, quien ese mismo día oficializó en rueda de prensa que él sería el contendor del socialdemócrata.

Entre tanto el bávaro se proclamaba, Angela Merkel lo acompañaba de pie, en silencio. Exhibía una sonrisa amarga de labios apretados y comisuras de la boca tensas. La expresión facial podría haber sido interpretada como de tristeza de no ser por el iris de sus ojos. Estos, de color azul turquesa, despedían un brillo gélido y enigmático. Nunca antes, como a partir de ese instante, afloraba en ella el espíritu rencoroso. Provenía del orgullo herido unido al reconocimiento de la dependencia en que se encontraba de la CSU. Esa pequeña fracción, que contaba en la legislatura vigente con 39 parlamentarios, la había llevado contra las cuerdas a ella y a la poderosa CDU, representada por 206 parlamentarios. Sin tener posibilidades de valerse por sí sola, Merkel se había visto obligada a dejar que el partido enano se saliera con la suya, lo que significaba declinar su candidatura, porque todos los implicados sabían que sin la sociedad con la ultra católica y tradicionalista región de Baviera, la CDU nunca lograría recuperar el poder.

De regreso en Berlín, Merkel reaccionó a su derrota con una respuesta humilde: “No estoy amargada. He aprendido de la experiencia sobre la decisión de la candidatura. Ha sido una gran lección para mí. Ahora vamos a trabajar por el triunfo [...]”⁹⁴. La declaración sonaba conciliadora y, de hecho, le atrajo muchos halagos, pero no correspondía con el rictus de amargura que se le había dibujado en el rostro y las comisuras labiales profundamente caídas.

Con la misma expresión de endurecimiento de su rostro, un mes antes de las elecciones generales del 22 de septiembre, Merkel mostró sus cartas de apoyo a la guerra en Irak que preparaba desde Washington el presidente estadounidense George W. Bush. Lo hizo en tajante antagonismo con la posición del mandatario, Gerhard Schroeder, quien ya había notificado al país que, bajo su gobierno, Alemania no participaría de una conflagración en el Medio Oriente contra el régimen de Sadam Hussein, porque la belicosidad no estaba basada en pruebas sino en suposiciones sobre la existencia de armas de extinción masiva en los confines de Bagdad.

Esa negativa le significó a Schroeder la crisis en las relaciones transatlánticas, pero también el aumento considerable de su popularidad y aceptación entre los electores germanos, antibelicistas consumados desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. El incremento de última hora del apoyo de los sufragantes determinó la reelección de los socialdemócratas y verdes por un estrechísimo margen de votos con respecto a los que alcanzaron Edmund Stoiber y la CDU.

De nuevo en la oposición, Merkel tuvo que maniobrar la nave de su partido por las aguas turbulentas de la exigua apreciación de su perfil en la CSU y la rivalidad de copartidarios reputados, todos hombres y todos buenos amigos entre sí. La empresa de poder mantenerse a la cabeza de la colectividad y alcanzar por fin la candidatura a la jefatura de Gobierno probablemente habría fracasado, si no fuera porque la serenidad tampoco caracterizaba el segundo gobierno de Schroeder y Fischer. De hecho, la crisis en el gobierno socialdemócrata-verde se había instalado desde el comienzo del segundo periodo por el inconformismo de los gobernados con las reformas del Estado de bienestar y la introducción de una nueva categoría de subsidio social para los desempleados que superaran más de un año en esa condición, denominada Hartz IV. A la depresión interna se sumaba el aislamiento progresivo de Schroeder a nivel internacional, orquestado desde Washington en represalia a la negativa de secundar el plan estadounidense de derrocar al régimen de Sadam Hussein.

Merkel –experta en medición de características, duración y mutación de fenómenos físicos– capitalizó ambas circunstancias, centrando su crítica en lo que ella llamaba la incapacidad de Schroeder de conducir el país fijándose metas concretas que generaran previsibilidad y confiabilidad:

La ausencia de método engendra el caos y lleva a la decepción. Así, la nada gobierna. Todo se hace a la ligera y como salga. Y esta situación es el verdadero problema para Alemania, y se presenta no solo en lo interno, sino también de forma muy clara en su curso de *harakiri* en la política internacional⁹⁵.

Cabalmente, la física sistemática convirtió el tema internacional en el caballito de batalla de su táctica de desgaste contra el dirigente socialdemócrata. De la misma hizo parte el intempestivo viaje a Washington, el 18 de febrero de 2003, con el objetivo de hacer cosmopolita la posición conservadora a favor de Estados Unidos en el desacuerdo con el Gobierno germano por cuenta de la guerra en Irak. De esa jugada arriesgada de Merkel, que al fin de cuentas solo era la jefa de la oposición, formó parte hacerse recibir en la Casa Blanca por el vicepresidente, Dick Cheney; el ministro de Defensa, Donald Rumsfeld, y la entonces asesora de seguridad de George W. Bush, Condolezza Rice, con quienes se congració todavía más por un comentario suyo impreso en el diario *The*

Washington Post. En aquella contribución, sin recato, pasó por encima de la dignidad de la figura de la jefatura de Gobierno de su país y descalificó al titular, aseverando que “Schroeder no habla por todos los alemanes”⁹⁸. La idea central del texto contenía su desconfianza de que Schroeder acatará lo dispuesto en la cumbre especial de mandatarios de la Unión Europea: mantener una posición conjunta de apoyo a la resolución 1441 de las Naciones Unidas. Esta lanzaba un ultimátum a Sadam Hussein y autorizaba, a los países miembros, el uso de todas las medidas necesarias, incluso el ataque bélico, para hacer valer los controles en contra del depósito ilegal de armas de destrucción masiva.

32 días después, el 20 de marzo, comenzó la ofensiva estadounidense y británica en Irak en alianza con 35 países miembros de la ONU, de la que Alemania no participó activamente, a pesar de la presión ejercida por Merkel en representación de la CDU y los intensos ejercicios de coacción por parte de Georg W. Bush.

De Angela a “Angie”

En 2011, cuando terminó la ocupación de Bagdad, la historia otorgó la razón al recato de Schroeder y sus coequiperos con respecto a los peligros que emanaban de una conflagración en la región. Pero, para entonces, el socialdemócrata ya cumplía seis años retirado de la política, varios de ellos, entregado al papel de ser lobista de Vladímir Putin.

El engranaje de su jubilación forzosa comenzó a tomar forma el 1 de julio de 2005, cuando la mayoría de parlamentarios con asiento en el Bundestag votaron en contra de la moción de confianza a la que él acudió para medir el expreso respaldo a su programa de gobierno en el Parlamento. Schroeder le había apostado a ese fracaso como justificación para convocar elecciones generales anticipadas en las cuales se presentó a la reelección. Los comicios fueron programados para el 18 de septiembre de ese año y el contrincante por la CDU/CSU ya no era Edmund Stoiber, sino Angela Merkel, quien había conseguido oficializar su candidatura un par de meses atrás.

Durante el breve capítulo de 49 días de campaña, la estrategia de comunicaciones Eva Christiansen, a la cabeza de un equipo de estilistas, asesores de moda y fotógrafos, concretizó la idea espontánea de los jóvenes cristianodemócratas de distinguir en la sesuda Angela del oriente a la Angie universal de los Rolling Stones.

En las manos de aquel personal de expertos en estética y manejo de imagen, a sus 51 años recién cumplidos, la candidata experimentó la transformación de su estampa física. No le gustaba, pero tuvo que aprender a dejar que la peinasen y maquillasen

como a una modelo y la vistieran como a una ejecutiva de multinacional. Por medio de cosméticos para la piel que escondían sus líneas de expresión endurecidas, sombras y lápices resaltadores del color de sus ojos, tintes que le prestaron el brillo de juventud a su cabello rubio y labiales en tonos del coral rojo que moldearon su sonrisa, la nueva Angie satisfizo a su audiencia y dejó perplejos a sus contrarios. Su lema de campaña lo ideó ella misma: *Quiero servir a Alemania*. Este contenía los conceptos categóricos de patriotismo, humildad y aspiración. ¿Había nacido una estrella?, preguntaban tanto columnistas como conductores de *talk shows*. Al cabo de una sonrisa cándida y azucarada, Angie replicaba que no era una recién llegada y sustentaba lo dicho con frases cortas, precisas, de alto nivel lingüístico, elaboradas de tal forma que conseguían que el receptor siguiera pensando en su significado durante varios minutos e incluso horas después de ser emitidas.

El domingo de las elecciones sucedió lo que las firmas encuestadoras habían previsto: ninguno de los dos grandes partidos contrincantes obtuvo la mayoría absoluta, ni siquiera después de la sumatoria de sus votos con los alcanzados por sus socios naturales de coalición. Aquello significaba que el pueblo había privilegiado la conformación de un gobierno de gran coalición entre la unión de la CDU/CSU y la socialdemocracia (SPD), que sería liderado por los conservadores por efecto de la delantera de un punto porcentual sobre el resultado del partido de gobierno.



Angela Merkel en tiempos de campaña electoral para su primer mandato de Gobierno, 15 de junio de 2005. Los alemanes la apodaban "Angie". Crédito: Shutterstock.

Aunque la ventaja era mínima, la exactitud de la aritmética electoral encaramaba a Angela Merkel en la primera posición del tablero del poder y eliminaba del juego a Gerhard Schroeder, mas no a su partido que podía aspirar a la vicecancillería y a cerca de la mitad de los ministerios. Descompuesto por la rabia, Schroeder fue el único que esa noche no quiso aceptar la contundencia de las matemáticas. Así lo demostró

durante un ritual de debate postelectoral televisado, denominado la ronda de los elefantes, durante el cual en vivo y en directo atacó a Merkel y desconoció, vociferando, la legitimidad de sus aspiraciones y su capacidad de formar gobierno. La atacada se comportó como lo haría Angie: con ojos húmedos y entornados, las manos entrelazadas apoyadas en el mentón y en absoluto silencio, soportó la agresividad del macho exaltado. De tanto en tanto posaba la vista sobre la ronda compuesta por los demás jefes de partidos participantes y dos moderadores, todos hombres. Uno por uno, los varones allí reunidos salieron en defensa de la dignidad de la dama y pusieron en su sitio a Schroeder. Ese puesto no era otro que el del mal perdedor. Solo entonces Angela Merkel, la estadista, hizo uso de la palabra. “Encontraré mi camino para negociar con la socialdemocracia una coalición de gobierno bajo mi mando”, le dijo al bravucón y a toda la nación.

Un par de horas más tarde, cuando ella llegó a la fiesta electoral en la sede de su partido, una corresponsal británica que esperaba en el recinto a los ganadores le preguntó a quemarropa: “Señora Merkel, usted acaba de ganar la jefatura de Gobierno. Es la primera vez para una mujer aquí en Alemania. ¿Está emocionada? ¿Está feliz? ¿Cómo se siente?”. Lacónica, la designada nueva canciller respondió: “Todo es normal. Estoy bien. Me siento muy bien”. Todos aquellos que esperaban escuchar salir de su boca exclamaciones de júbilo y triunfalismo se confrontaron con la mesura. Asistían a los primeros minutos del sistema Angela Merkel, del que haría parte la economía del ánimo, de la que ha hablado el escritor Norman Mailer.

CAPÍTULO ONCE

LA PRIMERA MUJER CANCELLER

Nada más interesaba a esa amalgama de tres generaciones de admiradores que tararear, bailar y vibrar al ritmo del *rock-and-roll*, encarnado esa noche del verano alemán por los inmortales Rolling Stones. El Estadio Olímpico de Berlín trepidaba con los gritos y saltos de 60 000 personas, fieles delegadas de la tardía generación silenciosa, de los *baby boomers* y de la generación X. Todas ellas estaban dispuestas a dejarse seducir por el magnético performance de Mick Jagger y de sus longevos compañeros de banda. Para los británicos era su noveno concierto en la ciudad y el quinto en el emblemático recinto desde la caída del Muro de Berlín.

A las 8:45 del crepúsculo, así marcaba el reloj de la columna izquierda que guarda la entrada principal del estadio, estalló un *big bang* de luces y fuegos artificiales. Con los primeros acordes apareció *sir* Jagger, de vaqueros y camiseta negra, contoneando sus piernas de espagueti por todo el escenario. La multitud bullía no solo por el embeleso musical y el juego de pirotecnia con luces y efectos especiales, sino también porque esa noche del viernes 21 de julio de 2006 la temperatura superaba los treinta grados centígrados.

Leonhard W., estudiante de historia del arte en la Universidad Técnica de Dresde, había viajado especialmente a la capital para presenciar el concierto de su cuadrilla favorita. “Me encontraba en el mejor sitio, justo en frente y muy cerca del escenario. Yo era uno de los fans más jóvenes. Ya había visto a los Stones cuatro veces antes y aún así, aquel fue el concierto más excitante de todos”⁹².

Como todo un experto melómano, Leonhard W. compiló en un diario digital su opinión y percepciones sobre cada momento de interpretación de los veinte temas que la banda tocó esa noche. “Nada parecía salirse del repertorio usual de la gira mundial. El *show* era una mezcla de sonidos primitivos, crudos, de *rock* extraordinario, toda una experiencia instrumental”, describe el fanático. Como él, la marea humana no perdía detalle de los movimientos y de cada sílaba que salía de los labios del icónico vocalista. Por eso, registraron estupefactos cuando Jagger frenó en seco sus pasos en la mitad de la tarima, bajó las revoluciones y antes de comenzar la sexta tonada, se dirigió a su público y le dijo: “*It’s time for das Lied von eine deutsche Magdschen*” [sic] (Este es el momento de la canción sobre una chica alemana). Los asistentes captaron enseguida el mensaje. El líder de los Rolling Stones había hecho un corte en su actuación para dedicarle, nada más y nada menos, que *Angie*, la balada melancólica más famosa del

grupo, a la canciller Angela Merkel; la mujer que desde hacía nueve meses regía el destino de los alemanes.

Angie, Angie, ¿a dónde nos guiarás desde aquí?...

Angie, eres hermosa...

Aún te quiero, nena...

A donde quiera que mire, encuentro tus ojos...

No existe una mujer que se compare a ti...

El galanteo de la leyenda del *rock-and-roll* con ella confirmaba que la popularidad del setenta por ciento de la que disfrutaba en ese momento entre los alemanes había traspasado fronteras. No era un guiño solitario. Además de la leyenda del *rock*, otros líderes mundiales ya habían tomado nota sobre los efectos positivos que un perfil como el suyo provocaba en Alemania y Europa.

Poco coincidía el reconocimiento internacional del que Merkel gozaba en el verano de 2006, con el escepticismo con el que había sido recibida en su país, nueve meses atrás, la noticia de que por primera vez en la historia de Alemania una mujer sería la mandataria. Por enésima vez, la subestimada Angela, la forastera del oriente, se había salido con la suya, sorprendiendo a todos.

[La palabra del año](#)

La mañana inaugural de su mandato, el 22 de noviembre de 2005, había supuesto varios hitos en la historia política alemana, que se consumaron con el aval formal en el cuerpo legislativo. Por lógica aritmética, y sellado ya el acuerdo de coalición de gobierno entre cristianodemócratas y socialdemócratas, resultaba evidente que Angela Merkel sería quien ocuparía la jefatura del Gobierno. Pero las normas de la democracia parlamentaria dictan que la refrendación del nombramiento depende de la votación interna en el Bundestag. Ese día, 397 de los 614 parlamentarios y parlamentarias votaron a su favor, configurando una mayoría del 64 por ciento. Ese hecho hizo que se cumpliera el primer hito: ninguno de los anteriores siete cancilleres había obtenido más alta votación que ella.

Pasada la prueba de fuego, el presidente del Parlamento, Norbert Lammert, procedió a juramentar a la nueva canciller de la República Federal de Alemania. Al

escuchar su nombre, Angela Merkel apoyó las manos sobre la mesa y se levantó de su silla en la primera fila del hemiciclo. Sorteó a los presentes que se erguían a su paso y se dirigió con paso cauteloso hacia el estrado. Tenía sobre sí todas las miradas, y su peso hacía que ella calculara cada uno de sus movimientos y gestos. No había dejado nada al azar. Tampoco su atuendo, que a partir de ese día sería tema de análisis de la opinión pública. Para esa ocasión, Merkel eligió llevar un sobrio sastre negro de chaqueta y pantalón y un collar de oro con un dije de ámbar, el talismán por excelencia de las poblaciones ribereñas del mar Báltico, donde había comenzado su aventura parlamentaria.

Tras subir unos cuantos escalones se situó enfrente del presidente del Legislativo, de espaldas a la imponente águila federal, de 2.5 toneladas de aluminio, suspendida en el aire. Con su mano derecha en alto juró su cargo. Al cabo de pronunciar la última frase de rigor “con la ayuda de Dios” (*so wahr mir Gott helfe*), el público la ovacionó de pie durante cerca de un minuto. Un poco turbada, Angela se arrepintió en los primeros segundos de aplaudirse a sí misma. Levantó la mirada y con ojos sorprendidos recorrió el recinto. Con los hombros encogidos y los brazos colgando al costado parecía una niña azorada por los gestos de aprobación de los presentes. De pronto dirigió su mirada hacia su derecha y sonrió aliviada hacia la tribuna. En la primera fila se encontraban sus padres, Herlind y Horst, y su hermano Marcus. En la siguiente, el cuarteto de sus amigas, entre ellas una presentadora de televisión y una columnista de un diario, quienes marcaron la nota discordante al recibir varios llamados de atención de los oficiales de protocolo por compartir entre risas las galletas que una de ellas había elaborado con la forma de las letras del CDU, ya que en la ceremonia estaba prohibido comer.

Al final de la aclamación, Angela Merkel se había convertido a sus 51 años de edad, no solo en la primera mujer canciller, sino también en la jefa de Gobierno más joven de la historia de la República Federal de Alemania. Estos dos hitos adicionales causaron tanta sensación en el país, que el término *Bundeskanzlerin*, jefe de Gobierno en femenino, fue declarado en el 2005 como la palabra del año en Alemania, Austria y la Suiza alemana.

El primer acto de gobierno, aquel martes 22 de noviembre, fue el de acompañar a los quince ministros y ministras de la gran coalición, siete de la CDU/CSU y ocho del SPD, a jurar su cargo ante el Parlamento. El gabinete en pleno sesionó por primera vez a las siete de la noche en la cancillería. Tras la reunión de dos horas, y cuando los periodistas acataron la orden de abandonar el recinto, las luces del séptimo piso del edificio gubernamental todavía permanecían encendidas. Allí, en su recién adquirido despacho, Angela Merkel comenzaba a celebrar con su círculo más íntimo la anhelada victoria. De

esa reunión privada solo pudo dar cuenta el periodista Henning Krümmey, quien se hizo pasar por un miembro de seguridad y gracias a esa audacia pudo observar varias escenas del festejo. “Al fin el marido Joachim Sauer puede felicitarla y darle un beso. [...] Están presentes muy pocos compañeros de camino que trabajan desde hace años por el ascenso de Merkel [...]”⁸⁸.

Cuando el reportero se disponía a tomar más notas, fue sorprendido en flagrancia por los verdaderos agentes de seguridad, quienes lo expulsaron de la sala. Antes de tener que abandonar el lugar, el periodista se percató de que aún seguía allí el ostentoso y pesado escritorio desde donde había despachado el predecesor de la nueva gobernante, Gerhard Schröder, quien lo había mandado a diseñar a su gusto. Debido a su tamaño –cuatro metros de largo, un metro y treinta centímetros de ancho y una tonelada de peso– el mueble había tenido que ser instalado con una grúa a través de uno de los ventanales de la oficina.

El escenario del poder de la era Merkel

El despacho de la jefatura de Gobierno en Berlín es tan amplio que allí cabrían dos versiones de la oficina oval de la Casa Blanca. Ese espacio generosísimo de 140 metros cuadrados le pareció a Merkel sobredimensionado y ciertamente difícil de personalizar. Sin embargo, pelear con la escuela del nuevo gigantismo arquitectónico era inútil, por lo que se concentró en adaptar el lugar a su naturaleza modesta, sin trastocar demasiado el mobiliario.

Uno de los cambios que produjo fue utilizar el escritorio ovalado como plataforma para sostener el globo terráqueo de fondo negro con los países delineados en tonos crema y ocre, que desde entonces le sirve de apoyo en las consultas sobre geopolítica con sus asesores e invitados internacionales. Desde ese escritorio también recibe y realiza llamadas telefónicas a otros jefes de Gobierno. “A trabajar me siento en otra mesa”, ha contado⁸⁹. La canciller se refiere a la mesa de juntas de diez puestos, ubicada a la derecha de la puerta de entrada de su despacho. “Siempre me ha gustado trabajar cerca de la puerta, y en ninguna de mis funciones he llamado a mi secretaria por teléfono. Prefiero ir yo a buscarla o hablarle a través de la puerta abierta”⁹⁰.

Cuando se sienta a trabajar en esa mesa, Angela divisa de frente, a través del ventanal, la fachada del Reichstag, donde está inscrita la frase “*Dem deutschen Volke*” (Al pueblo alemán). Puede leer la inscripción nítidamente, puesto que el legendario edificio del Parlamento está ubicado a tan solo 550 metros de distancia de la cancillería. A su manera, Angela Merkel definió una nueva escenificación del poder de cara al pueblo.

Para darle ambiente a su lugar de trabajo, escogió una obra del pintor austriaco Oskar Kokoschka que retrata a Konrad Adenauer, a quien Angela Merkel define como su ejemplo a seguir, y dejó en manos del personal de la cancillería la selección de obras de arte que complementan la decoración del despacho. Pidió que combinaran la decoración con un par de plantas que ella entresacó, y que siempre hubiese un ramo de flores frescas sobre la mesa principal, pero no aquellas que despiden aromas fuertes. Algunos meses más adelante, las rosas ecuatorianas se convirtieron en sus predilectas desde que a un embajador de ese país se le ocurrió la gentileza de enviarle cada mes, por espacio de varios años, un arreglo de tamaño mediano armado con exquisitas rosas andinas de todos los colores.

—Una atención que la canciller recibía con complacencia —constata un alto oficial de protocolo de la cancillería¹⁰⁰.

La jornada laboral de la canciller contempla quince horas diarias de trabajo, desde las siete y media de la mañana hasta las diez de la noche. Contrario a su antecesor, ella y su esposo declinaron la oferta de mudarse al apartamento destinado a los jefes de Gobierno, situado en una de las naves interiores de la cancillería. Eso porque Merkel y Sauer prefirieron resguardar su vida privada en el mismo apartamento de alquiler que habitan desde los años noventa, en el número seis de la calle Am Kupfergraben, a dos kilómetros de distancia de la sede de Gobierno y a uno y medio de la Universidad Humboldt, donde Sauer trabajaba por ese entonces como catedrático de Físicoquímica. La casona de color amarillo ocre con ornamentaciones del clasicismo, donde se encuentra el apartamento, está ubicada en el centro de la ciudad, al costado de la Isla de los Museos y a la vera de un canal del río Spree. El edificio es custodiado las veinticuatro horas por dos agentes de policía. Durante los primeros meses de su mandato, las cámaras de seguridad del museo de Pérgamo, una de las edificaciones que componen el complejo artístico y arquitectónico del vecindario, captaron en varias ocasiones a Joachim Sauer viendo televisión en la sala de estar de su vivienda. Aquel ángulo de intrusión en la vida privada de la canciller y su esposo fue corregido una vez que los medios divulgaron el pormenor.

El alter ego

Desde el primer día de su mandato, Angela Merkel dispuso que su mano derecha, Beate Baumann, ocupara la oficina contigua a la suya, de modo que le resultara fácil atender sus llamados. No lo hacía así Schroeder con su asistente, por lo que pronto colegas, analistas y periodistas se percataron de que la cercanía de Baumann era imprescindible para Angela.

La canciller dio esta precisa respuesta a comienzos de su Gobierno, cuando le preguntaron sobre la funcionaria que la acompañaba desde hacía más de una década:

Beate Baumann es mi secretaria privada, y una de las personas de confianza más importantes. Con ella puedo hablar abiertamente sobre todos los temas de manera crítica y positiva. Juntas nos alegramos o amargamos. Y sobre todo, hemos mantenido la capacidad de decirnos la verdad¹⁰².

Merkel y Baumann se conocieron en febrero de 1992, cuando Angela Merkel buscaba un asistente que le manejase su despacho vicepresidencial de la CDU en Bonn. La canciller siempre le ha reconocido a Christian Wulff, copartidario y expresidente del país, que se la haya recomendado. Miembros del Partido Unión Cristiano Demócrata relatan que en cuanto las presentaron, ambas charlaron por varias horas y lograron un entendimiento prometedor, parecido al de Angela con su hermana Irene, de amistad fraternal. Baumann se convirtió en su asesora en el Ministerio de Asuntos de la Mujer y la Juventud; luego se fue con ella al Ministerio de Medio Ambiente, donde comenzó a actuar como entrenadora de la implacable ministra; después se trasladó con ella a Berlín cuando fue designada secretaria general de la CDU; estuvo a su lado cuando obtuvo la presidencia del partido, y, desde noviembre de 2005, es su mano derecha en la jefatura de Gobierno.

Discreta e incluso más enigmática que su jefa, Baumann nunca ha dado entrevistas, no permite que le tomen fotos espontáneas y poco se deja ver en los actos públicos que atiende la gobernante.

Por no tener acceso amplio a detalles sobre su vida, la prensa ha fabricado un perfil basado en símiles con Angela Merkel cuando aún no era famosa. Beate Baumann es nueve años menor que su jefa. Lleva el pelo corto al estilo hongo, no se maquilla, más que vestir, se uniforma con trajes de chaqueta y pantalón en tonos del gris. Como Merkel, no tiene hijos y proviene de una familia religiosa muy creyente, solo que Beate es católica y no luterana. También se sabe que Baumann se ha convertido en el complemento perfecto de Merkel porque, por ser del occidente, de la ciudad de Osnabrück, le ha aportado datos, conocimientos y contexto sobre lo ocurrido en la mitad del país cuando la física vivía detrás del Muro.

Algunos allegados describen a Beate Baumann como una funcionaria que desempeña un variopinto de funciones de alto calibre, superiores a las que normalmente se le delegan a una secretaria privada. En realidad es la estratega política de Angela Merkel y, como tal, su criterio pesa a la hora de decidir los momentos más adecuados para las apariciones e intervenciones públicas, la adopción del tono de los

discursos, así como la elección de temas y el énfasis que debe dárseles. Con el paso del tiempo, la dupla se ha hecho todavía más sólida. Por su accionar, siempre desde el lado invisible del poder, los medios le han adjudicado a Baumann varios sobrenombres, como el *alter ego* de Angela Merkel, la sombra de la canciller, el fantasma en el escenario, la segunda mujer más poderosa de Alemania, Rasputina y cobra real.

A finales de noviembre de 2005, una vez instalada en el despacho contiguo al de la mandataria, Beate Baumann afinó el formato secretista del ritual ineludible en la jornada de trabajo de la mandataria: la reunión matutina con un reducido número de funcionarios.

La recuperación de Alemania

Cuando se alzó como jefa de Gobierno, Angela Merkel recibió de su antecesor una herencia bastante compleja de administrar. La economía alemana estaba estancada. La tasa de desempleo sobrepasaba los cinco millones, lo que representaba una cifra récord desde la Segunda Guerra Mundial. En el argot de los medios de comunicación el país era tildado “el hombre enfermo de Europa” o “el paciente alemán”. Debido a la coyuntura negativa, la nación atravesaba por una especie de desánimo colectivo.

Consecuente con su promesa electoral, la nueva canciller se propuso mejorar la economía alemana. Su plan, adaptado y rebustecido por la gran coalición, estaba compuesto, en pocas palabras, por la tríada de sanear, reformar e invertir. “Estoy convencida de que Alemania lo puede lograr”, sostuvo en su primera declaración de Gobierno, ocho días después de asumir el cargo ¹⁰³.

Entre sus métodos para conseguirlo, y fiel a su rigor científico, Merkel precisaba recopilar datos e información, cotejar y realizar una aproximación analítica y cerebral de cada uno de los temas que marcaban el día a día de su agenda política y económica. Para ello, y con ayuda de Beate Baumann, instauró la *Morgenlage*, una reunión matutina de martes a viernes en la que participa un reducido grupo de funcionarios del Gobierno, todos miembros del partido de la CDU.

Oficialmente no existe información en actas u organigramas sobre la composición y estructura de dicho sanedrín, pero se sabe que asisten por lo general, además de Merkel y Baumann, otras tres personas: el jefe de gabinete de la cancillería, el portavoz del Gobierno y la asesora de medios. Los cinco se reúnen todos los martes, jueves y viernes a las 8:30 de la mañana; los miércoles, a las 7:45. El encuentro nunca dura más de media hora. Entre los materiales que se analizan, se encuentra la carpeta de prensa que contiene entre cien y 130 páginas con el escrutinio de las noticias nacionales y

extranjeras, y las reacciones que estas han provocado. Cuando el tema amerita un análisis más específico, el núcleo se abre a otros funcionarios, como dos miembros de la fracción parlamentaria de la CDU, el secretario general del partido y el director de planeación de la cancillería.

Cuando a alguno de sus integrantes se les pregunta sobre los temas que tratan, sus respuestas imprecisas denotan que han sellado un pacto de confidencialidad y discreción sobre el contenido de la *Morgenlage*. Dos funcionarios de su gobierno coinciden al afirmar que:

A ella no le gustan las personas que alardean y se vanaglorian de trabajar a su lado, o aquellas que buscan estar en primer plano. Si alguien filtra un mínimo detalle sobre la atmósfera de comunicación, estado de ánimo, contenido o tendencia de las actuaciones que se hayan definido en la reunión, esa persona lo paga caro. En eso la canciller es intransigente y llega a ser vengativa, porque el manejo del silencio es una de sus estrategias más efectivas¹⁰⁴.

Un día después de asumir el cargo, Angela Merkel se presentó al mundo. Viajó a París, Londres y Bruselas como señal de su enfoque hacia la integración europea. En enero viajó a Washington en busca de limar las asperezas del anterior Gobierno en la relación transatlántica con Estados Unidos. También comenzó a trabajar en la búsqueda de una alianza estratégica pero independiente con Rusia. Pronto la canciller novel se convirtió en una actora relevante en el ajedrez internacional y se hizo un lugar, como única mujer, en el selecto club de jefes de Estado y de Gobierno occidentales, integrado en su mayoría por hombres alfa, como el estadounidense George W. Bush, el francés Jacques Chirac, el ruso Vladímir Putin y el británico Tony Blair.

Entre tanto, mientras las nuevas alianzas se acoplaban al novedoso estilo cartesiano de la científico-estadista germana, también, poco a poco, el pueblo alemán se adaptó al hecho de ser regido por una mujer, además de ello, proveniente del oriente. Las encuestadoras exhibieron las cifras de reducción del número de personas que dudaban de si ella sería capaz de dirigir las riendas del centro de Europa. La aceptación no era gratuita. Durante el primer trimestre de 2006, la tasa de desempleo bajó a menos de cuatro millones, y subió el índice del clima empresarial IFO, que mide el desarrollo de la coyuntura alemana e indica el nivel de confianza de las empresas en la situación económica. Los institutos de estadísticas pronosticaron con acierto que al final de ese año la economía germana crecería en un 2,3 por ciento; una noticia fantástica que su país esperaba desde hacía mucho tiempo. Los medios internacionales reseñaban que Alemania había emprendido el camino correcto para consolidarse, nuevamente, como

la cuarta economía más importante sobre la tierra. El hombre enfermo de Europa comenzaba a sanar.

El momento no podía ser mejor para que Alemania compartiera su estupendo estado de ánimo con todo el planeta.

“El mundo entre amigos”

En el verano de 2006, por primera vez en la historia del fútbol, la reunificada Alemania ofició como anfitriona del deporte rey. La cita estaba prevista desde el año 2000, pero no que la capitana de la política fuera una mujer. Aquella circunstancia le agregó sonoridad y atractivo al máximo evento deportivo, que transcurrió entre el 9 de junio y el 9 de julio.

En la estrategia de promoción del Mundial, algunos meses antes del evento, Angela Merkel se presentó como una gran aficionada del deporte más popular del planeta. La acción fue considerada por muchos analistas como una maniobra mediática y de acercamiento a los alemanes. Así, por ejemplo, divulgó a los medios algunas perlas biográficas para conseguir figurar en las páginas de deportes. Reveló que su afición al fútbol no era coyuntural, sino que le gustaba desde los siete años de edad. Que en mayo de 1974, en su época de universitaria en Leipzig, casi se congela en el estadio viendo el partido amistoso de la RDA contra Inglaterra. Que cuando era ministra en Bonn, había sufrido con amigos en un bar la semifinal de la Liga Europea entre Alemania e Inglaterra. Y que era del tipo de aficionados a los que no les importaba dejar a su pareja en casa, mientras ellos salían en busca de barra para ver la transmisión de una final. Eso lo aclaraba, admitiendo que para su marido, Joachim Sauer, el deporte rey no era más que un acto superficial entre jóvenes púberes.

Tan en serio se tomó su papel de anfitriona del Mundial, que a mediados de marzo de 2006 se reunió por varias horas con la selección nacional y su entrenador, Jürgen Klinsmann, para que le explicaran los detalles técnicos y tácticos del fútbol alemán de la época. Ese interés, casi científico, le sumó muchos puntos en su relación con los jugadores y sus seguidores.

Lo prometió y cumplió. La buena hinchita asistió a cada uno de los siete encuentros disputados por la selección alemana en esa décima octava edición de la Copa del Mundo. Sus apariciones causaron sensación porque, una vez dentro del estadio, la gobernante parecía desdoblarse en otra persona, una que no calculaba cada uno de sus gestos y movimientos, sino que daba rienda suelta a la parte emotiva de su personalidad.

En el partido inaugural del 9 de junio en Múnich contra Costa Rica, ella lució su joya más valiosa: el talismán de ámbar, que llevaba cuando fue nombrada canciller. Era un guiño a la selección de que compartía con ellos la buena suerte que le había traído la laja. Trató de permanecer serena en su silla, pero no pudo contenerse: levantaba los brazos, cerraba los puños y emitía gritos de entusiasmo y frustración en los momentos álgidos del partido. Desde su asiento en la tribuna, reservada para invitados ilustres, brincó de emoción por cada uno de los cuatro goles que los alemanes le propinaron a los costarricenses, que solo anotaron dos.

Cinco días más tarde acudió a Dortmund, donde la nación la vio vibrar en el duelo contra Polonia. Los nervios la llevaban a morderse los nudillos de la mano izquierda, saltaba de su asiento y, frustrada, se dejaba caer de nuevo en la butaca cuando los alemanes fallaban la red. Al final ganaron por la mínima.

Estuvo presente en la cita del 20 de junio en el Estadio Olímpico de Berlín, donde Alemania le ganó por tres a cero a Ecuador. La afición presenció a la gobernante en su papel de hinchita consagrada: sonriente y confiada en la superioridad de su equipo. A ese punto la prensa ya la llamaba la jugadora número doce de la selección.

El día 24 en Múnich, sus saltos de felicidad por cada una de las dos anotaciones contra Suecia la consolidaron como la figura predilecta de las cámaras de televisión. De hecho, la gente en la calle ya afirmaba que la presencia de la mandataria en el estadio era fundamental porque le traía buena suerte al combinado alemán.

De vuelta en Berlín el 30 de ese mismo mes, cuando Alemania disputó los cuartos de final contra Argentina, a la primera animadora de la nación se le notaba que estaba haciendo el máximo esfuerzo para no perder los estribos durante los minutos de alta tensión, provocada por la resolución del juego a punta de penaltis. De pie, estática, sin perder de vista el arco, hizo fuerza por su equipo con los dedos de las manos anudados a la altura del tórax, y solo a la cuarta anotación de su selección deshizo el nudo, gritó de júbilo al abrir los brazos hasta la altura de los hombros, en una manifestación de alborozo que nadie le había conocido hasta el momento. El equipo alemán ganó ese día cuatro a dos contra los argentinos y con ello obtuvo el pase a las semifinales.

El dramático duelo contra Italia del 4 de julio se llevó a cabo en Dortmund. En esta ocasión no hubo euforia ni agitación de brazos. Sentada al lado del premier italiano, Romano Prodi, Merkel solo se llevaba estupefacta las manos a la cabeza con cada jugada fallida de su selección. Tras la derrota por dos goles a cero, la canciller se sacudió la zozobra, retomó su rol de gobernante y visitó a la alineación en su camerino,

para darle uno a uno la mano y el aliento a los alicaídos futbolistas que ya no serían campeones del mundo.

Merkel no los abandonó en la disputa por el tercer lugar, sino que acudió el 8 de julio al terreno de juego en Stuttgart. Allí se dejó llevar de nuevo por la emoción del fútbol, tarareó los himnos de la hinchada, aplaudió complacida y se alzó de su silla para celebrar los tres goles a uno contra Portugal. Finalizado el encuentro, ingresó en la cancha y felicitó al entrenador, Jürgen Klinsmann. Las cámaras de televisión no perdieron detalle del abrazo fraternal entre ambos, y mucho menos del beso que ella le dio al técnico en la mejilla. Después entregó a cada jugador la medalla de bronce y repartió palmaditas en los hombros de algunos de ellos, en señal de su simpatía y elogio. El buen entendimiento entre la gobernante y la selección pasaría a la historia como una de las mejores particularidades de ese sueño de verano futbolístico, durante el cual el país anfitrión resultó ser el verdadero triunfador.

Sin duda, el evento había sido un éxito. Durante ese mes el pueblo alemán acogió a dos y medio millones de fanáticos, hizo gala de su hospitalidad, se cotizó como un organizador perfecto y salvó algunos incidentes entre *hooligans*; la fiesta deportiva transcurrió en paz. Más de 32 mil millones de personas vieron por televisión a un país que recuperaba su protagonismo internacional, y no solo en la cancha. “Alemania logró su propia victoria al organizar la mejor Copa del Mundo de todos los tiempos y al unir a toda la población alemana alrededor de este evento glorioso”, dijo el entonces secretario general de Naciones Unidas, Kofi Annan, que estuvo sentado a la izquierda de Angela Merkel durante la clausura del campeonato en la capital¹⁰⁵.

Y es que el Mundial de 2006 produjo una catarsis colectiva en el pueblo alemán, que al perder el miedo de usar sus símbolos patrios –adornar las fachadas de sus casas y automóviles con la bandera tricolor negra, roja y dorada, y cantar el himno nacional–, se liberó de los sentimientos de culpa y vergüenza que les había dejado como herencia el nazismo y la Segunda Guerra Mundial. Aunque tras finalizar el certamen la gente guardó sus banderas, el recuperado orgullo por su país se mantuvo intacto.

Regocijada por la transformación de su pueblo, Angela Merkel volvió al cálculo cotidiano de sus gestos y emociones. Parecía sentirse a gusto en su rol de gobernante, aunque también percibía la soledad que implica el poder. Uno meses más tarde compartió que:

Desde que soy canciller se ha reducido la cifra de personas que tienen el número de mi celular. Al comienzo extrañaba los mensajes de texto que antes me enviaban

ciertas personas. Me sentía como en el cuento de hadas de *La princesa y el guisante*, pero logré acostumbrarme a eso.

La física-gobernante no solo se adaptó a la soledad del poder, también se acostumbró a escuchar más elogios que críticas durante el primer periodo de mandato. El 31 de agosto de 2006, la revista *Forbes* la eligió la mujer más poderosa del planeta por irrumpir “en un mundo dominado por hombres y convertirse en la primera canciller de su país”. Sin haber competido previamente en ese *ranking*, Merkel destronó a la entonces secretaria de Estado estadounidense, Condoleezza Rice. En su argumentación, *Forbes* resaltó también que el plan de reestructuración económica adelantado por la canciller alemana estaba dando resultados y subrayó su influencia en el devenir de la Unión Europea. Al año siguiente, Merkel conservó en *Forbes* la distinción de ser considerada la mujer más poderosa del mundo. Entonces llegó el momento de emprender, como el polímata Alexander von Humboldt, un primer viaje de exploración en tierras suramericanas.

CAPÍTULO DOCE

LEITMOTIV ALEXANDER VON HUMBOLDT

Contemplar los Cerros Orientales de Bogotá era lo que más ansiaba Angela Merkel la mañana del domingo 18 de mayo de 2008. Su visita oficial a Colombia estaba por concluir, y daba la casualidad que la última reunión de la agenda de trabajo se realizaba en un punto estratégico, desde el cual podía cumplir su objetivo a cabalidad. En cuanto ingresó en el despacho del fiscal general, Mario Iguarán, se aproximó a la ventana y permaneció allí embelesada por algo más de diez minutos.

Desde el quinto piso del edificio de la Fiscalía General, de concreto blanco agrisado, la canciller podía divisar la magnitud del telón de fondo verde azulado del centro oriental de la capital. Colmados de pinos, cipreses y eucaliptos, los picos y laderas de los cerros tutelares de Guadalupe, a la derecha, y Monserrate, a la izquierda, se alzaban protectores a espaldas de la urbe de cemento, y parecían resistirse a la polución y a la mano del hombre. Debido a sus conocimientos científicos, Merkel sabía que el matiz azulado que ella percibía del ramal oriental de la Cordillera de los Andes se debía a un fenómeno atmosférico producido por la dispersión de la luz solar a través de las partículas del aire. La difusa radiación luminosa origina entonces la tonalidad azulada de las montañas, que varía dependiendo de la densidad del aire y de la cantidad de luz solar. Esa mañana los Cerros Orientales teñían de añil muy profundo el horizonte de la capital.

Al repasar los fenómenos atmosféricos, la canciller se dejaba guiar por las referencias de su compatriota Alexander von Humboldt, quien 209 años atrás, en 1799, había visto por primera vez la Cordillera de los Andes, que con sus 7 240 kilómetros de longitud, es el sistema montañoso más extenso y largo del planeta. La “cresta elevada”, en lengua quechua, atraviesa Chile, Argentina, Bolivia, Perú, Colombia y Venezuela.

—Algún día, cuando termine mi mandato, quiero seguir los pasos de Humboldt, quiero hacer excursiones largas y seguir su ruta —recuerda uno de los asesores de Angela Merkel haberle escuchado decir al entonces presidente Álvaro Uribe en su encuentro del día anterior¹⁰⁸.

De pie frente a la ventana, la lectora de las publicaciones y diarios de Alexander von Humboldt se percató de que se encontraba en la misma zona de Fontibón, por donde el 8 de julio de 1801 entró en la capital, en ese entonces llamada Santa Fé, la expedición del científico prusiano con la comitiva de recibimiento del Virreinato de la Nueva Granada. Sobre su estancia de dos meses en la ciudad, Humboldt escribió en su diario:

[...] tuve la oportunidad de terminar el mapa del río Magdalena a cuatro hojas, de calcular mis observaciones astronómicas, de utilizar el excelente tesoro de libros de (José Celestino) Mutis, de medir Monserrate y Guadalupe, de trazar líneas meridianas en Santa Fé, de determinar con gran precisión la desviación magnética lo mismo que la latitud del lugar por medio de las estrellas australes y boreales, de estudiar ictiología... en resumen, de abarcar una cantidad de cosas, en las cuales no era posible pensar hasta ahora, por la rapidez de nuestro viaje¹⁰⁹.

Absorta en el paisaje de los Andes, la canciller había pasado por alto los espacios de tiempo estrictamente reglamentados del protocolo, y a los presentes –unas quince personas entre personal diplomático, traductores y miembros de la Fiscalía–, no les quedó otra opción que esperar a que ella diera la señal de que podían seguir con la agenda.

—No importa qué tan organizado esté el protocolo o el calendario, al final es ella la que define lo que le interesa y en qué momento —explica un alto oficial de la cancillería que la acompañó en ese viaje¹¹⁰.

Tras varios minutos adicionales de espera, fue Mario Iguarán quien tomó la iniciativa de acercarse a ella.

—Reparó en mi presencia y me dijo que había temido encontrar mayores grados de contaminación. Le atrajo mucho la montaña, los cerros al fondo. Y dijo que era un privilegio tenerlos. —El jurista capitalizó el momento y coincidió con ella, hablando en alemán fluido, idioma que aprendió durante sus estudios en la Universidad de Bonn—. La sorprendí —recuerda orgulloso, aunque él era el admirador—. Conocerla marca. Pude comprobar que es una mujer definitivamente superior. En las dos horas que compartimos me di cuenta que tenía gran sensibilidad por la justicia. Es una mujer que impacta, pero también desconcierta. Es tan sencilla, yo diría que hasta humilde —dice. Iguarán agrega que así mismo le pareció una zarina, como Catalina La Grande, la primera mujer que gobernó Rusia durante 34 años en el siglo XVIII¹¹¹.

Tras la charla en alemán con el fiscal colombiano, la canciller dio la espalda a los cerros en señal de que iba a retomar la agenda del día. Se dirigió a la mesa ovalada y escogió sentarse de cara a la ventana. El objetivo de su visita al búnker de la Fiscalía era conocer más detalles sobre la aplicación de la Ley de Justicia y Paz, con la que desde hacía tres años Álvaro Uribe pretendía la desmovilización y reintegración social de los paramilitares, las Autodefensas Unidas de Colombia. “Ella me dio a entender que sabía mucho del proceso de justicia y paz, pero que quería indagar más”, recuerda Iguarán. Por eso, la canciller pidió una y otra vez a la delegación colombiana que le puntualizara

y explicara las cifras de cómo el Estado colombiano buscaba hacer justicia y reparar a las víctimas del paramilitarismo. “Es importante devolverles algo a esas personas que sufrieron tanto, sobre todo justicia”, recalcó la visitante¹².

A la reunión de consultas prosiguió el acto oficial, durante el cual Alemania le donó a Colombia tres salas judiciales móviles como aporte para el esclarecimiento de los crímenes perpetrados por los paramilitares en las zonas rurales. Los equipos permitirían el acceso de las víctimas a las confesiones de sus victimarios y conocer los lugares dónde fueron enterrados o escondidos los restos de sus familiares desaparecidos. En la conferencia de prensa, Angela Merkel defendió su enunciado sobre la importancia de avanzar:

[...] en los mismos fundamentos, en los mismos valores que tenemos nosotros en Alemania; es decir, el respeto por la dignidad de toda persona, de todo ser humano; y también de la fe en las instituciones del Estado que tienen la misión de garantizar que las personas puedan dirimir sus diferencias mediante el diálogo y no por medios violentos¹³.

A la misma conclusión había llegado esa mañana de domingo cuando se reunió con representantes de la sociedad civil, entre ellos intelectuales, sindicalistas, científicos, directores de medios y miembros de la Iglesia, que el embajador germano había convocado para que ella se forjara una idea más clara y pluralista sobre la situación del país. A ellos les preguntó varias veces por qué había tanta violencia en Colombia. A puerta cerrada, sus invitados le confiaron que tenían miedo del resurgimiento de los paramilitares, que desde entonces se hacían llamar Águilas negras.

Después de la entrega de la cooperación técnica, siguió el intercambio ceremonioso de regalos. Para el fiscal, ella había escogido la tricolor de la selección alemana de fútbol firmada por todos los jugadores. “¡Imagínese lo grandioso!”, resalta Iguarán, que colecciona camisetas de equipos de todo el mundo. De él, Angela recibió la réplica de una cerámica precolombina. Así concluyó la visita a Colombia de la canciller alemana.

Viaje a la región olvidada

Merkel había llegado a Bogotá veinticuatro horas antes, el sábado 17 de mayo, a la 1:15 de la tarde, procedente de Lima, acompañada por una comitiva de cien personas, integrada por una veintena de parlamentarios de todas las bancadas políticas presentes en el Bundestag, dos ministros de Estado, una delegación de doce representantes de la mediana empresa –en especial del sector medioambiental y de transporte–, así como periodistas y personal diplomático.

Su visita a Colombia era toda una primicia para ella y para el país andino, que no había recibido nunca antes a un canciller germano.

Después de la ceremonia de honores militares a la entrada de la Casa de Nariño, Merkel asistió al almuerzo de trabajo, en el que probó el ajiaco, la sopa tradicional de tres tipos de papa –sabanera, pastusa y criolla–, pollo, maíz y hojas de guasca, que desde 2001 es patrimonio cultural de Bogotá.

—Ese plato le encantó —atestigua uno de sus edecanes en el viaje—. Por eso, recibió feliz el regalo que le tenían preparado en la presidencia: el libro *El Sabor de Colombia* en su versión en inglés sobre la cocina típica del país y sus recetas. Estoy seguro que ella lo utiliza, porque la sopa de papa germana es su especialidad culinaria —afirma el funcionario¹⁴.

La reunión bilateral entre Merkel y Uribe giró en torno a los temas de comercio – ambos gobiernos buscaban cerrar un acuerdo comercial entre la Comunidad Andina y la Unión Europea–, inversión, cooperación en ciencia y tecnología, lucha antidrogas, sustitución de cultivos ilícitos. La canciller preguntó en específico por el programa de familias guardabosques, por la capacidad destructiva de los paramilitares y de la guerrilla de las FARC y del ELN, por el drama de los secuestrados, pero ante todo por la justicia y los avances del Estado de Derecho. En la rueda de prensa posterior, Merkel insistió a su homólogo colombiano que “solo el esclarecimiento de los crímenes de los paramilitares permitiría restablecer la confianza de los ciudadanos en el Estado”¹⁵.

Colombia era la tercera escala de su primera gira latinoamericana, que había comenzado cinco días antes en Brasil, y que finalizaría dos días después en México. Era el viaje al exterior más largo que la canciller había realizado hasta ese momento: ocho días por fuera de la República Federal de Alemania. Los motivos para recorrer más de diez mil kilómetros en un vuelo de catorce horas para visitar cuatro países de América Latina trascendían el anhelo por acercarse a las vivencias de Alexander von Humboldt.

El interés germano por América Latina se sustentaba, en parte, en las cifras macroeconómicas. En 2007, la región experimentó por quinto año consecutivo un auge económico, que se tradujo en el crecimiento del 5,6 por ciento, comparado con el promedio mundial de apenas 3,7 por ciento. El año anterior a la visita de Merkel, el comercio entre Alemania y la región había aumentado un dieciséis por ciento. En el subcontinente americano se concentraba la mayoría de grandes y medianas empresas alemanas fuera de Europa. Con cerca de quinientos millones de euros invertidos ese año, el viejo continente ocupó el primer lugar de inversión en la región, además de ser el mayor donante en ayuda al desarrollo. Pero más allá del comercio, a los teutones les

interesaba la riqueza y variedad de los recursos naturales. La región era una mina de gas natural, petróleo, minerales, metales preciosos y hierro, y gracias a la demanda global de dichas materias primas los precios habían aumentado considerablemente.

“América Latina ocupa un lugar importante en nuestra política exterior”, reafirmó Angela Merkel en la antesala de su viaje transatlántico¹¹⁶. El enunciado era producto del temor, tanto de los partidos políticos como de la industria alemana, de que el país quedara relegado en la carrera por el comercio mundial. Un temor que no era infundado y que la canciller también admitió ante los medios: “En los últimos años nos concentramos en Asia, pero al mismo tiempo los asiáticos descubrieron América Latina para ellos”, admitió¹¹⁷. Ante el coqueteo de esos actores globales, como China e India – potenciales socios comerciales de los países latinoamericanos–, resultaba imperativo recuperar la influencia geopolítica de Alemania sobre una región cada vez más atractiva, que había sido descuidada durante años por el bloque europeo. Y qué mejor que la ofensiva diplomática, política y económica estuviera a cargo de la mujer más poderosa del mundo.

Al tiempo que la región experimentaba un *boom* económico, así mismo quedaban al descubierto la desigualdad social, la corrupción y la violencia. Si bien era cierto que durante el periodo de 2002 a 2007 la pobreza se había reducido del 44 al 33,2 por ciento, todavía 184 millones de personas –entre un total de 582 179 826– eran pobres. Y el 12,9 por ciento de la población –68 millones– vivía en condiciones de extrema pobreza¹¹⁸.

Los efectos del desequilibrio en el crecimiento económico se hacían evidentes por el aumento de la brecha existente entre ricos y pobres y por el deterioro del medio ambiente. Brasil, la décima potencia industrial en energía y recursos naturales del mundo, era un paradigma de ese fenómeno.

La joya de la corona

Angela Merkel llegó con su comitiva a Brasilia a altas horas de la noche del martes 13 de mayo.

Este era su segundo viaje al gigante suramericano. El primero había ocurrido en 1996 cuando dirigía la cartera de Medio Ambiente. En ese entonces, su trabajo se enfocaba principalmente en servir de coordinadora de actuaciones multilaterales para frenar el calentamiento global y la preservación de la selva del Amazonas, pero sin dejar de lado el interés de su país y de la economía alemana por obtener negocios rentables en el sector de la tecnología medioambiental. Doce años más tarde, y debido a la expansión de las plantaciones de soja y de caña de azúcar para la producción de

biocombustibles, la deforestación de la Amazonía brasileña ya afectaba sesenta millones de hectáreas, de un total de 530 millones. Esa superficie equivalía al tamaño de Francia¹¹⁹.

En contra de la destrucción de la selva amazónica y del aumento de los precios de los alimentos en el mundo por la sobreproducción de bioetanol y otros biocombustibles, la canciller traía consigo redactado un borrador de acuerdo que quería discutir con el presidente brasileño, Luíz Inácio Lula da Silva. El instrumento sentaba las bases del trabajo conjunto entre ambas naciones en materia de energías renovables y biocarburantes. “Sería un error renunciar por completo a la estrategia del biocombustible. Aún así, debe buscarse una vía que sea sostenible”, dijo a los periodistas una vez descendió del avión¹²⁰.

Alemania también tenía su vista puesta en un yacimiento de petróleo descubierto hacía poco, que el Gobierno de Lula había anunciado orgulloso al mundo, y del cual esperaba beneficiarse por medio de un acuerdo energético. Así mismo, los alemanes trabajaban por obtener una tajada del pastel del proyecto de renovación de la infraestructura del país, estimado en doscientos mil millones de euros.

Sin duda, conquistar Brasil suponía para la economía alemana hacerse a la joya de la corona en la región. Tan solo Sao Paulo albergaba ochocientas de las mil doscientas empresas germanas presentes en el país, que en total generaban cada año el ocho por ciento del Producto Interno Bruto (PIB) brasilero. El mayor consorcio en el país era la casa automotriz Volkswagen. En atención a la dimensión, Merkel hizo las veces de madrina en la inauguración de la nueva planta de producción, en los momentos previos al tope de las 39 horas de duración de su visita en tierra brasileña.

Antes de aquel acontecimiento, en el almuerzo de trabajo en el Palacio do Planalto, el presidente Lula se había llevado un chasco al tratar de hacerse a la posición de mediador entre la canciller alemana y el presidente venezolano, Hugo Chávez, que días antes habían tenido un enfrentamiento verbal, originado por las declaraciones de Merkel: “Un único país no puede afectar las relaciones entre la Unión Europea y América Latina. El presidente Chávez no habla por Latinoamérica. Cada país tiene su voz propia, con la que persigue sus propios intereses”, había dicho la mandataria en una entrevista cuando le preguntaron sobre su opinión con respecto al gobierno de Hugo Chávez y la influencia del populista en la región¹²¹.

Su respuesta fue calificada desde Caracas como inamistosa y enfureció a su Ejecutivo, hasta tal punto que durante el programa televisado *Aló, presidente*, del domingo 11 de mayo, Chávez dedicó varios renglones de su intervención para atacar a

Merkel: “La cancillera [sic] alemana, que es de la derecha alemana, es la misma derecha que apoyó a Hitler, al fascismo. Esa es hoy la cancillera [sic] de Alemania”, y la mandó a un lugar grotesco sin completar la vulgaridad: “Vaya usted a..., señora cancillera [sic]. Como es una dama no le digo más nada, vaya usted, señora cancillera [sic]...”, vociferó el socialista¹²².

Era la primera vez que un presidente extranjero comparaba a un dignatario germano contemporáneo con el genocida Adolfo Hitler, lo que todavía constituye el peor agravio que se le puede hacer a un teutón, aún más si esa persona es una demócrata como lo es Angela Merkel, quien además también había sido víctima de una dictadura.

Con su estrafalaria parrafada, Chávez esperaba provocar una reacción airada de Merkel, pero se estrelló contra la indiferencia estudiada de la alemana, hábil administradora de los diferentes usos del silencio. Merkel había reflexionado con anterioridad al incidente, hablando con periodistas sobre su laconismo:

Se puede callar de diferentes formas. Existe el silencio por agotamiento. Existe el silencio producto de una confianza ilimitada. Existe el silencio que se produce cuando estamos inmersos en un raciocinio activo y por supuesto, también existe el silencio que sirve de respuesta a una provocación. En lo que a mí respecta, creo que quien calla lo hace porque está ocupado en asuntos más importantes que una charla banal¹²³.

El desencuentro entre Chávez y Merkel inquietaba a Lula, porque sabía que la germana y el venezolano se encontrarían en cuestión de horas en Lima, en la V Cumbre de América Latina, el Caribe y la Unión Europea, y temía que la controversia se impusiera sobre el temario fundamental de la agenda de Lima: pobreza, desigualdad, desarrollo sostenible, medio ambiente, cambio climático, energía, acuerdos de asociación, integración regional, entre otros.

Conciliador, el brasileño intentó tratar el tema con Merkel antes de que ésta viajara a Perú. Como preámbulo le dijo: “El presidente Chávez le envía saludos...”¹²⁴. Lula no alcanzó a terminar la frase cuando fue frenado en seco por la respuesta tajante de Merkel: “Pueden quedarse tranquilos, que voy a arreglármelas sola”, dijo en inglés, entre sonrisas, y agregó en un intento por disipar la tensión que en Lima saludaría sin excepción a todos los jefes de Estado¹²⁵. El brasileño disimuló su decepción con una sonrisa resignada. Solo al final de la tarde, cuando la canciller alemana ya había salido de Brasil, Lula hizo un último intento de mediación, esta vez por medio de los periodistas a quienes dictó un par de oraciones sobre su imaginaria versión de

desenlace positivo que tendría la disputa: “Quien conoce a Chávez y a la señora Merkel, puede prever que ambos se van a encontrar, van a tomar un café, y las relaciones entre los dos países continuarán su marcha”¹²⁶.

Para la cumbre de Lima se habían acreditado 1 551 periodistas, que expectantes esperaban el encuentro entre Angela Merkel y Hugo Chávez. El viernes 16 de mayo, los cuarenta jefes de Estado y de Gobierno, así como veinticuatro funcionarios europeos, se posicionaron en las escalinatas de acceso al Museo de la Nación para la foto oficial del evento. La canciller alemana se ubicó estratégicamente en la primera fila a la derecha del centro, Chávez recurrió a la segunda fila en el costado opuesto; entre los querellantes se interponía un bloque de más de veinte personas. Resultaba muy fácil distinguir a Merkel. Primero porque era una de las nueve mujeres del grupo de 64 personas, y segundo, porque su chaqueta de tono naranja encendido resaltaba entre los tonos de negro, azul cobalto y gris oscuro de los caballeros.

Al final de la pose, todo indicaba que cada quien proseguiría su camino. Entonces, el venezolano tomó la iniciativa de acercarse a Merkel, y para ello se abrió paso entre el montón. Merkel no lo vio aproximarse, porque en ese momento intercambiaba palabras con la presidenta argentina, Cristina Fernández de Kirchner. Chávez las interrumpió y saludó primero a Fernández de beso en la mejilla. Luego hizo lo mismo con Merkel y tuteándola le dijo: “Si mencioné algo muy duro, perdóname, aquí está mi mano”¹²⁷. Merkel desveló una sonrisa formal, e indiferente prosiguió su conversación con Fernández.

El corto y frío intercambio no satisfizo a Chávez, quien después de la sesión plenaria volvió a aproximarse a Merkel. Esta vez retuvo entre sus manos la mano derecha de ella, y escoltado por una risotada sonora le expuso:

No he venido a pelear aquí. ¿Tu sabes de quién soy amigo, amigo, amigo? De Silvio Berlusconi. Él es de la derecha democrática y yo soy de la izquierda revolucionaria, pero somos amigos. ¿Tú sabes de quién soy amigo, amigo, amigo? Del [sic] Nicolás Sarkozy¹²⁸.

Sin mediar palabra, Merkel le correspondió la sonrisa, y cedió ante la insistencia de los fotógrafos que le pedían girar su cuerpo para retratar el momento. Un par de minutos más tarde, Chávez aseguró a los periodistas que la canciller lo había invitado a Alemania. “Me dijo `venga por aquí, que lo recibo como a un amigo’”, afirmó¹²⁹. Ese avance, sin embargo, fue desestimado de inmediato por Merkel en declaraciones a un periodista alemán. Otros miembros de la delegación germana también corroboraron

que la canciller no había invitado a Chávez y tampoco tenía planes de hacerlo en el futuro.

Al final de la cumbre, resultaba evidente que Lula da Silva había errado en su pronóstico. Chávez y Merkel no se sentaron a tomar café en una reunión bilateral, oficial o informal, y las relaciones entre Alemania y Venezuela jamás volvieron al punto previo del desencuentro. El proceso de distanciamiento trascendió la muerte de Hugo Chávez en 2013, porque desde entonces, Merkel ha mantenido su posición crítica con respecto al formato de Gobierno de Nicolás Maduro. Sobre el tema volvió a dejar constancia en 2019 por medio de su apoyo a la oposición venezolana y a la realización de elecciones libres en ese país.

El 20 de mayo de 2008, tras una escala de un día de visita oficial en México, Angela Merkel regresó a su país, donde meses más tarde se confrontó con un escenario de crisis que le haría incorporar a sus conocimientos el arte de conjurar el pánico de sus gobernados.

CAPÍTULO TRECE

LA DOMADORA DE CRISIS

Cuando Angela Merkel ingresa en un ámbito de interacción con otras personas, solo necesita de un par de segundos para captar el estado que domina la atmósfera creada por los asistentes. Su primera respuesta a los estímulos sensoriales que percibe es la de enviar señales claras de su adaptación al ambiente y nunca de confrontación directa o rebeldía manifiesta. Esa disposición le otorga un margen de tiempo que utiliza para formarse una idea más elaborada sobre el nivel de la argumentación de los participantes. Entonces contribuye en la discusión. Su estilo clásico, en esa fase, es el de actuar como moderadora de las posiciones que más adelante rebate o defiende con argumentos estructurados en datos y cifras seguras de la materia en cuestión.

Varios autores atribuyen el rasgo de la perspicacia en la personalidad de Merkel a la experiencia y los aprendizajes pretéritos hechos, por fuerza de las circunstancias, durante los 35 años de su vida bajo la dictadura comunista de la RDA. Es evidente la formación alcanzada por ella y la mayoría de sus conciudadanos del oriente en aquella época, durante la cual virtudes como el sigilo y la adaptabilidad fueron determinantes para que la gente conservara la posición de estar por debajo del radar de los actores y organizaciones más represivos del sistema.

No obstante, la mayor cantera de la que se surte Merkel no son las secuelas ni los recuerdos, sino la del estudio e instrucción en materias en las que ella no es versada. Su método ha sido promover el contacto directo con expertos y protagonistas de diversas disciplinas y campos de acción. Uno de los modelos de operación es tan sencillo como efectivo: desde su primer año de gobierno, invita a cenar regularmente en la cancillería a grupos integrados por personalidades eminentes del país y ajenas al aparato gubernamental. La diferencia entre esos encuentros y los cócteles ceremoniosos que ofrecen otros líderes mundiales consiste en que ella no entrevera los participantes y tampoco publicita el evento. A esas reuniones nocturnas convoca a representantes de un solo sector, ya sea del deporte, de la industria, la investigación científica, de la salud, de la economía, de la cultura y del medio ambiente. El único gremio con el que no interactúa es el de la rama judicial, por la prohibición expresa en la Constitución de la intromisión, formal o informal, del Ejecutivo en el poder judicial.

Durante los ágapes de formato *petit comité*, los elegidos alternan alrededor de la buena mesa y los mejores vinos, mientras la gobernante les formula preguntas sobre la

mecánica, particularidades, vicisitudes, el desarrollo de sus campos de acción, y absorbe lo expuesto como una esponja. El periodista Alexander Osang constata lo anterior:

Más que hablar, Merkel escucha. Se comporta como la alumna aplicada que atiende la cátedra y la actitud alaga a sus invitados. Pero, adicionalmente a que compartan con ella su saber, también les pide que prescindan de las fotos de recuerdo [...]¹³⁰

Merkel ama la instrucción y por cuenta de la información que recibe en las reuniones y su posterior verificación, consigue un alto grado de actualización permanente sobre el estado de la nación segmento por segmento, lo que a su vez la conduce a abastecerse de nuevos elementos que incorpora en sus intervenciones y en el planeamiento de sus actos de gobierno.

La dama maga

En octubre de 2008, un año antes de terminar su primer mandato, la cualidad de dejarse ilustrar por los más entendidos y la habilidad para coordinar las actividades de los organismos estatales fueron fundamentales para obtener y conservar el consenso en el Parlamento, que le permitió conjurar de su país los efectos más perversos de la crisis financiera mundial.

Tres días después del lunes oscuro del 15 de septiembre de ese año, cuando se desmoronó la bolsa de valores estadounidense a consecuencia de la insolvencia de bancos como el Lehman Brothers –que evidenció el rompimiento de la burbuja inmobiliaria en Estados Unidos–, Merkel recibió en una de sus tradicionales reuniones en la cancillería a varios sesudos analistas de riesgos financieros. Allí, los peritos departieron sobre el alcance que un suceso como el que se presentaba en Estados Unidos tendría en Alemania y Europa. Los argumentos giraban en torno de los posibles planes de respuesta a la desestabilización en ciernes de la banca local y regional. Las opiniones eran variadas y se dividían entre las de los prácticos, que estaban a favor del auxilio estatal a las entidades, y los estrictos, que no veían con buenos ojos subvenir a la banca.

Aprovisionada de una colección de análisis, conceptos y alternativas de estudio, el 22 de septiembre, Merkel definió a nivel interno el estado de emergencia y activó las alarmas de contención de la crisis. Maestra de la reserva, ella se cuidó de que sus subalternos no dejaran que el cuadro de exaltación sobrepasara los límites de los edificios del Ejecutivo.

Al final de septiembre, el desastre bursátil ingresó a Europa por la liga aduanera y económica de los estados Benelux –Bélgica, Países Bajos y Luxemburgo–, que tuvieron que rescatar al emporio financiero Fortis con un desembolso de once y medio billones de euros.

Ese antecedente atemorizó a los 82 millones de habitantes de Alemania, más de la mitad de los cuales tenía depositado en los bancos un capital financiero monumental que contribuía al excelente curso presente de la locomotora de Europa. Merkel y su equipo sabían que si el pánico y la desconfianza se apoderaban de los ahorradores y consumidores, el desequilibrio financiero y el estancamiento de Alemania serían un hecho. Por tanto, también sabían que tranquilizar a sus gobernados era otro vasto reto de los tiempos nuevos como nación reunificada.

Antes de que se publicitaran nuevos descalabros económicos en Europa, el domingo 5 de octubre, a las ocho de la noche –el mejor horario para capturar audiencia–, la mandataria y su ministro de Finanzas, el socialdemócrata Peer Steinbrück, protagonizaron una alocución televisada desde la sede de la cancillería durante la cual pronunciaron la fórmula mágica del conjuro contra el miedo: “Les decimos a todas las ahorradoras y a todos los ahorradores que sus depósitos están seguros. Enfrente del tema también está el Gobierno alemán y da su palabra”¹³¹.

La declaración era un hechizo y así lo confirmó, años después, el coprotagonista del acto de magia, Peer Steinbrück: “Decir lo que dijimos fue muy arriesgado y aventurado, pero funcionó”¹³².

Dos días después, el 7 de octubre, inducidos en hipnosis por las palabras de su dirigente y el suplente, los alemanes observaron sobrecogidos cómo la bancarrota se apoderaba de Islandia. Pero, ni entonces ni después retiraron sus ahorros de los bancos, tampoco vendieron sus títulos o acciones, aunque sí demostraron mayor parquedad en las acciones de consumo privado.

Para Merkel, la aplicación a tiempo del osado abracadabra inauguró el periodo de mayor credibilidad y aceptación entre los alemanes. Ella retribuyó la confianza de la gente con maniobras excepcionales que aminoraron los efectos de la crisis coyuntural de la economía e impidieron que ésta se prolongara.

El primer acto real, y no de magia, de la faena salvadora fue conseguir que la mayoría de integrantes del Parlamento aprobara la ley más cara de la historia alemana, como se conoce a la sanción legislativa del salvavidas de los bancos germanos que costó quinientos billones de euros¹³³. A lo que siguió una inyección adicional de 102 billones

de euros para el rescate de la corporación Hypo Real, que pocos meses después pasó a manos del Estado.

El programa coyuntural germano no solo contempló el rescate de bancos, sino también una serie de medidas de apoyo a la economía en su totalidad. La analista Christine Bergmann resume:

Se decretaron nuevas leyes de beneficio social, como el incremento de los subsidios infantil y de maternidad. Se crearon bonos de incentivo al consumidor, como la bonificación de 2 500 euros a los compradores de coches nuevos, entre otros estímulos¹³⁴.

A pesar del programa de rescate, subsidios y estímulos al consumidor, hasta el primer semestre de 2009, el rendimiento de la economía alemana se encogió en un seis por ciento, según datos oficiales de la Central de Estadísticas de Alemania. Pero al final del verano de ese año ya se vislumbraba el viraje próximo hacia el aumento del Producto Interno Bruto (PIB) en un cuatro por ciento, lo cual frenaría el decrecimiento.

Los buenos y confiables pronósticos para el 2010, vistos desde la distancia del segundo semestre del 2009, coincidieron con la celebración de las elecciones generales de septiembre de ese año a las que Angela Merkel se había presentado a la reelección. Durante la campaña, el eslogan ideado por ella y los estrategas de la CDU no podía estar más ajustado a la materia de la situación: *Nosotros tenemos la fuerza* era la frase denominadora de los carteles publicitarios, ilustrados con las fotos de los cinco ministros del gabinete pertenecientes a la CDU, que aparecían rodeando a Angela Merkel. Ella, la jefa, y dos ministros se mostraban serios e imperturbables, mientras que los tres restantes, dos mujeres y un hombre, exhibían una sonrisa franca. “El mensaje implícito caló hondo, porque interpretó las emociones de los electores”, destaca el analista electoral Frank Brettschneider:

La CDU había entendido que depositar toda la fe en una sola persona no era conveniente y le apostó al concepto de equipo, que a su vez, con las expresiones combinadas de seriedad y alegría, personificaba las nociones de seguridad y de confianza. Y eso era lo que necesitaba sentir la gente, porque en tiempos de conmoción los electores eligen a quien les ofrezca seguridad, confianza e idoneidad¹³⁵.

El domingo 27 de septiembre, al cabo de la votación, los partidos conservadores unidos de la CDU y la CSU alcanzaron el 33,8 por ciento de los votos, lo que los posicionó como la primera fuerza electoral acreditada para liderar la formación de Gobierno hasta 2013.

Como socio de la siguiente coalición gubernamental, Merkel escogió al FDP, Partido Democrático Liberal, que le aportaba su puntaje de 14,6 por ciento de la votación y actuaba bajo la dirección del abogado Guido Westerwelle, quién obtuvo de esa forma el pase para la posición de jefe de Gobierno adjunto.

La noche de ese domingo del segundo triunfo, durante la gala de celebración de la victoria en la central del partido, Angela Merkel, de 55 años, con rostro sereno y cuerpo ya de figura ovalada, fue recibida por sus seguidores con una ovación de pie y aplauso sostenido por más de tres minutos. Uno de ellos, eufórico, alzó su voz entre la multitud y exclamó “*Es lebe unsere Mutti!*” (¡Que viva nuestra mami!). La reelegida recibió la salva con una sonrisa abnegada. Durante su pose ante las cámaras exhibió un rombo dibujado por los dedos de sus manos, posicionadas entre sus senos y el vientre, en señal de integración y protección.

Desde ese momento y por espacio de los siguientes seis años, el sobrenombre afectuoso *Mutti* (mami), remplazaría al de Angie. Y el rombo de sus manos sería el *mudra* que ella conservaría más allá de ese sexenio.



La posición de sus manos en forma de rombo es una de las características más conocidas de Angela Merkel. Templin, 8 de febrero de 2019. Crédito: Christina Mendoza Weber.

Un par de días después de las elecciones, las negociaciones para consolidar la coalición de gobierno conservadora-liberal sucedieron rápidas y armónicas. Esto obedecía a que los miembros más veteranos de las dos colectividades estaban complacidos de volver a gobernar juntos, como lo habían hecho durante los dieciséis años de mandato de Helmut Kohl, después de los cuales habían transcurrido once años de separación obligada por los resultados electorales respectivos que no les permitieron acceder juntos al poder.

En particular, el dirigente progresista Guido Westerwelle apreciaba con sinceridad a Angela Merkel, y ella se refería a él como su compañero predilecto entre los parlamentarios ajenos a la fracción conservadora del Bundestag. El jurista, nacido en 1961 en un pueblo chico del estado federado de Renania del Norte-Westfalia, y la física germano-oriental, siete años mayor que él, se habían conocido en Berlín en 2001 durante una de las sesiones del Parlamento. Fraternalizaron al momento por cuenta de coincidir en la práctica del humor blanco, descrito por algunos sicólogos como “aquel que deja de lado la burla, el cinismo, la ironía, el sexismo y el racismo”¹³⁶. Asimismo, porque cada uno apreciaba en el otro el reflejo de los factores que los habían convertido en criaturas solitarias. Merkel experimentaba la soledad desde el inicio de su vida política en Bonn, cuando lastraba el estigma de provenir de un país inaudito y fallido que había sido borrado del mapa. Por su parte, Westerwelle cargaba sobre los hombros el compromiso de hacerse valer por encima de los prejuicios de sus congéneres frente a su homosexualidad, y prefería soportar la mofa a esconder su orientación sexual, lo que le valía el rechazo de no pocos ambientes. Desde que se relacionaron, Angela era una de las pocas personalidades del Parlamento que lo aceptaba sin beneficio de inventario. Una prueba de ello, quizá la que más conmovió a Westerwelle, fue la invitación que recibió de ella a la celebración de sus cincuenta años, el 17 de julio de 2004, en la central de la CDU en Berlín.

Merkel había ideado un festejo singular que inició con la conferencia magistral de Wolf Singer, un eminente científico de Fráncfort, titulada *El cerebro: un ejemplo de la organización autónoma de sistemas complejos*. Al cabo de la disertación, cerca de cien personalidades de toda la República se involucraron en pláticas menos solemnes. Animado por la cumpleañera, Guido Westerwelle acudió a la cita en compañía de su pareja, un mánager deportivo sobre quien muchos de los asistentes habían escuchado hablar pero ninguno había visto hasta la fecha. El hecho de que Angela auspiciara su salida definitiva del clóset en tal ocasión destellante, incrementó en Westerwelle el sentimiento de cariño por ella. Así, esa misma noche, en la ronda de brindis él expresó que la homenajeadá “no era ni la chica de Kohl ni la Maquiavela del oriente”¹³⁷.

El afecto del dirigente liberal se hizo todavía más palpable en septiembre de 2005. Horas después de conocerse el resultado de las elecciones generales, -en las que él también había competido sin mucho éxito-, Westerwelle defendió a Merkel de la agresividad verbal del primer perdedor, el socialdemócrata Gerhard Schroeder, durante el debate televisado de evaluación de la jornada.

Por lo tanto, al final de 2009, cuando Merkel y él comenzaron a gobernar juntos aquellos antecedentes de la buena relación entre la pareja auguraban un cuatrienio victorioso para ambos y todos los implicados. Y lo habrían logrado de no haber sido

porque la crisis del euro acaparó buena parte del vigor del Ejecutivo y amenazó con desintegrar el proyecto europeo, además de quitarle a Westerwelle la oportunidad de desplegar su energía y brillar en el papel estelar de ser el segundo capitán del país más importante de Europa. En su lugar, quien resurgió de la burocracia del partido y del Gobierno fue el escudero de antaño, Wolfgang Schäuble, ministro de Finanzas.

La doctrina de la austeridad

Wolfgang Schäuble tenía en ese tiempo 67 años de edad y 47 de experiencia sucesiva en la política, asesoría financiera de gobiernos regionales del suroccidente, de la CDU y de Helmut Kohl. También había trabajado como consejero de la central de impuestos y en manejo fiscal de Alemania Federal en tiempos de la división. Sus conocimientos, por tanto, eran tan sólidos como el acero y conjugaban con su temperamento frío, severo y productivo. Un personaje como él, que además había nacido tres años antes del fin de la Segunda Guerra Mundial y trabajaba en el proyecto de integración europea desde la etapa de su primera ampliación en la década de los setenta, necesitaba la mandataria y el centro de Europa en los días, meses y años de estupor generado por las consecutivas convulsiones de la economía griega, irlandesa, española, portuguesa e italiana.

¿Qué hacer con los débiles? era la pregunta existencial que dominaba el ambiente de las deliberaciones en Berlín, Bruselas –sede de la Comisión Europea– y Fráncfort –sede del Banco Central Europeo– desde enero de 2010, cuando fue visible para todo el mundo la punta del iceberg en Grecia; el primero de los países de la eurozona a los que amenazaba la bancarrota.

Angela Merkel se concentró en la trama profunda del drama griego alrededor del 2 de febrero de ese año, una vez que desde Bruselas la Comisión Europea anunciara que había puesto bajo su vigilancia a ese país, para verificar que cada una de las acciones políticas tuviesen como meta controlar hasta 2012 el déficit económico. La medida no tenía antecedentes en la historia de la eurozona y prendió las alarmas de los cerebros del Ministerio de Finanzas germano.

Semanas antes de recibir en Berlín, el viernes 5 de marzo, al primer ministro griego, Yorgos Papandréu, Merkel ya tenía en sus manos los insumos elaborados por altos funcionarios del Ministerio de Finanzas. El titular, Wolfgang Schäuble, había supervisado los documentos y subrayado los ítems que deberían retener por mayor tiempo la atención de la jefe: debilidad estructural de la economía; desconfianza de los acreedores del país; excesivos e innecesarios gastos de dotación militar; pérdida inexplicable de ingresos fiscales; caótico manejo del presupuesto para el funcionamiento del Estado. Las causas del problema indicaban que el trastorno había sido engendrado

en casa y por eso, horas antes de la reunión con su par, la canciller autorizó a otro ministro –el de economía, Rainer Brüderle– a enviar, por medio de declaraciones a la prensa, un mensaje claro a la dirigencia griega: “No tenemos la intención de dar a Grecia ni un solo centavo. Cada país miembro de la Unión Europea debe ordenar sus propios asuntos. El Gobierno griego debe implementar su plan de ahorro de forma consecuyente”¹³⁸. Durante su paso por el podio en la cancillería germana, Papandréu respondió al agrio mensaje de sus anfitriones negando que Grecia abrigara esperanzas de recibir apoyo alemán, bilateral o a través de la Unión Europea: “No he venido a pedirle a los contribuyentes germanos que nos financien las vacaciones o nos paguen los sueldos y las pensiones”, decía¹³⁹. El coloquio de la dirigencia greco-germana fue seguido en directo por la televisión por 15,4 millones de televidentes alemanes, aproximadamente el mismo número de los que habitualmente se paralizan frente a un partido de la primera liga de fútbol.

Desde entonces, el tema de conversación más apetecido al interior de las fronteras germanas giraba en torno a la virtualidad del ahorro que habían aprendido durante el periodo aciago de entreguerras, y lo contraponían a lo que llamaban despilfarro y holgazanería del pueblo griego. Merkel y sus escuderos de las finanzas y de la economía, Schäuble, y Brüderle, no hacían eco del parecer ciudadano, pero tampoco dedicaron ninguna frase de conmiseración con los angustiados ciudadanos griegos, a quienes su gobernante, presionado por Bruselas y Berlín, había aplicado medidas radicales, tales como la disminución salarial para seiscientos mil empleados públicos, el recorte drástico de las primas de vacaciones y de Navidad, el incremento de la edad para acceder a la jubilación y la eliminación de miles de puestos de trabajo. El programa de ahorro perseguía la recuperación de 4,8 billones de euros que, en conjunto con el aumento de impuestos y el recorte de gastos de funcionamiento del Estado, deberían frenar la bancarrota.

El presidente de la eurozona y al mismo tiempo primer ministro de Luxemburgo, Jean-Claude Juncker, decía estar satisfecho con las medidas a las que denominaba aporte a la consolidación. Las protestas en las calles de Atenas y la paralización del país por cuenta de las huelgas de los afectados pasaban desapercibidas en el centro de Europa.

No obstante las tajantes providencias, en abril del 2010, estaba claro que Grecia no se desembarazaría de su crisis sin ayuda externa. La realidad descarnada obligó a la troika –integrada por la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional– a negociar con el Gobierno heleno el primer programa de rescate. Merkel lo admitió bajo la cláusula de que Grecia debía comprometerse a aceptar medidas duras, y no solamente por un año sino por muchos más. “Únicamente así

podremos tener la oportunidad de conservar el euro como moneda estable para todos los países integrantes”, sentenciaba¹⁴⁰.

La polémica interna en Alemania a raíz de la aprobación del paquete de rescate solo era superada por los tumultos en Atenas. Las motivaciones, por supuesto, eran divergentes: los germanos consideraban que su gobernante había ofrecido demasiado pronto las zanahorias, mientras que los griegos sentían que los amos de la eurozona los latigaban sin clemencia. Contra viento y marea, en mayo de 2010, Bruselas autorizó el desembolso del préstamo de 110 millones de euros para frenar el *default* estatal griego.

Mientras la troika y los germanos esperaban que la ayuda a Grecia surtiera efecto, el 21 de noviembre Irlanda solicitó el primer paquete de ayuda del Fondo Europeo de Rescate. Antes de recibir el desembolso de 85 billones de euros destinados a la amortización de la deuda de su país, por exigencia de Alemania, Brian Cowen, primer ministro de Irlanda, tuvo que presentar un plan de ahorro radical de cuatro años hasta 2014.

En adelante, los pulsos de la política en la eurozona tendrían que vérselas, por varios años, con la capacidad de supervivencia de sus miembros y de su moneda común –el euro–, en condiciones muy magras y bajo la rigurosa fiscalización germana.

Giro astuto en la política energética

En el intermedio de sus viajes de emergencia a Bruselas, donde todo giraba alrededor de la macroeconomía, Merkel había observado impasible la intensificación del movimiento medioambientalista que protestaba en contra del uso de energía atómica desde mediados de la década de los noventa. Las acciones protagonizadas por los activistas, en su mayoría miembros del Partido Los Verdes, ya formaban parte de los rituales nacionales como el festival de la cerveza de Múnich o los carnavales de las ciudades ribereñas del río Rin: eran cultos seculares que sucedían, ingresaban en las páginas de los periódicos y desaparecían de los titulares, sin que nadie pusiera en duda que volverían a manifestarse en el próximo ciclo solar. Había transcurrido una década y media de lo mismo y ningún hecho extraordinario había alterado aquel *statu quo*, a no ser por los traumatismos que ocasionaban, en el tráfico de la capital, concentraciones multitudinarias como la del viernes 17 de septiembre de 2010. Ese día, el punto de encuentro de cincuenta mil activistas fue la entrada principal de la estación central de trenes de Berlín, Hauptbahnhof, que se alza justo enfrente de las compuertas de la sede de Gobierno. Las células organizadoras de la protesta habían hecho coincidir su movilización con el calendario de la gobernante. Angela estaba en Berlín y despachaba en su oficina al momento del estallido de la algarabía ciudadana, pidiéndole que cerrara

las centrales atómicas. Decían, con sus arengas y pancartas, que un desastre atómico cambiaría la FAZ de la tierra y el pensamiento de los gobernantes cuando ya sería demasiado tarde.

Hacia las ocho de la noche de esa jornada otoñal, los marchantes se dispersaron frustrados. También habían pedido que Merkel hiciera alguna declaración como señal de que los escuchaba, pero no lo hizo. Su discurso vigente sobre la utilización de energía atómica refería haber logrado que el Parlamento aprobara la iniciativa de su coalición de prolongar por ocho años el funcionamiento de los reactores fabricados antes de 1980, y por catorce aquellos fabricados a partir de ese año. Adicionalmente, defendía haber conseguido que los magnates dueños de las centrales eléctricas pagaran al Estado millonarias cuotas de dinero en retribución a las medidas que autorizaban su funcionamiento. Lo que ella calificaba e intentaba vender a la ciudadanía como ganancia, era considerado por los ambientalistas como un agachar de cabeza ante los industriales.

Seis meses más tarde, en marzo de 2011, Merkel dio un giro de 180 grados en su retórica y accionar al experimentar la terapia de *shock* que significó el accidente nuclear en Fukushima, Japón, después del terremoto de magnitud nueve en la escala de Richter en la costa noroccidental de ese país. El seísmo destruyó cuatro de los seis reactores nucleares, y esto ocasionó la muerte a dieciocho mil personas y la pérdida de sus lugares de vivienda a más de cien mil que huían de la muerte por radioactividad. La dimensión de esa catástrofe zanjó de un tajo la discusión de décadas entre la dirigencia y los medioambientalistas germanos, porque en menos de 48 horas desde el siniestro, Merkel ordenó el cierre de ocho de los treinta reactores nucleares existentes en el territorio. Más allá de eso, el 30 de junio, con los votos a favor de todos los partidos, excepto los de la fracción de La Izquierda, el Parlamento aprobó el fin del uso de la energía atómica a partir del año 2022.

Por supuesto que aquella determinación le granjeó la simpatía de miles de ambientalistas, pero paradójicamente le causó daño al Partido Los Verdes.

—Hábil y oportuna, Merkel se adueñó del tema bandera de ese partido. Lo monopolizó para usufructuarlo como política suya y de su partido. De esa forma, al resolverse el tema, durante un largo periodo de tiempo. El grupo ambientalista se quedó sin visión y casi sin razón de ser. Su letargo también fue aprovechado por Merkel para hacer lo que mejor sabe hacer y aprendió en la juventud: redefinirse —expresa Franco Delle Donne, analista y asesor en comunicación política⁴⁴.

—Esa es su fuerza o su debilidad. Depende del punto de vista —considera el parlamentario Cem Özdemir, protagonista del Partido Los Verdes—. Merkel no tiene ningún problema en explicar un día por qué alargar la vida de los reactores nucleares es una cuestión existencial, y al siguiente día, declarar por qué es apremiante que Alemania abandone la energía nuclear. En mi criterio, eso la hace terriblemente exitosa¹⁴².

Merkel nunca ha aceptado haber tomado la decisión de cambio histórico de la política energética para sacar partido de la situación en términos electorales, sino como respuesta lógica a los retos que impuso la realidad. “No todo debe reducirse a qué tema le pertenece a qué partido. Prever y reaccionar de acuerdo con la dinámica de los cambios es un reto abierto para todos”, ha explicado¹⁴³. Oraciones de tal calibre, breves y en apariencia fáciles de entender, expresadas a manera de soporte de decisiones de último momento —cuando no quedaba más remedio—, despertaron la suspicacia de los más entendidos del análisis político, que comenzaron a escudriñar los alcances del pragmatismo del *sistema Merkel*, uno de cuyos matices ha sido el de adueñarse de los temas de otros partidos, socialdemocracia y verdes principalmente, y conducir las bases de su colectividad conservadora hacia las posiciones de centro.

De forma paralela a la fulgurante expresión de su pragmatismo, en 2011, dos pérdidas irreparables marcaron hitos de desolación en su biografía. Por un lado, el declive inmerecido y terminante de Westerwelle. Por el otro, la muerte de su padre, el pastor Horst Kasner.

En mayo de ese año, el partido socio de su coalición gubernamental se sumergió en una crisis sin freno ocasionada por sucesivas derrotas en elecciones de provincia. Las bases del liberalismo responsabilizaron de los fracasos a su dirigente, Guido Westerwelle. Este se inclinó ante la multiplicidad de dedos acusadores y se retiró de la presidencia del partido, lo que significaba dejar la posición de vicescanciller, que heredó hasta 2013 un médico menos carismático de nombre Philipp Rösler. Westerwelle continuó en la función de ministro de Relaciones Exteriores, después de lo cual abandonó la política y la esfera pública. En un partido que no era el suyo, Merkel no tuvo posibilidad alguna de hacer valer su influencia para hacer entender a los liberales, que se habían cobrado la cabeza de su amigo, que los desperfectos y las grietas no estaban en uno solo de los cerebros.

Más adelante, a mediados de agosto, antes de tomar dos semanas de vacaciones veraniegas, Merkel atestiguaba a la prensa que a la coalición le iba mal, pero a Alemania le iba mejor que nunca desde la Reunificación. Las cifras de desempleo estaban por

debajo de tres millones y el crecimiento sostenido de la economía en 3,6 por ciento sustentaban su satisfacción.

La habilidad de trasmutar dificultades en oportunidades la hacía irrefutable. Justo en ese momento, con dos años de anticipación a las elecciones generales, ella reveló que presentaría su nombre para un tercer mandato en 2013. La premura en anunciar sus planes demostraba lo segura que estaba de sí misma y que no temía la existencia de rivales de peso con argumentos insuperables que pudiesen desafiarla con éxito.

El fallecimiento de su padre, ocurrido el viernes 2 de septiembre, sí descompuso su estado de solaz. Horst Kasner falleció dos días después de que Merkel regresase a Alemania proveniente de la isla italiana Isquia, donde había recuperado fuerzas en compañía de su marido. El padre murió sin tormentos previos en su casa del municipio de Templin a los 85 años de edad, asido de la mano de su esposa, Herlind.

Durante tres días, hasta el lunes 5 de septiembre, Angela suspendió su agenda de trabajo que incluía encuentros oficiales internacionales el fin de semana. Su duelo conmovió al país. Para entonces, los alemanes ya conocían con suficiencia su biografía y sabían que el pastor luterano había sido el fundamento intelectual de la gobernante y de quien ella había heredado la sobriedad protestante predominante en su personalidad.

El 10 de septiembre, la canciller acudió al funeral del padre vestida de negro riguroso y ocupó el cuarto lugar en la primera fila de la Iglesia María Magdalena de Templin, a la izquierda de su madre y sus dos hermanos, Irene y Marcus. Su hermano leyó las palabras de despedida y la última voluntad del pastor. Esta consistía en pedirle a sus descendientes que continuaran las labores de reconstrucción de una capilla del Medioevo que él había iniciado años atrás. Ese mismo día, después del entierro, Angela Merkel, su madre y sus hermanos firmaron las actas de fundación de la Asociación de Amigos de la ermita Kirchlein in Grünen. Aquella membresía se convirtió en la tercera que Merkel conserva y apoya consagradamente, después de la afiliación desde la niñez a la Iglesia luterana y la de pertenencia al partido de la CDU en 1990.

Al margen de la sesión familiar, un grupo de habitantes de Templin, entre diez y doce, que habían formado parte de los quinientos asistentes a la misa de réquiem por el pastor, permanecieron juntos en cercanías de la iglesia, y al constatar que tenían muchas anécdotas por recordar, decidieron entrar en una fonda tradicional de la calle Mühlenstrasse a beber una cerveza. Al grupo lo unían varios denominadores: habían sido profesores o compañeros de colegio de los hermanos Kasner; todos conocían muy bien al pastor y a Herlind; apreciaban que el matrimonio se hubiese quedado a vivir en la provincia aún cuando las circunstancias de poder y éxito de su primogénita les daba

la opción de mudarse a vivir cerca de ella en la metrópoli. Además, todos eran partidarios del Partido Die Linke (La Izquierda), por lo que, aunque conocían muy bien a Angela, jamás habían votado por ella ni lo harían en las elecciones de 2013.

A la postre, el tema de conversación que más los entretenía aquel jueves caluroso de comienzos de septiembre eran las conjeturas sobre cómo Angela soportaría la ausencia del padre y si la pérdida tendría alguna incidencia en sus planes de perseguir un tercer mandato. Recordaban cómo se enorgullecía Horst de los triunfos de su hija mayor sin menospreciar los de sus dos hijos menores: el físico Marcus, catedrático de la Universidad Goethe de Fráncfort, e Irene, que había avanzado en su formación de enfermera hasta la de logopeda independiente y copropietaria de dos consultorios en Brandemburgo y Berlín. Una de las personas presentes en esa charla de cotilleo recordó, cinco años después de aquel encuentro, la duda que asaltaba a la mayoría del grupo en el transcurso de esa asamblea extraordinaria de vecinos y amigos de la familia Kasner. El asunto en cuestión tenía que ver con la posibilidad que ellos veían de que Angela decidiera escalar todavía más en su carrera política, y en lugar de seguir en Alemania, optase por un cargo de dirigencia de la Unión Europea en Bruselas. Al respecto, una exprofesora sabia y vivaracha habría zanjado la cuestión con una sola oración: “Angela tiene el poder, pero no el arrojo de vivir por fuera de Alemania. Fue, es y seguirá siendo una provinciana, como todos nosotros”¹⁴⁴. La razón asistía tanto a la docente como al exalumno que repitió lo que constaba en numerosas revistas y diarios de Europa: “*de facto* ya es la jefa de la Unión”¹⁴⁵.

El grupo iba por la tercera ronda de cervezas para los hombres y la segunda de vino blanco para las mujeres, cuando vieron pasar la caravana de autos más costosa de Europa. Escoltado por varios vehículos y motocicletas de la Policía y del Servicio secreto, el Audi de color negro, modelo exclusivo A8L W12 *Security*, blindado para resistir ataques explosivos, de metralleta y granada, asignado a la canciller templinesa, se perdió de la vista de los personajes que habían tenido un papel protagónico en la primera vida de la chica Kasi Kasner. El espectacular despliegue de la carrocería no emocionó ni entristeció a los contertulios. Sabían que Angela volvería una y otra vez al pueblo. No a hacer política, porque ellos y la mayoría de los quince mil habitantes del municipio, por medio de su comportamiento en cada elección, se habían asegurado de hacerle llegar el mensaje de que no era profeta de mayorías en su tierra. Ella volvería a visitar a su madre, a refugiarse los fines de semana en su casa de campo en las afueras del municipio, a participar ocasionalmente de alguna reunión de exalumnos y a internarse en los bosques aledaños donde había aprendido a orientarse y tomado votos de obediencia a su instinto.

CAPÍTULO CATORCE

CÉLEBRE EN TODO EL MUNDO

A mediados de septiembre de 2011, el primer encuentro con un líder internacional después de la muerte de su padre sucedió en París con el entonces presidente de Francia, Nicolas Sarkozy. Desde 2010, el dúo franco-germano protagonizaba tantas reuniones bilaterales de trabajo sobre los aprietos en la eurozona, que ofrecía la oportunidad a los periodistas alemanes de titular sus reportes con la fusión de las iniciales de los apellidos de ambos mandatarios. El distintivo Merkozy resultaba melodioso y hacía carrera en la esfera internacional a manera de etiqueta lingüística del liderazgo que Francia y Alemania, los socios con mayor población del bloque comunitario, ejercían en la búsqueda de soluciones para el circuito.

Los objetivos de la conferencia septembrina, entre el galo hiperactivo y la germana apesadumbrada, eran revisar las recientes operaciones de pulimento de los mecanismos de contención de la consabida crisis. Grecia todavía era el protagonista estelar de la depresión, pero de ningún modo el único país necesitado de ayuda. Otras naciones como Italia, España y Portugal habían admitido no contar con la confianza del mercado financiero internacional para recibir créditos, a no ser que se comprometieran a pagar intereses cada vez más usureros. Una vez los integrantes del cuarteto pidieron ser auxiliados con dinero proveniente del Fondo Europeo de Rescate, la preocupación por la dilatación de la recesión volvió a dominar el ambiente. Sobre el tapete se encontraba la disyuntiva grave de si sería posible salvar el euro.

Desde el mes de agosto, Nicolas Sarkozy proponía la expedición de bonos europeos, que Angela Merkel y Wolfgang Schäuble rechazaban rotundamente. La alternativa que prosperaba, para no decaer en el punto de inmovilidad, era la formalización de un Gobierno europeo de finanzas, en cuyo ámbito los demás Estados se comprometieran a imitar el estricto modelo de austeridad germano y a reconocerlo en sus constituciones.

Dos meses y otra cumbre más adelante, entre el 8 y 9 de diciembre, el binomio *Merkozy* se presentó compacto y en poder de un libreto unificado en la decimocuarta asamblea extraordinaria para el rescate de la eurozona, celebrada en Bruselas. Al cabo de esa, los jefes de Gobierno de los diecisiete miembros de la época pactaron acciones en dos sentidos primordiales que detallaron en la declaración oficial: “un nuevo pacto fiscal y el fortalecimiento de la coordinación política-financiera”, además de “el desarrollo permanente de los mecanismos de estabilización, para poder afrontar nuevos

retos en corto plazo”¹⁴⁶. Consta en las actas que lo convenido complementaba los esfuerzos hechos durante los anteriores dieciocho meses, a más de constituir los puntos de inflexión hacia el equilibrio.

La situación de peligro y de conflicto no se había disipado todavía, pero el puente que permitiría abandonar la orilla del descalabro había quedado plantado. Los materiales de su armazón eran la disciplina, el ahorro y el control, tomados de la matriz del socio mayoritario. A la generalidad de dirigentes de los países involucrados no les gustaba, pero a la postre tuvieron que reconocer que Alemania dictaba los deberes.

El sábado 10 de diciembre, Merkel regresó a Berlín sin la menor ilusión sobre la clase de celebridad que tendría en Atenas, Madrid, Roma y las demás capitales de las naciones que debían ponerse a régimen más drástico. Durante una breve aparición ante la prensa, esa misma noche, el cansancio de su rostro se imponía por encima de la espesa capa de maquillaje, anulando el efecto de los productos cosméticos. Incluso para los espectadores menos informados, su aspecto permitía imaginar la aspereza y densidad de las jornadas de discusión de las que había participado. Sin embargo, los reportes de analistas expertos daban cuenta que Merkel las había absuelto resuelta y sosegada.

Por fuera de Europa, los medios de comunicación también registraron su magistral superación del test de estrés y ahora, al final de ese año crispado, varias casas editoriales reconocieron el ánimo imperturbable con los que ejecutaba tareas ingratas. Así, la revista *Forbes* la declaró, nuevamente, la mujer más poderosa del mundo por encima de Hillary Clinton, entonces secretaria de Estado de Estados Unidos en el primer mandato de Barack Obama, y de la presidente número 36 de Brasil, Dilma Rousseff.

A la misma conclusión llegaron unánimes los editores de once diarios integrantes del Grupo Diarios de América, GDA. La decisión de los periodistas estaba motivada por la capacidad demostrada por Merkel de superar periodos de turbulencias y mantenerse serena en situaciones en extremo críticas. La mandataria correspondió la predilección del grupo de periódicos con una entrevista que fue publicada en simultánea en once países del subhemisferio el 30 de diciembre; la primera y única que ha concedido a medios latinoamericanos:

Esta distinción es un honor. Pero que ahora logremos nuevos avances en el desarrollo de la Unión Económica y Monetaria no se debe a una sola persona, ni tampoco es obra de un solo país. La fortaleza de la Unión Europea estriba en que

acometemos juntos nuestros retos y aprendemos juntos del pasado, y en estos momentos estamos haciéndolo con gran coherencia¹⁴⁷.

Desde otras culturas le llegaron halagos menos conceptuales y de veras sutiles: en Singapur, una asociación de cultivadores de orquídeas bautizó a una de sus especies –la 31 000– con su nombre y apellido. La *Dendrobium Angela Merkel*, de color violeta y verde menta, fue plantada en 2011 en el Vip Orchid Garten de la capital asiática en honor de la fémina germana, porque –según los detallistas floricultores– la planta se caracteriza por su crecimiento rápido, hasta los dos metros, en condiciones de humildad de suelo y escaso riego.

[La muralla de sopa de papas](#)

Homenajes de ese tipo hacían sonreír a Merkel, aunque las pausas de demostración de satisfacción personal eran tan breves que desconcertaban a su público. En febrero de 2012, durante la participación en un foro del Festival de Cine de Berlín, Berlinale, uno de sus interlocutores le preguntó cómo lograba domar los sentimientos de orgullo por tantos triunfos acumulados en su biografía. Su respuesta causó hilaridad:

Bueno, lo que pasa es que cuando estoy en mi casa cocinando sopa de papas, no revuelvo el cocido pensando todo el tiempo: soy la canciller y ahora revuelvo esta sopa, soy la canciller y ahora revuelvo esta sopa. No es el cargo el que cocina, sino yo, Angela, la persona que era y sigo siendo¹⁴⁸.

Semanas después, en una conversación con la revista de farándula *SUPERillu*, que se edita en el oriente germano y se distribuye en toda la nación, Merkel volvió a cosechar sonrisas por la descripción plástica de cómo esperaba, plantada a su lado, la aprobación de su marido, Joachim Sauer, cada vez que horneaba el pastel de ciruelas tradicional de la repostería germana:

Si no le gusta cómo ha quedado entorna los ojos de una forma no tan agraciada, y por eso me doy cuenta. La verdad es que yo lo horneo solo para él, porque a mí las ciruelas no me gustan. Tal vez las comí en exceso durante mi niñez¹⁴⁹.

Más allá de ser elementos del diálogo coqueto entre ella y el público llano, la clásica sopa de papas con rodajas de salchichas y el afamado pastel de ciruelas son “piezas paradigmáticas de la frontera hermética que Angela Merkel ha trazado, desde que es canciller, entre su vida privada y la pública”, considera el politólogo Günther Maihold, director adjunto del *think tank* Fundación Ciencia y Política, con sede en Berlín:

—Nombrar esos dos comestibles como integrantes de su habitualidad particular es la única concesión que ella ha hecho sobre lo que acontece detrás de las paredes de su casa. Esas menciones le tienen que bastar a la gente, no solo en Berlín sino en los otros quince estados federados para imaginarse la cocina de Merkel, el comedor de Merkel, la sala de estar de Merkel... La perseverancia en mantener su entorno y costumbres por fuera de los ojos y oídos de sus gobernados es un claro componente de su invulnerabilidad¹⁵⁰.

El factor complementario de tal impermeabilidad es la conducta que observan sus familiares, amigas, amigos y en general la mayoría de sus allegados, de acatar el deseo de que guarden silencio sobre los momentos de esparcimiento que disfrutan juntos, en su apartamento en la capital o en su casa de campo en las afueras de Templin, inclusive sobre detalles en apariencia insustanciales como el color de los muebles, la presencia de objetos decorativos, número de sillas en su comedor, etcétera. Al respecto, dos asesores en la cancillería reiteran, por separado, que Merkel tiene un olfato muy agudo que le permite detectar a la gente parlanchina, propensa al alarde y a filtrar elementos de su vida privada a la prensa o a chismosear, ya sea en clubes o en peluquerías.

—No importa que tan acaudaladas, famosas, influyentes o poderosas sean esas personas, si la canciller advierte algún indicio de que se acercan a ella con el ánimo de presumir de haber sido sus invitados o del acceso que tuvieron a asuntos de índole personal, ella les retira el afecto. No discute, por supuesto, simplemente reduce la interacción a los eventos y situaciones de carácter profesional¹⁵¹.

Es factible que debido a la inexistencia de muestras o referencias sobre los puntos flacos de la germana, los angustiados ciudadanos griegos hayan recurrido al absurdo de recibirla en Atenas con montajes en pancartas en las cuales la mostraban vistiendo el ropaje y portando la esvástica de la Alemania nazi.

Corrían los primeros días de octubre de 2012, y las condiciones de vida en Grecia habían sumido a los habitantes en un estado de ánimo negativo que oscilaba entre la ira y la postración colectivas. Entre las situaciones que enfrentaba el país se encontraba: el desempleo de la población joven, los recortes salariales y de pensiones, la escasa productividad, la dependencia de las emisiones de rescate y las posteriores visitas de control, frías y desdeñosas, de la troika.

Desde junio de ese año, los helenos habían depositado su esperanza en las promesas del nuevo primer ministro, Antonis Samaras, jefe de la colectividad conservadora Nueva Democracia, ND, que había logrado ascender al poder con el apoyo de la alianza Izquierda democrática, Dimar. Las ofertas de emancipación de la troika,

posicionamiento internacional y creación de puestos de trabajo se habían estrellado de frente con la realidad del país y los compromisos adquiridos en contraprestación a los desembolsos de dinero desde Bruselas, y a favor de la superación de la recesión y permanencia en la eurozona.

Dos meses después de su posesión, Samaras realizó una visita de trabajo en Berlín durante la cual le pidió a Merkel presenciar las circunstancias y los esfuerzos que hacía su pueblo por cumplir las metas pactadas. La jefa asintió.

El 9 de octubre, a las diez de la mañana, Merkel descendió las escalinatas de una de las lujosas naves de la flotilla oficial germana asignada al Gobierno, en el aeropuerto Eleftherios Venizelos de la inmortal ciudad de Atenas, sumida en la insolvencia. Lo que vio desde el automóvil blindado del embajador alemán en el trayecto de treinta minutos, entre la terminal Satélite de la base aérea y el palacio presidencial de Grecia, permitían concluir que los diálogos atenienses de las últimas horas, acaso días, se habían concentrado en ella y que, a la vez, los habitantes de la ciudad habían invertido abundante tiempo, incontables cartulinas y marcadores acrílicos, para descargar en su nombre y estampa toda la rabia y el desespero acumulados. Los huelguistas, unos cuarenta mil en esa jornada, salían al encuentro de la caravana de seguridad greco-germana vociferando y exhibiendo la representación de Angela Merkel siempre ataviada con la simbología nazi. En algunos monigotes aparecía enfundada en el uniforme de la Gestapo, en otras con los atuendos de la SS, también hacía las veces de Hitler. Sus representaciones y la bandera germana fueron quemadas sin cuenta.

“Vamos a recibir a la canciller como se merece la dirigente de un país amigo”, había dicho Samaras, días antes del viaje, en entrevista con la revista política *Cicero*¹³². No obstante, ya en el terreno de los acontecimientos, no cabía duda de que los sindicatos tenían su propio libreto. Este era el de colmar la capital con indicadores de rechazo a su visita: desde el aeropuerto, por la pendiente de acceso a la Acrópolis, la plaza Sintagma –donde la Policía intentaba contener a los manifestantes con gases lacrimógenos–, hasta los alrededores del Jardín Nacional y del palacio presidencial.

Por fin en el interior de la sede gubernamental, Merkel acertó a decir a los periodistas que la esperaban: “criticar, gritar, insultar no nos saca de los problemas”. Vestía pantalones negros y una chaqueta de color verde oliva que, sin remedio, hacía juego con la vegetación de la ciudad, pero también con las pancartas de los manifestantes.

A las 2:59 de la tarde, en la conferencia de prensa conjunta, Samaras apeló a la comprensión de Merkel: “el pueblo griego sangra, canciller. Usted ha visto algunas

escenas [...]”¹⁵³. Incólume, llegado su turno, Merkel optó primero por agradecer el recibimiento y expresar su comprensión por el difícil camino que atravesaba la población. No formuló una sola promesa. En su lugar, el deseo de que Grecia permaneciera en la zona del euro, y aclaró que aquello no era un mero antojo. Lo sustentó en las cifras de decrecimiento del déficit primario en seis dígitos desde el 2009, cuando alcanzaba el índice de menos diez por ciento.

El hecho de que comenzara su intervención con palabras de agradecimiento por el recibimiento griego fue considerado en Alemania como un contrasentido que desafiaba la realidad. En contraste, periodistas que cubren su gestión desde el inicio y han viajado con ella por los seis continentes resaltan que comenzar con una frase de agradecimiento es una costumbre inalterable, de la que se apoya, como lo hacen las maestras de escuela frente a sus alumnos, para insistir sin sermones en las buenas maneras. De ahí que si el Gobierno griego no hubiese podido demostrar la disminución del déficit en seis significativos puntos, con la misma parsimonia de una docente segura, Merkel habría dicho a los helenos lo mucho que lamentaba que hubiesen reprobado la materia, porque eso significaba que deberían asumir las consecuencias y repetir el curso, en caso de que quisieran seguir en la institución. Luego, sin reparar en las rabietas, habría pasado la plana para revisar el rendimiento del siguiente alumno.

Los rastros de ese atributo particular también conducen a sus orígenes: influenciada por la vocación y el carácter de su madre, Herlind, desde su niñez hasta el final de la adolescencia, Angela había acariciado la idea de estudiar para ser docente y recibía con entusiasmo las instrucciones de su madre, de quien aprendió a perseguir el éxito sin cansarse y a observar las normas del buen comportamiento como forma de hacerse a un vallado de protección propio. Aunque las circunstancias políticas de su entorno le impidieron la concreción del plan de ser maestra, la inclinación por la impartición de lecciones es una arista sobresaliente en su formato de interacción en las diferentes plataformas de influencia.

Ganar en el centro y para el centro

Los recogedores de basura en las calles de Atenas no habían terminado de hacer su trabajo de barrer las cenizas de cientos de versiones de Angela Merkel de cartón, cuando el 12 de octubre ingresó desde Oslo en las salas de redacción del mundo una noticia estimulante para el club comunitario europeo. El descomunal esfuerzo que hacían los capitanes del círculo por atravesar los periodos de prueba, manteniéndose juntos, no había pasado desapercibido en los integrantes del Comité Nobel Noruego, que ese día anunciaron haber escogido a la Unión Europea como merecedora del

Premio Nobel de la Paz. A medio camino en la senda de la recuperación, la distinción pretendía dar ánimo a buena parte de los quinientos millones de ciudadanos comunitarios y, asimismo, tenía el carácter de medida de precaución contra el hastío por los empinados tramos, recorridos y por recorrer, a beneficio del proyecto común.

La tirria, empero, ya se había instalado en algunos grupúsculos germanos, para los que cada euro girado más allá de las fronteras del país constituía una traición a los intereses nacionales. La animadversión y el inconformismo crónico con las medidas de rescate del euro; la aprobación en el Parlamento alemán de ayuda financiera directa a favor de Grecia en 2010, y las posteriores reparticiones de las cargas fueron el caldo de cultivo renovado de células separatistas y populistas de extrema derecha, que capitalizaron el momento para organizarse y hacerle contrapeso al sistema político tradicional de la República.

A partir de agosto de 2012, un grupo específico que se hacía llamar Alternativa electoral 2013, ofrecía techo, progresivamente, a personajes tráfugas de los partidos burgueses conservadores: CDU y CSU, así como de la colectividad liberal. Los fundadores de la facción, Bernd Lucke, Konrad Adam y Alexander Gauland, idearon con los adheridos un abanico de postulados, que resultó atractivo a simpatizantes procedentes de otros bandos aislados de derecha radical. Luego, en el mes de febrero de 2013, los promotores rebautizaron el movimiento con el nombre de Allianz für Deutschland, Alternativa para Alemania, (AFD), y así lo inscribieron en las elecciones generales de septiembre de ese mismo año¹⁵⁴.

Desde el comienzo de su actividad proselitista, la AFD concentró su campaña en la propaganda y agitación contra Merkel, los líderes de los demás partidos burgueses y, en especial, contra la prensa, a la que tildaban de mentirosa.

La reacción del establecimiento después de la aparición del movimiento fue darle el mismo tratamiento que venían recibiendo, desde 1949, los fraccionados de ideología nazi, como el Partido Alemán, DP; el Partido Nacionaldemócrata de Alemania, NDP, o la Unión del Pueblo Alemán, DVU. Ese procedimiento abarcaba tres líneas de comportamientos: la vigilancia constante por parte de la Policía Secreta defensora de la Constitución; la tolerancia con respecto a la participación electoral; la exclusión definitiva de todos los ámbitos de debate o implicación en la conformación de confederaciones interpartidistas.

En los primeros meses de existencia de la AFD, Merkel consideraba que “la mejor táctica contra esa alianza era no pronunciar su nombre y proseguir con el curso de las

medidas de rescate de los Estados afectados por la crisis”, consigna en su léxico sobre la canciller, el autor Andreas Rinke¹⁵⁵.

Meses más adelante, ella fijaría una línea más enérgica de intolerancia, que incluyó la prohibición expresa en los principios de la CDU de apertura hacia ese movimiento. “Las elecciones se ganan en el centro de la sociedad”, repetía durante sus diferentes y numerosas intervenciones en las asambleas generales y regionales de su colectividad.

Ganar en el centro y para el centro de la población, había sido la meta prefijada desde la segunda candidatura en 2009, y esa misma aspiración constituía el objetivo en 2013. Ese año, incluso con mayor urgencia debido a la repetición de sobresaltos financieros en Europa.

Conquistar el centro significaba modernizar su partido, y esto la había llevado a entrar en contradicción con caudillos vetustos de la constelación hermana de Baviera, CSU, que insistían en un curso de política que tuviera en cuenta, más que todo, los intereses del sector más tradicionalista de sus electores. “Merkel no lo hizo y eso estaba muy bien”, explica Matthias Jung, experto en análisis electoral.

El problema general de la unión de partidos conservadores consistía en que era la opción preferida de los votantes en edad avanzada, más propensos a la muerte que otras capas de la sociedad. De hecho, de elección en elección esos partidos perdían cerca de un millón de electores por efectos de su muerte; alrededor de seis millones en una década y media. De tal forma, para retener las cifras de votación a las que la unión conservadora estaba acostumbrada, se necesitaba captar, atraer y convertirse en la opción de otros sectores electorales¹⁵⁶.

Los científicos electorales denominan la estrategia desmovilización asimétrica, de la que también hace parte silenciar el debate sobre las propuestas de otros partidos. Por un lado, ignorándolas. De otro lado, redefiniendo aquellas que sirvan para captar electores y sean compatibles con la naturaleza y principios de la colectividad a la cual se pertenece.

Se trata de una maniobra normal de competencia electoral de movilización del electorado propio y desmovilización del foráneo. La misma implica la capacidad de los demás partidos de conservar a sus simpatizantes. Responder al reto es cuestión de cada partido y no del rival¹⁵⁷.

El catálogo de tácticas electorales de Merkel en 2013, al filo de su segundo mandato, no era mayor que el capital de confianza y credibilidad que había acumulado en el

cuatrienio que terminaba por haber logrado que su país no fuera afectado por las crisis del vecindario, así como haber conseguido que la tasa de desempleo se mantuviera en niveles muy bajos. Esas hazañas de su Gobierno habían calado muy hondo en la psicología de los alemanes, puesto que una cosa era haber transitado por la crisis y otra haberla dominado.

En ese clima de fama y aceptación de la dirigente entre el pueblo, a los estrategas de la CDU les resultó sumamente fácil concebir y plantear los mensajes de la propaganda publicitaria en la denominada fase caliente de la campaña electoral: “Merkel: canciller de Alemania”, “Alemania es fuerte y así debe permanecer”, “Finanzas sólidas, porque pensamos en el mañana”, y “Juntos y exitosos por Alemania”¹³⁸.

Al tiempo de hablarle a toda la población, y no a un solo partido, las frases publicitarias jugaron con el conocimiento previo del tipo de gobierno que la protagonista del momento, Angela Merkel, les ofrecía. Y éste era uno que no acudiría a experimentos y estaba orientado a complacer a las mayorías económica, social y cultural del país.

El domingo electoral del 22 de septiembre de 2013, Merkel y la unión conservadora CDU/CSU alcanzaron el 41,5 por ciento de la votación, que aumentaba en 7,7 puntos su propia marca del 2009. La diferencia de 15,8 puntos por encima del rival más fuerte, el socialdemócrata Peer Steinbrück, consolidó a Merkel como la capitana de la próxima coalición de gobierno hasta el 2017. Esa victoria concluyente estaba ensombrecida por dos nubarrones de considerable tamaño: en el siguiente cuatrienio los triunfadores tendrían que prescindir de su socio natural de coalición, el Partido Liberal, FDP, que ese domingo se quedó sin representación en el Parlamento debido a su nivel de votación por debajo del cinco por ciento obligatorio. La segunda nube grande, densa y oscura en el firmamento político germano, llevaba impresas las iniciales de la Alianza para Alemania, que en su debut electoral cosechó el 4,7 por ciento de la votación. Si bien este resultado no le alcanzaba para ingresar en el Legislativo, el mismo contenía el aviso de éxitos futuros.

El 17 de diciembre, Angela Merkel inició su tercer mandato por segunda vez en coalición con los socialdemócratas. A los 59 años de edad, su sistema de poder había alcanzado un altísimo grado de dominio y prestigio. Desprovista de arrogancia, su plan consistía en mantener lo logrado, sin rehuirle a los retos de crisis externas o al avance de los nacionalistas de la AfD.

Veintiún meses más tarde, las consecuencias de las guerras en Oriente Próximo la llevarían a jugarse todo el acumulado de su poder para evitar una catástrofe humanitaria en el territorio de su influencia.

CAPÍTULO QUINCE

LA COMPASIVA

Las lágrimas desbordan el rostro de Reem Sawhil. Atribulada, la niña baja la mirada. El llanto obliga a la canciller Angela Merkel a interrumpir su explicación de estadista sobre la imposibilidad de su país de recibir a todas las personas que buscaban refugio. La mandataria se percató de que han sido sus palabras las que provocaron la reacción de aflicción en la joven refugiada de catorce años, y con determinación se aproxima a ella.

Las cámaras de televisión mantenían el enfoque sobre el rostro compungido y grabaron el intento automático de Merkel por tranquilizar a la niña con la intención de continuar con el programa. El llanto de Reem no cesó y el drama se volvió viral. En cuestión de segundos, el cuadro de esa mañana del 15 de julio de 2015, en el puerto de Rostock, le dio la vuelta al mundo, transportando la estampa de una mandataria impasible y carente de empatía en su interacción con la adolescente.

Más allá de eso, lo cierto es que la conversación de trece minutos entre la menor de edad y la poderosa gobernante superó su importancia circunstancial. Reem se convirtió en el símbolo del drama de los refugiados y sus lágrimas en un asunto público. Y en la canciller, su convicción de que el país no podía recibir más refugiados contrapuesta al sufrimiento a flor de piel de una de ellos marcaría, días más adelante, el punto de inflexión más significativo en su política y manejo del poder.

En 2008, Reem Sawhil y su familia habían huido de un árido y agreste campo de refugiados palestino en el Líbano. Ingresaron a Alemania por Hamburgo en 2010, después de que su solicitud de asilo fuera rechazada en Suecia. Luego de pasar por varios centros de acogida en varias localidades germanas, finalmente intentaron asentarse en Rostock, amparados por permisos de estadía temporal.

En el momento de su encuentro con la canciller, la permanencia de Reem y su familia pendía de un hilo, porque su situación legal aún no estaba definida, y soportaban la carga de que podían ser deportados de una hora a otra.

La joven, que en cinco años había logrado dominar el idioma alemán e integrarse en la sociedad, fue invitada con otros alumnos de su colegio a participar en el diálogo con la canciller. Habían sido sus profesores quienes la convencieron de participar en ese formato de interacción entre la mandataria y la población y mansamente ella se dejó persuadir. Su intención era solo escuchar.

Ese miércoles, cuando vio que varios helicópteros de la Policía y autos oficiales con guardaespaldas y agentes en civil rondaban el plantel, ella se interesó un poco más por el asunto, sin tener una idea clara del papel que desempeñarían ella y su clase en el evento.

Varios minutos después, el diálogo había comenzado y transcurría monótono y aburridor, tanto para los alumnos como para los espectadores. La canciller dominaba el uso de la palabra, explicando a los adolescentes sus políticas de Gobierno. Cuando habían transcurrido 37 minutos, se enfrascó en la aclaración de por qué Alemania no podía recibir más refugiados. En cuanto hizo una pausa de respiración, el moderador animó a Reem a que contara su historia. La chica se armó de valor y narró las vicisitudes de su travesía en busca de hogar y de su arraigo en Alemania. El relato llamó la atención de Merkel, por lo que ambas se enfrascaron en un diálogo excepcional, con el valor agregado de que este dejó al descubierto sus debilidades.

Reem no pudo controlar su necesidad de llorar luego de que Merkel enfatizara que no podía darle, ni a ella ni a nadie, la garantía de que su solicitud de asilo se resolvería a su favor y, por tanto, le deseaba que la decisión sobre si tendría que abandonar el país le fuera comunicada lo más pronto posible. En ese punto, Merkel, la mujer que ha basado sus acciones políticas en la metodología rigurosa de la ciencia para prever todos los escenarios posibles y anticiparse a las reacciones de los demás, no logró manejar el estado de desconsuelo de una niña. “Ohh tranquila, pero si lo has hecho muy bien”, le dijo. Esa oración resultaba incongruente con la situación, tanto que incitó al moderador a intervenir con una corrección: “Canciller, no creo que se trate de si ella lo hizo bien o mal. De lo que se trata aquí es que la niña está pasando por un trance muy amargo”, le espetó⁵⁹. Merkel objetó que lo entendía y que solo quería consolarla. A continuación, hizo el intento de seguir con el programa pero era evidente que había sido impactada.

Semanas más adelante, sus actos revelarían que la punzante experiencia con la adolescente palestina fue el primero de varios episodios que activaron la conciencia humanitaria inculcada por sus padres durante la infancia en el refugio arbolado de Templin. En efecto, tres meses más tarde, Merkel dio un viraje insólito en su posición con respecto a los refugiados, y este se materializó en la decisión de salvarle la vida a más de un millón de ellos.

Un mantra para conjurar la tragedia

El segundo acontecimiento ocurrió el 27 de agosto de 2015. Ese jueves de verano, la policía austriaca encontró un camión frigorífico abandonado en una zona especial para averías de la autopista A4, a pocos kilómetros de la frontera con Hungría, a solo

cincuenta kilómetros de Viena, donde Merkel atendía la cumbre de los países balcánicos. Fue un hallazgo macabro. En el compartimento de carga de apenas cinco metros de longitud los agentes descubrieron los cuerpos sin vida de 71 personas. Eran 59 hombres, ocho mujeres y cuatro menores; sirios, afganos, iraquíes e iraníes que habían muerto por asfixia durante el trayecto emprendido con el fin de salvar su vida en Europa. La policía comunicó que el camión blanco con logotipo de una empresa avícola había partido el 20 de agosto desde la frontera serbia, y que los trashumantes habían fallecido en territorio húngaro 48 horas antes de ser encontrados en Austria.

La noticia del lóbrego descubrimiento se expandió, como se expanden los nubarrones que presagian tormenta, entre los participantes de la encumbrada reunión. Paradójicamente, allí, ese día, la canciller y los representantes de la Unión Europea y de la liga balcánica se habían citado para buscar soluciones conjuntas a la crisis migratoria. El hallazgo de los cadáveres obligó a los mandatarios a guardar un minuto de silencio en el entreacto de sus deliberaciones. Más tarde, en la conferencia de prensa, Merkel admitió que la noticia la había atemorizado.

Los fallecidos eran personas que se habían hecho al camino en busca de seguridad y protección, y en el intento han sufrido un suplicio que los condujo a la muerte. Esta tragedia es una advertencia para Europa de que debemos abordar el problema de migración de forma rápida y con espíritu solidario, para encontrar soluciones¹⁶⁰.

Cuatro días más tarde, el 31 de agosto, la canciller acudió en Berlín a la conferencia de prensa de verano, una cita anual en la que participan alrededor de seiscientos periodistas alemanes e internacionales. Su mensaje introductorio posicionó el drama de los migrantes de Oriente Próximo y la tragedia humanitaria configurada por miles y miles de ellos, que día tras día perdían su vida en las aguas del mar Mediterráneo.

Todo esto pasa mientras aquí vivimos en circunstancias de bienestar. Estamos ante un compromiso ineludible, comparable al que tuvimos hace veinticinco años cuando asumimos el reto de la Reunificación alemana. Ese reto no lo resolvimos transitando caminos ya previstos, sino abriendo nuevos caminos¹⁶¹.

Fue entonces cuando acudió al lema de *Wir schaffen das* (lo lograremos), una frase motivadora e incluyente con la que pretendía infundir confianza en su pueblo antes de enfrentar el desafío humanitario.

Ese día, los reporteros escucharon el lema en el contexto del tema migratorio, pero en realidad la frase ya hacía parte del léxico del sistema Angela Merkel, a manera de

mantra protector en varias coyunturas. En 2005, por ejemplo, como candidata a la cancillería se refirió a la recesión económica interna y dijo: “Si la CDU y la CSU y todos los ciudadanos estamos unidos, entonces lo lograremos.” En 2011, durante el punto más álgido de la crisis financiera griega aludió: “Me parece insoportable que se le diga a un país constantemente que no lo puede lograr. Eso no ayuda. Yo creo que el país lo quiere lograr, y yo voy a emplear todas mis fuerzas para apoyar al país” ¹⁶².

Después de aquella crucial conferencia de prensa, transcurrieron tres días de rutina gubernamental, durante los cuales proseguía la travesía de cientos de miles de trashumantes por la ruta del mar Mediterráneo. Y fue justo en la playa turca de Bodrum donde, el 2 de septiembre de 2015, sucedió otra desgracia: temprano en la mañana, Aylan Kurdi, un infante de tres años de edad, yacía inerte boca abajo sobre la arena. Su pequeño rostro apuntaba en dirección al mar que la noche anterior también le había quitado la vida a su madre, Rehan, de 35 años, y a su hermano, Galip, de cinco años. La precaria embarcación en la que intentaban llegar a la isla griega de Kos había naufragado quinientos metros después de zarpar de la costa turca. Un total de doce personas se ahogaron. El único miembro de la familia que sobrevivió al siniestro fue el padre, Abdullah. Él y su familia provenían de la ciudad kurda de Kobani, en el norte de Siria. Víctimas de la cruenta guerra civil y de los enfrentamientos entre la milicia terrorista de Estado Islámico y los combatientes kurdos, habían huido primero a Turquía, y desde allí habían solicitado, sin éxito, asilo en Canadá.

El pequeño Aylan y su sobrecogedora corta historia de vida se convirtieron en el nuevo símbolo del drama de los trashumantes sirios en busca de amparo, y en el hecho determinante de las subsiguientes decisiones de la canciller; la tercera estrofa de la parábola que terminó de avivar la voluntad de utilizar su poder al servicio de la misión de salvar vidas. Como nunca antes, desde aquella desgracia, haría presencia la hija del pastor luterano Horst Kasner en las decisiones de la gobernante Angela Merkel. Desde ese momento en adelante, la creyente y la política gobernarían juntas.

Una marea interminable

“*Miracle, miracle. Merkel, Merkel*”, la súplica y el apellido de la gobernante se combinaban en las exclamaciones de auxilio que bramaban miles y miles de inmigrantes inmovilizados en la estación central de trenes de Budapest. Desde hacía 98 horas, la policía húngara no les permitía ingresar en la ciudad o acceder a algún tren que los llevara a Austria o a Alemania. Hacinados, les hacía falta agua, les hacía falta comida, les hacía falta sueño y, sobre todo, les hacía falta el milagro de que alguien les abriera la puerta.

El 4 de septiembre, desesperada, la marea humana emprendió camino a pie a Austria. Marchaban por la misma autopista donde había sido encontrado el camión con los inmigrantes asfixiados. Era el trayecto de la denominada ruta balcánica de los desdichados que atravesaban siete países (Turquía, Grecia, Macedonia, Serbia, Croacia, Eslovenia y Austria), con la esperanza de llegar a Alemania. En lugar de pertenencias, muchos llevaban consigo una impresión en hojas de periódico de la fotografía de la canciller.

El mismo día, Merkel visitó un colegio en Múnich, pronunció un discurso en Essen y asistió a la cena de conmemoración de los setenta años de existencia de la CDU en Colonia. Al margen de su intervención ante los copartidarios, ella se enteró por el canciller austriaco, Werner Faymann, de la decisión unilateral del primer ministro húngaro, Viktor Orbán, de trasladar y apostar en la frontera austro-húngara a los inmigrantes que su ejército había represado en su territorio. Angustiado, Faymann describió la situación como una emergencia sin par. El austriaco vislumbraba que el desplazamiento de la caravana de miles de aspirantes a refugio desde Budapest hacia Austria, podía desembocar en una catástrofe humanitaria y de salud si nadie les suministraba agua, alimentos y medicamentos; y de orden público, si se presentaban enfrentamientos con la policía.

El entendimiento entre Merkel y Faymann derivó en la decisión conjunta de no cerrar la fronteras de Hungría con Austria, para permitir que los marchantes prosiguieran su camino hacia el país alpino. Y aunque esa noche los mandatarios explicaron a sus respectivas audiencias que aquella sería una situación excepcional, ambos sabían que la meta de esa marea humana no era Austria sino Alemania. También sabían que el flujo de migrantes no cesaría y que desde ese instante Fayman les abría el camino y Merkel les ofrecía el hogar.

A la primera figura que tomó por sorpresa la determinación fue a Horst Seehofer, entonces ministro presidente del estado federado de Baviera, cuya capital Múnich se convirtió de la noche a la mañana en el epicentro de la llegada de refugiados a Alemania, y de lo que el mundo conocería como el fenómeno de la cultura de bienvenida germana a los refugiados, cuyo número alcanzaría en 2016 la cifra de un millón doscientos mil.

Seehofer ha dicho que de no haber estado de vacaciones ese día y de haber tenido su celular a mano para recibir la llamada que le hizo Merkel, él habría impedido el ingreso desde su inicio. De hecho, en la madrugada del sábado 5 de septiembre, cuando los primeros miles de peticionarios de refugio ya habían entrado, él confrontó a la mandataria: “Angela, esto será un problema [...]”, le dijo ¹⁶³.

Durante el primer fin de semana de septiembre, las autoridades registraron el ingreso de diecisiete mil hombres, mujeres y niños de Oriente Próximo en la estación central de trenes de Múnich. Allí llegaron decenas de bávaros a recibir con aplausos y gestos de solidaridad a los recién llegados. En el curso de los preparativos de la ciudad para la celebración de la tradicional fiesta de la cerveza, el Oktoberfest, la estación central se convirtió en un bazar de donaciones, donde los inmigrantes recibían alimentos, ropa, calzado, servicios gratuitos de traducción y peluches para los niños.

Las escenas del compasivo recibimiento se prolongaron por un poco más de quince días. Mientras los inmigrantes exhibían a manera de pasaporte la foto de Merkel que los había abrigado durante la travesía, los alemanes acompañaban solidarios la política de su canciller.

La hazaña salvadora fue conocida en todo el planeta, generando una ola de alabanzas al país y a Angela Merkel. Mediante sendas declaraciones y homilías, Naciones Unidas y el papa Francisco se inclinaron ante la hazaña. Así mismo, la revista *Time* anunció que reconocía la autoridad moral de la canciller alemana, y que ese liderazgo la posicionaba como el personaje del año 2015¹⁶⁴.

En su país, el proceder de Merkel recibió el respaldo de la Iglesia católica y evangélica, y de los partidos Socialdemócrata y Los Verdes.

—Sin duda, con la política de apertura y socorro a los refugiados, Merkel trascendió las fronteras del partidismo político y se posicionó como líder de la corriente ética cristiana, que se sostiene en la solidaridad de los socialdemócratas y del humanitarismo de los conservadores —sintetiza Tom Koenigs, protagonista de la revolución estudiantil de Mayo del 68 en Alemania y uno de los fundadores del Partido Los Verdes¹⁶⁵.

Día a día, la avalancha de inmigrantes en busca de refugio en Alemania crecía más. Pero, de forma proporcional, decrecía la actitud tolerante y solidaria de los germanos. Especialmente, entre los seguidores bávaros del ministro presidente Horst Seehofer, que hacían responsable a Merkel del cambio abrupto de la sociedad y de los peligros que implicaba la presencia de los forasteros. En una rueda de prensa, el 15 de septiembre, reporteros cercanos al político intentaron llevar contra las cuerdas a la canciller, al pedirle explicaciones sobre cómo pensaba revertir el daño. Visiblemente decepcionada, Merkel se sirvió de la historia y de su biografía para contener el ataque: “Viví mucho tiempo detrás de un muro como para desearlo de vuelta. Si ahora tenemos que ofrecer disculpas por ayudar en situaciones de emergencia, entonces ya éste no es más mi país”, dijo¹⁶⁶.

Nunca antes Merkel había recurrido a una réplica de carácter tan emocional. La misma advertía, a su audiencia y a sus adversario, que ella estaba resuelta a seguir jugándose todo su poder político, así como su influencia en Europa y en el mundo, por defender su decisión de socorrer a los refugiados.

La ingrata tarea de enfrentar lo corrosivo

En la Unión Europea, la divergencia en torno al tema migratorio tampoco se hizo esperar. Merkel insistía en un reparto de los refugiados por cuotas entre los miembros del bloque comunitario, a lo que algunos países se oponían.

De forma paulatina, varios dirigentes cerraron filas en contra de la canciller. A finales de septiembre, Hungría anunció el cierre de su frontera sur. En noviembre, Suecia introdujo controles fronterizos porque consideraba un peligro para su país la gran afluencia de refugiados, que en ese momento ya sumaban en Alemania un total de ochocientos mil.

El 24 de febrero de 2016, el canciller austriaco le dio la espalda a Merkel y, junto con el bloque de países del Este, clausuró la ruta balcánica. La estocada de Austria incluyó la introducción de controles fronterizos y el levantamiento de un muro de alambrado en la frontera con Alemania. Esa decisión marchitó la alegría por la corte de honor de gerberas, margaritas, rosas, pompones y tulipanes que aguardaban a Merkel esa fría mañana de invierno berlinés en el pasillo hacia su oficina. Eran 130 ramos de flores enviados por igual número de ciudadanos que respondieron al llamado del activista Tobias Troll, quien había tomado la iniciativa de pedir a los usuarios de una red social que abrazaran con flores a la canciller en apoyo a su política de refugiados.

En silencio, estoica, la canciller soportó durante varios meses los embates de sus exaliados, ahora convertidos en contendores. Y cuando todos creían que caería en la lona, ella, cual experimentada boxeadora, concentró su energía en conectar un potente golpe directo. En el momento preciso sacó de la manga una solución pragmática al exhibir el acuerdo con Turquía, que entraba en escena como nuevo aliado de su política para los refugiados. Ese país estaba dispuesto a recibir en su territorio, a partir de marzo de 2016, a los inmigrantes ilegales sirios que ingresaban a Europa por Grecia. En compensación, la Unión Europea se comprometía a aceptar y a repartir en sus países a igual número de sirios que estaban represados en Turquía. Además, el bloque comunitario tendría que pagarle al Gobierno de Recep Tayyip Erdogan seis mil millones de euros para la manutención de un número acumulado de 2,7 millones de refugiados. El pacto también incluía eximir del requisito de visa a los ciudadanos turcos que quisieran viajar a los países miembros del tratado Schengen.

La decisión de pactar con el déspota presidente de Turquía no cayó bien en varios sectores políticos de su país. En especial, Horst Seehofer, líder de la CSU, se negaba rotundo, amenazando incluso con romper la alianza conservadora. En todo escenario, él le exigía a la canciller rectificar el rumbo y hacer lo que a él más le interesaba: deportar a los inmigrantes a sus países de origen. Con estudiada indiferencia, Merkel resistía los ataques y amenazas del bávaro. Una muestra de ello ocurrió en noviembre de 2016, durante una reunión televisada de su colectividad en Múnich, donde ella, la primera empleada de la nación, asistía como invitada especial. Allí, Seehofer le recriminó con aspereza que no tomara en consideración la posición de la CSU en sus decisiones, y la puso en entredicho con frases despreciativas. De pie sobre la tarima, Merkel pasaba la mirada por entre el público y Seehofer sin asentir ni defenderse.

Su táctica clásica de no responder a los ataques, sino absolverlos en estado de relajamiento mental conjuró, una vez más, el efecto inmediato que pretendía el pleiteante. Pero estaba claro que los contrarios crecían en número y que Seehofer tampoco iba a cesar en su intento por acorralarla.

Por esos días, Angela Merkel era confrontada continuamente por la prensa sobre si postularía su nombre para un cuarto mandato en las elecciones de septiembre de 2017. La canciller guardaba silencio y sus asesores comunicaban que ignoraban cuándo y en qué sentido ella se pronunciaría al respecto. La irresolución del asunto causaba extrañeza, puesto que en los anteriores cuatrienios Merkel había enterado a la gente de sus planes de perseguir un nuevo mandato con más de un año de anticipación. De tal forma, las conjeturas acerca de la posibilidad de que ella se retirara dominaban las páginas de política de los medios. Las razones que otorgaban factibilidad a la determinación de un posible repliegue eran la conciencia del desgaste de su gobierno, debido a la crisis de refugiados y la polarización de la población que esta había provocado.

En ese momento, cuando el peligro de desestabilización era inminente, desde el otro lado del Atlántico la canciller recibió el impulso y el refuerzo categórico de Barack Obama, quien desde el 8 de noviembre, cuando Donald Trump ganó la presidencia de Estados Unidos, había anunciado una gira relámpago de despedida de su segundo mandato, en la que incluyó una escala de dos días en Berlín.

En la noche del 16 de noviembre, Obama y Merkel cenaron en el hotel Adlon de la capital y conversaron por espacio de tres horas seguidas sin permitir que nadie los interrumpiera. Así lo anotó en sus memorias Ben Rhodes, el asesor de política exterior y redactor de discursos de Barack Obama^{us2}. La conversación se concentró en los retos del multilateralismo, la guerra en Siria, la crisis de refugiados y, en especial, en el porvenir

del mundo bajo el dominio de Trump de la primera potencia mundial. La visión del futuro bajo el influjo del mercader ególatra habría impelido a Obama a intentar persuadir a Merkel de continuar en el poder.

Al siguiente día, después de la reunión protocolaria en la cancillería, los dos mandatarios atendieron juntos la usual conferencia de prensa, y allí el estadounidense reiteró que su socia trasatlántica estaba en el lado correcto de la historia, e hizo público su deseo de que ella se postulara.

Todavía no se sabe si ella va a presentarse a la reelección. Es un asunto muy personal. De la misma forma que es competencia exclusiva del pueblo alemán decidir si seguirla o no. Pero debo decirlo: si yo fuera alemán, votaría por ella, la respaldaría sin duda alguna¹⁶⁸.

Tres días después, el 20 de noviembre, Angela Merkel anunció por fin que aspiraba a un cuarto mandato, sin explicar que en esta ocasión la geopolítica jugaba un papel determinante. De poco habría valido que lo hiciera, puesto que la atención de los alemanes se concentraba casi exclusivamente en la coyuntura interna. En todo caso, según las firmas encuestadoras, ella contaba con la intención de voto de 20,8 millones de alemanes, y tenía a su haber los votos simbólicos de una treintena de líderes internacionales y los tutelados que había salvado.

Una de las representantes de aquel grupo de nuevos habitantes de Alemania, sin poder de decisión, era Reem, la adolescente de Rostock, a quien Merkel había buscado en la primavera de ese año para compensar con un segundo encuentro las lágrimas y el desconsuelo del primero. A la chica y a la directora de su colegio les llegó una invitación para reunirse con la canciller en la sede de Gobierno en Berlín. Reem relata que acudió a la cita sin prevenciones porque ya había constatado a través de los medios el giro político de su anfitriona.

—La canciller nos recibió en la puerta de su oficina y me agradeció las flores que le traía. Me invitó a pasar a su despacho, que es más grande que toda mi casa. Sobre su escritorio había una montaña de papeles y carpetas. Yo creo que cuando se sienta allí, la pila de papeles supera su tamaño —recuerda la chica sobre el recinto de poder, al que tuvo acceso por espacio de treinta minutos. Reem narra que durante la conversación Merkel se interesó mucho por su estado de ánimo—. Me preguntó cómo estaba, si todavía me asediaban los periodistas y si todo lo que afrontaba era demasiado para mí. También me preguntó por el colegio. Me dijo que podía preguntarle lo que quisiera, pero a mí no se me ocurrió nada. Yo creo que lo que ella buscaba con el encuentro era

que yo ya no estuviera más nerviosa y que la conociera mejor, como una persona del común, sin periodistas y cámaras de televisión —concluye¹⁶⁹.

Reacciones polarizadas

El deseo de tener mayor contacto con la gente era notorio. Antes de concentrarse en la campaña electoral, Angela Merkel se acercó deliberadamente a sectores de la población de los cuales no podía esperar votos; dictaba clases sobre la historia del Muro en colegios de la capital, se prestaba a rondas de preguntas en varios jardines infantiles de provincia, y de tanto en tanto sostenía conversaciones con colegas en los museos de la ciencia y de la técnica en Berlín. Merkel ha sido siempre lo bastante astuta para comprender que en ese momento los germanos necesitaban más de su cercanía y demandaban menos atención de ella hacia los refugiados, por lo menos en cuanto hacía sus apariciones en los centros de acogida. Su meta era lograr que la sociedad adquiriera una visión panorámica y desapasionada sobre la capacidad de los dieciséis estados federados de integrar a los refugiados. Las agencias estatales y diversas organizaciones no gubernamentales trabajaban sin descanso por equilibrar las cargas del trabajo que los inmigrantes generaban.

Pero, cuando Merkel consideraba que existía la posibilidad de ablandar a los ciudadanos más recelosos de compartir su espacio vital con los refugiados, sucedió la fatalidad del ataque terrorista perpetrado en la noche del lunes 19 de diciembre de 2016, por un solicitante de asilo. El tunecino Anis Amri, militante de Estado Islámico, que había ingresado en julio de 2015 al país, embistió el legendario mercado navideño de la plaza Breitscheidplatz, en el corazón del occidente de Berlín, con un camión cargado de cemento. El terrorista se había apoderado del vehículo, luego de secuestrar al conductor, Lukasz Urban, un ciudadano polaco de 37 años, en una zona industrial de la ciudad. Al tiempo de hacer estrellar el camión contra la primera línea de las veinte casetas que componían el mercadillo, Amri mató de un disparo al polaco, quien había forcejeado con él intentando impedir la masacre. Segundos después, la irrupción del camión cegó la vida de doce personas y dejó heridos a más de setenta de los 325 visitantes de la hora en el bazar.

La catástrofe exacerbó el sentimiento de impotencia y rechazo de los alemanes. Asimismo, agudizó la polarización de la sociedad. Desde la esquina de la derecha radical, el Partido Alternativa para Alemania, AfD, responsabilizó a Angela Merkel de lo que había sucedido, en una maniobra evidente por capitalizar el dolor ciudadano a favor de su doble estrategia; de desgaste de la canciller y de asegurar su avance por medio de un mayor número de simpatizantes.

La robusta capacidad de discernimiento de los alemanes estaba en pugna. No obstante, el 68 por ciento de la población no cayó en la manipulación del populismo de derecha y expresó a través de las encuestas que no veía una directa relación entre el atentado terrorista y la política de refugiados de Angela Merkel.

El alivio, sin embargo, no solucionaba la realidad objetiva de que un sector en crecimiento de la población sí ponía en duda la capacidad de Merkel y de su gobierno de administrar la crisis, que había ingresado a su país con los refugiados. “La reacción de la población era comprensible. Hasta ese entonces, Merkel era percibida por la gente como una maestra domadora de todas las crisis”, analiza el experto en psicología de masas, Stephan Grünewald.

Con el rombo dibujado por sus manos ella sugería protección, y que no dejaría que nada entre a perturbar a sus gobernados. Por supuesto, que de tiempo atrás las personas se sentían protegidas. Pero, de repente, ella abrió el rombo, y extendió los brazos; pasó de ser una santa salvadora de la patria a una compasiva internacional. Y desconcertó a la gente que no contaba con que una crisis entraría en Alemania¹²⁰.

El estado de desconcierto y desconfianza de la población puso en evidencia una falla en el sistema Merkel, que varios politólogos sitúan en la falta de pedagogía del Gobierno sobre el avatar que significaba recibir a un número tan alto de víctimas directas o indirectas de la guerra, muchas de ellas seriamente traumatizadas.

—Tomar decisiones es el trabajo de todo mandatario. Pero explicarlas con suficiencia también es su responsabilidad. El tema no consistía solo en afirmar lo lograremos, sino cómo lo lograremos. Y en ese aspecto Merkel falló. Por eso, su legado en esa materia quedó incompleto —precisa Günther Maihold, director adjunto de la fundación alemana Ciencia y Política¹²¹.

Otros actores protagonistas de la política consideran que solo con el discurrir del tiempo se logrará un balance concluyente:

—La gran ironía, y a la vez la gran hazaña, es que la conservadora Angela Merkel siempre había estado en contra de la inmigración. Y quién iba a pensar que en 2015 ella haría lo que los socialdemócratas y verdes nunca pudieron hacer. Esto es convertir a Alemania en un país de inmigrantes de forma irreversible. La paradoja histórica es contundente y requiere de tiempo para evaluar sus efectos —piensa Cem Özdemir, uno de los líderes de ese momento del partido Los Verdes¹²².

Subir y bajar en la aprobación es una constante del juego político que Merkel maneja desde el estudio de los fenómenos de cambios físicos y químicos de la materia, que se traducen en la sensación del cambio de tiempo. Por ello, con la misma expresión del rostro inescrutable de un tahúr experimentado que exhibía en las temporadas de tormenta, ella recibió los elogios por la pericia demostrada durante el primer encuentro con Donald Trump, el 17 de marzo de 2017, en la Casa Blanca. Con anterioridad a la cita, los observadores especializados en las relaciones de Alemania con Estados Unidos vaticinaban una colisión entre la analítica germana y el huracanado estadounidense, que podía poner en peligro el diálogo político y el intercambio comercial de los dos países y de Europa con el gigante americano. No obstante, ese primer cotejo transcurrió sin que se produjera el corto circuito porque Merkel logró dejar bien marcadas las diferencias de Europa con respecto a los anuncios de gobierno de Trump, sin rozar el ego del mercantilista, que no se subyugó pero tampoco consiguió amedrentarla.

Cuarto triunfo electoral con bajo puntaje

Seis meses más tarde, el 24 de septiembre de 2017, se celebraron las elecciones generales bajo el ascendiente de la polarización interna. El resultado estaba cantado por las firmas encuestadoras. La unión conservadora CDU/CSU obtuvo el 33 por ciento de los votos, lo que la posicionó como la mayor fuerza electoral. A pesar de que el puntaje fue el más bajo en la historia del conservatismo desde 1953, el mismo licenciaba a Angela Merkel para liderar un cuarto gobierno de coalición.

También se había vaticinado que la socialdemocracia, que sacó el 20,5 por ciento de los sufragios, decrecería en cinco puntos con respecto a los resultados de 2013. Los Verdes conservaron el margen del ocho por ciento, y el Partido Liberal, FDP, consiguió volver al Parlamento con el apoyo del 10,7 por ciento de los votantes. Ese domingo, además, se produjo el ingreso en el legislativo de la ultraderechista AFD, que exhibía el apoyo del 12,6 por ciento de los electores, lo que la posicionó, en esa coyuntura, como tercera fuerza electoral.

Aunque, desde años atrás, la incursión de alternativas populistas de derecha ya se había presentado en otros países de Europa (Francia, Italia, Holanda, Finlandia, Suecia, Noruega y Dinamarca), en Alemania, un país que después de las dos guerras mundiales aprendió a orientarse hacia la estabilidad y la corrección política, la admisión obligada de la AFD mortificó a las fracciones mayoritarias de la población. Un efecto tranquilizante fue el consenso, alcanzado en las horas nocturnas de la jornada electoral por las demás colectividades, de mantener la política de aislamiento de la AFD, en

cuanto a su actuación en el Bundestag y su ambición de participación en confederaciones de partidos.

Una vez clarificada esa cuestión, el tema clave por resolver era con quién gobernaría Merkel. Inicialmente, se pensó que prosperaría una alianza inédita entre los partidos de la unión conservadora con los verdes y liberales. Ese proyecto de coalición parecía ser el único viable, porque los socialdemócratas habían cancelado la posibilidad de una nueva cooperación con la canciller, para trabajar desde la oposición en la restauración de su partido. Una vez que el 20 de noviembre las negociaciones para la concretización de un gobierno tripartita fracasaron, Merkel tuvo que lidiar con la primera crisis de Gobierno de su era.

Solo seis meses después de las elecciones, en marzo de 2018, la socialdemocracia accedió a una reedición de la gran coalición para evitar la convocatoria a nuevas elecciones, en las que no solamente el partido de Merkel, sino todos los demás, habrían tenido que volver a dejarse contar. En contraprestación, la canciller tuvo que dejar en manos del SPD seis ministerios, entre ellos la poderosa cartera de Finanzas, que la aritmética electoral concedía al partido mayoritario. También hubo de integrar en el gabinete a Horst Seehofer como titular del Ministerio del Interior, quien se convertía en la voz cantante en el manejo de la posición germana con respecto al ingreso o deportación de refugiados.

Algunos meses más adelante, el descenso de la votación a favor de la unión conservadora en dos elecciones regionales (menos 11,3 puntos en Hesse y menos 10,4 en Baviera), impulsaron a Merkel a ejecutar una nueva maniobra sorpresiva. Esta consistió en soltar las amarras de la presidencia del partido, que había ejercido durante dieciocho años consecutivos desde el 2000, y conservar el control del Gobierno hasta octubre de 2021, periodo para el cual había sido elegida.

“Soy responsable de todo, de los éxitos y de los errores, y esta cuarta legislatura será la última para mí. Es hora de abrir un nuevo capítulo”, dijo a la nación el 29 de octubre de 2018, cuando hizo el anuncio¹²³.

39 días más tarde, el 12 de diciembre, Merkel se encaramó por última vez en la tarima magna de la central de la CDU para dejar en manos de su elegida, la política católica de Sarre, Annegret Kramp-Karrenbauer, el bastón de mando de la colectividad.

Las dos impactantes resoluciones evidenciaron que la física del poder no contemplaba el futuro como algo por fuera de su control.

EL NUEVO CAPÍTULO

Conservar el poder había exigido el tributo de renunciar al dominio del partido, pero esa circunstancia, lejos de mortificarla, incrementó la facultad de Angela Merkel de centrarse en la dirección de la coalición de gobierno con menos presión que en los diez meses iniciales del cuarto mandato.

El cálculo de la magnitud física del momento era evidente. La llegada del 2019 auspiciaba la inauguración de nuevos ciclos para ella y para el país, por ser el año conmemorativo del transcurso de tres décadas desde la caída del Muro de Berlín, sobre cuyos escombros los ciudadanos del oriente y del occidente reanudaron su destino común.

En la biografía de la protagonista, el regreso de la luz al mismo punto en el que se encontraba en 1989, durante la última hora cero del siglo XX, marcaba la consumación de treinta años de trayectoria en la política, a los 65 años de edad.

Por cuenta de aquella trilogía de fechas cumbre, desde los primeros días de enero se apilaban en el escritorio de Merkel una buena cantidad de invitaciones a agasajos conexos, a los que ella, sin demora, se excusaba de asistir, como lo hace habitualmente con la mayoría de eventos sociales. Sin embargo, estar presente el 8 de febrero en la ceremonia de entrega de la ciudadanía de honor que le concedía el Concejo Municipal de Templin, donde vivió desde los dos y medio hasta los diecinueve años de edad, era ineludible, porque se trataba de un homenaje alegórico de la consagración de sus padres, Horst y Herlind, al municipio.

Herlind, de noventa años de edad, venía esperando esa alegría desde hacía muchos años, y ocho meses atrás, el 27 de junio de 2018, había seguido con fervor, también en representación del esposo difunto, el resultado de la votación de los concejales a la iniciativa presentada por el alcalde Detlef Tabbert, de adoptar a la mandataria de los 83 millones de habitantes del país como hija putativa del municipio de 16 300 pobladores. Ese día, veinte de los veintinueve ediles apoyaron la iniciativa, dos de ellos se abstuvieron y siete se declararon en contra.

El regocijo de la madre por el triunfo de la moción no tenía comparación, ni siquiera con la satisfacción que sentía desde 2005 por el ascenso al poder de su primogénita y la realización profesional de sus dos hijos menores. Ganar en Templin, su terreno abonado, le significaba mucho a Herlind y eso lo sabían todos los concejales implicados, la mayoría de los cuales representaba a los pobladores que veían en ella un personaje

venerable, no por ser la madre de la canciller, sino por su bondad y dedicación, a partir de los 61 años de edad –cuando cesó la prohibición de ejercer su profesión–, a la enseñanza del idioma inglés en una escuela popular de capacitación, lo que la había convertido, a comienzos de 2019, en la profesora activa más anciana del país.

Una vez asegurada la concesión, el alcalde propuso tres fechas para hacer entrega del registro honorífico. Merkel escogió la tercera opción que comprometía el viernes 8 de febrero a partir de las cinco de la tarde por dos razones. De un lado, porque la ceremonia no se haría con exclusividad para ella, sino que sería una añadidura de la tradicional fiesta de saludo del año nuevo del municipio. De otro lado, porque el día y la hora convergían en uno de los escasos fines de semana libres de eventos internacionales que requirieran de su asistencia. Esa semana de trabajo había comprendido cinco actos principales de gobierno: entre el lunes y el martes realizó una visita oficial a Japón. El miércoles pronunció un discurso en Weimar a propósito de los cien años de la Constitución de la República de Weimar. Desde la madrugada del jueves se reunió en Bratislava con los jefes de Estado del grupo de Vizegrado, Eslovaquia, Polonia, República Checa y Hungría. En la mañana del viernes recibió en Berlín al presidente de Mali, Ibrahim Boubacar Keita, y a las dos de la tarde inauguró la nueva central del Servicio Federal de Inteligencia, BND.

A las 5:05 de la tarde, Angela Merkel ingresó en el rústico salón principal del Centro Multicultural de Templin, donde pocos minutos antes habían tomado asiento, alrededor de las mesas dispuestas enfrente del escenario del recinto, los personajes estelares de su primera vida en la provincia: su madre y sus hermanos, diez compañeras y compañeros del bachillerato, una decena de amigos suyos y de la familia, tres profesoras y profesores eméritos de Ruso, Biología y Matemáticas, además de varios vecinos del *Waldhof*.

Las escenas de la reconexión con su niñez y juventud, exentas de protocolo artificial y los afeites corrientes en la metrópolis, desorientaron a los reporteros gráficos que se habían unido al desplazamiento de la caravana de autos oficiales para cubrir el evento como un asunto de rutina. En la entrada del centro, agentes de la Policía Federal verificaban la identidad y revisaban los maletines y carteras de los asistentes, pero ya en el interior del centro no había más controles de seguridad, ni barreras de protección entre la canciller y los contertulios. Estos sumaban 120 personas, a los que se agregaron alrededor de veinte periodistas, seleccionados desde finales de enero por la oficina de prensa de la alcaldía.

“Angela, Angela, ven por aquí”, voceaba una de las profesoras jubiladas, que quería cerciorarse de que su exalumna encontrara la mesa que le correspondía antes de que

comenzaran los discursos. “Sí, sí, espéreme un momento”, respondió la pupila eterna, que se abría paso caminando de lado, sumiendo el abdomen entre los invitados que aún divagaban entre sentarse o seguir conversando de pie. La canciller los esquivaba afanosa, a la manera de una colegiala aplicada a quien el toque de campana ha pillado a considerable distancia de su pupitre en el aula.

Segundos después, Merkel ocupó su lugar en la mesa central, donde la esperaban su madre, el alcalde Tabbert, la esposa de este y Bodo Ihrke, un compañero de colegio que esa tarde pronunciaría el laudatorio en su honor. Desde la segunda mesa, a la izquierda de la principal, le sonreían su hermana Irene con su novio, su hermano Marcus con su pareja y Erika Benn, la exprofesora de ruso.

Noventa minutos después del inicio del acto, una vez que el alcalde y el personero dieron cuenta de las actividades que habían realizado para el municipio durante el calendario pasado y de las que acometerían en el presente, la banda juvenil Akkordarbeit interpretó *Another Day in Paradise*:

Ella llama al hombre en la calle.

Señor, ¿puede ayudarme?

Hace frío y no tengo dónde dormir

¿Puede decirme sobre algún lugar?

Él finge que no la ha escuchado

finge que no puede oírla.

Silba, mientras cruza la calle,

parece fastidiarle estar allí...”

Oh, piénsalo dos veces, porque es un día más

para ti y para mí en el paraíso.

Oh, piénsalo dos veces, porque es un día más

para ti y para mí en el paraíso...



Ceremonia de entrega de la ciudadanía honorífica de Templin a Angela Merkel. 8 de febrero de 2019.
Crédito: Christina Mendoza Weber

Un par de días antes, al revisar el repertorio de canciones que sabían tocar y cantar, el director del grupo y los cuatro integrantes (tres chicas y un chico menores de dieciocho años), habían privilegiado la canción del británico Phil Collins porque resaltaba el sufrimiento de las personas sin hogar y la indiferencia de los afortunados con el dolor ajeno y con su propia ventura. La interpretación rendía homenaje a la solidaridad de Merkel con los refugiados, pero Bodo Ihrke no reparó en la metáfora y, una vez en la tarima, le recordó a los asistentes las aventuras y el espacio de tiempo de doce años de colegio compartido con su querida Angela. No todos los presentes eran sus electores, pero todos eran sus amigos, la querían y le reconocían un sitio en sus vidas, en la historia de la ciudad y del país por ser la primera mujer en alcanzar la cancillería de Alemania, una posición que antes de que ella llegara a la política se la habían disputado solo hombres, le dijo.

“Pongámonos en los zapatos del otro”

Una vez le llegó el turno de la palabra, Merkel la retuvo durante dieciséis minutos. Manifestó que le hacía bien estar en su patria chica, donde su madre, sus amigos, los bosques y los lagos le recordaban la infancia feliz con sus padres, sus hermanos y compañeros de colegio, a pesar de que esta haya transcurrido bajo la represión del sistema comunista.

Le hablamos hoy a los jóvenes acerca de la RDA como lo hacían nuestros padres con nosotros sobre la Segunda Guerra Mundial. Así nos damos cuenta de que

hemos envejecido. Está bien que la RDA ya no exista y hoy sea un capítulo de la historia. En el presente, la democracia valida cada una de nuestras acciones. Por eso me agrada este honor, porque obedeció a un proceso democrático en el cual las personas que no estuvieron de acuerdo, pudieron expresarlo.

[...] Los bosques de Templin, sus lagos, la cotidianidad del municipio hicieron de mí lo que soy ahora. Esta ciudad es mi patria chica personal [...]

[...] Alabo y apoyo el trabajo de los jóvenes, en este centro, en el municipio y en Alemania, porque ellos nos enseñan a ponernos en los zapatos del otro. Pongámonos en los zapatos del otro [...]

La exhortación provocó que algunos invitados que estaban más cerca de la puerta de salida que del escenario, se revolvieran inquietos en sus asientos. Precisamente, oraciones como aquella, pertenecientes a la retórica de Merkel desde 2015, eran las que habían incitado a cerca de sesenta individuos cabezas rapadas nazis a protestar con antorchas, banderas y arengas ultranacionalistas afuera del centro multicultural contra la presencia de la canciller y del homenaje. La Policía vigilaba la marcha como lo venía haciendo desde hacía tres años y medio en Brandemburgo y Sajonia, los dos estados federados donde la política a favor de los refugiados había suscitado más controversia y resentimiento en la población.

Aunque era imposible que Merkel pudiera haberse percatado del sigiloso revuelo en las filas traseras, lo cierto es que se separó muy pronto del asunto sobre la solidaridad e hiló un informe versado acerca de lo que tenía y lo que le hacía falta al municipio.

Al final de la intervención de su hija, la madre y sus seguidores la ovacionaron de pie. Segundos más adelante, la totalidad de invitados se adhirieron a la ola de aclamación que duró un minuto. Al cabo, Merkel departió con los presentes, haciendo desplazamientos triangulares entre las mesas de unos y otros y la de su madre, a quien atendía solícita. Alrededor de las veintiún horas de esa noche invernal, Marcus ofreció el brazo a Herlind y la condujo hacia la salida, donde la esperaba el auto de la canciller que se marchaba con ellos. Antes de cruzar la puerta, la anciana se despidió de los concurrentes y le dijo al alcalde que regresaba a su casa, y el lunes, a su trabajo en la escuela, más feliz que nunca en la vida.

Dos meses después, el 6 de abril, Herlind falleció.



Aspecto de las fachadas del municipio de Templin en 2018. Crédito: Óscar Pizano.

En la mañana de aquel sábado, Merkel se encontraba en su casa de campo cerca de Templin y en la tarde, alertada del decaimiento de su madre por dos vecinas que la acompañaban, tomó la determinación de llevarla al hospital. En la noche, todo el pueblo ya sabía que la madre de la canciller había muerto, pero sus habitantes guardaron reserva durante cuatro días, hasta el miércoles 10 de abril, cuando un par de trabajadores del hospital le pasaron el dato a un reportero de una revista de farándula de la región, que publicó la primicia desde el sitio digital del magazín.

Cuando se conoció la noticia, la hija huérfana ya se encontraba en Berlín y cumplía con su agenda de trabajo sin alteraciones. Entre el lunes y el miércoles, sin presentarse vestida de luto, había recibido al presidente de Francia, Emmanuel Macron; deliberado sobre los avatares del Brexit con sus homólogos de la Unión Europea, y asistido a cruciales debates en el Parlamento, lo que comprobaba que había declinado hacer uso del receso de dos días de duelo que le concedía la ley laboral, tanto a ella como a todo ciudadano.

La actitud de la canciller con respecto al tratamiento ante la opinión pública de la muerte de su madre era muy distinta a la que había observado en 2011, cuando murió su padre. En esa ocasión, ella se ausentó de la cancillería y no tuvo problema en hacer partícipes a sus gobernados de su desolación por el fallecimiento del pastor. En cambio, la tristeza por el deceso de Herlind solo la compartió con los integrantes de su círculo más estrecho. Inquirido por la prensa, el portavoz de Gobierno, Steffen Seibert, pidió a los reporteros que respetaran la esfera privada de la mandataria y acotó que la agenda de trabajo no se alteraría.

La declaración, que no admitía preguntas sobre el estado de ánimo de la jefe, evidenció la existencia de una barrera en la comunicación entre Angela Merkel y los

alemanes. El nuevo formato limitaba el diálogo y la interacción a los asuntos de trabajo: al cumplimiento aséptico del mandato encomendado; evitar la crisis que pudiera suscitar la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea; fomentar la economía y garantizar la continuación de la coalición de gobierno. Angela Merkel se había encerrado sobre sí misma, como lo había hecho en los años 90 cuando era diputada y ministra primeriza en Bonn y soportaba la incompreensión y el hostigamiento de sus adversarios, sin confiar en nadie más que en sí misma, en su hermana y en un par de asesoras. En ese tiempo aprendía a protegerse de los ataques y a prepararse para el triunfo. En la primavera del 2019 se cobraba una reacción sorda a los balances parcializados de su trabajo por Alemania. Su respuesta activa era demostrar más y mejor rendimiento. Y esa empresa no era compatible con las demostraciones de vulnerabilidad.

Antítesis de Donald Trump

Uno de los menesteres que más la desvelaban era terminar de plantar su posición en los tablados internacionales con respecto a la política nociva de Donald Trump. La conveniencia de hacerlo le llegó conjuntamente con el título de Doctor *honoris causa* en Jurisprudencia, concedido por la Universidad de Harvard, en Estados Unidos, el 30 de mayo.

Esa titulación por honor era la decimosexta que recibía después de que en 2007 la Universidad Hebrea de Jerusalén la graduó doctora en Filosofía, pero era la primera otorgada por un campus que forma y examina líderes en el nuevo mundo desde 1636. En el ritual de la proclamación, Larry Bacow, presidente de Harvard, alabó explícitamente su determinación de abrirle la puerta a los refugiados en 2015, porque esta demostró que ella era capaz de hacer lo correcto aunque fuera impopular. Y la nominó “una de las estadistas más influyentes del presente”, también por su contribución en la solución de la crisis económica de la Unión Europea y el ejercicio de sus mandatos, en los que predominan el pragmatismo con la precisión de la inteligencia.

Ante los veinte mil asistentes, graduados, académicos y periodistas del mundo, Angela Merkel pronunció una conferencia magistral que la catapultó como la antítesis de Donald Trump. Sin necesidad de pronunciar su nombre, ella describió sus acciones combatiéndolas.

Más que nunca debemos pensar en el beneficio del multilateralismo en lugar del nacionalismo; abrirnos al mundo en lugar de someternos al aislamiento. [...] No aceptemos mentiras como verdades. Ni tratemos la verdad como mentira.

¿Se han preguntado, estimados graduados, qué les puede estropear el camino que ahora comienzan? Nuevamente son muros los que pueden hacerlo. Muros en la cabeza contruidos por la ignorancia y la estrechez de pensamiento. Los muros separan familias de la misma forma que aíslan grupos sociales, colores de piel, pueblos, religiones. Lo que más deseo es que derribemos esos muros que una y otra vez nos impiden entender el mundo, entendernos sobre el mundo en el que vivimos en conjunto [...]

Ese jueves 30 de mayo, Angela Merkel alcanzó el cenit de su carrera política.

Numerosos periódicos de su país publicaron la versión completa de la conferencia en Harvard, las emisiones de televisión y de radio reprodujeron sendos apartes. Los alemanes constataron que un discurso de esa categoría los sacaba de la periferia, y condensaba el pensamiento y la vocación de su nueva existencia como nación progresista, exitosa, bienamada y pacífica. La consabida y amarga experiencia de ser profeta por fuera de su tierra desde 2015, se trasmutó en respeto y admiración. Incluso sus críticos doctos más acérrimos declararon la polémica interna en torno de ella como un caso frustrado.

Lo que se avecinaba era un período de plenitud para la líder mundial. Pero el nuevo capítulo también trajo consigo la declinación de su salud. Entre el 18 de junio y el 10 de julio, tres episodios de temblores corporales llamaron la atención sobre el estado físico de la canciller. Los trances sucedieron durante ceremonias protocolarias televisadas, por lo que capturaron audiencia en Alemania y a nivel mundial. La muchedumbre seguía los reportes sobre las presentaciones de Merkel en público para constatar si ella lograría sobreponerse al trastorno o si, por el contrario, este determinaría su salida dramática del Gobierno. El sobrecogimiento de los alemanes era generalizado y llevó a las cadenas de televisión a retransmitir, sin pausa, la colección de documentales sobre la vida de la política del oriente y su aptitud para sorprender con un nuevo as bajo la manga.

Los reporteros y espectadores novatos no tuvieron que esperar mucho tiempo para verificar con sus propios ojos lo consignado en los dossiers biográficos. El 16 de julio, la mayoría de representantes del Parlamento europeo eligió presidente de la Comisión Europea a la escudera de Merkel, Ursula von der Leyen, lo que demostró el éxito de un acuerdo estratégico entre la gobernante germana y el presidente francés, Emmanuel Macron, que semanas antes había postulado a Von der Leyen para apoyar el deseo de Angela Merkel, quien a su vez, había propuesto a la francesa Christine Lagarde como presidenta del Banco Central Europeo, cuya designación también se hizo efectiva.

La consolidación de tal doblete magnífico restituyó la energía perdida de Angela Merkel. Un par de días más tarde, victoriosa y vigorosa, compareció en la conferencia de prensa del verano, el 19 de julio, en la que garantizó a los seiscientos reporteros nacionales e internacionales que no padecía de una enfermedad grave y que su dolencia estaba en tratamiento. Por espacio de dos horas respondió cincuenta preguntas que involucraban temas de política interna; sobre el calentamiento global; la situación de degradación del respeto por parte de Donald Trump; los viejos y nuevos retos de la Unión Europea; la situación en China, Rusia, Irán, Siria, Kosovo, Turquía, y dos interrogantes más cuyas respuestas conectaron con su biografía. La primera inquiría su opinión sobre la acción de la joven capitana Carola Rackete, que había sido detenida en Italia por rescatar inmigrantes en situación de zozobra de la embarcación en que viajaban. Desafiante, con los ojos entrecerrados, respondió:

Con nuestros socios de la Unión Europea estamos trabajando en la reactivación de los mecanismos de repartición de los migrantes, porque el rescate en casos de emergencia en alta mar no solo es una obligación sino un mandato humanitario que no admite discusión.

Acerca de cómo le parecía haberse convertido ya en una leyenda y tener que presenciar la emisión de cuantiosos documentales sobre su vida estando todavía en ejercicio de su cuarto mandato, vigente hasta el 24 de octubre de 2021, Merkel dijo más relajada que no le interesaban las reproducciones explicativas y de homenaje, porque su atención estaba puesta en el cronometraje diario de su desempeño: “Me juzgan por mi rendimiento día tras día y en consecuencia, tengo mucho por hacer”.

Aquella respuesta no es ni un ápice diferente a la actitud ante la vida que aprendió desde los siete años de edad, cuando su madre le enseñó la primera máxima de protección: “Tienes que comportarte mejor que todos los niños”.

Comportarse	mejor	que	todos	los	niños.
Comportarse	mejor	que	todos	los	niños.
Comportarse mejor que todos los niños.					

ANEXO UNO

ACERCA DEL FEMINISMO: “NO DEBERÍAN VOTAR POR MÍ SOLO POR SER MUJER”

Nueve interlocutoras exponían en el estrado sus puntos de vista y dialogaban sobre los desafíos a los que se enfrentan las mujeres para formar empresa. Sentada en el centro de la media luna, la canciller Angela Merkel dialogaba con las participantes sobre temas como: las posibilidades de financiación de empresas para mujeres; alternativas de disminución de la inequidad de género y la discriminación; la reducción de las brechas salariales, laborales, financieras y digitales, y las cuotas de acceso a cargos directivos. A su derecha se encontraba la presidenta del Fondo Monetario Internacional (FMI), Christine Lagarde; la hija del presidente de Estados Unidos, Ivanka Trump; la ministra de Exteriores canadiense, Chrystia Freeland, y la presidenta de TRUMPF GMBH, Nicola Leibinger-Kammüller. A su izquierda completaban el foro la periodista Miriam Meckel, quien fungía como moderadora del evento; la reina Máxima de Holanda; la emprendedora keniana en el sector de alta tecnología, Juliana Rotich, y la presidenta del Bank of America, Anne Finucane.

Las féminas habían acudido ese martes 25 de abril de 2017, a hacer parte en Berlín del Women20, la cumbre de mujeres de las veinte mayores economías del mundo (G20), con el objetivo de proponer fórmulas de mejoramiento de las condiciones de vida de las mujeres. Cuatrocientas personas se encontraban en el recinto cuando el diálogo, que además era emitido en vivo por una cadena de noticias de televisión, dio un giro inesperado para la anfitriona.

“Señora canciller, ¿se considera usted feminista?”, le preguntó la moderadora. Era evidente que la pregunta tomaba por sorpresa a Angela Merkel, que esperaba interrogantes a su intervención sobre la relevancia de las mujeres en la política y la economía. Ella enmudeció frente al micrófono, lo bajó a su regazo, tomó aire y miró al público con un gesto de desgano. “¡Su reacción es interesante!”, expresó la moderadora, mientras el público reía y Lagarde aplaudía entusiasmada por la situación. Merkel acercó el micrófono a su boca, otra vez tomó aire y titubeó: “Sinceramente, eh h h h h, m m m m, yo quiero...”. Su intento de respuesta fue interrumpido por varias voces del público que al unísono repetían “¡Sí, sí, sí lo es!”. Lagarde asentía con la cabeza y seguía aplaudiendo y riendo.

Es decir, en la historia del feminismo hay puntos en común conmigo... y otros en los que diría que hay diferencias. No me gustaría adornarme con una etiqueta que no es mía. Es que Alice Schwarzer y otras tantas han tenido que dar batallas tan

fuertes... Y entonces llego yo y me apodero de sus logros y digo que soy una feminista. Pero no tengo miedo. Si ustedes creen que yo soy feminista, decídanlo ustedes, pero no seré yo la que se adorne con ese título.

La respuesta de la gobernante no satisfizo a la moderadora, quien en el acto preguntó a las demás panelistas si ellas se consideraban feministas. Cuatro alzaron la mano de inmediato; Ivanka Trump vaciló al comienzo, pero terminó por ceder a la mayoría y alzó la suya. La reina Máxima no lo hizo, pero tomó la palabra y dijo: “Yo simplemente quiero que las mujeres puedan decidir, y que tengan las mismas posibilidades. Además, que siempre se sientan iguales y orgullosas. Si eso es ser feminista, entonces también lo soy”. Merkel adhirió a la monarca de Holanda y puntualizo sin emoción: “Entonces yo también soy una”, cuidándose de no hacer uso explícito del término en cuestión¹⁷⁴.

Aquella no era la primera vez que Angela Merkel hacía frente a la pregunta sobre si era feminista, pero sí la primera desde el inicio de su carrera política en la que había trastabillado al responder. Hasta ese día, había logrado sin mayor esfuerzo eludir dar su opinión sobre el feminismo y no permitir que la etiquetaran de feminista. En su discurso argumentaba que lo esencial para la sociedad contemporánea era lograr la paridad entre hombres y mujeres. A esa convicción no había llegado de forma fortuita, sino por la experiencia de su socialización en la RDA y la contraposición de la emancipación de la mujer en ese país con la situación de dependencia económica de las mujeres en Alemania occidental que encontró en el comienzo de la Reunificación.

Durante su gestión como ministra de Asuntos de la Mujer y de la Juventud, entre 1991 y 1994, Merkel tuvo la tarea de coordinar la temática de derechos existentes para las mujeres y de trabajar por disminuir la desigualdad de género prevaleciente. Estando en esas se confrontó con situaciones y personas que influyeron negativamente su posición sobre el complejo entramado del feminismo.

Antítesis del radicalismo

Un paradigma de lo anterior sucedió el 3 de julio de 1992, cuando Angela Merkel, de 38 años de edad, participaba en el *talk show* político de la cadena de Radiodifusión del Norte de Alemania, NDR. Novata aún en ese tipo de rondas de debate que no existieron en la RDA, fue testigo y víctima del ataque de ira de una reconocida representante del feminismo germano-occidental. Se trataba de la escritora Karin Struck, entonces de 45 años, quien durante el programa interrumpía vehemente la argumentación de los dialogantes y criticaba con asperezas y pocos argumentos sólidos el trabajo que adelantaba ella en el ministerio, en lo concerniente a la educación y concientización sexual de los adolescentes. Mientras el moderador buscaba, sin éxito, que la escritora

respetara el turno de la palabra, Struck se imponía con gritos y amenazaba con abandonar el programa si no la dejaban seguir hablando.

El ánimo iracundo de la literata escaló hasta el punto en que, arrebatada, se levantó de su silla para marcharse. Y al hacerlo, se alzó el vestido hasta más arriba de la cintura con objeto de liberarse de los cables del micrófono que por la brusquedad de sus movimientos se habían enredado debajo de la ropa. También se quitó las bragas, que lanzó a los participantes junto con una copa de cristal llena de agua. Atónita, pero con buenos reflejos, Angela esquivó la prenda y la copa, cuyas esquiras fueron a parar al público, hiriendo a una persona. Entre los gritos y la alarma de los asistentes, y mientras Struck abandonaba colérica el escenario, Angela Merkel solo atinaba a mover su cabeza en señal de profunda desaprobación.

Presenciar la actuación extrema de una persona que se hacía llamar orientadora de las mujeres, reafirmó en Merkel el rechazo que sentía por toda forma de radicalismo. Y la alertó aún más contra la noción de feminismo extremo, entendida como el dominio arbitrario de la mujer sobre las situaciones y también sobre el hombre, porque la conducta riñe, a la postre, con los principios de ecuanimidad y de igualdad, de la misma forma que lo hace el machismo.

Entre los millones de espectadores que vieron por televisión ese debate malogrado, se encontraba Alice Schwarzer, considerada la pionera del movimiento feminista en Alemania y fundadora de la revista *Emma*, título que fue tomado de la abreviación de la palabra emancipación en alemán. Schwarzer decidió llamar e invitar a Angela Merkel a que se conocieran. La ministra aceptó y las dos se citaron para comer en un restaurante italiano en la ciudad de Colonia. Para ambas mujeres el encuentro fue satisfactorio. “[...] Sentada frente a mí me impresionó su integridad e inteligencia”, dijo Schwarzer, mientras que Angela accedió a la petición de la directora de escribir de forma esporádica para su revista¹²³.

Algunos meses más tarde, Merkel publicó en *Emma* su reseña del libro *Backlash*, un análisis feminista sobre las estructuras de poder, de la autora Susan Faludi. En ese texto, publicado el 1 de mayo de 1993, ella relató que destacaba el libro porque la argumentación de la autora se basaba en el análisis científico y no en emociones. En aquella reseña, por primera vez, Merkel reveló su pensamiento sobre la igualdad de género:

Por paridad entiendo que las mujeres tienen el mismo derecho de estructurar su vida, así como a la distribución de todas las obligaciones, que son imprescindibles para el bienestar general de nuestra sociedad. La individualización no nos llevará

hacia adelante. [...] Nosotras las mujeres tenemos que seguir nuestro camino hacia las instituciones y participar del poder público¹²⁶.

Desde ese día, y durante cada una de las estaciones de su ascenso en la política, Angela Merkel se ha distanciado a propósito del feminismo como ideología, permaneciendo fiel a su negativa de hacer del tema un fetiche. Antes que anteponer el género femenino, ella prioriza las cualidades de la naturaleza humana. En consecuencia, en su retórica no se define como mujer sino como persona, puesto que los géneros femenino, masculino o diverso son secundarios cuando se trata de otorgar derechos y fijar las obligaciones de los individuos en una sociedad, que no debe discriminar, pero tampoco amparar la parcialidad de género.

La paridad, garantizada por el Estado, es lo que ha perseguido Merkel en la política. Por eso, en su primer cargo público en la Alemania reunificada luchó hasta lograr la reforma por ampliación del Artículo Tres de Igualdad de la Constitución alemana, que desde entonces, 1994, incluye un párrafo, según el cual “será el Estado el que promoverá la realización efectiva de la igualdad de derechos entre mujeres y hombres e impulsará la eliminación de las desventajas existentes”¹²⁷.

Minimalismo contra la distracción

Desde el momento en el que recibió el aval de su partido para competir por la jefatura de Gobierno en septiembre de 2005, se acrecentaron las críticas hacia ella, porque los medios consideraban que era paradójico que siendo mujer evitara dirigirse en especial al electorado femenino. Semanas antes de las elecciones, Merkel dio varias entrevistas aclaratorias de su posición al respecto. Así volvió a las páginas de la revista *Emma*, en entrevista con Alice Schwarzer, donde explicó por qué los mensajes de su campaña se dirigían a la sociedad en general y no en particular a las mujeres:

Me parece importante que en Alemania no nos conformemos con nuestros problemas económicos y sociales, sino que mejoremos las condiciones para toda la población. Esto es igual de importante para las mujeres, los niños y los hombres. Pienso que las ciudadanas y ciudadanos deberían votar por mí, pero no por ser mujer, sino por mis convicciones y conceptos¹²⁸.

En otras publicaciones la candidata enfatizaba que “la agenda política no debería cambiar solo porque de repente una mujer sea canciller”¹²⁹. No obstante, también reconocía la existencia de desventajas para las mujeres en la política, con respecto a la apreciación que el electorado hace de ellas, en contraste con la observación a la que son sometidos los hombres.

En cuanto a su apariencia externa, un hombre es juzgado con base en muy pocas características: cara, corbata, camisa, punto. A las mujeres se les aplica mayor número de criterios de evaluación: falda o pantalón, peinado, cómo está maquillada, etcétera. Hay más distractores. Si ella habla durante quince segundos, después el espectador casi no recordará nada de lo que ha dicho, porque en el corto tiempo de discurso ha enfocado su atención en la apariencia y en la sonoridad de su voz. Considero que en ese punto es donde las mujeres la tienen más difícil que los hombres^[80].

Precisamente, para desmontar esa desventaja, Merkel ha construido una fachada exterior minimalista, de muy pocos adornos, que prescinde deliberadamente de aretes o accesorios vistosos. En consonancia, su peinado y maquillaje son sobrios, al igual que su vestuario de trabajo, consistente en conjuntos de chaqueta y pantalón formales, todo con la finalidad de que el espectador no se distraiga y escuche el mensaje.

Su estilo minimalista se ha mantenido vigente a lo largo de los cuatro mandatos de gobierno, de la misma forma como su pensamiento acerca de la igualdad de género. Una evidencia de ello se encuentra en la entrevista concedida al semanario *Die Zeit*, el 24 de enero de 2019, titulada *La paridad me parece lógica*:

Muy pocas veces me dirijo solo a las mujeres, porque no soy solo la canciller de las mujeres en Alemania, sino la canciller de todas las personas en Alemania. Además no estoy segura de que las mujeres esperen que yo todo el tiempo me dirija específicamente a ellas. Hay mujeres como Marie Juchacz, quien luchó junto a otras por el derecho al voto femenino hace cien años, que han trabajado toda su vida por los derechos de la mujer, y eso no lo puedo decir de mí. Yo no me voy a adornar con hojas de laurel ajenas. Pero es lógico que como mujer en la política yo haya tenido que encontrar mi propio camino para lograr que algún día alcancemos la paridad de género. La paridad en todos las áreas me parece simplemente lógica. No es algo que tenga que estar recordando continuamente y de forma adicional^[81].

Aunque *Die Zeit* publicitó las respuestas que obtuvo de Merkel como una novedad que rompía una barrera hasta ese momento infranqueable, la historia de Angela Merkel comprueba que estas no difieren de los puntos que ella ha defendido desde mucho tiempo antes de convertirse en una de las dirigentes más poderosas del mundo.

Tal vez por la inmediatez o por el desconocimiento de la biografía completa de Merkel, los medios de comunicación han convertido en un reto arrancarle a ella una confirmación de que es feminista. Un nuevo intento fue protagonizado por Christiane

Amanpour, periodista británica iraní, durante una entrevista para la cadena CNN el 28 de mayo de 2019. “Señora canciller, ¿ahora sí está preparada para decir que es feminista?”, preguntó la reportera. Con la parsimonia habitual, Merkel hizo alusión a la ayuda que había recibido de la reina Máxima de Holanda dos años atrás en la cumbre de Women20, cuando dijo que el feminismo significa que las mujeres tienen los mismos derechos en todo aspecto.

Para mí eso es paridad [...] y ese debería ser nuestro objetivo, que todavía no hemos alcanzado. Aún existe una brecha salarial de género. Durante mi tiempo en la cancillería me he convertido para muchas jóvenes en un modelo a seguir. Y eso cuenta. Pero lo cierto es que no hemos llegado al final del camino. Siempre he dicho que una golondrina no hace verano. Así que necesitamos más mujeres en cargos relevantes. Y eso significa que los hombres tienen que cambiar su forma de vida, porque obviamente las mujeres no pueden seguir haciendo lo que han hecho hasta ahora, porque ambos géneros comparten la vida social y política. Y no en disputa. Y si pensamos en los jóvenes, es eso lo que va a enriquecer las sociedades cuando verdaderamente la paridad sea un sobrentendido en todo el planeta [182](#).

ANEXO DOS

LAS FÓRMULAS DEL ÉXITO DE ANGELA MERKEL

El éxito acompaña la vida de Angela Merkel desde los ocho años de edad, en 1962, cuando comenzó su colección de medallas al excelente rendimiento académico en la escuela primaria del bosque en Templin. Pero antes de que iniciara el trayecto escolar, la infante Angela Kasner ya había afrontado inquietantes retrasos en su desarrollo físico que superó con ayuda de sus padres, el pastor luterano y la maestra, Horst y Herlind Kasner, de quienes aprendió a encontrar la oportunidad que se esconde en la cara adversa de todo obstáculo.

A ese fundamento le sigue un decálogo de fórmulas con las que Merkel descifró el código del poder a partir de la aplicación de la metodología de las ciencias naturales y de la conducción de sus actos siguiendo los preceptos del cristianismo protestante. Ese raro fenómeno de creer en la ciencia y en la religión es la fuente de origen de los pilares fundamentales de su pensamiento y comportamiento, que han hecho de ella una competidora irrefutable.

Las siguientes son doce de las principales pautas del sistema Angela Merkel:

- **Aplicación de la metodología científica para la comprensión y medición del alcance de los fenómenos y coyunturas políticas**
No cabe duda de que su formación como física ha ejercido una máxima influencia en su pensamiento y desempeño en la política. Angela Merkel aborda todas sus tareas bajo el precepto del método científico: extrapola todas las variables, investiga, se nutre de detalles, coteja la información, hace comparaciones, plantea y prevé diversos escenarios, sopesa los pros y contras de cada posibilidad, calcula riesgos, anticipa reacciones y después de un tiempo de reflexión, toma decisiones tajantes que describe como insustituibles. Su pensamiento se rige por el hábito científico de dilucidar los hechos como parte de un proceso en el que nada es fijo e inmutable, y en el que las circunstancias pueden cambiar. La física del poder es consciente de que solo por medio del conocimiento de todos los detalles de un proceso se puede lograr el control de la situación. Mientras tanto no ha elaborado un cálculo de las variables, ella prefiere adoptar el rol de observadora, con el objetivo de dejar que sean los otros actores los que muestren sus cartas.
- **Llaneza en la apariencia física**
Antes de su ascenso al máximo cargo de poder político de Alemania, Angela Merkel construyó una fachada exterior minimalista, con la cual restringe los

adornos a solo dos accesorios de uso permanente: un reloj rectangular de color negro de la marca alemana Boccia Titanium, cuyo precio es inferior a cien euros, y una gargantilla. A diferencia del reloj, que se ha convertido en una pieza emblemática desde que asumió la cancillería en 2005, Merkel juega con el uso de diferentes collares (no más de quince), que intercala de acuerdo con la ocasión. El peinado y el maquillaje son sobrios, al igual que su vestuario, consistente en conjuntos de dos piezas combinados, de chaqueta y pantalón, y mocasines de cuero cómodos. Asimismo, prescinde de llevar las uñas largas y esmaltadas, y no acicala sus manos, ni siquiera con la sortija de matrimonio. La llaneza de su apariencia física busca generar dos efectos sustanciales en la audiencia: suscitar sentimientos de semejanza e igualdad social entre la población y asegurar la atención de forma exclusiva en el discurso y no sobre el aspecto físico.

- **El indicativo como máxima de lenguaje**
Otra de las fórmulas que aplica la gobernante es enunciar la mayoría de sus oraciones en el modo verbal del indicativo. En sus discursos, Angela Merkel hace uso de afirmaciones determinadas y objetivas, acciones concretas o reales, y evita el modo verbal del subjuntivo, que se traduce en expresar deseos, dudas o temores. En su intento por lograr que nadie se sienta excluido de sus alocuciones, intenta hablar con un lenguaje preciso, elude el uso de extranjerismos y explica los tecnicismos relativos a la política. El abanico de sus respuestas incluye también el silencio y, sobre todo, prescinde de reacciones de carácter emocional.
- **Control de las emociones**
Desde el inicio de su carrera en la política, Angela Merkel ha exhibido el dominio del autocontrol. De forma que en sus apariciones públicas, en situaciones conflictivas o en las situaciones de provocación de adversarios políticos, así como de la prensa –siempre atenta a capturar algún rasgo de debilidad de carácter en los líderes–, sus respuestas verbales y de expresión facial no reflejan ira, miedo, asco, sorpresa, felicidad o tristeza. Para Merkel, la conservación del poder está íntimamente ligada a la capacidad de mantener el dominio sobre sí misma, sobre todo en los periodos de máxima tensión y de crisis. Con el paso del tiempo, el autocontrol ha definido su rostro de versada jugadora de póker, que no concede a sus contrarios la predicción de posesión de ases o malas manos de cartas.
- **Discreción y cautela como máximas de sobrevivencia**
En su niñez, Angela aprendió de sus padres las dos habilidades imprescindibles para subsistir bajo el régimen comunista de la RDA y pasar inadvertida en cuanto a sus verdaderas creencias y valoraciones sobre la dictadura. La discreción y la cautela también hacen parte de la templanza, una de las cuatro virtudes cardinales

del cristianismo junto con la prudencia, la fortaleza y la justicia, y en la que se cimentó su educación en la casa paterna. Con el paso del tiempo, y con la práctica, Merkel adoptó estas destrezas en el uso de la palabra y en su vida privada de tal forma que evolucionaron hasta convertirse en agudos instintos de supervivencia política. Los mismos atributos de discreción y cautela los exige a sus más cercanos colaboradores y amigos, quienes deben abstenerse de dar a conocer las opiniones personales de la canciller, así como aspectos de su vida privada y familiar.

- **Inexorabilidad**

Angela Merkel defiende con rigurosidad y firmeza sus posturas respecto a todo aquello que ella considera correcto. No cede antes las presiones ni obra en busca de halagos. Defender su línea con firmeza implica la capacidad de decir no, de ser categórica y dura con sus adversarios o con aquellos que la han desilusionado pero sin humillarlos; si estos han de perder la cara, será debido a sus propios actos y no por lo que ella diga sobre ellos en público.

- **Acatamiento inflexible de la Constitución**

Para Angela Merkel hacer lo correcto implica respetar y acatar el Estado de Derecho, así como las normas consagradas en la Constitución alemana. Por eso, siempre deja muy claro que su opinión sobre las decisiones dictadas por los tribunales es irrelevante; no importa si ella está de acuerdo o no, la ley se acata, sin desviaciones. Merkel venera la democracia ejercida por medio del pueblo, la división de poderes, el sistema de partidos políticos: todos elementos del Estado de Derecho que solo pudo vivenciar y ejercer a partir de la Reunificación. En consecuencia, no se impone sobre los demás poderes, legislativo y judicial, y tampoco lo hace sobre su partido o ante sus socios de coalición.

- **Incorruptibilidad**

Otra fortaleza del sistema Merkel radica en la imagen de integridad que tienen de ella los alemanes. En ninguno de los cuantiosos dossiers, biografías, perfiles, ensayos o análisis sobre su preeminencia en Alemania y la Unión Europea aparece la palabra corrupción en relación a su accionar en la política y su vida privada.

- **Gobernar significa servir**

Además de ser consciente de que su poder como jefe de Gobierno tiene límites, prefijados en la Constitución, para Angela Merkel su misión en el poder implica ante todo servir al pueblo alemán. Alejada de la tentación de supremacía a la que ceden muchos mandatarios, ella lidera sin apropiarse exageradamente de su rol ni presumir de sus logros, y antepone la modestia a la vanidad del poder.

- **Pragmatismo**

La mayoría de sus decisiones se han basado en la aplicación flexible del ideario conservador del Partido Unión Cristiano Demócrata, CDU, lo que se traduce en preferir las acciones pragmáticas. De esta forma, la gobernante ha atajado las coyunturas negativas y las crisis durante los cuatro mandatos al frente de Alemania. Algunos ejemplos de ese pragmatismo son sus decisiones relacionadas con el cambio de rumbo en el uso de la energía nuclear, el matrimonio igualitario, el salario mínimo, el servicio militar obligatorio y los refugiados, todas estas prioridades de los otros partidos políticos alemanes, que ella ha adoptado como propias, y que sus críticos le atribuyen como oportunismo político. La flexibilidad ideológica le ha permitido cambiar el rumbo de su política varias veces.

- **Perseverancia en la búsqueda de consensos**

Angela Merkel concentra los esfuerzos y el tiempo que sea necesario hasta lograr acuerdos en las negociaciones de foros políticos nacionales e internacionales en los que ella es protagonista. La gobernante ejerce entonces como hábil negociadora y en muchas ocasiones como mediadora entre las partes enfrentadas, sin descansar hasta lograr consenso y compromisos entre las partes. Su capacidad de resistir largas horas de discusiones ha adquirido fama entre sus homólogos y colaboradores.

- **El cultivo del sentido del humor**

Durante la mayoría de sus intervenciones, Merkel cosecha elogios también por su habilidad de hilar en su discurso apuntes jocosos que relajan el ambiente y revitalizan a la audiencia. En ese sentido, ella domina las categorías del humor blanco, que se representa en referencias libres de connotaciones racistas, sexistas o discriminatorios, y del humor seco, que surte efecto entre el público con alto nivel de conocimiento de la materia discursiva en cuestión.

VITA

- **17 de julio de 1954**
Angela Dorothea Kasner nació en la ciudad de Hamburgo, noroccidente de Alemania. Hija primogénita de Herlind Kasner y el pastor luterano Horst Kasner.
- **Otoño de 1954**
Mudanza de la familia al pueblo de Quitzwow, territorio de la República Democrática de Alemania, RDA.
- **1957**
Traslado de la familia Kasner al municipio de Templin, territorio de la República Democrática de Alemania, RDA.
- **Septiembre de 1961**
Inicio de la escolaridad en la escuela primaria del bosque, Templin.
- **1973**
Grado de bachiller académico en la Escuela Politécnica, EOS, de Templin.

Inicio de estudios universitarios en la Facultad de Física de la Universidad Karl-Marx de Leipzig.
- **3 de septiembre de 1977**
Matrimonio con el estudiante de Física Ulrich Merkel.
- **1978**
Culminación de la carrera universitaria. Diploma en Física de la Universidad Karl-Marx de Leipzig.

Mudanza a Berlín.
Incorporación como asistente científica en el Instituto Central para Química Física de la Academia de las Ciencias de la RDA.
- **1982**
Divorcio de Ulrich Merkel.
- **1986**
Doctorado *suma cum laude* en Física en la Academia de las Ciencias en Berlín.

- **Diciembre** de **1989**
Afiliación al movimiento político Despertar Democrático (*Demokratischer Aufbruch-sozial – ökologisch*), DA.
- **12** de **abril** de **1990**
Vocera adjunta del primer y último gobierno de la RDA elegido democráticamente.
- **Agosto** de **1990**
Afiliación al Partido Unión Cristiano Demócrata, CDU, del oriente alemán.
- **2** de **octubre** de **1990**
Afiliación al partido unificado de la CDU a nivel nacional.
- **2** de **diciembre** de **1990**
Primer triunfo electoral como diputada en el Parlamento alemán.
- **18** de **enero** de **1991** – **17** de **noviembre** de **1994**
Traslado a Bonn, occidente alemán.

Nombramiento como ministra de Asuntos de la Mujer y la Juventud en el cuarto gobierno de Helmut Kohl.
- **Diciembre** de **1991**
Elección como vicepresidenta de la CDU.
- **17** de **noviembre** de **1994** – **26** de **octubre** de **1998**
Nombramiento como ministra de Medio Ambiente en el quinto gobierno de Helmut Kohl.
- **Septiembre** de **1998** – **septiembre** de **2002**
Miembro de la oposición parlamentaria al gobierno de coalición entre el Partido Socialdemócrata (SPD) y Los Verdes, liderado por Gerhard Schroeder.

Traslado a Berlín.
- **7** de **noviembre** de **1998**
Elección como secretaria general de la CDU.
- **30** de **diciembre** de **1998**
Matrimonio por lo civil con el científico Joachim Sauer.

- **10 de abril de 2000**
Elección como presidenta del Partido de la Unión Cristiano Demócrata, CDU. Con el 95,9 por ciento de los votos, es la primera mujer en ocupar ese cargo.
- **Septiembre de 2002 – noviembre de 2005**
Nombramiento como presidenta del grupo parlamentario y líder de la oposición conservadora en el Bundestag.
- **30 de mayo de 2005**
Elección como candidata por los partidos CDU/CSU a la cancillería.
- **18 de septiembre de 2005**
La unión conservadora CDU/CSU alcanza el mayor puntaje en las elecciones generales en Alemania.
- **22 de noviembre de 2005**
Elección formal en el Parlamento como canciller federal de Alemania. Primera mujer en el cargo. Forma un gobierno de coalición con los socialdemócratas.
- **27 de septiembre de 2009**
La unión conservadora CDU/CSU alcanza el mayor puntaje en las elecciones generales.
- **28 de octubre de 2009**
Juramentación al cargo como canciller federal y comienzo de su segundo mandato. Gobierno de coalición entre la Unión CDU/CSU y el Partido Democrático Liberal (FDP).
- **22 de septiembre de 2013**
La Unión CDU/CSU obtiene la mayoría de votos en las elecciones generales.
- **17 de diciembre de 2013**
Juramento al cargo como canciller federal y comienzo de su tercer mandato en coalición con el Partido Socialdemócrata (SPD).
- **24 de septiembre de 2017**
La unión CDU/CSU alcanza la mayor votación en las elecciones generales.
- **14 de marzo de 2018**
Inicio de su cuarto mandato en coalición con el Partido Socialdemócrata (SPD).

- **29** **de** **octubre** **de** **2018**
Retiro de la presidencia del Partido Unión Cristiano Demócrata (CDU).

Conservación de la jefatura de Gobierno hasta 2021.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Boysen J. (2001). *Angela Merkel–Eine deutsch-deutsche Biographie*. Berlín: Ullstein.
- De Loyola, T., Rabasseda, J. (2019). *El mundo tal y como es. Cambiar el mundo desde el Ala Oeste*. (Traducido al español de *The World As It Is: Inside the Obama White House*). Barcelona: Debate.
- Hogrefe, J. (2002). *Gerhard Schöder – Ein Porträt*. Berlín: Siedler.
- Koebel, H. (1999). *Spuren der Macht*. Múnich: Knesebeck.
- Kohl, H. (2014). *Von Mauerfall zur Wiedervereinigung–Meine Erinnerungen*. 2da ed. Múnich: Knauer.
- Langguth, G. (2005). *Angela Merkel*. Múnich: DTV Premium.
- Langguth, G. (2009). *Kohl, Schröder, Merkel. Machtmenschen*. Múnich: DTV Premium.
- Merkel, A. (2004). *Angela Merkel – Mein Weg. Angela Merkel im Gespräch mit Hugo Müller-Vogg*. 2da ed. Hamburgo: Hoffmann und Campe.
- Reuth, R. G., Lachmann, G. (2013). *Das erste Leben der Angela M.*, Múnich: Piper.
- Richter, K. (2017). *Die Kanzlerin. Eine Fiktion*. Zürich – Berlín: Kein & Aber.
- Rinke, A. (2016). *Das MERKEL Lexikon. Die Kanzlerin von A-Z*. Múnich: zu Kamplen Verlag Roll, E. (2013). *Die Kanzlerin – Angela Merkels Weg zur Macht*. 4a. ed. Berlín: Ullstein.
- Schramm, J. (2016). *Fifty Shades of Merkel*. Hamburg: Hoffmann und Campe.
- Stock, W. (2005). *Angela Merkel -Eine Politische Biographie-*. Múnich: Olzog.
- Wolff, M. (2018). *Feuer und Zorn. Im Weissen Haus von Donald Trump*. (Traducido al español de *Fire and Fury. Inside the Trump White House*). Hamburgo: Rowohlt.
- Wölbern, J. P. (2014). *Der Häftlingsfreikauf aus der DDR 1962/63–1989. Zwischen Menschenhandeln und humanitären Aktionen*. Göttingen: Vandenhoeck und Ruprecht.

Der Spiegel Biografie. (2/2017). Angela Merkel – Ein Leben in zwei Welten. *Der Spiegel*.

Der Spiegel Biografie. (1/2018). Die Kennedys – Wie Amerikas wichtigste Dynastie das Land bis heute prägt. *Der Spiegel*.

Die Politische Meinung. (6/2018). Helmut Kohl – Für Deutschland. Für Europa. *Die Politische Meinung*.

GEO EPOCHE. (9/2002). Deutschland nach dem Krieg 1945–1955. *GEO EPOCHE*.

GEO EPOCHE. (64/2013). Die DDR – Alltag im Arbeiter-und-Bauern-Staat 1949-1990. *GEO EPOCHE*.

GEO EPOCHE. (91/2018). Der kalte Krieg 1947-1991. *GEO EPOCHE*.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no habría sido posible sin el apoyo de un gran número de personas que nos ayudaron de diferentes maneras. De forma activa, Roberto Pombo y Juan Esteban Constaín creyeron en este proyecto y nos han animado a hacerlo realidad. Nuestro editor, Leonardo Archila, y su equipo, quienes nos han acogido y hecho sentir en Intermedio Editores como en nuestra casa. Por su motivación y acompañamiento paciente, constante y definitivo agradecemos profundamente a Raschid Römhild, Óscar Pizano, Valeria Mangold, Renate Weber, Lisanne Hanschmidt y Hernando Mendoza.

Para este libro hemos entrevistado alrededor de cincuenta personas, algunas de ellas en repetidas ocasiones, que conocen a Angela Merkel desde su niñez, han compartido con ella en diferentes fases de su evolución, han trabajado o trabajan con ella o la han analizado y estudiado desde la politología, el periodismo y el trabajo político. La mayoría de nuestras fuentes y enlaces de acceso a las plataformas del poder en la era Merkel han pedido la reserva de su nombre por deseo expreso u obligación contenida en el compromiso de confidencialidad de su cargo y posición en el Gobierno y Parlamento alemán, así como de cercanía familiar o de amistad con Angela Merkel. En nuestro trabajo de investigación periodística observamos las normas referentes al manejo de fuentes del periodismo germano, por lo que nuestro agradecimiento a aquellas personas que no quieren o no deben ser nombradas lo expresamos de forma personal.

Por su tiempo, su confianza y generosa disposición de compartir con nosotras sus recuerdos y conocimientos, agradecemos a Teodora Alonso, Erika Benn, Klaus Blume, Franco Delle Donne, Cornelia Günther, Jürgen Hogrefe, Mario Iguarán, Günther Kniess, Tom Koenigs, Cem Özdemir y Pia Castro, Regine Standke, Reem Sawhil y Detlef Tabbert.

Por su extraordinaria paciencia y sabia orientación agradecemos especialmente al doctor Günther Maihold.

NOTAS AL PIE

- 1 Slodownik, L. (2017). Das "Merkel-Haus" in Elbing. *Der Westpreuße*. Cuaderno 3. Recuperado de <https://www.der-westpreusse.de/de/03-2017-1.html>
- 2 Sin autor. (18 de noviembre de 2004) Entrevista a Angela Merkel. *Stern*
- 3 [Langguth, G. \(2005\)](#). *Angela Merkel*. Múnich: DTV Premium. [Roll, E. \(2013\)](#). *Die Kanzlerin – Angela Merkels Weg zur Macht*. 4a. ed. Berlín: Ullstein. [Reuth, R. G., Lachmann, G. \(2013\)](#). *Das erste Leben der Angela M.*, Múnich: Piper.
- 4 Heise, J. (20 de marzo de 2009). Wer war Albrecht Schönherr? Brandenburgische Landeszentrale für politische Bildung. Recuperado de <https://www.politische-bildung-brandenburg.de/ausstellungen/horizont-und-mitte/wer-war-albrecht-schoenherr>
- 5 Osang, A. (3/2000). Das eiserne Mädchen. *Der Spiegel*
- 6 Osang, A. (3/2000). Das eiserne Mädchen. *Der Spiegel*.
- 7 Boysen, J. (3 de septiembre de 2011). Lebensschule Waldhof. *Der Tagesspiegel*. Birgit Bruck, B. (1 de junio de 2014). Templiner Waldhof feiert seinen 160. Jahrestag. *Nordkurier*.
- 8 Educación inclusiva. Definición de la Unesco. Recuperado de www.inclusion-internacional.org
- 9 Conversación de las autoras con personal administrativo del *Waldhof*, Templin, 14 de julio de 2018.
- 10 [Merkel, A. \(2004\)](#). *Angela Merkel – Mein Weg. Angela Merkel im Gespräch mit Hugo Müller-Vogg*. 2da ed. Hamburgo: Hoffmann und Campe, p. 38.
- 11 Canibol, H-P. (2016/4). Die Einsame. Was Angela Merkel antreibt. Und wohin das führt. *Der Spiegel*.
- 12 Osang, A. (3/2000). Das eiserne Mädchen. *Der Spiegel*.
- 13 [Koebl, H. \(1999\)](#). *Spuren der Macht*. Múnich: Knesbeck, p. 46.
- 14 Central Federal para Educación Política y Centro para Investigación Histórica de Alemania. (4 de junio de 1961). Niederschrift der Unterredung N. S. Chruschtschows mit J. F. Kennedy in Wien. Recuperado de www.chronik-der-mauer.de
- 15 Central Federal para Educación Política y Centro para Investigación Histórica de Alemania. (1 de agosto de 1961). Niederschrift eines Gespráches des Genossen N. S. Chruschtschow mit dem Genossen Walter Ulbricht. Recuperado de www.chronik-der-mauer.de
- 16 Conversación de las autoras con Klaus R., Berlín, 20 de octubre de 2015.

[17 Merkel, A. \(2004\)](#). *Angela Merkel – Mein Weg. Angela Merkel im Gespräch mit Hugo Müller-Vogg*. 2da ed. Hamburgo: Hoffmann und Campe, p. 44.

[18](#) Entrevista de las autoras con Erika Benn, profesora de ruso de Angela Merkel, Templin, 24 de septiembre de 2016.

[19 Boysen J. \(2001\)](#). *Angela Merkel–Eine deutsch-deutsche Biographie*. Berlín: Ullstein, p. 27. [Langguth, G. \(2005\)](#). *Angela Merkel*. Múnich: DTV Premium, p. 50.

[20](#) Osang, A. (3/2000). Das eiserne Mädchen. *Der Spiegel*.

[21 Roll, E. \(2013\)](#). *Die Kanzlerin – Angela Merkels Weg zur Macht*. 4a. ed. Berlín: Ullstein, p. 34.

[22](#) Entrevista de las autoras con Erika Benn, profesora de ruso de Angela Merkel, Templin, 24 de septiembre de 2016.

[23](#) Kotte, G. (2017). *Die Mumie vom Roten Platz*. (Documental). Alemania: SWR2.

[24](#) Greiner, K., Habert, T., Iwanetz, R. (32/2012). Auf ein Wort, Frau Merkel. *Süddeutsche Zeitung*.

[25](#) Campino. (2/1994). “Zu viel von dem Kirsch-Whisky”. (Entrevista del vocalista de Die Toten Hosen a Angela Merkel). *Spiegel Special*.

[26](#) Osang, A. (3/2000). Das eiserne Mädchen. *Der Spiegel*.

[27 Merkel, A. \(2004\)](#). *Angela Merkel – Mein Weg. Angela Merkel im Gespräch mit Hugo Müller-Vogg*. 2da ed. Hamburgo: Hoffmann und Campe, p. 44.

[28 Langguth, G. \(2005\)](#). *Angela Merkel*. Múnich: DTV Premium, p. 57.

[29](#) Osang, A. (3/2000). Das eiserne Mädchen. *Der Spiegel*.

[30 Roll, E. \(2013\)](#). *Die Kanzlerin – Angela Merkels Weg zur Macht*. 4a. ed. Berlín: Ullstein, p. 41.

[31 Merkel, A. \(2004\)](#). *Angela Merkel – Mein Weg. Angela Merkel im Gespräch mit Hugo Müller-Vogg*. 2da ed. Hamburgo: Hoffmann und Campe, p. 58.

[32 Merkel, A. \(2004\)](#). *Angela Merkel – Mein Weg. Angela Merkel im Gespräch mit Hugo Müller-Vogg*. 2da ed. Hamburgo: Hoffmann und Campe, p. 50. Osang, A. (2003). *Neunundachtzig Helden-Geschichten*. Berlin: Ch. Links, p. 120.

[33](#) Kötter, V. (5 de julio de 2004). “Eines Tages zog sie aus”. *Focus Magazin*. Número 28. Recuperado de https://www.focus.de/politik/deutschland/deutschland-eines-tageszog-sie-aus_aid_200326.html

[34](#) *Ibíd.*

[35](#) Bernd, C. (2018). “Honeckers Unheimlicher Plan” *Wie die SED einen Volksaufstand verhindern wollte*. (Documental) Alemania: Deutschlandfunk Kultur.

[36](#) *Ibíd.*

[37](#) [Wölbern, J. P. \(2014\)](#). *Der Häftlingsfreikauf aus der ddr 1962/63–1989. Zwischen Menschenhandeln und humanitären Aktionen.* Göttingen: Vandenhoeck und Ruprecht, p. 13.

[38](#) Kulick, H. (17 de enero de 2017). *Stasi was war das?* Dokumentation der Bundeszentrale für Politische Bildung. Recuperado de www.bpb.de

[39](#) [Merkel, A. \(2004\)](#). *Angela Merkel – Mein Weg. Angela Merkel im Gespräch mit Hugo Müller-Vogg.* 2da ed. Hamburgo: Hoffmann und Campe, p. 58.

[40](#) *Ibíd.*

[41](#) [Reuth, R. G., Lachmann, G. \(2013\)](#). *Das erste Leben der Angela M.*, Múnich: Piper, p. 100.

[42](#) [Merkel, A. \(2004\)](#). *Angela Merkel – Mein Weg. Angela Merkel im Gespräch mit Hugo Müller-Vogg.* 2da ed. Hamburgo: Hoffmann und Campe, p. 59.

[43](#) [Roll, E. \(2013\)](#). *Die Kanzlerin – Angela Merkels Weg zur Macht.* 4a. ed. Berlín: Ullstein, p. 63.

[44](#) Kellerhof, S. F. (15 de septiembre de 2011). Wichtigstes Exponat ist der “Trännenpalast” selbst. *Berliner Morgenpost*. Recuperado de <https://www.morgenpost.de/berlin/article105102881/Wichtigstes-Exponatist-der-Traenenpalast-selbst.html>

[45](#) [Merkel, A. \(2004\)](#). *Angela Merkel – Mein Weg. Angela Merkel im Gespräch mit Hugo Müller-Vogg.* 2da ed. Hamburgo: Hoffmann und Campe, p. 59.

[46](#) Kötter, V. (5 de julio de 2004). “Eines Tages zog sie aus”. *Focus Magazin*. Número 28. Recuperado de https://www.focus.de/politik/deutschland/deutschland-eines-tageszog-sieaus_aid_200326.html

[47](#) [Merkel, A. \(2004\)](#). *Angela Merkel – Mein Weg. Angela Merkel im Gespräch mit Hugo Müller-Vogg.* 2da ed. Hamburgo: Hoffmann und Campe, p. 65.

[48](#) Kötter, V. (5 de julio de 2004). “Eines Tages zog sie aus”. *Focus Magazin*. Número 28. Recuperado de https://www.focus.de/politik/deutschland/deutschland-eines-tageszog-sieaus_aid_200326.html

[49](#) [Roll, E. \(2013\)](#). *Die Kanzlerin – Angela Merkels Weg zur Macht.* 4a. ed. Berlín: Ullstein, p. 65.

[50](#) Luik, A. (20 de julio de 2000). Das Leben ist erbarmungslos, es deformiert. *Stern*, Número 30.

[51](#) Merkel, A. (1986). *Die Untersuchung des Mechanismus von Zerfallsreaktionen mit einfachem Bindungsbruch und Berechnung ihrer Geschwindigkeitskonstanten auf der Grundlage quantenchemischer und statischer Methoden.* (Tesis doctoral). Universidad de Leipzig, Leipzig.

[52](#) [Merkel, A. \(2004\)](#). *Angela Merkel – Mein Weg. Angela Merkel im Gespräch mit Hugo Müller-Vogg.* 2da ed. Hamburgo: Hoffmann und Campe, p. 16.

- [53 Stock, W. \(2005\)](#). *Angela Merkel -Eine Politische Biographie-*. Múnich: Olzog, p. 57.
- [54](#) Wensiersky, P. (16 de julio de 2014). Wetterleuchten am Brandenburger Tor. *Der Spiegel*.
- [55](#) De Main, B. (septiembre/octubre 2003). Entrevista con David Bowie. *Performing Songwriter Enterprises* (LLC).
- [56](#) Wagner, J. (6 de junio de 2012). Die Musik überwindet die Mauer. *Deutschlandfunk*.
- [57](#) Conversación de las autoras con Cornelia Günther, periodista. Berlín, 23 de octubre de 2018.
- [58](#) Jobatey, Ch. (21 de julio de 1988). Volksfest ohne Müdigkeit. *Der Tagesspiegel*, p. 4.
- [59](#) Conversación de las autoras con Cornelia Günther, periodista. Berlín, 23 de octubre de 2018.
- [60](#) Gottschalk, G., Klabunde, F. (núm. 64 12/13). Die Macht der Strasse. *GEO EPOCHE: Die DDR*. p. 142.
- [61 Merkel, A. \(2004\)](#). *Angela Merkel – Mein Weg. Angela Merkel im Gespräch mit Hugo Müller-Vogg*. 2da ed. Hamburgo: Hoffmann und Campe, p. 71.
- [62](#) Central Federal para Educación Política y Centro para Investigación Histórica de Alemania. (6 de mayo de 1989). Schreiben von DDR Verteidigungsminister, Heinz Keßler an Erich Honecker zur Demontage des Grenzsinalzaunes zwischen Ungarn und Österreich. Recuperado de www.chronik-der-mauer.de
- [63](#) Reinecke, S. (8 de noviembre de 2014). Egon Kranz geht nicht ans Telefon. *TAZ*. Recuperado de <https://taz.de/!270320/>
- [64 Kohl, H. \(2014\)](#). *VON MAUERFALL ZUR WIEDERVEREINIGUNG – MEINE ERINNERUNGEN*. 2da ed. Múnich: Knauer.
- [65](#) *Ibíd.*
- [66](#) Conversación de las autoras con Robert Wandelt. Berlín, 25 de noviembre de 2017.
- [67](#) Central Federal para Educación Política y Centro para Investigación Histórica de Alemania. (1 de noviembre de 1989). Niederschrift des Gesprächs von Egon Krenz und Michail Gorbatschow in Moskau. Recuperado de www.chronik-der-mauer.de
- [68](#) Central Federal para Educación Política y Centro para Investigación Histórica de Alemania. (9 de noviembre de 1989). Transcripción literal de rueda de prensa internacional atendida por Günther Schabowsky, Berlín oriental, 18:30 de la tarde. Recuperado de www.chronik-der-mauer.de
- [69 Langguth, G. \(2005\)](#). *Angela Merkel*. Múnich: DTV Premium, p. 119.
- [70](#) Discurso de Angela Merkel en la asamblea del CDU, Essen, Renania del Norte, 17 octubre de 1999.
- [71](#) Kobilinski, A. (26 de febrero de 2015). Ja, ich bin ein Verräter. *Die Zeit*.
- [72 Stock, W. \(2005\)](#). *Angela Merkel -Eine Politische Biographie-*. Múnich: Olzog, p. 42.

[73](#) Körner, T., Schmidt, M. (2017). *Angela Merkel: Die Unerwartete*. (Documental). Alemania: MDR–Broadview.TV–Arte.

[74](#) Schausten, B., Feldhofe, M. (2013). *Mensch Merke! Widersprüche einer Kanzlerin*. (Documental). Alemania: ZDFzeit.

[75](#) [Merkel, A. \(2004\)](#). *Angela Merkel – Mein Weg. Angela Merkel im Gespräch mit Hugo Müller-Vogg*. 2da ed. Hamburgo: Hoffmann und Campe, p. 85.

[76](#) *Ibíd*, p. 86.

[77](#) Merkel, A Kohl. (junio de 2018). Helmut Hohl. Botschaft, Erbe, Zukunftsauftrag. *Die Politische Meinung*. Sonderausgabe, p. 22.

[78](#) Alexander, N., Bittmann, V. (Septiembre de 2004). Bonn war 50 Jahre gute Politik. *Politik und Kommunikation*.

[79](#) Entrevista de las autoras con un miembro del Parlamento alemán, Berlín, septiembre de 2016.

[80](#) [Stock, W. \(2005\)](#). *Angela Merkel -Eine Politische Biographie-*. Múnich: Olzog, p. 90.

[81](#) Bannas, G. (3 de abril de 1991). Die Jüngste in Kohls Kabinett raucht noch in der Öffentlichkeit. *Frankfurter Allgemeine Zeitung -FAZ*.

[82](#) Hagenau, E. (2 de diciembre de 1992). Wer grüßt mich später noch? *Märkische Oderzeitung*.

[83](#) [Stock, W. \(2005\)](#). *Angela Merkel -Eine Politische Biographie-*. Múnich: Olzog, p. 74.

[84](#) Ley Fundamental de la República Federal de Alemania (Const.). (23 de mayo de 1949).

[85](#) Entrevista de las autoras con una allegada a Herlind Kasner, madre de Angela Merkel. Templin, agosto de 2017.

[86](#) Huber, B., Lebert, A. (18 de agosto de 2005). Ein Gespräch mit Angela Merkel. *BRIGITTE* 18/05, p. 29.

[87](#) Huber, B., Lebert, A. (18 de agosto de 2005). Ein Gespräch mit Angela Merkel. *BRIGITTE* 18/05, p. 29.

[88](#) Leinemann, J. (1/1994). Ich muss härter werden. *Der Spiegel*.

[89](#) [Merkel, A. \(2004\)](#). *Angela Merkel – Mein Weg. Angela Merkel im Gespräch mit Hugo Müller-Vogg*. 2da ed. Hamburgo: Hoffmann und Campe, p. 79.

[90](#) [Langguth, G. \(2005\)](#). *Angela Merkel*. Múnich: DTV Premium, p. 185.

[91](#) [Langguth, G. \(2005\)](#). *Angela Merkel*. Múnich: DTV Premium, p. 181.

[92](#) United Nations Framework. (6 de junio de 1995). Convention on Climate Change, Berlin. FCCC/CP/1995/Add1.

[93](#) Angela Merkel, A. (12/1999). Helmut Kohl hat die Partei Schaden zugefügt. *Frankfurter Allgemeine Zeitung - FAZ*, p. 3.

[94](#) Entrevista con Angela Merkel. (24 de enero de 2002). *Bunte*.

[95](#) [Merkel, A. \(2004\)](#). *Angela Merkel – Mein Weg. Angela Merkel im Gespräch mit Hugo Müller-Vogg*. 2da ed. Hamburgo: Hoffmann und Campe, p. 155.

[96](#) Merkel, A. (20 de febrero de 2003). Schroeder Doesn't Speak for All Germans. *The Washington Post*, p. 1.

[97](#) The Rolling Stones Fan Club of Europe. (21 de julio de 2016). The rolling Stones – Olympiasation, Berlin, Germany. Recuperado de <https://iorr.org/tour05/berlin.htm>

[98](#) Krumrey, H. (28 de noviembre de 2005). Aller Anfang ist leer. *Focus*. núm. 48. Recuperado de https://www.focus.de/politik/deutschland/kanzlerin-aller-anfang-ist-leer_aid_209905.html

[99](#) Nickel, S. (24 de marzo de 2015). Darum sitzt Angela Merkel so ungerne an ihrem Schreibtisch (Video). *Focus*. Recuperado de https://www.focus.de/politik/videos/hinter-den-kulissen-des-kanzleramts-darum-sitzt-angela-merkel-so-ungern-an-ihrem-schreibtisch_id_4566447.html

[100](#) [Roll, E. \(2013\)](#). *Die Kanzlerin – Angela Merkels Weg zur Macht*. 4a. ed. Berlín: Ullstein, p. 372.

[101](#) Conversación de las autoras con uno de los oficiales de protocolo del gobierno de Angela Merkel. Berlín, octubre de 2016.

[102](#) [Roll, E. \(2013\)](#). *Die Kanzlerin – Angela Merkels Weg zur Macht*. 4a. ed. Berlín: Ullstein, p. 376.

[103](#) Yüksel, Y., Sperber, S. (29 de noviembre de 2018). *Stimmenfang #76–13 Jahre Kanzlerin Merkel: Wie hat sich Deutschland seither verändert?* (Audio en podcast). Der Spiegel. Recuperado de <https://www.spiegel.de/politik/deutschland/angelamerkel-vor-13-jahren-hielt-sie-ihre-erste-regierungserklaerung-a-1240807.html>

[104](#) Conversación de las autoras con dos integrantes del primer anillo de gobierno de Angela Merkel. Berlín, octubre y noviembre de 2016.

[105](#) FIFA. (10 de julio de 2006). Kofi Annan: “la mejor Copa del Mundo de todos los tiempos”. Recuperado de <https://es.fifa.com/worldcup/news/kofi-annan-mejor-copa-del-mundo-todos-los-tiempos-32782>

[106](#) [Roll, E. \(2013\)](#). *Die Kanzlerin – Angela Merkels Weg zur Macht*. 4a. ed. Berlín: Ullstein, pp. 378-379

[107](#) Forbes. (31 de agosto de 2006). Most powerful women. Recuperado de https://www.forbes.com/2006/08/31/most-powerful-women_cz_em_06women_0831intro.html#431dc51668c5

[108](#) Conversación de las autoras con un miembro del cuerpo diplomático del gobierno de Angela Merkel. Berlín, octubre y noviembre de 2016.

[109](#) Edition humboldt digital. (2019). Recuperado de <https://editionhumboldt.de/register/index.xql?l=de>

[110](#) Conversación de las autoras con un miembro del cuerpo diplomático del gobierno de Angela Merkel. Berlín, octubre y noviembre de 2016.

[111](#) Entrevista de las autoras con Mario Iguarán, exfiscal general de la Nación de Colombia. Bogotá, 1 de julio de 2016.

[112](#) Fiscalía General de la Nación. (abril-mayo de 2008). *Revista Huellas—“Amistad y Justicia – Freundschaft und Gerechtigkeit*. No. 61-62.

[113](#) *Ibíd.*

[114](#) Conversación de las autoras con un alto oficial de protocolo de la Cancillería alemana. Berlín, octubre y noviembre de 2016.

[115](#) Sitio web de Álvaro Uribe Vélez. (17 de mayo de 2008). Visita oficial de la Canciller Alemana, Angela Merkel. Recuperado de <http://www.alvarouribevelez.com.co:9000/especial/alemania/index2.html>

[116](#) *dpa*. (mayo de 2008). Entrevista de la agencia dpa a la canciller alemana, Angela Merkel.

[117](#) Goerdeler, C. (13 de mayo de 2008). Merkel entdeckt Südamerika; Heikle Reise nach Brasilien. *Stuttgarter Zeitung*, p. 5.

[118](#) Comisión Económica para América Latina y el Caribe – Cepal. (2008). Panorama social de América Latina 2008. Recuperado de https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/1229/1/S0800829_es Banco Mundial. (2008) Recuperado de <https://datos.bancomundial.org/indicador/SP.POP.TOTL>

[119](#) Azevedo-Ramos, C. (2008). El desarrollo sostenible y los retos de la deforestación en la Amazonia brasileña: lo bueno, lo feo y lo malo. *Unasylva* 230, vol. 59. Recuperado de <http://www.fao.org/tempref/docrep/fao/011/i0440s/i0440s03.pdf>

[120](#) Bolívar Manaut, L. (14 de mayo de 2008). Merkel en Brasil: en busca de un acuerdo sobre biocarburantes. DW. Recuperado de <https://www.dw.com/es/merkel-en-brasil-en-busca-de-un-acuerdo-sobre-biocarburantes/a-3336547>

[121](#) *DPA/DW*. (11 de mayo de 2008). Angela Merkel: Chávez no es la voz de América Latina. Recuperado de <https://www.dw.com/es/angelamerkel-chavez-no-es-la-voz-de-america-latina/a-3329615>

[122](#) Baya Amodiyavo (11 de mayo de 2008). *Presidente Hugo Chávez manda al carajo a Angela Merkel*. (Archivo de Video). Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=xIAm43tUxU>

[123](#) Salazar, P. (17 de mayo de 2008). Así es Angela Merkel, la Canciller alemana, quien visita Colombia. *El Tiempo*. Recuperado de <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-4171898>

[124](#) *AE/DPA*. (15 de mayo de 2008). Chávez: “Merkel bewirft mich mit Steinen”. *Der Tagesspiegel*. Recuperado de <https://www.tagesspiegel.de/politik/verbalattacke-teil-2-ch-vez-merkel-bewirft-mich-mit-steinen/1234728.html>

[125](#) AFP. (14 de mayo de 2008). Merkel busca aliviar tensión con Chávez luego de guerra de declaraciones. *El Universo*. Recuperado de <https://www.eluniverso.com/2008/05/14/0001/14/F941D1D83B7542498DDC4B20EAD464EE.html>

[126](#) Arellano, J. E. (14 de mayo de 2008). Merkel busca aliviar tensión con Chávez. *El Nuevo Diario*. Recuperado de <https://www.elnuevodiario.com.ni/internacionales/15756-merkel-busca-aliviar-tension-chavez/>

[127](#) AP. (16 de mayo de 2008). Hugo Chávez saluda a Zapatero y pide perdón a Merkel. *W Radio*. Recuperado de http://wradio.com.mx/radio/2008/05/16/nacional/1210974060_597657.html

[128](#) Reuters. (16 de mayo de 2008). CUMBRE – Chávez pide perdón a Merkel y estrechan manos. *Reuters*. Recuperado de <https://lta.reuters.com/articulo/domesticNews/idLTAN1643914120080516>

[129](#) *Ibíd.*

[130](#) Osang, A. (2009/20). Die deutsche Queen. *Der Spiegel*.

[131](#) Archivo de prensa del Gobierno alemán. (5 de octubre de 2019). Alocución oficial de televisión de Angela Merkel y Peer Steinbrück.

[132](#) Körner, T., Schmidt, M. (2017). *Angela Merkel: Die Unerwartete*. (Documental). Alemania: MDR – Broadview.TV–Arte.

[133](#) Bergmann, Ch. (14 de septiembre de 2018). Rückblick: Merkels dramatischer Kampf gegen die Finanzkrise. *BR24*. Recuperado de: <https://www.br.de/nachrichten/wirtschaft/rueckblick-merkels-dramatischer-kampf-gegen-die-finanzkrise,R3QRvcO>

[134](#) Bergmann, Ch. (14 de septiembre de 2018). Rückblick: Merkels dramatischer Kampf gegen die Finanzkrise. *BR24*. Recuperado de: <https://www.br.de/nachrichten/wirtschaft/rueckblick-merkels-dramatischer-kampf-gegen-die-finanzkrise,R3QRvcO>

[135](#) Thurm, F. (10 de agosto de 2010). CDU-Plakat-Kampagne. Am Busen der Kanzlerin. *Zeit Online*. Recuperado de <https://www.zeit.de/online/2009/33/cdu-Wahlkampf-Plakate>.

[136](#) Cajal, A. *Los diez tipos de humor y sus características*. Recuperado de <https://www.lifeder.com/tipos-de-humor/>

[137](#) Langguth, G. (2005). *Angela Merkel*. Múnich: DTV Premium, p. 298.

[138](#) Rueda de prensa de Rainer Brüderle. Ministerio de Economía. Berlín, 5 de marzo de 2010. (Archivo de las autoras).

[139](#) Rueda de prensa de Giorgios Papandreou. Sede de la cancillería alemana. Berlín, 8 de marzo de 2010. (Archivo de las autoras).

[140](#) Conferencia de prensa de Angela Merkel. Sede de la cancillería alemana. Berlín, 26 de abril de 2010. (Archivo de las autoras).

[141](#) Conversación de las autoras con Franco Delle Donne, analista y asesor en comunicación política. Berlín, 27 de abril de 2017.

[142](#) Entrevista de las autoras a Cem Özdemir, exlíder del Partido Los Verdes. Berlín, 4 de agosto de 2016.

[143](#) Körner, T., Schmidt, M. (2017). *Angela Merkel: Die Unerwartete*. (Documental). Alemania: MDR – Broadview.TV–Arte.

[144](#) Conversación de las autoras con un excompañero de colegio de Angela Merkel. Templin, julio de 2016.

[145](#) *Ibíd.*

[146](#) Consejo Europeo. (9 de diciembre de 2011). Declaración oficial de los jefes de Estado y de Gobierno de la eurozona. Bruselas. Recuperado de www.consilium.europa.eu

[147](#) Salazar Figueroa, P. (30 de diciembre de 2011). Angela Merkel en entrevista exclusiva: “Alemania mira a América Latina”. *GDA*.

[148](#) Körner, T., Schmidt, M. (2017). *Angela Merkel: Die Unerwartete*. (Documental). Alemania: MDR – Broadview.TV–Arte.

[149](#) B.Z. (16 de julio de 2009). 55 Geheimnisse der Bundeskanzlerin. *B.Z.* Recuperado de <https://www.bz-berlin.de/artikel-archiv/55-geheimnisse-der-bundeskanzlerin>

[150](#) Conversación de las autoras con Günther Maihold, director adjunto de la Fundación Ciencia y Política (SWP). Berlín 15 de junio de 2019.

[151](#) Conversación de las autoras con dos funcionarios del Gobierno alemán. Berlín, septiembre de 2016.

[152](#) Was erwartet Angela Merkel in Athen? (septiembre de 2012). *Cicero*. Recuperado de <https://www.cicero.de/aussenpolitik/was-erwartet-angelamerkel-athen/52126>

[153](#) Phoenix. (9 de octubre de 2012). *Angela Merkel in Athen*. Conferencia de prensa conjunta entre Antonis Samaras y Angela Merkel en Atenas. (Archivo de Video). Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=duC2V6doiql>

[154](#) Decker, F. (17 de julio de 2018). Etappen der Parteigeschichte der AfD. Recuperado de <http://www.bpb.de/politik/grundfragen/parteien-in-deutschland/afd/273130/geschichte>

[155](#) Rinke, A. (2016). *Das MERKEL Lexikon. Die Kanzlerin von A-Z*. Múnich: zu Kamplen Verlag, p. 21.

[156](#) Esslinger, D. (28 de junio de 2017). Angela die Asymmetrische, *Süddeutsche Zeitung*. Recuperado de <https://www.sueddeutsche.de/politik/bundestagswahlkampf-angela-die-asymmetrische-1.3561620>

[157](#) *Ibíd.*

[158](#) Fundación Konrad Adenauer. Geschichte der CDU: Wahlprogramme und -slogans. Recuperado de <https://www.kas.de/web/guest/geschichte-der-cdu/wahlprogramme-und-slogans>

[159](#) Die Bundesregierung. (16 de julio de 2015). Zweiter Bürgerdialog der Kanzlerin (video). Recuperado de <https://buergerdialog.gut-leben-indeutschland.de/SharedDocs/Videos/DE/07-Juli/2015-07-16-dialogkanzlerin-rostock.html>

[160](#) Die Bundeskanzlerin. (27 de agosto de 2015). Westbalkankonferenz in Wien. Flüchtlinge: Solidarisch Lösungen finden. Recuperado de <https://www.bundeskanzlerin.de/bkin-de/angelamerkel/terminkalender/reiseberichte/fluechtlinge-solidarisch-loesungenfinden-289202>

[161](#) Die Bundesregierung. (31 de agosto de 2015). Sommerpressekonferenz von Bundeskanzlerin Merkel. Recuperado de <https://www.bundesregierung.de/bregde/aktuelles/pressekonferenzen/sommerpressekonferenz-vonbundeskanzlerin-merkel-848300>

[162](#) Rinke, A. (2016). Das MERKEL Lexikon. Die Kanzlerin von A-Z. München: zu Kamplen Verlag, p. 377.

[163](#) Blume, G., Brost, M., Hildebrandt, T., Hock, A., Klormann, S., Köckritz, A., Krupa, M., Lau, M., Von Radow, G., Theile, M., Thumann, M., Wefing, H. (22 de agosto de 2006). *Die Zeit*. Recuperado de <https://www.zeit.de/2016/35/grenzoeffnung-fluechtlinge-september-2015-wochenende-angela-merkel-ungarn-oesterreich/komplettansicht>

[164](#) *Time*. (21 de diciembre de 2015). Person of the year. Angela Merkel, Chancellor of the free world. Recuperado de <https://time.com/time-personof-the-year-2015-angela-merkel-choice/>

[165](#) Entrevista de las autoras a Tom Koenigs, uno de los fundadores del Partido Los Verdes. Berlín, 19 de agosto de 2016.

[166](#) WELT. (15 de septiembre de 2015). Angela Merkel – “Dann ist das nicht mein Land” (Archivo de Video). Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=-G9BSD7anl6s> <https://www.ntv.de/politik/Merkel-Dann-ist-das-nicht-mein-Land-article15938301.html>

[167](#) De Loyola, T., Rabasseda, J. (2019). *El mundo tal y como es. Cambiar el mundo desde el Ala Oeste*. (Traducido al español de *The World As It Is: Inside the Obama White House*). Barcelona: Debate.

[168](#) Die Bundesregierung. (17 de noviembre de 2016). Pressekonferenz von Bundeskanzlerin Merkel und dem Präsidenten der Vereinigten Staaten von Amerika, Barack Obama. Recuperado de <https://www.bundesregierung.de/bregde/aktuelles/pressekonferenzen/pressekonferenz-von-bundeskanzlerinmerkel-und-dem-praesidenten-der-vereinigten-staaten-von-amerikabarack-obama-am-17-november-2016-844476>

[169](#) Entrevista de las autoras a Reem Sawhil, refugiada palestina radicada en Alemania. Rostock, 1 de octubre de 2016.

[170](#) Körner, T., Schmidt, M. (2017). *Angela Merkel: Die Unerwartete*. (Documental). Alemania: MDR – Broadview.TV–Arte.

[171](#) Entrevista de las autoras con Günther Maihold, director adjunto de la Fundación Ciencia y Política (SWP). Berlín, 2 de julio de 2019.

[172](#) Entrevista de las autoras a Cem Özdemir, exlíder del Partido Los Verdes. Berlín, 4 de agosto de 2016.

[173](#) Rueda de prensa de Angela Merkel en la sede de la cancillería. Berlín, 29 de octubre de 2018. (Archivo personal de las autoras).

[174](#) Phoenix. (25 de abril de 2017). *w20 Summit 2017: Podiumsdiskussion mit u.a. Angela Merkel und Ivanka Trump*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=nupq3Ft71hg>

[175](#) Alice Schwarzer. (15 de julio de 2014). Glückwunsch, Frau Bundeskanzlerin! Recuperado de <https://www.aliceschwarzer.de/artikel/glueckwunsch-frau-bundeskanzlerin-317423>

[176](#) Merkel, A. (1 de mayo de 1993). Als sie noch von der Macht träumte. *Emma*. Recuperado de <https://www.emma.de/artikel/angelamerkel-dietoechterschlagen-zurueck-317079>

[177](#) Ley Fundamental de la República Federal de Alemania (Const.). (23 de mayo de 1949).

[178](#) Schwarzer, A. (1 de septiembre de 2005). Warum sollten wir Sie wählen... *Emma*. Recuperado de <https://www.emma.de/artikel/fragen-angela-merkelwarum-sollten-wir-sie-waehlen-263177>

[179](#) [Merkel, A. \(2004\)](#). *Angela Merkel – Mein Weg. Angela Merkel im Gespräch mit Hugo Müller-Vogg*. 2da ed. Hamburgo: Hoffmann und Campe, p. 124

[180](#) *Ibíd*, p. 118

[181](#) Hensel, J. (23 de enero de 2019). “Parität erscheint mir logisch”. *Die Zeit*. Recuperado de: <https://www.zeit.de/2019/05/angelamerkel->

[182](#) Amanpour, Ch. (28 de mayo de 2019). Exclusive: Angela Merkel sits down with Amanpour. CNN. Recuperado de <https://edition.cnn.com/videos/world/2019/05/28/angelamerkel-amanpourfull.cnn>



Este libro se terminó de editar semanas antes de que se cumplieran los 30 años de la caída del Muro de Berlín.
Se utilizaron en esta edición las fuentes Bell MT y Goudy Old Style.



**Otros libros
publicados por
Intermedio Editores**



HISTORIA DE LA LOCURA EN COLOMBIA

Ricardo Silva Romero



NO MÁS HISTORIAS FALLIDAS

Carlos Ossa Escobar



VIRGILIO BARCO

Leopoldo Villar Borda



VENEZUELA EN SU LABERINTO

María Angélica Correa



**EL RENACIMIENTO DE NATALIA
PONCE DE LEÓN**

Martha Soto



En pleno siglo XXI, era en la cual el empoderamiento femenino y la paridad entre hombres y mujeres son temas del día a día, resulta fundamental que haya referentes que le sirvan a las generaciones en cuanto a lo que significa el poder y, sobre todo, el buen uso de este. Y aunque pocas personas resultan ser una excelente personificación de dichas cualidades, hay una mujer que ha marcado la historia de un país, un continente y el mundo entero: Angela Merkel.

Este libro, producto de una investigación periodística exhaustiva por parte de dos periodistas colombianas radicadas en Berlín, cuenta la historia de una joven provinciana criada en la Alemania oriental, que logra desde su profesión, la física, hacer lo que pocos hubieran pensado: acceder al poder político, conservarlo, y posicionar a Alemania en el ajedrez de política internacional como protagonista irrefutable. Más allá de ser un reportaje biográfico, estas páginas se esfuerzan por develar cuál es el secreto de aquella mujer que bajo una peculiar fórmula, transformó el escenario político y sentó precedente sobre lo que es la buena gobernanza.

